OLIVIA DARCY

La guerra del VERANO



LA GUERRA DEL VERANO

AMORES DE VERANO (Y OTROS DESASTRES)

LIBRO 1

OLIVIA DARCY

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

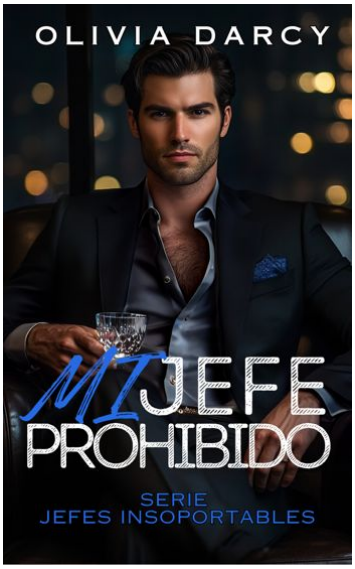
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

EPÍLOGO

Copyright © 2025 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR

O pulsa AQUI

PRÓLOGO

VALENTINA

Me han detenido.

Yo, Valentina Isabel Ruiz Morales, con treinta años recién cumplidos y sin antecedentes penales, estoy sentada en una comisaría de Marbella con las manos teñidas de un rosa tan chillón que parece que me he bañado en un batido de fresas.

A mi lado, Mía está doblada de la risa por quinta vez en la última hora.

—Joder, Val, hacía siglos que no me divertía tanto —dice mientras se seca una lágrima.

La miro con el ceño fruncido, aunque sé que tiene razón. Yo también me estaría partiendo si no fuera porque acabo de destrozar el poco prestigio que le quedaba a Villa Azul. Mi abuela debe estar revolviéndose en su tumba, o quizás —y esto me consuela un poco— riéndose desde alguna nube.

—Nos van a caer seis meses de trabajos comunitarios como mínimo —murmuro, mirando mis uñas rosa fosforito.

—Valdrá la pena solo por haber visto la cara de ese estirado cuando la fuente ha explotado —Mía se ríe con más fuerza—. ¡Dios! ¿Has visto cómo se le ha quedado el traje?

Y justo en ese momento, como si lo hubiéramos invocado, la puerta de la sala se abre y aparece él.

Javier Montenegro.

Incluso cubierto de manchas rosas, con el pelo revuelto y cara de querer asesinar a alguien (a mí, concretamente), está para comérselo. Es absurdamente injusto. Su traje de tres mil euros —que lo sé porque googleé la marca después

de nuestro primer encuentro— está salpicado de rosa, pero en lugar de parecer ridículo, parece un maldito modelo de moda vanguardista.

Nuestras miradas se encuentran. Sus ojos grises con ese aro verde que descubrí la primera noche brillan con algo peligroso. Da tres pasos hacia mí, calculados y precisos, como todo lo que hace.

—Sabes que esto no ha terminado, ¿verdad? —dice en voz baja, solo para mis oídos—. Lo que he dicho antes sigue en pie.

Y se da la vuelta, dejando tras de sí un rastro de olor a sándalo y bergamota que debería estar prohibido en un hombre tan insufrible.

Mía suelta un silbido bajo.

—Creo que le gustas.

Le doy un codazo que solo provoca más risas.

Quizás te estés preguntando qué narices me ha llevado hasta aquí, sentada en una comisaría a las dos de la madrugada, con restos de tinte rosa hasta en las cejas y con un enemigo que parece sacado de una revista de GQ.

Pues toma asiento, que te lo voy a contar.

Pero desde ya te advierto que: todos mis actos son... cuestionables. En mi defensa diré que él es un capullo integral con cuerpo de dios griego y una sonrisa que debería requerir licencia de armas. Y no, no tengo toda la culpa.

La culpa es del verano. Del maldito y maravilloso verano que lo cambió todo.

Y quizás, solo quizás, también es un poco culpa mía.

CAPÍTULO 1

JAVIER

El amanecer se filtra entre las cortinas de mi apartamento en Madrid cuando termino la última frase. Cierro el cuaderno de cuero negro con más fuerza de la necesaria y lo guardo en el cajón con llave de mi escritorio. Nadie sabe que existe. Nadie sabe que escribo.

Me froto los ojos cansados. Otra noche sin dormir. Otra historia que nunca verá la luz.

Mi móvil vibra con la precisión de un metrónomo: 5:30 AM. Hora de entrenar.

A las 8:45 estoy perfectamente afeitado, con un traje azul marino hecho a medida y el pelo todavía húmedo de la ducha cuando entro en el ascensor privado que lleva al despacho de mi padre. La secretaria, Carmela, me dedica una sonrisa tensa. Mal presagio.

—Tu hermano ya está dentro —me informa, confirmando mis sospechas.

Si mi padre ha convocado a Enzo a una reunión matutina, el asunto es grave. Mi hermano considera que cualquier hora antes del mediodía es «ofensivamente temprana».

Respiro hondo y entro.

Enzo está desparramado en uno de los sillones de cuero, con aspecto de haber dormido con la ropa puesta. Aun así, consigue parecer como si estuviera posando para una campaña de whisky caro. Tiene el pelo castaño revuelto en lo que las revistas llamarían «despeinado estratégico» y una barba de tres días que, a diferencia de la mía, no parece descuidada sino deliberada.

—¡El heredero ha llegado! —exclama con falso entusiasmo, levantando su taza de café como si brindara—. Por fin podemos empezar la ejecución.

Mi padre, Alejandro Montenegro, no sonríe. Nunca lo hace antes de cerrar un negocio. Está de pie junto al ventanal que domina el skyline de Madrid, con las manos en la espalda. A sus sesenta y dos años, sigue teniendo la postura rígida de un militar y la mirada calculadora de un tiburón.

—Siéntate, Javier —ordena sin volverse.

Obedezco, colocándome frente a su escritorio color caoba. El silencio se extiende deliberadamente. Es una de sus tácticas: hacer que la gente se sienta incómoda antes de soltar la bomba.

—¿Sabes por qué Montenegro Hotels ha llegado donde está? —pregunta finalmente.

Es una pregunta retórica. He escuchado esta introducción cientos de veces.

—Porque nunca perdemos una oportunidad —recito.

—Exacto —se gira y nos mira alternativamente—. Y tenemos dos oportunidades cruciales frente a nosotros. Dos oportunidades que mis hijos van a aprovechar.

Enzo pone los ojos en blanco de forma casi imperceptible. Yo mantengo mi expresión neutra.

Mi padre se sienta y desliza dos carpetas sobre la mesa. Una hacia mí, otra hacia Enzo.

—Marbella Grand Resort —dice, señalando mi carpeta—. Nuestro buque insignia en la costa. Facturación de veintiocho millones el año pasado. Podría ser cuarenta si tuviéramos el terreno adyacente.

Abro la carpeta. Hay fotos aéreas del resort y, junto a él, un pequeño hotel pintado de azul pálido con un jardín exuberante.

—Villa Azul —continúa mi padre—. Un hotel boutique de apenas veinte habitaciones en la mejor ubicación de la playa. Propiedad de una tal Valentina Ruiz, que lo heredó de su abuela hace dos años.

—Y quieres que lo compremos —concluyo.

—Quiero que tú lo compres, Javier. Serás el nuevo director del Marbella Grand Resort.

Enzo suelta una carcajada.

—¿Javier en Marbella? ¿En verano? Se derretirá como un helado. O peor, seguirá llevando trajes completos en la playa.

Lo ignoro, concentrándome en las implicaciones. Director del resort más importante del grupo. Es el paso lógico antes de...

—Si consigues esa propiedad antes de septiembre —continúa mi padre—, el puesto de CEO será tuyo cuando me retire el próximo año.

Ahí está. El premio que llevo persiguiendo toda mi vida adulta.

—¿Y si no lo consigo? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Entonces reconsideraré mis opciones.

Sus opciones. Como si yo fuera una inversión más en su cartera.

—Esa pequeña propietaria está al borde de la quiebra —añade, restándole importancia con un gesto—. No debería ser difícil convencerla, aunque ha demostrado ser bastante terca.

Asiento, aunque algo en la forma despectiva en que lo dice me molesta. Aparto la sensación. Los negocios son negocios.

—¿Y yo qué? —interviene Enzo, que ha estado inusualmente callado—. ¿También me mandas a algún destino turístico a torturar a alguna ancianita?

Mi padre sonríe por primera vez, pero es una sonrisa que no augura nada bueno.

—Tú, Lorenzo, tienes una misión aún más importante.

Enzo se tensa visiblemente. Nadie lo llama por su nombre completo excepto nuestro padre cuando está a punto de arruinarle la vida.

—Te casarás con París Leighton en septiembre.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse. La taza de café de Enzo queda suspendida a medio camino de sus labios.

—¿Disculpa? —su voz suena estrangulada.

—París Leighton. La heredera de Leighton International Hotels. Su padre y yo llevamos negociando la fusión seis meses. El matrimonio sellará el acuerdo.

Enzo se pone de pie tan bruscamente que derrama café sobre su camisa.

—¿Estamos en el puto siglo XV? ¿Un matrimonio concertado? Tienes que estar de coña.

—Siéntate —la voz de mi padre es gélida—. Ya conoces a París. Habéis coincidido en eventos.

—¡Una vez! En la gala de Milán. Intercambiamos diez palabras.

—Suficiente para empezar. Es inteligente, hermosa, de buena familia. Cualquier hombre estaría encantado.

—¡Pues cásate tú con ella! —Enzo está furioso, pero hay algo más en su expresión. Pánico.

Intervengo antes de que la situación se descontrole más.

—¿No hay otra forma de cerrar la fusión?

Mi padre me mira como si acabara de sugerir que vendiéramos todos los hoteles para abrir un puesto de perritos calientes.

—El viejo Leighton es tradicional. Quiere garantías de que su hija tendrá un lugar destacado en la empresa resultante. Un lugar que solo el matrimonio puede asegurar.

Enzo se pasa la mano por el pelo, despeinándolo aún más.

—No voy a casarme con una desconocida por un puto acuerdo comercial.

—Lo harás —la voz de mi padre no admite réplica—. O puedes irte olvidando de tu puesto en la empresa, de tu fideicomiso y de tu estilo de vida. Elige.

Miro a mi hermano. Bajo su fachada de rebelde sin causa, sé que está tan atrapado como yo en la telaraña de expectativas de nuestro padre. La diferencia es que él al menos lo intenta combatir.

—¿Y si ella no quiere? —pregunta Enzo, aferrándose a un clavo ardiendo.

Mi padre sonríe con suficiencia.

—Ya ha aceptado.

Enzo palidece visiblemente. Se hunde de nuevo en el sillón, derrotado.

—Tienes tres meses para conquistarla adecuadamente —continúa nuestro padre—. La boda será el último fin de semana de septiembre. Coincidirá con el anuncio de la fusión y —me mira— con la ampliación del Marbella Grand Resort, si tu hermano cumple su parte.

Se levanta, dando por terminada la reunión.

—Os trasladaréis a Marbella esta semana. Tú para tomar el mando del resort —me señala— y tú para supervisar los preparativos de la boda, que se celebrará allí —señala a Enzo—. Carmela os ha preparado toda la documentación necesaria.

Cuando salimos del despacho, Enzo está tan furioso que prácticamente vibra. Espera hasta el ascensor para explotar.

—¡Una puta boda concertada! ¿Quién se cree que es? ¿Un marajá?

Lo miro, sintiendo una mezcla de compasión y envidia. Al menos a él le queda capacidad de indignación.

—Podría ser peor —digo, intentando aligerar el ambiente—. París es guapa.

—París es una arpía ambiciosa con la calidez emocional de un iceberg —replica—. La recuerdo perfectamente de Milán.

Las puertas del ascensor se abren en el vestíbulo.

—¿Vas a hacerlo? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

Enzo sonríe, pero es esa sonrisa amarga que reserva para los momentos realmente jodidos.

—¿Tengo opción? —se ajusta las gafas de sol, aunque estamos dentro—. La verdadera pregunta es: ¿vas tú a quitarle su hotel a esa pobre chica que está al borde de la quiebra?

La pregunta me golpea más fuerte de lo que esperaba. Por un segundo, el recuerdo de lo que escribí esta madrugada parpadea en mi mente: una historia sobre un hombre que finalmente encuentra el valor para elegir su propio camino.

—Los negocios son negocios —respondo automáticamente.

—Por supuesto —Enzo me da una palmada en el hombro—. El deber ante todo, ¿verdad, hermano? Como siempre.

Se aleja hacia la salida, dejándome con un sabor amargo en la boca.

Miro la carpeta en mis manos. Villa Azul. Valentina Ruiz.

«No debería ser difícil convencerla», había dicho mi padre.

Por alguna razón, tengo la sensación de que se equivoca.

CAPÍTULO 2

VALENTINA

—¡Maldita sea! —grito cuando la llave inglesa resbala por tercera vez y mis nudillos chocan contra la tubería.

Estoy tumbada bajo el fregadero de la cocina del hotel, con medio cuerpo metido en un armario que huele a humedad y productos de limpieza. Mi camiseta está empapada, tengo el pelo recogido en un moño desastroso y acabo de romperme una uña intentando arreglar esta tubería del demonio.

Hay días en que me pregunto si mi abuela me hizo un favor o me jugó una mala pasada al dejarme Villa Azul. Hoy es definitivamente uno de esos días.

—¿Necesitas ayuda o solo estás teniendo una conversación privada con las cañerías? —la voz de Mía resuena desde la puerta de la cocina.

—Necesito un fontanero profesional, pero como no podemos permitírnoslo... —dejo la frase en el aire y vuelvo a atacar la tubería.

—Podrías llamar a ese tío de la inmobiliaria que no deja de acosarte con ofertas —sugiere Mía, y puedo sentir su sonrisa socarrona sin verla—. Seguro que estaría encantado de «inspeccionar tus tuberías».

—Muy graciosa.

Doy un último giro a la llave y, milagrosamente, la fuga se detiene. Salgo arrastrándome del armario con la dignidad de una cucaracha en una discoteca iluminada.

Mía me mira apoyada en la encimera, con su uniforme de chef impecable y el mechón azul de su pelo perfectamente peinado. A su lado, parezco una náufraga.

—¿Recuerdas cuando tu mayor preocupación era elegir filtro para Instagram? —pregunta, ofreciéndome una taza de café.

—En otra vida —respondo, aceptando la taza como si fuera el Santo Grial —. ¿Sabes qué me dijo la abuela cuando me mostró cómo arreglar esto? «Valentina, una mujer debe saber tres cosas: cocinar algo que impresione, arreglar lo que se rompa y mandar a la mierda a quien se lo merezca».

Mía suelta una carcajada.

—Doña Isabel, la feminista que no sabía que lo era.

El recuerdo de mi abuela me provoca una sonrisa. Ella nunca habría permitido que Villa Azul se hundiera. Pero claro, ella tampoco habría confiado en un novio que resultó ser un estafador profesional con un talento especial para vaciar cuentas bancarias.

—Vamos arriba —dice Mía, interrumpiendo mis pensamientos—. El atardecer está increíble y he preparado sangría.

La sigo por las escaleras de servicio hasta la terraza. El hotel está tranquilo; solo tenemos ocupadas ocho de las veinte habitaciones, y la mayoría de los huéspedes están en la playa o cenando fuera. Otro mal dato para la contabilidad.

La terraza de Villa Azul es, sin duda, el corazón del hotel. Mi abuela diseñó este espacio como una extensión del cielo: suelos de terracota desgastada, buganvillas trepando por las paredes encaladas, y una vista panorámica del Mediterráneo que quita el aliento. Ni siquiera el gigantesco Marbella Grand Resort, que se alza a menos de quinientos metros como un recordatorio constante de nuestra insignificancia, puede estropear esta vista.

Nos sentamos en los viejos sillones de mimbre. Mía sirve la sangría en copas de cristal tallado que pertenecieron a mi bisabuela.

—Por el último verano de Villa Azul —brinda con una sonrisa triste.

—No digas eso —protesto, aunque las cifras en mi ordenador cuentan una historia diferente—. Encontraremos una solución.

—Val, llevas dos años buscando esa solución.

—Y la encontraré —insisto, con más convicción de la que siento—. No voy a vender este lugar para que lo conviertan en otro bloque de apartamentos de lujo o en una extensión de ese... monstruo.

Señalo con la barbilla hacia el Marbella Grand Resort, con sus doce plantas de cristal y acero que brillan bajo el sol poniente como un espejismo de riqueza. Desde que lo construyeron, nuestras reservas han caído en picado. ¿Cómo competir con cinco piscinas, tres restaurantes con estrellas Michelin y un spa de dos mil metros cuadrados?

—No es solo un edificio, Mía. Es todo lo que mi abuela construyó. Es donde aprendí a nadar, donde celebré todos mis cumpleaños, donde...

—Donde te pidió matrimonio el capullo de Rodrigo —me interrumpe Mía.

—Gracias por el recordatorio.

Rodrigo. Mi ex. El hombre que me propuso matrimonio en esta misma terraza, con un anillo de compromiso pagado, según descubrí después, con mi propio dinero. El mismo que desapareció con mis ahorros y me dejó con una deuda que aún estoy pagando.

—Solo digo que no puedes aferrarte a este lugar por pura nostalgia —continúa Mía, más suave—. A veces hay que saber cuándo rendirse.

—¿Como tú te rendiste con Carolo después de que te engañara con una de tus amigas? —contraataco.

Mía levanta las manos en señal de rendición.

—Touché. Somos un par de imbéciles enamoradas de las causas perdidas.

Nos quedamos en silencio, contemplando cómo el sol se hunde en el mar, tiñendo el cielo de naranjas y rosas imposibles. Abajo, en la pequeña piscina rodeada de olivos centenarios, el señor García, nuestro huésped más fiel, nada sus habituales veinte largos vespertinos.

—¿Sabes qué es lo peor? —digo finalmente—. Que cada vez que rechazo una oferta de compra, pienso en lo que diría mi ex. «Eres demasiado

sentimental, Valentina. Los negocios son negocios».

—Y por eso mismo deberías mantener este lugar —responde Mía—. Para demostrar que se puede triunfar siendo sentimental.

La puerta de la terraza se abre y aparece el señor García, con su bañador vintage y su toalla al hombro. A sus setenta y tantos, tiene más vitalidad que yo.

—Señoritas, me retiro por hoy —anuncia con su acento madrileño—. Ha sido, como siempre, un placer.

—¿Seguro que no quiere quedarse a cenar, don Manuel? —ofrezco—. Mía ha preparado su gazpacho especial.

—Tentador, pero he quedado con mi hijo y su familia en el puerto —sonríe, revelando arrugas alrededor de sus ojos—. Volveré el próximo verano, como siempre. Este lugar tiene alma, no como ese monstruo de cemento —señala hacia el resort con un gesto despectivo—. Aquí se respira vida.

Cuando se marcha, siento un nudo en la garganta. Si vendemos, ¿dónde pasará sus veranos el señor García? ¿Dónde irán todos nuestros clientes habituales, los que vienen por el trato familiar y no por el glamour artificial?

—Necesitamos emborracharnos —declara Mía de repente, sirviéndonos más sangría—. Seriamente. Esta noche.

—Tengo que revisar las reservas y las cuentas, y mañana...

—Mañana seguiremos siendo pobres y estaremos más cerca de la quiebra —me interrumpe—. Pero esta noche podemos fingir que somos veinteañeras sin preocupaciones. Solo una noche, Val. Antes de que el verano nos devore vivas.

La miro, con su mechón azul y su sonrisa desafiante. Mía dejó un trabajo en un restaurante con estrella Michelin en Madrid para venir a ayudarme cuando todo se derrumbó. Si ella no se ha rendido conmigo, ¿cómo puedo rendirme yo?

—Vale —acepto finalmente—. Una noche. Pero nada de ligues tristes ni de acabar bailando Macarena en la barra.

—No prometo nada —ríe, levantándose de un salto—. Ponte ese vestido verde que te hace parecer una diosa griega. Nos vamos al Sunset Beach Club.

Mientras la veo desaparecer por las escaleras, mi mirada se desvía hacia el resort. Las luces comienzan a encenderse, creando un espectáculo de riqueza y éxito. Por un momento, siento una punzada de envidia mezclada con rabia.

«Que se jodan», pienso, apurando mi copa. Esta noche no seré la propietaria al borde de la quiebra de Villa Azul. Seré solo Valentina, una chica sin preocupaciones que va a bailar hasta olvidar que mañana existe.

El último verano de Villa Azul acaba de empezar. Y pienso vivirlo como si no hubiera un mañana.

Porque, para el hotel, quizás no lo haya.

CAPÍTULO 3

JAVIER

Llevo exactamente cuatro horas y veintitrés minutos en Marbella cuando mi hermano irrumpe en mi suite del Marbella Grand Resort como un huracán con nombre propio.

—Esto es una intervención —anuncia Enzo, ignorando completamente mi expresión de fastidio mientras coloco metódicamente mis trajes en el amplio vestidor.

La suite presidencial del resort es impresionante incluso para mis estándares: doscientos metros cuadrados de lujo minimalista con vistas panorámicas al Mediterráneo, mármol italiano en los baños y una terraza privada con jacuzzi. Debería sentirme satisfecho. En cambio, me siento como si estuviera en otro hotel anónimo más, otro espacio temporal que nunca será realmente mío.

—Estoy ocupado —respondo, continuando con mi ritual de organización. Camisas blancas a la izquierda, azules y grises al centro, el resto a la derecha. Todo perfectamente alineado, como me gusta tener mi vida.

Enzo se deja caer en la cama king size, arrugando deliberadamente el edredón que acabo de alisar.

—Llevas aquí menos de cinco horas y ya has inspeccionado cada rincón del resort, has tenido dos reuniones con el personal y has reorganizado tu agenda para las próximas tres semanas —enumera, mirándome con esa expresión entre divertida y preocupada que reserva solo para mí—. A este ritmo, tendrás un infarto antes de los cuarenta. Vamos a tomar algo.

—Algunos tenemos responsabilidades —replico, colgando cuidadosamente una americana—. No todos podemos permitirnos el lujo de vivir como si cada día fuera una fiesta.

—Y algunos necesitan que les recuerden que están vivos —contraataca, incorporándose—. Veinticuatro horas, Javi. Te estoy pidiendo veinticuatro miserables horas antes de que te conviertas oficialmente en el robot que padre quiere que seas.

Suspiro, reconociendo el patrón. Desde que éramos niños, Enzo ha sido mi contrapeso, el caos que equilibra mi orden. Y aunque jamás lo admitiría en voz alta, a menudo necesito ese caos.

—Una copa —concedo finalmente, cerrando el armario—. Una sola copa y volvemos.

Su sonrisa victoriosa me hace arrepentirme instantáneamente.

—¡Perfecto! —exclama, levantándose de un salto—. Y ni se te ocurra ponerte uno de esos trajes funerarios. Es verano en Marbella, no un consejo de administración en Helsinki.

Tres horas después estoy en el Sunset Beach Club, sintiéndome ridículamente fuera de lugar con unos vaqueros oscuros y una camisa de lino que Enzo prácticamente me obligó a ponerme. («No puedes ir a un club de playa con traje, por el amor de Dios»). Al menos conseguí negarme a desabrocharme más de dos botones, a pesar de sus protestas de que «nadie ligará contigo si pareces un mormón de vacaciones». No quiero que nadie ligue conmigo, eso es lo que no entiende.

El lugar está abarrotado, una mezcla de turistas, locales y esa categoría ambigua de personas que parecen vivir en una eterna vacación. La música retumba a un volumen que hace imposible cualquier conversación que no implique gritar directamente al oído del interlocutor. Exactamente el tipo de ambiente que evito conscientemente.

Enzo desaparece entre la multitud apenas diez minutos después de llegar, no sin antes encargarme que «por favor, intentes divertirte aunque te duela». Me

refugio en la barra, pidiendo un whisky single malt que el camarero sirve con demasiado hielo.

Observo el lugar con ojo crítico, evaluando automáticamente lo que funciona y lo que no desde una perspectiva empresarial. La iluminación es inteligente, creando la ilusión de intimidad en un espacio abarrotado. La distribución maximiza el flujo de personas hacia la barra. El personal es atractivo y eficiente. Si fuera uno de nuestros establecimientos, estaría satisfecho con la operación.

Y entonces, como si alguien hubiera ajustado el enfoque de una cámara, todo lo demás se desvanece.

Hay una mujer bailando en el centro de la pista, no con la precisión calculada de quien sabe que le observan, sino con el abandono de alguien que siente la música en cada célula de su cuerpo. Lleva un vestido verde esmeralda que fluye a su alrededor como agua viva, revelando y ocultando alternativamente unas curvas que hacen que mi garganta se seque de repente. Su cabello castaño, salvaje y con reflejos dorados bajo las luces, enmarca un rostro que no puedo dejar de mirar.

No es convencionalmente perfecta. Es algo infinitamente mejor: es real. Auténtica. Viva.

Hace tanto tiempo que no siento esta atracción inmediata por alguien que casi he olvidado cómo se siente. El último año ha sido una sucesión interminable de citas arregladas con mujeres «adecuadas» para un futuro CEO: sofisticadas, calculadoras, perfectamente compatibles con la imagen corporativa. Ninguna me ha hecho sentir ni una fracción de lo que siento ahora, observando a esta desconocida bailar como si el mundo fuera a acabarse mañana y esta fuera su última oportunidad de celebrar estar viva.

Ella abre los ojos y, por un segundo que parece extenderse eternamente, nuestras miradas se cruzan. Sonríe, no a mí específicamente, sino al mundo en

general, y vuelve a perderse en la música. Pero ese breve contacto visual me deja inexplicablemente alterado.

—Te va a dar tortícolis si sigues mirando así —la voz de Enzo me sobresalta. Ha aparecido a mi lado con una copa y una sonrisa conocedora que me irrita profundamente—. ¿Quién es la afortunada que ha conseguido que el gran Javier Montenegro parezca un adolescente en su primera fiesta?

—No sé de qué hablas —miento, agarrando mi copa para tener algo que hacer con las manos.

—Por favor —se ríe—. Te conozco desde que llevabas pañales, hermano. La estás mirando como si fuera agua en el desierto. ¿La de verde? Buen gusto. Parece divertida. Todo lo contrario a tu tipo habitual.

—No tengo un «tipo habitual» —protesto, aunque ambos sabemos que miento.

—Claro que sí. Mujeres que podrían trabajar para la ONU. Serias, profesionales, con el carisma de una tostadora. La última, ¿cómo se llamaba? ¿Victoria? Tenía la personalidad de un informe financiero.

Estoy a punto de responder cuando la veo dirigirse hacia la barra. Viene directamente hacia nosotros, o más bien, hacia el espacio libre junto a mí. Es más pequeña de lo que parecía en la pista, apenas me llega al hombro. De cerca, noto detalles que desde lejos eran imposibles de apreciar: pecas doradas salpicando su nariz y mejillas, ojos color miel con motas verdosas, labios naturalmente rosados que no necesitan maquillaje.

—¡Dos mojitos, por favor! —le grita al camarero por encima de la música, y su voz tiene un tono cálido y vibrante que parece la banda sonora perfecta para su apariencia.

Se gira y me mira directamente, pillándome in fraganti. En lugar de apartar la mirada, como haría cualquier persona con un mínimo de compostura, me

sostiene la mirada y sonríe. Una sonrisa que parece decir «te he pillado, pero no me importa».

—Hola —dice simplemente, como si nos conociéramos de toda la vida.

—Hola —respondo, y me sorprendo a mí mismo devolviéndole la sonrisa sin el filtro habitual que interpongo entre yo y el resto del mundo.

Enzo me da un codazo nada sutil y murmura algo sobre «dejaros solos» antes de desaparecer entre la multitud, no sin antes guiñarme un ojo como si tuviéramos quince años.

Cuando estemos solos voy a matarlo.

Nos quedamos en un extraño silencio que, sorprendentemente, no resulta incómodo. Ella me observa con una curiosidad franca que encuentro desconcertante y refrescante a partes iguales.

—¿Te han pedido el carnet para entrar? —le pregunto antes de poder filtrar mis palabras, algo que jamás me ocurre.

Sus ojos se abren con sorpresa y luego suelta una carcajada que suena como música por encima del ruido ambiental.

—¿Me estás llamando bajita o menor de edad? —pregunta, con una mano en la cadera en gesto de falsa indignación.

—Ambas —admito, y me sorprendo de nuevo. ¿Desde cuándo bromeo con desconocidas en bares? ¿Desde cuándo bromeo, punto?

—Para tu información, tengo veintinueve años y mido exactamente un metro sesenta y dos —responde, irguiéndose cómicamente para ganar un centímetro imposible—. Y tú pareces demasiado serio para estar en un sitio como este. ¿Te han secuestrado?

—Algo así —confieso, pensando en Enzo y sus «intervenciones»—. Mi hermano cree que necesito «divertirme».

—¿Y no es así? —pregunta, inclinando ligeramente la cabeza. Un gesto que no debería ser tan cautivador como resulta.

—La diversión está sobrevalorada —respondo, cayendo en mi patrón habitual de distancia profesional.

—Y la seriedad infravalorada, supongo —replica con una sonrisa que desarma mis defensas sin esfuerzo—. Déjame adivinar: ¿abogado? ¿Banquero? ¿Ejecutivo de algún tipo que pasa más tiempo con su agenda que con personas reales?

Su perspicacia me desconcierta. ¿Tan transparente soy?

—Algo así —repito, sin querer entrar en detalles. La experiencia me ha enseñado que revelar mi posición suele cambiar la dinámica de cualquier interacción.

El camarero coloca los dos mojitos frente a ella. Cuando va a cogerlos, nuestras manos se rozan accidentalmente. Una corriente eléctrica me recorre el brazo, subiendo hasta mi nuca y bajando por mi columna vertebral. Por su expresión momentáneamente sorprendida, sé que ella también lo ha sentido.

—Lo siento —murmuramos al unísono, y luego nos reímos, creando un extraño momento de complicidad que se siente inexplicablemente íntimo en medio de este caos.

—Soy Valentina —dice, ofreciéndome su mano deliberadamente esta vez, como un desafío.

—Javier —respondo, estrechándola. Su mano es pequeña y cálida en la mía, con dedos sorprendentemente fuertes para su tamaño. Me descubro reteniéndola un segundo más de lo necesario, absorbiendo la sensación.

—¿Estás de vacaciones, Javier? —pregunta, y hay algo en la forma en que pronuncia mi nombre, arrastrando ligeramente la *r*, que me gusta demasiado.

—Trabajo —respondo automáticamente—. Me acabo de mudar aquí. ¿Y tú?

—Yo vivo aquí —dice, y por un momento me parece ver una sombra cruzar su rostro—. Todo el año.

—Debe ser agradable —comento, imaginándola caminando descalza por la playa cada mañana, con el pelo revuelto por la brisa marina

No sé por qué esa imagen me golpea con tanta fuerza.

—Lo es —asiente, y luego añade con una sonrisa enigmática—: Aunque a veces el paraíso también tiene serpientes.

La frase me intriga, pero antes de que pueda indagar, continúa:

—¿A qué te dedicas exactamente?

La pregunta me tensa instantáneamente. Si le digo que soy el nuevo director del Marbella Grand Resort, esta conversación podría tomar un rumbo diferente. La gente siempre cambia cuando descubre a qué me dedico, o peor, quién es mi padre.

—Gestión hotelera —respondo vagamente, esperando que no pida detalles —. ¿Y tú?

—Un poco de todo —sonríe enigmáticamente, jugando con la pajita de su mojito—. Principalmente sobrevivir.

Hay algo en su tono que me intriga. No es la respuesta típica, ensayada, que suelo recibir en estas situaciones. Me hace querer saber más, entender qué hay detrás de esa frase aparentemente casual.

—¿Has leído «El amor en los tiempos del cólera»? —pregunta de repente, cambiando de tema con una naturalidad que me descoloca.

La pregunta me golpea como una revelación. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me preguntó por un libro en un contexto social? ¿Cuándo fue la última vez que tuve una conversación que no girara en torno a negocios, adquisiciones o estrategias corporativas?

—Es uno de mis favoritos —confieso, sorprendido por mi propia sinceridad—. «La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio logramos sobrellevar el pasado».

Sus ojos se iluminan como si acabara de ofrecerle un regalo inesperado.

—¡Exacto! —exclama con un entusiasmo contagioso—. Mi abuela tenía esa frase enmarcada en su habitación. Siempre decía que García Márquez entendía mejor a las mujeres que la mayoría de los hombres reales.

—Tu abuela suena como una mujer sabia —comento, genuinamente interesado.

—Lo era —responde, y noto un toque de melancolía en su voz que me hace querer conocer esa historia—. Me enseñó casi todo lo que sé sobre lo que realmente importa en la vida.

—¿Y qué es lo que realmente importa? —pregunto, inclinándome ligeramente hacia ella para escucharla mejor entre el ruido.

Me mira con una intensidad sorprendente, como si estuviera evaluando si merezco una respuesta sincera.

—Crear lugares donde la gente se sienta en casa —dice finalmente—. Espacios donde las personas recuerden quiénes son realmente, más allá de las máscaras que todos llevamos.

Su respuesta me deja momentáneamente sin palabras. Es lo último que esperaba escuchar en un club atestado de gente, y sin embargo, resuena en mí de una forma que no puedo explicar. Me recuerda a lo que escribo en mis cuadernos a altas horas de la madrugada, cuando me permito ser quien realmente soy.

Antes de que pueda responder, una mujer con un mechón azul eléctrico en el pelo aparece a su lado. Nos mira alternativamente con una expresión entre curiosa y divertida.

—Val, hay que irnos —dice, lanzándome una mirada evaluadora que me hace sentir extrañamente expuesto—. Carmen acaba de llamar. El señor Jiménez dice que no tiene agua caliente en su habitación.

Valentina suspira, una mezcla de resignación y disculpa en su expresión.

—El deber me llama —me dice con una sonrisa que parece genuinamente arrepentida—. Ha sido un placer conocerte, Javier.

—Igualmente —respondo, sorprendido por la intensidad de mi decepción ante su partida inminente.

Hay mil preguntas que quiero hacerle. Mil cosas que quiero saber sobre ella. Y por primera vez en años, ninguna de esas preguntas tiene que ver con negocios o estrategias.

La veo alejarse, con su vestido verde ondeando a su alrededor como una promesa de algo que no puedo nombrar. Justo antes de desaparecer entre la multitud, se gira y me sonríe una última vez, un gesto que parece decir «esto no ha terminado».

Y por primera vez desde que llegué a Marbella, siento que quizás este verano no será exactamente lo que había planeado.

VALENTINA

El aire nocturno de Marbella me golpea como una caricia después del calor sofocante del club. Respiro profundamente, intentando aclarar mi mente que parece atrapada en una niebla de ojos grises con un aro verde hipnótico y una voz que sonaba como terciopelo oscuro.

—Vale, suéltalo ya —Mía me mira con esa expresión que significa que no me dejará en paz hasta que confiese—. ¿Quién era ese tío y por qué parecías a punto de comértelo con los ojos?

—No estaba a punto de comerme a nadie —protesto débilmente mientras caminamos por el paseo marítimo en dirección a Villa Azul—. Solo era un turista interesante.

—¿Un turista? ¿Con esa pinta? Por favor —suelta una carcajada incrédula —. Ese hombre gritaba «tengo una cuenta en Suiza y propiedades en tres continentes» por cada poro. Y tú estabas prácticamente babeando.

—¡No estaba babeando! —exclamo, aunque siento el calor subir a mis mejillas—. Solo estábamos hablando de García Márquez.

Mía se detiene en seco, mirándome como si acabara de anunciar que me uno a un convento.

—¿Me estás diciendo que te encuentras con el hombre más sexy que ha pisado Marbella este verano y os ponéis a hablar de LITERATURA? —pronuncia la última palabra como si fuera una enfermedad contagiosa—. Dios mío, eres un caso perdido, Valentina Ruiz.

No puedo evitar reírme. Tiene razón, por supuesto. ¿Quién habla de libros en un club de playa con un desconocido atractivo? Pero había algo en él, una intensidad contenida bajo esa fachada seria, que me hizo querer ver más allá de la superficie.

—Se llama Javier —confieso finalmente—. Y sí, parecía bastante... formal.

—«Formal» es un eufemismo. Estaba tan rígido que pensé que tenía una escoba metida por el...

—¡Mía! —la interrumpo, aunque no puedo contener la risa—. No estaba tan mal. De hecho, cuando sonreía...

Me detengo, recordando esos breves momentos en que su expresión seria se transformaba completamente. Era como ver a otra persona emerger brevemente, alguien con una luz interior que me resultó irresistiblemente atractiva.

—Oh. Dios. Mío —Mía pronuncia cada palabra lentamente, con los ojos abiertos como platos—. Te gusta.

—No seas ridícula —respondo demasiado rápido—. Ni siquiera lo conozco.

—No has mirado así a nadie desde... bueno, desde antes del Capullo Supremo —dice, refiriéndose a mi ex como siempre lo hace—. Y eso que te he presentado a media docena de tíos perfectamente aceptables el último año.

—Ninguno de ellos citaba a García Márquez de memoria —murmuro, más para mí misma que para ella.

Mía suelta un suspiro exagerado.

—Solo tú podrías considerar eso un afrodisíaco. En fin, ¿te dio su número? ¿Quedasteis para veros?

La pregunta me devuelve a la realidad. No, no intercambiamos números. No quedamos para vernos. Fue solo un encuentro casual, uno de esos momentos fugaces que parecen significativos solo porque ocurren en la noche, con música de fondo y el efecto desinhibidor de un par de copas.

—No —respondo, sintiendo una punzada de decepción—. Pero dijo que se acaba de mudar aquí por trabajo. Algo relacionado con hoteles.

—Marbella está llena de hoteles —señala Mía mientras retomamos el camino—. Aunque con esa pinta, seguro que trabaja en alguno de los de cinco estrellas. Quizás en el Puente Romano o en... —se detiene abruptamente, mirándome con horror—. Por favor, dime que no trabaja en el Monstruo.

El Monstruo. Nuestro apodo para el Marbella Grand Resort, el gigantesco hotel que ha estado lentamente asfixiando a Villa Azul desde que abrió sus puertas.

—No lo sé —respondo honestamente—. No entramos en detalles.

—Mejor así —asiente Mía—. Lo último que necesitas es enamorarte de alguien que trabaja con el enemigo.

Sus palabras me provocan una risa que suena más nerviosa de lo que me gustaría.

—¿Enamorarme? Por favor. Fue una conversación de diez minutos en un bar.

Pero mientras caminamos el resto del trayecto hacia Villa Azul, no puedo evitar pensar en sus ojos, en cómo su mirada parecía querer ver más allá, en la

forma en que nuestras manos se rozaron y sentí una corriente eléctrica recorrerme entera.

Y aunque intento negármelo, una parte de mí espera volver a encontrármelo. Una parte de mí que no había despertado desde que Rodrigo destrozó mi confianza y mis sueños de un solo golpe.

Cuando llegamos a Villa Azul, el señor Jiménez nos espera en recepción con cara de pocos amigos, quejándose de la caldera y de cómo «en el resort grande esto no pasaría». Le sonrío automáticamente, prometiéndole que lo solucionaremos de inmediato, mientras Mía va en busca de herramientas.

La noche que había comenzado como un paréntesis, un breve respiro de nuestros problemas, termina como tantas otras: yo, con las manos llenas de grasa, intentando arreglar una caldera caprichosa mientras Mía sostiene una linterna y me pasa herramientas.

CAPÍTULO 4

JAVIER

La sala de juntas del Marbella Grand Resort tiene vistas panorámicas al Mediterráneo, pero apenas las noto mientras reviso los informes financieros del último trimestre. O al menos, intento revisarlos. Mi mente insiste en desviarse hacia unos ojos color miel y un vestido verde ondeando en la pista de baile.

Es mi primera reunión oficial como director y no puedo permitirme distracciones. Especialmente no por una mujer que conocí durante diez minutos en un club.

—Como pueden ver en la página siete —continúa Claudia Herrera, la jefa de expansión, una mujer de cuarenta y tantos con un traje impecable y una eficiencia que aprecio—, la única barrera para alcanzar nuestros objetivos de crecimiento es la adquisición del terreno adyacente.

Todos los presentes asienten, como si estuvieran siguiendo un guion ensayado. Los seis ejecutivos del resort parecen clones corporativos, con sus trajes oscuros y expresiones estudiadamente serias. Me pregunto brevemente si yo tengo el mismo aspecto para los demás.

—Villa Azul —continúa Claudia, proyectando imágenes del pequeño hotel en la pantalla—. Veinte habitaciones, ocupación media del cuarenta por ciento en temporada alta. Según nuestros informes, está al borde de la quiebra.

Las fotos muestran un edificio de dos plantas pintado de un azul pálido, con buganvillas trepando por las paredes encaladas y una pequeña piscina rodeada de olivos. A pesar de mí mismo, tengo que admitir que tiene cierto encanto.

—Hemos hecho tres ofertas en los últimos dos años —prosigue Claudia—. Todas rechazadas. La propietaria del hotel es... difícil de convencer.

—¿Difícil? —interviene Raúl, el director financiero—. Es imposible. Le ofrecimos un millón y medio por una propiedad que vale la mitad y ni siquiera se dignó a negociar.

—¿Y si aumentamos la oferta? —sugiero, hojeando el informe frente a mí.

—Ya lo intentamos —responde Claudia—. Dos millones. Dijo que el hotel no está en venta «a ningún precio». Creo que es una cuestión personal, no económica.

—Todo tiene un precio —sentencio, cerrando la carpeta—. Iré personalmente a hablar con ella.

Claudia parece sorprendida.

—¿Está seguro, señor Montenegro? Podemos enviar a alguien del departamento legal.

—Quiero evaluar la propiedad yo mismo —la interrumpo—. A veces un enfoque directo es más efectivo.

La reunión termina poco después. Cuando todos salen, me quedo solo en la sala, mirando las fotos de Villa Azul en la pantalla. Hay algo en ese pequeño hotel que me intriga. Parece fuera de lugar y tiempo, como una reliquia de una Marbella que ya no existe, rodeada de torres de cristal y hormigón.

Me visto con especial cuidado, eligiendo un traje azul marino que, según Enzo, me hace parecer «casi humano». Es importante causar la impresión correcta. Esta adquisición no es solo un objetivo empresarial; es mi prueba de fuego. Mi oportunidad de demostrarle a mi padre que soy digno de sucederle.

Porque eso es lo que quiero, ¿verdad?

Me sacudo esa estúpida pregunta de la cabeza y me marcho.

Mientras el coche de la empresa me lleva hacia Villa Azul, intento concentrarme en los argumentos que utilizaré, en las cifras que ofreceré. Pero mi mente sigue desviándose hacia una sonrisa brillante y una voz que hablaba de García Márquez como quien habla de un viejo amigo.

Sacudo la cabeza, irritado conmigo mismo. Este no es momento para distracciones. Tengo un trabajo que hacer.

VALENTINA

—¡Cuidado con esas espinas! —advierto a Carmen, nuestra única camarera a tiempo completo, mientras coloco un ramo de buganvillas recién cortadas en el jarrón de la recepción.

El vestíbulo de Villa Azul huele a jazmín y a café recién hecho. Los rayos de sol se filtran por los ventanales formando patrones sobre el suelo de terracota desgastado. Es uno de esos momentos perfectos que me recuerdan por qué amo tanto este lugar, a pesar de todos los problemas.

—¿Otra vez soñando despierta? —la voz de Mía me sobresalta. Está apoyada en el mostrador de recepción con dos tazas de café—. Llevas toda la mañana con esa sonrisa boba.

—No sé de qué hablas —respondo, aunque puedo sentir el calor subiendo a mis mejillas.

—Por favor —pone los ojos en blanco mientras me ofrece una de las tazas —. No has parado de tararear canciones románticas desde que volvimos del club. Incluso le has dado los buenos días al señor Jiménez, que es prácticamente un milagro considerando cómo se quejó anoche.

Doy un sorbo al café para evitar responder. No quiero admitir que he pasado la mitad de la noche pensando en un hombre que probablemente ni recuerde mi nombre esta mañana.

—Es solo un buen día —digo finalmente—. Tenemos quince habitaciones ocupadas, el tiempo es perfecto y...

—Y estás pensando en el ejecutivo sexy del club —completa Mía con una sonrisa triunfal—. Admítelo, te gustó.

—Era interesante —concedo, recordando la intensidad de sus ojos grises cuando citó a García Márquez.

—«Interesante» —repite, haciendo comillas con los dedos—. Claro. Por eso casi te derrites mientras hablabas con él.

—¡Mía! —exclamo, pero no puedo evitar reírme—. Vale, era guapo. Y parecía... no sé, diferente. Como si llevara una máscara que no le quedaba del todo bien.

—O como si llevara demasiada ropa que le quedaría mejor en el suelo de tu habitación —sugiere con una sonrisa maliciosa.

Le doy un golpe en el brazo, fingiendo indignación, pero mi réplica queda interrumpida por la llegada de los Martínez, una pareja de ancianos que lleva viniendo a Villa Azul cada verano desde que mi abuela abrió el hotel.

—¡Buenos días, preciosas! —saluda el señor Martínez, tan galante como siempre a sus setenta y muchos—. ¿Qué tal está hoy la mujer más hermosa de Marbella?

—Muy bien, don Antonio —respondo con una sonrisa sincera—. ¿Van a la playa?

—Primero un paseo por el puerto —responde su esposa, ajustándose su sombrero de paja—. Y luego quizás nos atrevamos con un baño.

Charlamos unos minutos más antes de que se despidan. Es este tipo de interacciones lo que hace especial a Villa Azul. Conocemos a nuestros huéspedes por su nombre, recordamos sus preferencias, formamos parte de sus veranos año tras año.

—Por cierto —dice Mía cuando nos quedamos solas—, he estado pensando en…

Antes de que pueda responder, la puerta principal se abre y el tiempo parece detenerse.

Es él.

Javier.

El mundo a mi alrededor se difumina como si alguien hubiera vertido agua sobre un lienzo recién pintado. Mi corazón da un vuelco tan violento que casi puedo escucharlo retumbar contra mis costillas. ¿Cómo es posible? De todos los hoteles, de todos los lugares en Marbella... ¿cómo ha llegado precisamente a mi puerta?

Durante un segundo absurdo, me pregunto si lo he conjurado con mis pensamientos, si tantas horas recordando nuestra conversación han materializado al hombre que no he podido sacar de mi cabeza. Porque esto no puede ser una simple coincidencia. Es demasiado perfecto, demasiado... imposible.

Está aún más impresionante que anoche, si eso es posible. Lleva un traje azul marino que parece haber sido creado específicamente para resaltar cada línea de su cuerpo, tan diferente de la imagen más relajada del club. Su pelo negro está perfectamente peinado, y sus ojos grises recorren el vestíbulo con una mirada evaluadora que me recuerda a un depredador elegante estudiando su entorno. Cuando finalmente se posan en mí, siento un escalofrío que no tiene nada que ver con el aire acondicionado.

Nuestras miradas se enganchan como si existiera un hilo invisible entre nosotros, y por un instante me siento completamente expuesta, como si pudiera ver cada pensamiento ridículo que he tenido sobre él desde anoche. Siento el calor subir a mis mejillas mientras mi mente lucha por procesar lo que está sucediendo. ¿Me ha buscado? ¿Ha venido expresamente a verme? La idea me provoca una mezcla embriagadora de emoción y pánico.

Por un segundo, parece tan sorprendido como yo, como si él también estuviera experimentando esa extraña sensación de destino o magia. Luego, una sonrisa lenta transforma su rostro, iluminando esos rasgos serios con una calidez que hace que mi estómago dé un vuelco traicionero.

—Vaya coincidencia —dice, acercándose al mostrador.

Mi corazón da un vuelco ridículo.

—¿Coincidencia? —repito, intentando mantener un tono casual—. ¿O me has seguido?

Su sonrisa se amplía, revelando un hoyuelo en la mejilla derecha que no había notado anoche.

—Estoy aquí por negocios —responde, sin dejar de mirarme—. Aunque reconozco que verte es un bonus inesperado.

Junto a mí, Mía suelta un sonido ahogado que podría ser una risa o un jadeo. Le doy un codazo disimulado.

—¿Qué tipo de negocios te traen a un hotel tan pequeño? —pregunto, genuinamente curiosa. Con su aspecto, parece más adecuado para los grandes resorts de lujo que para nuestro modesto establecimiento.

—Evaluación de propiedades —responde vagamente, apoyándose en el mostrador—. Es un lugar con mucho potencial.

Algo en su tono me hace sentir extrañamente orgullosa.

—Gracias —sonrío—. Ponemos todo nuestro corazón en él.

Nos quedamos mirándonos unos segundos más de lo socialmente aceptable. Hay algo en sus ojos, una intensidad que me resulta magnética y desconcertante a partes iguales.

—Señorita Ruiz —la voz del señor Jiménez rompe el momento—, ¿podría revisar el aire acondicionado de mi habitación? Creo que vuelve a fallar.

—Por supuesto, don Miguel —respondo automáticamente, saliendo de mi estupor—. Enseguida subo.

Cuando vuelvo a mirar a Javier, su expresión ha cambiado. Hay una tensión repentina en su mandíbula y sus ojos se han estrechado ligeramente.

—¿Ruiz? —pregunta lentamente—. ¿Eres Valentina Ruiz?

Algo en su tono me pone en alerta.

—Sí... —respondo cautelosamente—. ¿Por qué?

Se endereza, adoptando súbitamente una postura más formal. Es como si hubiera bajado un interruptor, transformándose de hombre encantador a ejecutivo en un instante.

—Soy Javier Montenegro —dice, y el apellido hace que mi estómago se contraiga—. El nuevo director del Marbella Grand Resort.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse. Las piezas encajan en mi mente con una claridad dolorosa.

—¿Me estás diciendo —articulo lentamente, sintiendo cómo la rabia crece dentro de mí— que anoche sabías quién era y te acercaste para...?

—¡Por supuesto que no! —me interrumpe, pareciendo genuinamente ofendido—. Acabo de enterarme. Tú fuiste quien me habló primero, si mal no recuerdo.

—¿Y esperas que me crea que es pura coincidencia? —replico, mi voz subiendo de volumen—. ¿Que el nuevo director del hotel que lleva dos años intentando comprar mi propiedad casualmente aparece en el mismo club que yo, casualmente me aborda, y casualmente aparece aquí al día siguiente?

Su expresión se endurece.

—Creo que estás sacando conclusiones precipitadas —dice con una frialdad que contrasta brutalmente con su calidez de hace unos minutos—. Estoy aquí para presentarte una oferta de compra, nada más. Lo que ocurrió anoche fue una coincidencia.

—¿Una oferta de compra? —repito, sintiendo cómo mi sangre hierve—. ¿Después de intentar embaucarme?

—Nadie está intentando embaucarte —responde, su tono controlado solo consigue enfurecerme más—. Es una transacción comercial legítima. Villa Azul está en problemas financieros y nosotros podemos ofrecerte una salida digna.

Es como recibir una bofetada. No solo ha fingido interés personal, sino que ahora me está restregando por la cara los problemas del hotel.

—¿Una salida digna? —mi voz tiembla de rabia—. Villa Azul no está en venta. Ni ahora, ni nunca. Y especialmente no a ti o a tu resort monstruoso.

Veo la irritación cruzar su rostro. Bien. Al menos he conseguido agrietar esa fachada de perfección.

—Eso es emocionalmente comprensible pero comercialmente insostenible —dice, como si estuviera hablando con una niña—. Te estamos ofreciendo tres millones de euros. Es el doble del valor de mercado.

Tres millones. Una cifra que solucionaría todos mis problemas financieros. Una cifra que me permitiría empezar de nuevo sin deudas.

Una cifra que significa traicionar todo lo que mi abuela construyó.

La rabia se acumula en mi pecho como una tormenta, mezclándose con una sensación de traición que me resulta dolorosamente familiar. Es la misma sensación que tuve cuando descubrí a Rodrigo vaciando mis cuentas. La misma sensación de haber sido utilizada, de haber sido vista como un medio para un fin.

Pero esto es peor. Porque durante esos breves minutos en el club, cuando nuestras manos se rozaron y hablamos de García Márquez, había sentido algo real. Algo que no había experimentado en años. Y ahora descubro que todo fue una farsa, un acercamiento estratégico de un depredador corporativo.

Mi mirada se fija en sus ojos grises, buscando algún rastro del hombre que conocí anoche, pero solo veo al ejecutivo calculador. La transformación es tan completa que me pregunto si imaginé nuestra conexión.

La humillación se mezcla con la furia. No solo quiere quitarme el legado de mi abuela, sino que ha jugado con mis sentimientos para conseguirlo. Y lo peor es que casi funcionó. Por un momento, cuando lo vi entrar, mi corazón traicionero se había alegrado.

Casi sin darme cuenta, mi mano se cierra alrededor de la jarra de sangría que había preparado para los huéspedes de la terraza. Un impulso primitivo se apodera de mí, uno que viene del lugar donde habitan todas las decepciones acumuladas, todas las veces que he confiado y me han fallado.

—Mi respuesta sigue siendo no —digo, levantando la jarra con una determinación que surge de lo más profundo de mi ser—. Y esto es para que refresques tus ideas.

El líquido rojo vuela por el aire antes de que pueda pensarlo dos veces, empapando su inmaculado traje y su camisa blanca. Veo la mancha extenderse como una declaración de guerra sobre la tela cara, un grito silencioso que dice «no me subestimes».

Su expresión de absoluta incredulidad casi vale la pena. Por un instante, la máscara del perfecto ejecutivo se rompe, revelando al hombre real debajo, y hay algo extrañamente satisfactorio en ser yo quien haya provocado esa grieta.

—¿Has perdido la cabeza? —exclama, sacudiéndose inútilmente la sangría.

—No —respondo con una calma que no siento—. Pero tú has perdido el tiempo. Villa Azul no está en venta. Y ahora, si me disculpas, tengo un hotel que dirigir.

Se queda mirándome como si no pudiera creer lo que acaba de suceder. Luego, sin una palabra más, se da la vuelta y sale del hotel, dejando un rastro de gotas rojas en el suelo de terracota.

Cuando la puerta se cierra tras él, mis piernas tiemblan tanto que tengo que apoyarme en el mostrador.

—Joder —murmura Mía, que ha presenciado toda la escena en silencio—. Eso ha sido...

—Un desastre —completo, sintiendo cómo la adrenalina abandona mi cuerpo.

—Iba a decir épico —sonríe—. ¿Has visto su cara? Impagable.

Intento devolverle la sonrisa, pero no puedo. Algo se ha roto dentro de mí. Por un momento, anoche, había creído que existía una conexión real. Que había conocido a alguien que veía más allá de la superficie.

Qué estúpida.

—Bueno —dice Mía, pasándome un brazo por los hombros—, al menos ahora sabemos quién es el enemigo.

Asiento, aunque en mi interior no puedo evitar pensar que el verdadero enemigo es mi propio corazón traicionero, que sigue acelerado no por la rabia, sino por algo mucho más peligroso.

CAPÍTULO 5

JAVIER

Entro en el vestíbulo del Marbella Grand Resort como un náufrago que ha sobrevivido a un tsunami de sangría. Mi traje de tres mil euros, ahora una obra de arte abstracto en tonos burdeos, gotea sobre el inmaculado mármol italiano del suelo. La camisa blanca se me pega al pecho como una segunda piel rojiza. Huelo a naranja, canela y humillación pública.

La recepcionista abre tanto los ojos que temo que se le salgan de las órbitas, pero es lo suficientemente profesional para limitarse a un discreto «¿Señor Montenegro? ¿Se encuentra bien?»

—Perfectamente —respondo con la dignidad que puedo reunir, que es aproximadamente la misma que tendría un gato empapado.

Cruzo el vestíbulo intentando ignorar las miradas de asombro de los huéspedes. Un ejecutivo alemán que conocí ayer en una reunión me mira como si acabara de presenciar un accidente de coche. Dos mujeres con bolsas de diseñador cuchichean tras sus manos con perfecta manicura. Un niño me señala directamente: «Mamá, ¡ese señor está sangrando!».

Fantástico.

Justo cuando creo que la situación no puede empeorar, el universo decide demostrarme lo contrario. Enzo aparece saliendo del bar con una sonrisa que se transforma en carcajada en cuanto me ve.

—¡Dios mío! —exclama, doblándose de risa—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has bañado en el Bloody Mary del desayuno?

—No estoy de humor, Enzo —gruño, dirigiéndome hacia los ascensores.

Mi hermano me sigue, sin hacer el menor esfuerzo por contener su diversión.

—No, en serio, esto es épico —continúa, sacando su móvil—. Necesito una foto para la posteridad. «El día que Javier Montenegro, el Perfecto, apareció bañado en un cóctel».

—Si acercas ese teléfono un centímetro más, lo tiraré a la piscina —amenazo, y algo en mi tono le hace guardarlo, aunque la sonrisa permanece.

En el ascensor, Enzo me examina como si fuera un espécimen particularmente interesante.

—Esto tiene que ver con una mujer —declara con absoluta certeza.

—¿Qué te hace pensar eso? —replico, intentando sonar indiferente.

—Porque solo una mujer podría sacarte así de tus casillas. Y porque hueles a sangría, que es la bebida favorita de las turistas. Así que, ¿quién es la afortunada que ha logrado lo que yo llevo intentando toda mi vida: arruinar tu fachada de perfección?

Suspiro, sabiendo que es inútil mentirle a mi hermano. Tiene un radar infalible para mis momentos de debilidad.

—La propietaria de Villa Azul —admito finalmente.

Las cejas de Enzo se elevan.

—¿La misma que lleva dos años rechazando todas nuestras ofertas? —silba, impresionado—. Debe ser toda una fiera.

—Es completamente irracional —respondo, notando con irritación cómo mi voz adquiere un tono diferente al hablar de ella—. Una propietaria amateur sin el menor sentido comercial.

—Ajá —asiente Enzo, con esa sonrisa que significa que ve a través de mí—. Y supongo que también es horrible y con mal aliento.

—En realidad... —me detengo, dándome cuenta de la trampa.

—Lo sabía —su sonrisa se ensancha—. Está buena y te ha mandado a la mierda. Mi tipo de mujer.

Las puertas del ascensor se abren en mi planta, salvándome momentáneamente. Pero Enzo, por supuesto, me sigue hasta mi suite.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —pregunto mientras abro la puerta—. ¿Como prepararte para tu boda forzada, por ejemplo?

Es un golpe bajo y lo sé. La sonrisa de Enzo vacila por un segundo antes de volver, aunque con menos intensidad.

—Precisamente por eso necesito distracciones —responde—. Y tú, hermanito, empapado de sangría después de que una mujer te haya puesto en tu sitio, eres la mejor distracción que he tenido en semanas.

Entro en mi habitación y me dirijo directamente al baño, dejando un rastro de gotas rojas en la alfombra. Me miro en el espejo y casi no reconozco al hombre que me devuelve la mirada. Mi pelo, normalmente perfecto, está pegado a mi frente en mechones rojizos. Mi cara tiene salpicaduras que me hacen parecer un extra de una película de terror de bajo presupuesto.

—Necesito una ducha —murmuro.

—Y yo necesito detalles —insiste Enzo, apoyándose en el marco de la puerta—. ¿Qué le dijiste exactamente para que reaccionara así?

—Le ofrecí tres millones por su hotel en ruinas —respondo mientras me quito la chaqueta arruinada—. Cualquier persona racional lo habría considerado al menos.

—Tres millones —repite Enzo, pensativo—. Y en lugar de agradecértelo, te bañó en sangría. Interesante.

Me observa mientras lucho con los botones de mi camisa manchada, y noto que su mirada se vuelve más aguda.

—Hay algo que no me estás contando —dice de repente—. Nunca te había visto así de alterado por un simple rechazo comercial.

—No estoy alterado —miento, evitando su mirada.

—Por favor —se ríe—. Estás prácticamente vibrando de rabia... o de algo más. ¿Qué pasó realmente ahí?

Suspiro, sabiendo que mi hermano no me dejará en paz hasta que le diga la verdad.

—La conocí anoche —admito finalmente—. En el club.

Enzo se queda momentáneamente sin palabras, un acontecimiento tan raro que casi vale la pena mi confesión.

—¿La propietaria del hotel es...? —comienza, y veo cómo las piezas encajan en su mente—. ¿La chica del vestido verde? ¿La que te tuvo hipnotizado toda la noche?

—No estaba hipnotizado —protesto débilmente.

La carcajada de Enzo resuena en el baño.

—¡Esto es demasiado bueno! —exclama, genuinamente encantado con mi desgracia—. El destino tiene un sentido del humor retorcido. ¿Y qué pasó cuando os reconocisteis?

—Ella pensó que yo sabía quién era desde el principio —explico, sintiendo de nuevo la irritación—. Que me acerqué a ella en el club como parte de alguna estrategia para comprar su hotel.

—¿Y no fue así? —pregunta Enzo, medio en broma.

Le lanzo una mirada que podría congelar el Mediterráneo.

—Por supuesto que no. Ni siquiera sabía su apellido hasta hoy.

Enzo levanta las manos en señal de rendición, pero su sonrisa no desaparece.

—La única mujer que te ha interesado en meses resulta ser tu némesis profesional —sacude la cabeza con incredulidad—. Es como una comedia romántica de las malas.

—No me interesa —protesto, aunque suena débil incluso para mis propios oídos—. Y ahora, si me disculpas, tengo que prepararme para el cóctel de esta

noche. Tenemos a todos los inversores más importantes de la costa y todo tiene que salir perfecto.

—Por supuesto —asiente Enzo con falsa seriedad—. Porque nada dice «inversión segura» como un director que no puede ni proteger su traje de una jarra de sangría.

Le cierro la puerta del baño en las narices, pero aún puedo oír su risa al otro lado. Mientras me desvisto, mi camisa empapada se adhiere a mi piel como una segunda piel pegajosa, y el aroma dulzón de la sangría me envuelve como un recordatorio persistente de mi humillación.

Entro en la ducha y dejo que el agua caliente golpee mi cuerpo, intentando concentrarme en el cóctel de esta noche, en los inversores, en los números que debo presentar. Intento pensar en cualquier cosa excepto en ella.

Pero es inútil. Mi mente insiste en volver a ese momento: Valentina, con sus ojos color miel ardiendo de indignación, levantando la jarra como una diosa vengadora. La forma en que su pecho subía y bajaba agitadamente, cómo sus labios se entreabrían con desafío, la energía que irradiaba de cada centímetro de su pequeño cuerpo.

Cierro los ojos y el recuerdo se vuelve más vívido. La curva de su cuello cuando echó la cabeza hacia atrás para mirarme directamente a los ojos, desafiante. Sus manos pequeñas, pero sorprendentemente fuertes sosteniendo la jarra. El rubor que coloreaba sus mejillas.

Un calor que nada tiene que ver con la temperatura del agua comienza a extenderse por mi cuerpo. Me sorprendo a mí mismo imaginando cómo sería sentir esa pasión dirigida de otra manera, cómo sería tener esas manos sobre mi piel, esa boca feroz contra la mía...

Giro bruscamente el grifo hacia el agua fría, maldiciendo en voz baja. Esto es absurdo. Es inapropiado. Es completamente contraproducente.

Y, sin embargo, mientras el agua helada castiga mi piel, no puedo negar la verdad: nadie me había desafiado así en años. Nadie me había hecho sentir tan... despierto. Tan vivo. Como si hubiera estado moviéndome por el mundo en piloto automático hasta que ella apareció con su vestido verde y sus citas de García Márquez para sacudirme de mi letargo.

Bajo el chorro de agua fría, me permito admitir algo que no confesaría ni bajo tortura: una parte considerable de mí, no solo la parte que escribe historias a las tres de la mañana, está impresionada por su audacia. Fascinada por su fuego. Y sí, atraída por ella de una manera que va más allá de lo racional, que desafía toda lógica profesional.

Y quizás, solo quizás, también estoy intrigado por lo que hará a continuación. Porque algo me dice que Valentina Ruiz no es de las que se rinden fácilmente. Y muy a mi pesar, descubro que una parte de mí espera con anticipación nuestro próximo encuentro.

Porque algo en ella ha despertado algo en mí que creía dormido para siempre.

VALENTINA

—Esto hay que celebrarlo —declara Mía, sirviendo dos copas de vino blanco —. No todos los días le tiras sangría a un ejecutivo estirado.

Estamos en mi pequeña oficina al fondo de la recepción, donde me he refugiado después del incidente. Mis manos todavía tiemblan, mitad por la adrenalina, mitad por la incredulidad ante lo que acabo de hacer.

—No deberías animarme —respondo, aceptando la copa—. Ha sido un comportamiento totalmente infantil. Podría demandarnos.

—¿Por una camisa manchada? Por favor —Mía hace un gesto despectivo—. Además, seguro que tiene un armario lleno de trajes idénticos, como un villano de dibujos animados.

La imagen me arranca una sonrisa reticente. Me lo imagino perfectamente: una hilera interminable de trajes azul marino, camisas blancas y corbatas discretas. Todo meticulosamente organizado, como parece estarlo él mismo.

—No puedo creer que sea el mismo hombre del club —murmuro, más para mí misma que para Mía—. Parecía tan... diferente.

—Los hombres son como los aguacates —filosofa Mía—. Por fuera pueden parecer perfectos y por dentro estar podridos.

—Este estaba podrido desde el principio —replico, aunque una parte de mí sabe que no es cierto. Había algo genuino en nuestra conversación en el club, algo que no pudo ser completamente fingido—. Lo que no entiendo es cómo pudo ser tan... tan...

—¿Hipócrita? ¿Manipulador? ¿Atractivo incluso cuando estaba empapado de sangría? —sugiere Mía.

—¡Mía! —protesto, aunque siento el calor subir a mis mejillas.

—¿Qué? Soy tu mejor amiga, no tu madre. Puedo reconocer que el enemigo está para comérselo —se encoge de hombros—. Es como admirar la belleza de un tiburón mientras intentas que no te arranque un brazo.

Doy un largo trago a mi vino, necesitando el valor líquido.

—¿Crees que debería disculparme? —pregunto, odiándome por siquiera considerarlo.

Mía me mira como si acabara de sugerir que vendamos el hotel por un euro.

—¿Disculparte? ¿Con el tipo que intentó comprarte con halagos para luego ofrecerte dinero por el legado de tu abuela? Ni en broma —se levanta y toma mi portátil—. De hecho, creo que deberíamos saber exactamente con quién estamos tratando.

—¿Qué haces? —pregunto mientras la veo abrir el navegador.

—Investigación —responde, tecleando rápidamente—. La información es poder, y ahora mismo necesitamos toda la ventaja posible.

Me acerco a mirar la pantalla mientras Mía busca «Javier Montenegro» y «Marbella Grand Resort». Los resultados aparecen inmediatamente: artículos de prensa, perfiles profesionales, algunas fotos en eventos corporativos.

—Mira esto —dice Mía, señalando un titular reciente—. «Javier Montenegro asume la dirección del buque insignia del imperio hotelero de su padre». No es solo el director, Val. Es el hijo del dueño.

Algo se hunde en mi estómago. Si ya era difícil enfrentarme a un director, ¿cómo voy a luchar contra el heredero de un imperio?

—Y aquí —continúa Mía, mostrándome su perfil profesional—. Harvard, MBA con honores, cinco años como director financiero del grupo... Nunca ha fracasado en nada, el muy capullo.

Observo la foto oficial: Javier en un traje impecable (sin rastro de sangría), con esa expresión seria y controlada que parece ser su estado natural. Tan diferente de la breve sonrisa que vi en el club, cuando citó a García Márquez y por un momento pareció auténticamente humano.

—Tiene un hermano —comenta Mía, cambiando a otra página—. Lorenzo «Enzo» Montenegro. El rebelde de la familia, según este artículo de sociedad —silba al ver su foto—. Y tampoco está nada mal. Parece la versión despreocupada y sexy del estirado de tu amigo.

—No es mi amigo —corrijo automáticamente.

—Lo que sea —Mía sigue navegando—. Oh, mira esto. Esta noche hay un gran evento en el resort. Un cóctel para inversores de la Costa del Sol. Toda la élite empresarial estará allí.

Algo en su tono me pone en alerta.

—¿Por qué me miras así? —pregunto, reconociendo la expresión que Mía pone cuando está a punto de sugerir algo descabellado.

—Estaba pensando... —comienza, con ese tono falsamente casual que nunca augura nada bueno—. ¿Y si les devolvemos un poco de su propia

medicina?

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Nada ilegal —aclara rápidamente—. Solo algo que les fastidie la noche. Como... no sé, ¿conectar el sistema de riego para que se active en medio del cóctel? ¿O añadir colorante a sus fuentes?

—Eso es infantil y estúpido —respondo automáticamente—. Somos adultas, no adolescentes despechadas.

—Claro, porque tirarle sangría a alguien es la cúspide de la madurez —replica con una sonrisa.

Abro la boca para protestar, pero no encuentro un contraargumento válido. Tiene razón. Ya he cruzado una línea hoy.

—Además —continúa Mía, percibiendo mi vacilación—, piensa en lo que están haciendo. No es solo un negocio para ellos. Quieren destruir algo que tu abuela construyó con amor, algo que forma parte de la historia de Marbella, para convertirlo en otra extensión de su imperio de cristal y acero.

Sus palabras hacen eco en mi interior, avivando la indignación que sentí cuando Javier habló de Villa Azul como si fuera solo una propiedad más, un activo en un balance contable.

—Y lo peor —añade Mía, dando el golpe final—, es que él jugó con tus sentimientos. Te hizo creer que había una conexión cuando solo estaba evaluando su próxima adquisición.

Eso duele más de lo que quiero admitir. Porque por un momento, anoche en el club, realmente creí que había encontrado a alguien especial.

Recuerdo la forma en que me miró cuando me ofreció tres millones, como si fuera una niña caprichosa que no entendía el mundo real. La condescendencia en su voz cuando dijo que mi postura era «emocionalmente comprensible pero comercialmente insostenible».

Y entonces algo cambia dentro de mí. Una chispa de rebeldía que creía extinguida tras años de responsabilidades y preocupaciones se enciende de nuevo.

—¿Sabes qué? —digo finalmente, sorprendiéndome a mí misma—. Hagámoslo.

La sonrisa de Mía es tan amplia que casi temo por sus mejillas.

—¿En serio?

—Si quiere guerra, tendrá guerra —declaro, sintiendo una extraña liberación al pronunciar las palabras—. Nadie amenaza a Villa Azul y se va de rositas. Y definitivamente nadie juega con mis sentimientos para conseguir un trato comercial.

Mía levanta su copa en un brindis.

—Por la guerra del verano —proclama solemnemente—. Que empiece el sabotaje.

Chocamos nuestras copas, y mientras el vino desciende por mi garganta, me pregunto brevemente en qué me estoy metiendo. Pero luego recuerdo la mirada de Javier, su traje perfecto, su arrogancia tranquila, y toda duda se desvanece.

Villa Azul quizás sea pequeña, pero no caerá sin luchar.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunto, sintiendo una emoción que no experimentaba en años.

Mía sonríe como un gato que acaba de ver un canario particularmente jugoso.

—Creo que sus fuentes necesitan un poco de... color —dice, sacando su móvil.

Mientras Mía comienza a hacer llamadas y a trazar un plan que suena cada vez más descabellado, me descubro sonriendo. Esto es una locura,

probablemente acabará mal, y sin duda es lo más impulsivo que he hecho en años.

Pero por primera vez desde que mi ex me dejó endeudada y el corazón roto, me siento verdaderamente viva.

CAPÍTULO 6

VALENTINA

—Esto es una locura —susurro mientras me ajusto el uniforme de camarera «prestado» en el baño de mujeres del Marbella Grand Resort—. Vamos a acabar en la cárcel. O peor, en uno de esos programas de televisión sobre los criminales más estúpidos del mundo.

Mía, ya completamente transformada en una empleada del resort con su uniforme negro y blanco, me mira a través del espejo mientras se recoge el pelo, ocultando estratégicamente su mechón azul.

—Los criminales estúpidos no llevan Chanel Nº5 —responde, guiñándome un ojo—. Además, técnicamente no estamos haciendo nada malo. Solo... vamos a redecorar.

La botella de tinte rosa fluorescente asoma desde su bolso. Un color que, según aseguró el dependiente de la tienda de bromas, es «completamente soluble en agua y temporalmente indeleble en tela». La combinación perfecta para nuestros propósitos.

Me miro en el espejo y apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada. No es solo el uniforme o el pelo recogido bajo la gorra. Es la chispa en mis ojos, el rubor de excitación en mis mejillas. Parezco... viva. Hace meses que no me veía así.

—¿Lista? —pregunta Mía, ajustándose la pajarita negra.

—No —respondo honestamente—. Pero hagámoslo de todos modos.

Mi corazón late con tanta fuerza que temo que los invitados puedan escucharlo cuando salimos al pasillo. El Marbella Grand Resort es aún más impresionante por dentro que por fuera. Mármol italiano, candelabros de cristal, obras de arte originales que probablemente cuestan más que todo Villa

Azul. Es hermoso, en un sentido frío y calculado, como una modelo de pasarela perfectamente maquillada.

Nos mezclamos con el personal que va y viene del gran salón donde se celebra el cóctel. Nadie nos mira dos veces. Aparentemente, si llevas un uniforme y pareces saber lo que haces, eres invisible.

—Sonríe —murmura Mía cuando recogemos bandejas de canapés—. Pareces una secuestradora.

Intento relajar mi expresión mientras entramos al salón. El lugar está lleno de hombres con trajes caros y mujeres con vestidos de diseñador. Conversaciones sobre inversiones, fusiones y adquisiciones flotan en el aire, mezclándose con el tintineo de copas de champán y la música suave de un cuarteto de cuerda.

Y entonces lo veo.

Javier Montenegro está en el centro de un pequeño grupo, con una copa en la mano y esa expresión de seriedad controlada que parece ser su estado natural. Lleva un traje negro impecable que hace que el azul marino de esta mañana parezca casual en comparación. Está sonriendo, pero noto que la sonrisa no llega a sus ojos. Hay una tensión casi imperceptible en su mandíbula, como si estuviera representando un papel.

Mi estómago da un vuelco traicionero. Incluso a distancia, incluso después de lo ocurrido esta mañana, no puedo negar el efecto que tiene en mí. Es como si mi cuerpo y mi cerebro estuvieran en desacuerdo total sobre él.

—Objetivo localizado —susurra Mía, siguiendo mi mirada—. Está para comérselo incluso cuando parece un robot ejecutivo.

—Concéntrate —le advierto, aunque yo misma estoy teniendo problemas para apartar la mirada—. Tenemos que encontrar el acceso al cuarto de control de las fuentes.

Nos movemos por el salón, ofreciendo canapés y recogiendo copas vacías. Cada vez que me acerco a donde está Javier, mi pulso se acelera y mis manos tiemblan ligeramente. Siento pánico de que nos descubra. En un momento, pasa tan cerca de mí que puedo oler su perfume, esa mezcla de sándalo y bergamota que recuerdo demasiado bien. Mantengo la cabeza baja, pero juraría que se detiene por un segundo, como si algo le hubiera llamado la atención.

—Por aquí —murmura Mía después de lo que parece una eternidad.

La sigo hasta una puerta discreta junto a la terraza donde se encuentran las fuentes principales. Un cartel indica «Solo personal autorizado». Mía saca una tarjeta magnética que, según ella, «ha tomado prestada» de un carrito de limpieza.

—¿Cómo sabes que funcionará? —pregunto mientras mira a ambos lados antes de deslizarla por el lector.

—No lo sé —admite cuando la luz parpadea en verde—. Pero tengo un ángel de la guarda con sentido del humor.

El cuarto de control es pequeño y está lleno de paneles con botones, pantallas y palancas. Las paredes están cubiertas de diagramas del sistema hidráulico del resort.

—¿Ahora qué? —pregunto, sintiendo que mi valor comienza a flaquear—. No tengo ni idea de cómo funciona esto.

Mía señala un gran tanque transparente en la esquina.

—Ahí es donde añaden los productos químicos para el tratamiento del agua —explica—. Mi primo, que como bien sabes trabajó hace unos años en el resort, dice que todo lo que pongamos ahí irá directamente a las fuentes principales en cuestión de minutos.

El corazón me late con fuerza. Esto es una muy mala idea.

Saca la botella de tinte y la destapa. El olor químico llena el pequeño espacio.

—Última oportunidad para echarse atrás —dice, mirándome seriamente por primera vez desde que comenzó esta locura.

Pienso en Villa Azul, en mi abuela, en cómo Javier habló de «tres millones» como si estuviera haciéndome un favor al intentar comprar mi legado. Pienso en su condescendencia, en su arrogancia, en cómo por un momento me hizo sentir especial solo para revelar que era un truco.

—Hazlo —digo con una determinación que me sorprende.

Mía vierte el contenido completo de la botella en el tanque. El líquido rosa se disuelve rápidamente, volviéndose casi invisible en el agua.

—¿Cuánto tardará en...?

La puerta se abre de golpe.

Mi corazón se detiene. Un camarero joven nos mira con sorpresa.

—¿Qué hacen aquí? —pregunta, frunciendo el ceño—. Esta área es solo para técnicos autorizados.

Mía, bendita sea, no pierde un segundo.

—Mantenimiento de emergencia —responde con una autoridad que me deja boquiabierta—. Han reportado una fuga en el sistema principal. ¿No recibiste el aviso?

El chico parece confundido.

—No, yo solo vine a buscar servilletas extra del almacén...

—¿Servilletas? —Mía se acerca a él, toda profesional indignada—. ¿En el cuarto de control hidráulico? El almacén está al otro lado del pasillo, novato. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

El pobre chico balbucea una disculpa y retrocede hacia la puerta.

—Lo siento, yo... pensé que... perdón...

Cuando la puerta se cierra tras él, nos miramos y estallamos en un ataque de risa nerviosa.

—Eso ha estado cerca —jadeo, sintiendo la adrenalina correr por mis venas.

—Vámonos antes de que vuelva con refuerzos —dice Mía, guardando la botella vacía en su bolso.

Salimos al pasillo y nos mezclamos de nuevo con el personal. Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que todos pueden oírlo. Pero también siento algo más: una emoción salvaje, una libertad que no experimentaba desde... bueno, quizás nunca.

Volvemos al salón justo a tiempo para ver a Javier dirigirse al pequeño escenario de la terraza junto a las fuentes. El murmullo de conversaciones disminuye mientras toma el micrófono.

—Damas y caballeros —comienza, su voz profunda resonando en el salón —. Es un honor para mí, como nuevo director del Marbella Grand Resort, darles la bienvenida a esta velada especial.

Hay algo hipnótico en su presencia. Incluso quienes parecían aburridos se giran para escucharlo. Tiene ese tipo de autoridad natural que no necesita alzar la voz para conseguir atención.

—Esta noche marca el comienzo de una nueva era para el resort y para toda la costa —continúa—. Con sus inversiones, no solo expandiremos nuestras instalaciones, sino que redefiniremos el lujo en Marbella.

Es entonces cuando lo noto. Un ligero tinte rosado comenzando a aparecer en el agua de las fuentes detrás de él. Tan sutil al principio que creo que lo estoy imaginando.

Mía me da un codazo, sus ojos brillantes de anticipación.

—El espectáculo está por comenzar —susurra.

El color se intensifica rápidamente. Ya no es un tinte sutil sino un rosa brillante, casi fluorescente, que contrasta brutalmente con la elegancia sobria

del entorno. Algunos invitados comienzan a notarlo, señalando y murmurando.

Javier, ajeno al cambio tras él, continúa su discurso.

—Nuestro compromiso con la excelencia y la innovación nos distingue de...

No termina la frase. Las fuentes, programadas para su espectáculo sincronizado, lanzan de repente enormes chorros de agua rosa brillante varios metros en el aire. El agua cae como una lluvia fucsia sobre los invitados más cercanos, incluido Javier.

Por un segundo, el tiempo parece detenerse. Veo su expresión cambiar de profesional a confundida, luego a horrorizada, y finalmente a una comprensión furiosa cuando el agua rosa empapa su traje impecable, su camisa blanca y su pelo perfectamente peinado.

El caos estalla. Mujeres gritando por sus vestidos arruinados, hombres maldiciendo mientras intentan proteger sus teléfonos, camareros corriendo con toallas. Es una escena de confusión total, un contraste absoluto con la elegancia controlada de hace unos minutos.

Y entonces cometo un error. No puedo evitarlo. La imagen de Javier Montenegro, el perfecto ejecutivo, empapado de rosa brillante por segunda vez en un día, es demasiado. Una risa escapa de mi garganta, seguida por otra, hasta que estoy prácticamente doblada, con lágrimas en los ojos.

Mía no está mejor, agarrándose a mi brazo mientras intenta contener su propia risa.

Y es entonces cuando su mirada nos encuentra.

Nuestros ojos se conectan a través del caos, y en ese momento sé que lo sabe. Sabe exactamente quién es responsable. La furia en su mirada debería asustarme, pero en lugar de eso, siento una extraña emoción. Como si acabáramos de iniciar un juego cuyos límites aún no conocemos.

No sé quién llama a seguridad. Solo sé que de repente hay hombres de traje oscuro rodeándonos, y que no parecen apreciar nuestros disfraces de

camareras tanto como nosotras esperábamos.

JAVIER

El agua rosa me golpea como una bofetada fría y humillante.

Por un instante, mi cerebro se niega a procesar lo que está sucediendo. Las fuentes —nuestras elegantes y costosas fuentes diseñadas por un arquitecto italiano— están escupiendo chorros de agua rosa fluorescente sobre los trajes de Armani y los vestidos de Valentino de los inversores más importantes de la Costa del Sol.

Mi primer pensamiento es tan absurdo como la situación: «¿Es esto una alucinación? ¿He desarrollado algún tipo de síndrome que hace que vea todo rosa?»

Pero los gritos de indignación a mi alrededor confirman que esto es dolorosamente real. Mi evento perfecto, mi presentación impecable, mi oportunidad de demostrar mi valía como director... todo se desmorona en un tsunami de agua fucsia.

La furia me invade como una corriente eléctrica. Siento calor en las mejillas a pesar del agua fría, y mis puños se cierran involuntariamente. Esto no es un accidente. Es deliberado. Es sabotaje.

Y solo hay una persona capaz de algo tan audaz, tan irresponsable, tan absolutamente descabellado.

Debería haber sabido que algo iba mal.

Toda la noche he tenido esa sensación inquietante, como un picor en la nuca que no puedes rascar. Una sensación de ser observado. Varias veces me giré, creyendo captar un destello de cabello castaño familiar, una risa que parecía resonar directamente en mi memoria. Pero siempre que miraba, solo veía camareros eficientes y huéspedes elegantes.

Ahora, empapado de rosa por segunda vez en un día —un récord personal que espero no superar jamás— sé que debería haber confiado en mi instinto.

El caos a mi alrededor es completo. El señor Akiyama, un inversor japonés clave, intenta con dignidad sacudirse el agua rosa de su traje. La señora Velázquez, propietaria de media costa, mira su vestido blanco —ahora de un rosa brillante— como si contemplara un asesinato. El agua sigue cayendo, tiñendo todo a su paso: el mármol italiano, los manteles de lino egipcio, la reputación del resort.

Mi reputación.

Pero extrañamente, en este momento de desastre profesional, lo único que puedo pensar es en encontrarla a ella.

Y entonces la veo.

Está doblada de risa, con lágrimas en los ojos, agarrada al brazo de su amiga del mechón azul. Lleva un uniforme de camarera que obviamente no es suyo —le queda ligeramente grande en los hombros— y una gorra que no logra contener completamente su cabello rebelde. Parece ridícula, infantil y completamente fuera de lugar.

También es lo más auténticamente vivo que he visto en este resort desde que llegué.

Nuestras miradas se cruzan y su risa se corta por un segundo. Hay desafío en sus ojos, pero también algo más. Una chispa de complicidad, como si acabáramos de compartir un secreto. Como si, en medio de este desastre, hubiéramos creado una conexión que solo nosotros entendemos.

Es absurdo. Es irracional. Es completamente contrario a todo lo que soy.

Y, sin embargo, siento una sonrisa amenazando con formarse en mis labios. La suprimo inmediatamente, reemplazándola con una expresión de furia profesional que resulta mucho más apropiada para la situación.

—¡Seguridad! —grita Raúl, el director financiero, señalando hacia ellas—. ¡Detengan a esas impostoras!

Los guardias de seguridad se mueven rápidamente. Veo el pánico cruzar brevemente el rostro de Valentina cuando se dan cuenta de que están atrapadas. Su amiga parece considerar una huida, pero hay demasiados guardias y demasiados testigos.

Me acerco mientras las rodean, ignorando el agua rosa que sigue goteando de mi pelo.

—Señor Montenegro —dice el jefe de seguridad—. Hemos llamado a la policía. Llegarán en minutos.

Asiento, manteniendo mi expresión severa mientras observo cómo retienen a Valentina. Debería sentir satisfacción. Esta mujer ha intentado sabotear mi carrera, ha arruinado un evento crucial, ha manchado la reputación del resort.

En cambio, lo que siento es una extraña mezcla de admiración y algo más peligroso. Algo que se parece sospechosamente a la emoción.

Porque en un mundo donde todo está cuidadosamente calculado, donde cada movimiento está planificado y cada resultado previsto, Valentina Ruiz es la única variable impredecible. La única persona que ha desafiado mis expectativas. La única que me ha hecho sentir... despierto.

La policía llega con eficiencia española, es decir, unos veinte minutos después. Para entonces, los técnicos han logrado detener las fuentes, aunque el daño ya está hecho. El salón parece el escenario de un crimen pastelero, con manchas rosas por todas partes y huéspedes empapados abandonando el lugar en masa.

Mientras la escoltan hacia la salida, Valentina pasa junto a mí. Su uniforme robado está salpicado de rosa, su maquillaje ligeramente corrido por las lágrimas de risa. Debería parecer derrotada. En cambio, hay algo en su

postura, en la forma en que mantiene la cabeza alta, que sugiere todo lo contrario.

No puedo resistirlo. Me acerco lo suficiente para que solo ella pueda oírme.

—Esto, señorita Ruiz —digo, manteniendo mi voz baja y controlada—, es la guerra.

Espero ver miedo, o al menos preocupación. En cambio, sus labios se curvan en una sonrisa que me golpea con más fuerza que cualquier jarra de sangría.

—Que gane el mejor, señor Montenegro —responde, y hay un brillo en sus ojos que me hace preguntarme quién está realmente en desventaja aquí.

Mientras la veo alejarse escoltada por la policía, siento algo que no he experimentado en años: anticipación. Como si acabara de comenzar un juego cuyas reglas aún no conozco, pero que estoy extrañamente ansioso por jugar.

«Es solo estrategia», me digo a mí mismo mientras vuelvo a enfrentar el desastre rosa. «Solo quiero ganar para demostrar mi valía profesional».

Pero una voz en el fondo de mi mente, la misma que escribe historias a las tres de la mañana, susurra una verdad diferente: quiero ganar para demostrarle a ella que soy digno de su desafío.

Y eso, me temo, es mucho más peligroso que cualquier tinte rosa.

CAPÍTULO 7

VALENTINA

Las sillas de plástico de la comisaría parecen diseñadas específicamente para torturar a delincuentes de poca monta. Llevo dos horas sentada en una, y mi trasero ha pasado por todas las etapas del duelo: negación, ira, negociación, depresión y, finalmente, una aceptación entumecida.

—¿Crees que nos deportarán? —pregunta Mía, que ha estado extrañamente callada desde que nos tomaron las huellas dactilares (ahora teñidas de un rosa que probablemente tardará días en desaparecer).

—Eres española, Mía. No pueden deportarte dentro de tu propio país.

—Ah, cierto —asiente, y luego añade con una sonrisa traviesa—. Pero podrían enviarnos a alguna isla remota. Como delincuentes peligrosas que somos.

A pesar de todo, me arranca una sonrisa. Es difícil mantener la dignidad cuando tienes manchas de tinte rosa por toda la ropa y la cara, pero al menos intento no reírme como una histérica, a diferencia de mi mejor amiga, que parece considerar nuestra detención como una anécdota divertida para contar en futuras cenas.

—Esto no es gracioso —le recuerdo, aunque mi tono carece de convicción —. Hemos cometido varios delitos. Allanamiento, sabotaje, suplantación de identidad...

—Redecoración no solicitada —añade ella, y vuelve a estallar en risitas.

El agente de policía que nos vigila desde su escritorio nos mira con una mezcla de confusión y resignación. Probablemente no está acostumbrado a que sus detenidas se comporten como adolescentes en una fiesta de pijamas.

Intento concentrarme en las consecuencias reales. Multa seguro. ¿Antecedentes penales? Posiblemente. ¿El fin de Villa Azul? Casi con certeza.

¿Quién va a querer hospedarse en un hotel cuya propietaria aparece en las páginas de sucesos por vandalismo rosa fluorescente?

Y entonces, como si mis pensamientos lo hubieran convocado, la puerta de la comisaría se abre.

Mi corazón da un vuelco traicionero cuando Javier Montenegro entra en la sala. Sigue manchado de rosa, aunque ha intentado limpiarse lo mejor posible. Su traje, que debe ser nuevo porque el anterior quedó completamente arruinado, ya muestra algunas salpicaduras rosáceas, como si el tinte se hubiera transferido de su piel a la tela. Su pelo aún está ligeramente húmedo, y hay rastros de rosa en la línea de su mandíbula y en el cuello.

Incluso así, parcialmente teñido de rosa y con cara de querer asesinar a alguien (a mí, concretamente), está ridículamente atractivo. Es profundamente injusto que un hombre pueda verse tan bien después de haber sido bañado en *sustancias* dos veces en un día.

Detrás de él entra su hermano, Lorenzo «Enzo» Montenegro. Lo reconozco de las fotos que Mía y yo vimos durante nuestra investigación, aunque en persona resulta mucho más impactante. Donde Javier es todo líneas rectas y ángulos precisos, Enzo parece más... fluido. Lleva un traje que probablemente cuesta lo mismo que el de Javier, pero lo usa como si fuera ropa casual, con las mangas arremangadas mostrando tatuajes en los antebrazos y sin corbata.

—¿Has visto eso? —susurra Mía, inclinándose tanto hacia mí que casi se cae de su silla—. El rebelde de la familia en carne y hueso. Es aún más guapo que en las fotos.

—¡Mía! —la reprendo, sintiendo el calor subir a mis mejillas—. Concéntrate en nuestro problema.

—Estoy concentradísima —responde sin apartar la mirada de Enzo—. Estoy analizando estratégicamente a nuestros adversarios.

No puedo evitar una risa nerviosa que intento disimular con una tos cuando Javier nos mira. Sus ojos se detienen en mí, y por un instante veo tantas emociones cruzar por ellos que me marea: furia, frustración, confusión y algo más, algo que hace que mi estómago se contraiga de una forma que no tiene nada que ver con el miedo.

Se acerca al agente y comienza a hablar en voz baja. Enzo se queda un poco atrás, observándonos con una curiosidad divertida.

—Hola, criminales —nos saluda con una sonrisa que podría derretir el polo norte—. Tengo que decir que el rosa os sienta mejor a vosotras que a mi hermano. Aunque él ha establecido un récord: dos trajes arruinados en menos de doce horas. Impresionante.

Mía suelta una carcajada que intenta disimular mordiendo el cuello de su camisa. Yo me limito a mirarlo con lo que espero sea una expresión de dignidad ofendida, aunque el efecto probablemente se arruina por las manchas rosas en mi nariz.

—Soy Enzo —se presenta, extendiendo una mano que tiene demasiados anillos para ser la de un ejecutivo tradicional—. El hermano del hombre cuyo traje habéis convertido en un experimento de Warhol.

—Soy Mía —dice ella, estrechando su mano con más entusiasmo del necesario—. La cómplice. Ella es Valentina, la mente criminal.

—La propietaria de Villa Azul —añade Enzo, asintiendo—. He oído hablar mucho de ti.

—Espero que no todo malo —respondo, y me sorprendo a mí misma por el tono casi divertido que sale de mi boca. Tendría que estar mucho más arrepentida de lo que me siento, sobre todo, tiendo en cuanta que nos han pillado.

—Oh, todo terrible —responde con un guiño—. Lo cual, viniendo de mi hermano, es el mayor cumplido posible.

Antes de que pueda procesar eso, Javier se acerca a nosotros. Su expresión se ha endurecido en esa máscara profesional que parece llevar siempre, excepto en esos breves momentos en el club, cuando habló de García Márquez y pareció brevemente humano.

—Señorita Ruiz —me saluda con una inclinación de cabeza tan formal que casi espero que haga una reverencia—. Señorita Vargas.

—Señor Montenegro —respondo, imitando su tono—. ¿Ha venido a asegurarse de que nos encierren y tiren la llave?

Un músculo se tensa en su mandíbula, y siento una perversa satisfacción al saber que puedo provocarle una reacción.

—De hecho —dice, y su voz es tan controlada que casi puedo ver el esfuerzo que le cuesta mantenerla así—, he venido a retirar los cargos.

Eso me pilla completamente desprevenida. Mía deja escapar un pequeño jadeo de sorpresa.

—¿Retirar los cargos? —repito, segura de haber oído mal—. ¿Por qué harías eso?

Su mirada se intensifica, y por un momento veo algo más allá de la fachada profesional: una determinación que me provoca un escalofrío.

—Porque tengo una propuesta mejor —responde, y hay algo en su tono que me pone en alerta—. Una que beneficiará a ambas partes.

Enzo suelta una risita que se transforma en tos cuando Javier le lanza una mirada asesina.

—Hablaremos en privado —añade Javier, señalando hacia una pequeña sala de interrogatorios vacía.

—Parece el comienzo de una película de terror —murmura Mía mientras nos ponemos de pie.

—O de una porno muy rara —susurra Enzo, lo suficientemente alto para que lo oigamos.

Javier cierra los ojos un momento, como si estuviera rezando por paciencia.

—Enzo, ¿podrías comportarte como un adulto por cinco minutos?

—Podría, pero sería tremendamente aburrido para todos —responde su hermano con una sonrisa despreocupada—. Además, alguien tiene que aligerar el ambiente. Estás tan tenso que parece que te hayas tragado un palo de escoba.

Veo a Mía morderse el labio para no reírse, y por un segundo nuestras miradas se cruzan en una complicidad inesperada. Casi puedo leer su pensamiento: «Me gusta este».

La sala de interrogatorios es pequeña y austera, con una mesa metálica y cuatro sillas. Javier espera a que nos sentemos, un gesto que sería caballeroso si no estuviéramos en una comisaría después de haber saboteado su evento.

—Bien —dice una vez que estamos todos acomodados, Javier y yo frente a frente, Mía y Enzo a los lados—. Vayamos al grano. Lo que habéis hecho esta noche ha sido criminal, irresponsable y completamente infantil.

—Gracias —responde Mía, como si le hubiera hecho un cumplido.

Enzo suelta una carcajada que intenta disimular con una tos cuando Javier lo fulmina con la mirada.

—Sin embargo —continúa Javier, ignorando la interrupción—, presentar cargos formales sería contraproducente para todas las partes implicadas. Generaría publicidad negativa para el resort, y ciertamente no ayudaría a la reputación de Villa Azul.

Tiene razón, por supuesto, aunque me fastidia admitirlo. Un escándalo así podría ser el golpe final para mi hotel.

—¿Qué propones entonces? —pregunto, intentando mantener un tono neutral.

Esta ayuda inesperada me está poniendo muy nerviosa.

Javier se inclina ligeramente hacia adelante, y noto que su colonia —esa mezcla de sándalo y bergamota que ya me resulta dolorosamente familiar— invade mis sentidos. Está lo suficientemente cerca para que pueda ver las motas verdes en sus ojos grises, el ligero rastro de barba incipiente en su mandíbula, la forma en que su labio inferior es ligeramente más lleno que el superior...

Dios mío, Valentina, concéntrate.

—Cada verano, el resort organiza un evento benéfico —explica—. Este año será especialmente importante, con cobertura mediática internacional y la presencia de figuras clave del turismo europeo.

—Fascinante —comento secamente—. ¿Y esto me concierne porque...?

—Porque tú y la señorita Vargas vais a organizarlo —responde, y no es una sugerencia—. Completamente. Desde la concepción hasta la ejecución.

Me quedo momentáneamente sin palabras. Mía, no.

—¿Quieres que organicemos una gala benéfica en el mismo resort que acabamos de sabotear? —pregunta, con una mezcla de incredulidad y diversión—. ¿Es algún tipo de castigo retorcido o simplemente tienes tendencias masoquistas?

Enzo se atraganta con su propia saliva y comienza a toser violentamente. Javier cierra los ojos un momento, como buscando fuerzas en algún lugar místico.

—Lo veo más como una oportunidad de teneros controladas de cerca —responde finalmente, con una honestidad que me descoloca—. Vosotras tendréis acceso a nuestras instalaciones, a nuestros contactos, y yo tendré la oportunidad de observar cómo trabajáis, qué hace que Villa Azul sea... especial.

Sus ojos se clavan en los míos, y siento como si estuviera desnudándome el alma. Este hombre no solo quiere mi hotel, quiere entender por qué lo

defiendo con tanta pasión. Me hace sentir completamente mareada.

—¿Y por qué iba yo a querer ayudarte con tu gala? —pregunto, sin romper el contacto visual.

—Porque la alternativa es una multa de ciento cincuenta mil euros por daños materiales, más los costes de imagen que son incalculables —responde con una precisión que me hiela la sangre—. Y porque el evento es en seis semanas. Si lográis organizarlo con éxito, Villa Azul recibirá una mención destacada como colaborador, lo que podría atraer a una clientela que normalmente no consideraría un establecimiento tan... pintoresco.

Ciento cincuenta mil euros. Una cifra que haría que Villa Azul cerrara sus puertas antes de fin de mes. La cifra me golpea como un puñetazo en el estómago, y por la leve sonrisa de satisfacción que veo en el rostro de Javier, sabe exactamente el efecto que ha tenido.

—¿Cuál es la trampa? —pregunto, intentando que mi voz no tiemble.

—No hay trampa —responde, sosteniéndome la mirada—. Solo condiciones claras. Trabajaréis bajo mi supervisión directa. Cualquier decisión importante requerirá mi aprobación. Y si intentáis sabotear el evento de alguna manera, los cargos se reactivarán inmediatamente, con el agravante de incumplimiento de acuerdo.

Nos miramos fijamente a través de la mesa. Es un pulso silencioso, una batalla de voluntades. Debería sentirme derrotada, pero en lugar de eso siento una extraña energía recorriendo mi cuerpo, como si cada célula estuviera despertando después de un largo letargo.

—¿Y si nos negamos? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Entonces procederemos con los cargos —dice simplemente—. Y Villa Azul probablemente tendrá que cerrar sus puertas antes de que termine el verano.

Lo dice sin malicia, como quien constata un hecho meteorológico. Y eso, de alguna manera, lo hace más doloroso. Porque sabe que tiene razón.

Miro a Mía, buscando su opinión. Ella se encoge de hombros ligeramente, dejándome la decisión. Después de todo, es mi hotel el que está en juego.

—De acuerdo —digo finalmente, odiando la sensación de derrota—. Organizaremos tu evento benéfico.

—Excelente —responde Javier, y por un segundo veo un destello de algo en sus ojos. ¿Triunfo? ¿Anticipación? Sea lo que sea, desaparece tan rápido como llegó, reemplazado por su habitual frialdad profesional—. Comenzaremos mañana. Os espero en mi oficina a las nueve en punto.

—¿Mañana? —protesto—. Pero tengo un hotel que dirigir.

—Y yo tengo un resort que dirigir, y sin embargo aquí estoy, en una comisaría a las dos de la madrugada, oliendo a productos químicos rosas —replica con una ceja alzada—. Nueve en punto, señorita Ruiz. No llegue tarde.

Se levanta con esa gracia fluida que parece tener incluso cuando está furioso, y se dirige a la puerta. Enzo se queda un momento.

—Ha sido un placer conoceros, criminales —dice con una sonrisa que muestra un hoyuelo en su mejilla izquierda—. Presiento que este verano acaba de volverse mucho más interesante.

Cuando nos quedamos solas, Mía se desploma en su silla con un suspiro dramático.

—Joder, Val, ¿has visto a ese hombre? Es como si hubieran tomado todo lo bueno de su hermano estirado y le hubieran añadido sentido del humor y un toque de peligro.

—Concéntrate, Mía —le advierto, aunque no puedo evitar sonreír—. Acabamos de meternos en la boca del lobo. Literalmente vamos a pasar semanas trabajando bajo las órdenes directas de Javier Montenegro.

—Dirás que tú vas a estar bajo sus órdenes directas —me corrige con una sonrisa maliciosa—. Yo estaré muy ocupada... consultando cosas con el hermano rebelde.

—Ni se te ocurra —le advierto, reconociendo esa mirada—. Es el enemigo.

—El enemigo está buenísimo —responde, encogiéndose de hombros—. Además, ¿no has oído lo que dicen? Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca.

Pongo los ojos en blanco, pero una parte de mí no puede evitar pensar en lo que significará pasar tanto tiempo cerca de Javier. Verlo todos los días. Trabajar con él. Observarlo en su entorno natural.

Y otra parte, una que intento ignorar desesperadamente, se pregunta si volveré a ver esos breves destellos del hombre que conocí en el club, el que citaba a García Márquez y tenía una sonrisa que transformaba completamente su rostro.

Cuando salimos de la comisaría, el aire de la madrugada nos golpea con su frescura salina. A lo lejos, las luces del Marbella Grand Resort brillan como una promesa o una amenaza, dependiendo de cómo lo mires.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —dice Mía mientras caminamos hacia el taxi—. Que después de todo este lío, vamos a terminar exactamente donde queríamos estar: dentro del resort, con acceso a todo.

Tiene razón, por supuesto. Lo que comenzó como un acto de sabotaje se ha convertido en una invitación formal para infiltrarnos en el corazón del enemigo.

Y lo más perturbador de todo es que una parte de mí está deseando que lleguen las nueve de la mañana.

JAVIER

—Dime que no acabo de presenciar lo que creo que acabo de presenciar —dice Enzo mientras salimos de la comisaría.

El aire nocturno de Marbella es cálido y huele a sal, pero ni siquiera eso puede enmascarar el persistente aroma a tinte químico que parece haberse adherido a mi piel. Este día parece no tener fin.

—No sé a qué te refieres —respondo, aflojándome la corbata. Después de todo lo sucedido, siento que me está estrangulando.

—Me refiero a ti, el gran Javier Montenegro, el hombre que una vez hizo llorar a un proveedor por entregar servilletas del tono equivocado de beige, invitando a las mujeres que acaban de convertir tu evento en un desastre rosa a organizar la gala más importante del verano.

Abro la puerta del coche y me deslizo en el asiento del conductor. Enzo se acomoda a mi lado, sin dejar de mirarme con esa expresión que siempre me ha irritado: la de alguien que puede leer mis pensamientos mejor que yo mismo.

—Es una estrategia —explico mientras arranco el motor—. Necesito entender cómo funciona Villa Azul, qué lo hace especial para sus clientes. Y necesito conocer mejor a Valentina Ruiz, encontrar sus puntos débiles.

—Ajá —murmura Enzo, claramente no convencido—. Y el hecho de que quieras «conocer mejor» a una mujer que claramente te fascina no tiene nada que ver con que tenga los ojos más expresivos que he visto en mi vida y una tendencia a desafiarte que claramente te pone a cien.

Siento un calor subir por mi cuello que no tiene nada que ver con la temperatura exterior.

—Es estrategia empresarial —insisto, manteniendo la vista fija en la carretera—. Conócete a ti mismo y conoce a tu enemigo, y en cien batallas, nunca estarás en peligro.

—¿Ahora citas a Sun Tzu? —Enzo suelta una carcajada—. Vaya, esto es serio. Normalmente solo recurres a los clásicos militares cuando estás

realmente nervioso.

Aprieto el volante con tanta fuerza que mis nudillos se vuelven blancos. Lo peor es que no puedo negarlo completamente. Hay algo en Valentina Ruiz que despierta en mí reacciones que creía olvidadas, o quizás nunca experimentadas. Una mezcla volátil de irritación, admiración y un deseo que me resulta tan incómodo como innegable.

—Padre espera que consiga Villa Azul antes de septiembre —digo, cambiando ligeramente de tema—. Y lo conseguiré. Si para ello tengo que soportar a Valentina Ruiz durante unas semanas, que así sea.

—Soportar. Interesante elección de palabras —comenta Enzo, mirándome de reojo—. Porque parecías de todo menos sufriendo cuando la mirabas. De hecho, parecías más vivo de lo que te he visto en años.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que me gustaría admitir. ¿Tan evidente es? ¿Tan transparente me he vuelto?

—¿No deberías estar preocupado por tu propio desastre romántico? —contraataco, refiriéndome a su compromiso forzado—. ¿O es que ya has olvidado que en tres meses estarás casado con una mujer que apenas conoces?

Es un golpe bajo, y lo sé en cuanto las palabras salen de mi boca. La sonrisa de Enzo vacila por un segundo antes de volver, aunque con menos intensidad.

—*Touché*, hermanito —responde, mirando por la ventanilla—. Pero al menos yo admito que estoy jodido. Tú sigues pretendiendo que tienes todo bajo control.

Conducimos en silencio durante unos minutos, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Las calles de Marbella están casi desiertas a esta hora, con solo algún grupo ocasional de turistas noctámbulos o trabajadores que regresan a casa.

—Su amiga es interesante —comenta Enzo casualmente, rompiendo el silencio—. La del mechón azul.

—Ni se te ocurra —le advierto, reconociendo ese tono—. Ya tenemos suficientes problemas sin que añadas tus conquistas a la mezcla.

—¿Quién ha dicho nada de conquistas? —protesta con fingida inocencia—. Solo digo que es interesante. Inteligente. Divertida. Y la forma en que me miraba... como si pudiera ver a través de toda la mierda.

—Enzo —le interrumpo—, estás comprometido. Y ella es la mejor amiga de la mujer que está intentando sabotear mi carrera.

—Detalles, detalles —responde con un gesto despreocupado—. Además, no es como si París y yo tuviéramos un gran romance. Es un contrato comercial con anillo incluido.

No puedo evitar sentir una punzada de simpatía. Enzo puede parecer despreocupado, pero sé que la idea de ese matrimonio lo está carcomiendo por dentro. Mi hermano, con todos sus defectos, es un romántico empedernido, aunque intente ocultarlo bajo capas de cinismo y frivolidad.

—Solo... no compliques más las cosas, ¿de acuerdo? —le pido mientras entramos en el aparcamiento del resort—. Necesito que este verano sea perfecto. Es mi oportunidad de demostrarle a padre que soy capaz de dirigir el grupo.

Enzo me mira con una expresión que no puedo descifrar completamente. Hay algo de tristeza en ella, y quizás compasión.

—¿Alguna vez te has preguntado si realmente quieres dirigir el grupo? —pregunta en voz baja—. ¿Si eso te hará feliz?

La pregunta me descoloca. ¿Feliz? ¿Qué tiene que ver la felicidad con esto? Es mi responsabilidad. Mi deber. Lo que se espera de mí.

—Eso es irrelevante —respondo mientras apago el motor—. Es lo que debo hacer.

—Eso no responde mi pregunta —insiste.

No le contesto. No puedo. Porque la verdad es que no me he permitido considerar si quiero o no este camino. Ha sido mi destino desde que tengo memoria. El heredero. El sucesor. El futuro de Montenegro Hotels.

Cuando llegamos a mi suite, Enzo se despide con un abrazo rápido que me sorprende. No somos una familia especialmente física.

—Intenta dormir un poco —me dice—. Mañana te espera un día interesante con tu némesis de ojos bonitos.

—No tiene los ojos bonitos —miento automáticamente.

Enzo suelta una carcajada mientras se aleja por el pasillo.

—Claro que no, hermanito. Y yo no estoy jodido.

Cuando finalmente me quedo solo, me permito un momento de honestidad brutal frente al espejo del baño. Tengo ojeras, el pelo revuelto, y hay rastros de rosa por todas partes. Parezco exactamente lo que soy: un hombre que ha perdido el control de la situación.

¿En qué estaba pensando al proponer ese acuerdo? ¿Realmente es solo estrategia empresarial? ¿O hay algo más, algo que no me atrevo a admitir ni a mí mismo?

Tener a Valentina Ruiz en el resort durante semanas, trabajando estrechamente conmigo, es como invitar a un huracán a tu casa y esperar que no haya daños. Es imprudente. Es arriesgado. Es potencialmente desastroso para mis planes.

Y sin embargo, mientras me preparo para dormir las pocas horas que quedan antes del amanecer, no puedo negar la anticipación que siento. Una parte de mí, la parte que escribe historias y sueña con vidas alternativas, está ansiosa por ver qué sucederá mañana.

Porque Valentina Ruiz puede ser muchas cosas —impulsiva, temeraria, completamente irracional— pero nunca, jamás es aburrida. Y no puedo

recordar la última vez que sentí algo tan intenso como lo que ella me hace sentir, aunque sea principalmente frustración y desconcierto.

Me tiendo en la cama, exhausto, pero demasiado agitado para dormir de inmediato. El recuerdo de sus ojos desafiantes, de la forma en que su barbilla se eleva ligeramente cuando está a punto de decir algo provocador, de cómo sus labios se curvan en una sonrisa que parece reservada solo para burlarse de mí... todo ello da vueltas en mi mente como un torbellino.

Mañana a las nueve. Valentina Ruiz estará en mi territorio. Bajo mis reglas.

¿Por qué, entonces, tengo la sensación de que soy yo quien está a punto de entrar en terreno peligroso?

CAPÍTULO 8

JAVIER

Son las nueve en punto de la mañana y mis ojos no se apartan del reloj de pared. No es que esté nervioso, me digo a mí mismo. Es simple puntualidad profesional. La puntualidad es respeto, y el respeto es la base de cualquier relación de negocios exitosa.

Pero no es una relación de negocios lo que me tiene tamborileando los dedos sobre mi escritorio de color caoba. Es ella.

Valentina Ruiz.

Mi némesis de ojos color miel que en este preciso instante llega tres minutos y cuarenta y dos segundos tarde.

Claudia, mi asistente, asoma la cabeza por la puerta con expresión cautelosa. Después del incidente rosa de anoche, todo el personal me mira como si fuera una bomba a punto de explotar.

—Señor Montenegro, las... visitantes han llegado —anuncia, pronunciando «visitantes» como quien dice «pirañas».

—Hazlas pasar —respondo, ajustándome instintivamente los gemelos.

Me pongo de pie, adoptando mi postura más directiva. Hombros rectos, barbilla ligeramente elevada, manos a los costados. La postura que mi padre me enseñó a los doce años cuando me llevó a mi primera reunión de negocios. «Un Montenegro nunca muestra debilidad», me había dicho. «Y la postura es el primer indicador de carácter».

La puerta se abre y ella entra como una brisa marina en mi perfectamente climatizada oficina.

Valentina lleva un vestido sencillo de color azul claro que ondula alrededor de sus piernas mientras camina. Su cabello, recogido en una coleta alta, deja al descubierto su cuello y esas pecas que parecen constelaciones privadas sobre

su piel. No lleva apenas maquillaje, solo un toque de brillo en los labios que atrapa la luz cuando sonríe.

Y está sonriendo. No es una sonrisa educada de esas que se ven en las reuniones de negocios, sino una sonrisa ligeramente torcida que parece decir «sé algo que tú no sabes».

Me pone de los nervios.

Detrás de ella, Mía Vargas entra con su característico mechón azul ahora recogido en un moño sorprendentemente profesional. Lleva un pantalón negro y una blusa blanca, casi como si intentara pasar desapercibida. Lo cual, considerando los acontecimientos de anoche, es un esfuerzo admirable pero inútil.

—Buenos días, señor Montenegro —saluda Valentina, y hay un deje de burla en la formalidad con que pronuncia mi apellido—. Espero que haya dormido bien.

Es una provocación, por supuesto. Ambos sabemos que he dormido como mucho tres horas, y probablemente soñando con fuentes rosas y sangría voladora.

—Perfectamente, gracias —miento con una sonrisa tensa—. ¿Y ustedes? ¿La comisaría proporcionó alojamiento confortable?

Mía suelta un bufido que intenta disimular con una tos. Valentina ni se inmuta.

—Las instalaciones dejaban algo que desear, pero la compañía fue fascinante —responde, sosteniendo mi mirada—. Su hermano es... encantador.

Algo se retuerce en mi estómago ante la mención de Enzo. No son celos, me digo. Es simple preocupación fraternal.

—Tomen asiento, por favor —indico, señalando las sillas frente a mi escritorio—. Tenemos mucho que discutir.

Valentina se sienta con una gracia natural que me distrae momentáneamente. Cruza las piernas y apoya las manos sobre su regazo, como una colegiala ejemplar. Excepto que sus ojos brillan con un desafío que ninguna colegiala debería poseer.

—Antes de empezar —dice, inclinándose ligeramente hacia adelante—, quisiera aclarar algo. Estamos aquí bajo coacción. No por voluntad propia. Así que si espera entusiasmo...

—Lo que espero, señorita Ruiz, es profesionalidad —la interrumpo—. Y resultados. El evento benéfico anual del Marbella Grand Resort es nuestro escaparate social más importante. Este año, los fondos irán destinados a la preservación de los arrecifes del Mediterráneo.

—¿Arrecifes? —interviene Mía, hablando por primera vez—. ¿En el Mediterráneo? ¿Hay corales aquí?

—Praderas de posidonia —respondo automáticamente—. Son vitales para el ecosistema marino local y están en peligro por la contaminación y el anclaje incontrolado de embarcaciones.

Valentina me mira con una expresión que no logro descifrar. ¿Sorpresa? ¿Evaluación?

—No esperaba que fueras un defensor del medio ambiente —comenta, y por primera vez desde que entró, su tono carece de sarcasmo.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —respondo, y algo en mi voz hace que sus mejillas se tiñan ligeramente de rosa. Un rosa mucho más sutil y atractivo que el de las fuentes de anoche.

Me aclaro la garganta, desconcertado por mi propio pensamiento.

—El evento será en seis semanas. Necesitamos un concepto, un diseño, una lista de invitados, un menú, entretenimiento... —enumero, volviendo al terreno seguro de la organización—. Todo debe reflejar la excelencia del resort y atraer donaciones generosas.

—¿Y cuál es el presupuesto? —pregunta Valentina, sacando una pequeña libreta de su bolso.

Le entrego una carpeta con los detalles financieros. Cuando la abre, sus ojos se ensanchan momentáneamente.

—Esto es... —comienza.

—Lo adecuado para un evento de esta categoría —completo.

Mía se inclina para mirar los números y suelta un silbido bajo.

—Con esto podríamos renovar todo Villa Azul y aún nos sobraría para una piscina olímpica —murmura.

Veo cómo Valentina se tensa ligeramente. Es apenas perceptible: un pequeño cambio en la curva de sus hombros, un parpadeo más prolongado. Pero lo noto. Y me doy cuenta de que he tocado un punto sensible.

Bien. Eso es lo que quiero. Aprender cosas de ella. Cosas que la hagan vulnerable cuando tenga que comprarle el terreno. Para eso está aquí.

Quizás, si me lo repito las suficientes veces incluso yo puedo creérmelo.

—Les mostraré las instalaciones —digo, poniéndome de pie—. Necesitan familiarizarse con los espacios disponibles.

VALENTINA

Si el infierno existe, probablemente tenga mármol italiano en el suelo, candelabros de cristal en el techo, y un hombre irritantemente atractivo en traje hecho a medida esperando para atormentarte por toda la eternidad.

Al menos, eso pienso mientras Javier Montenegro nos guía por el Marbella Grand Resort, su voz profunda explicando cada detalle arquitectónico como si estuviera recitando poesía. Lo peor no es su tono condescendiente, ni su postura perfecta, ni siquiera esa forma de ajustarse los gemelos cuando está nervioso (un gesto que, muy a mi pesar, encuentro inexplicablemente entrañable).

No, lo peor es que el maldito resort es... impresionante.

¿Cómo se supone que vamos a competir con ellos?

Ver sus instalaciones con mis propios ojos ha sido un golpe muy duro.

Una cosa es ver fotos en Internet, otra muy diferentes es verlas en directo.

—Este es nuestro jardín mediterráneo —explica mientras entramos en un espacio que parece sacado de un sueño—. Todas las plantas son autóctonas, cultivadas específicamente para recrear el ecosistema local.

El jardín es una obra maestra de diseño paisajístico. Olivos centenarios conviven con lavanda silvestre, romero y jazmines. Pequeños senderos de piedra serpentean entre arriates cuidadosamente desordenados, creando la ilusión de un paisaje natural perfectamente domesticado.

Me acerco a un arbusto de jazmín, incapaz de resistir su llamada. Está perfectamente cuidado, pero puedo ver que lucha ligeramente contra el calor de junio.

—Aguanta un poco más —le susurro, inclinándome hacia sus flores—. Sé que el calor es intenso, pero estás dando lo mejor.

Cuando me incorporo, descubro a Javier observándome con una expresión indescifrable. No es burla, como esperaba, sino algo más... ¿intrigado?

—Hablo con las plantas —declaro, a la defensiva—. Les va bien. Está científicamente probado.

—No he dicho nada —responde, con las manos levantadas en un gesto de rendición que no me convence.

—Lo estabas pensando —acuso—. Con esa expresión tuya de superioridad corporativa.

—No tengo una «expresión de superioridad corporativa» —protesta, y parece genuinamente perplejo.

Mía, que ha estado inusualmente callada (probablemente planeando cómo encontrarse «accidentalmente» con Enzo), suelta una carcajada.

—Por favor, tienes como mínimo siete expresiones diferentes de superioridad. Esta es la número tres: ligeramente divertida pero condescendiente.

Veo cómo Javier se queda momentáneamente sin palabras, y una pequeña victoria florece en mi pecho. Es reconfortante saber que no soy la única descolocada en esta extraña dinámica que hemos creado.

Continuamos el recorrido, y con cada nuevo espacio que descubrimos, mi resolución de odiar este lugar se debilita un poco más. Es como si el resort fuera un argumento arquitectónico diseñado específicamente para contradecir todos mis prejuicios.

Y entonces llegamos al spa.

Oh. Dios. Mío.

Es el paraíso acuático materializado. Piscinas de agua turquesa que brillan como gemas bajo la luz natural que se filtra por claraboyas estratégicamente colocadas. Mosaicos artesanales en tonos azules y verdes que recrean el movimiento del mar. El aire, perfumado con esencias de eucalipto y sal marina, envuelve cada rincón.

Intento mantener mi expresión neutral, pero sé que estoy fallando miserablemente.

—Esto es... —comienzo, luchando contra el impulso de mostrar admiración.

—¿Aceptable? —sugiere Javier, con una sonrisa que me provoca ganas simultáneas de golpearlo y de... otras cosas menos violentas y solo aptas para mayores de edad.

—Ostentoso —corrijo, aunque mi voz carece de convicción—. Excesivo. Innecesariamente lujoso.

—Los huéspedes no parecen opinar lo mismo —responde con esa irritante seguridad suya—. Tenemos lista de espera para los tratamientos premium

hasta septiembre.

Mi mirada se detiene en la piscina principal. El agua, iluminada desde abajo, crea un efecto hipnótico de luces y sombras azuladas. Casi puedo imaginar cómo se sentiría sumergirme en ella, dejar que el agua disuelva la tensión acumulada en mis hombros...

—¿Quieres probarla? —pregunta Javier, interrumpiendo mi fantasía acuática.

Vuelvo bruscamente a la realidad, mis ojos encontrándose con los suyos. Por un segundo, creo ver algo parecido a la timidez en su expresión, pero debe ser un truco de la luz.

—¿La piscina? —pregunto, como una idiota.

—El spa completo —aclara, y su tono es sorprendentemente amable—. Deberíais experimentar todas las instalaciones para poder incorporarlas adecuadamente al evento.

—Qué generoso —interviene Mía, con un tono que me hace querer darle un codazo—. ¿Eso incluye los tratamientos premium con lista de espera?

—Por supuesto —responde él, su expresión perfectamente profesional—. Considérenlo una... inversión en el éxito del evento.

Lo estudio por un momento, buscando la trampa. ¿Es una estrategia para ablandarnos? ¿Para que nos sintamos en deuda? ¿O simplemente quiere presumir de las instalaciones de su resort?

—Lo consideraremos —digo finalmente, permitiéndome una pequeña sonrisa—. Por el bien del evento, claro.

—Por supuesto —asiente, y ahí está de nuevo: ese gesto de ajustarse los gemelos.

Es como si, por un segundo, viera al hombre detrás de la fachada corporativa. Un hombre con pequeños gestos nerviosos y vulnerabilidades humanas. Un hombre que, en otras circunstancias, podría...

No. Ni siquiera voy a terminar ese pensamiento.

Continuamos hacia los salones de eventos, y mientras Javier explica las diferentes configuraciones posibles, mi mente comienza a trabajar en otra dirección. Hay algo en estos espacios que me inquieta, aunque no logro identificar qué es exactamente.

—¿Algún problema, señorita Ruiz? —pregunta Javier, sacándome de mis pensamientos.

—Es todo muy... elegante —respondo, encontrando finalmente la palabra —. Pero frío. Impersonal. Como si cualquier evento pudiera celebrarse aquí sin dejar huella.

—Esa es precisamente la idea —responde con ese tono de «es obvio para cualquiera con un mínimo de inteligencia»—. Versatilidad. Adaptabilidad.

—Anonimato —replico—. Olvido. ¿Cuántos eventos se han celebrado aquí que nadie recuerda?

Veo algo parpadear en sus ojos. ¿Sorpresa? ¿Preocupación?

—Los eventos no se recuerdan por las paredes —argumenta—, sino por lo que ocurre dentro de ellas.

—Exactamente —digo, sintiendo una idea formarse en mi mente—. Y lo que ocurre depende del ambiente que crees. Este lugar es como un lienzo en blanco, pero tan blanco que deslumbra. Tan perfecto que intimida. Necesita... vida.

—¿Vida? —repite, y parece genuinamente intrigado.

—Alma —aclaro, sintiendo el entusiasmo crecer dentro de mí—. Algo que conecte con la gente, que les haga sentir parte de algo auténtico, no solo espectadores de una exhibición de lujo.

Las ideas fluyen ahora, y no puedo contenerlas. Le hablo sobre celebrar no solo la naturaleza marina, sino la cultura que ha crecido alrededor de ella. Las

tradiciones pesqueras, los artesanos locales, la historia de Marbella antes de que se convirtiera en un destino de lujo.

Mientras hablo, noto algo extraño: Javier me está escuchando. Realmente escuchando. No con esa expresión de educada indiferencia que suelen adoptar los hombres cuando una mujer habla con pasión, sino con genuino interés.

—Nuestros invitados esperan cierto nivel de... —comienza, pero puedo ver que está considerando mis palabras.

—¿Ostentación? —interrumpo—. ¿Previsibilidad? ¿Otro evento idéntico a los mil que han asistido este año?

—Sofisticación —corrige—. Excelencia.

—La verdadera sofisticación está en la autenticidad —replico—. En ofrecer experiencias significativas, no solo caras.

Nos miramos fijamente, y hay algo en ese intercambio que hace que mi corazón se acelere ligeramente. No es solo la adrenalina del debate. Es algo más, algo que no quiero nombrar porque hacerlo sería peligroso.

—Elabora una propuesta detallada —dice finalmente—. La revisaré con la mente abierta.

Su respuesta me desconcierta tanto que por un segundo olvido mantener mi fachada de antagonismo. Casi sonrío, genuinamente complacida por su receptividad, antes de recordar que somos enemigos declarados. Que quiere comprar mi legado.

—La tendrás mañana —aseguro, recuperando mi actitud desafiante—. Y será tan buena que no podrás rechazarla sin quedar como un snob corporativo sin imaginación.

—Esperaré ansioso —responde con una sonrisa que me descoloca completamente.

Porque no es su sonrisa profesional, ni su sonrisa condescendiente. Es algo más cercano a la sonrisa que vi aquella noche en el club, cuando hablamos de

García Márquez. Una sonrisa que sugiere que, bajo otras circunstancias, podríamos haber sido... algo brillante juntos.

No. Definitivamente no voy a pensar así.

Mientras nos acompaña de vuelta a la recepción, me descubro notando pequeños detalles de Javier que había pasado por alto. Cómo saluda por su nombre a cada empleado con quien nos cruzamos. Cómo se detiene brevemente para recoger un papel del suelo que alguien ha dejado caer. Cómo sus ojos se suavizan cuando habla de los arrecifes que quieren proteger.

Es perturbador descubrir que mi supuesto enemigo posee cualidades que, en otro contexto, encontraría profundamente atractivas.

Al despedirnos, extiendo mi mano en un gesto formal que espero disimule la confusión que siento.

—Hasta mañana, señor Montenegro —digo, intentando sonar profesional y distante.

Toma mi mano, y el contacto envía una corriente eléctrica por mi brazo. Su mano es cálida, firme, y sorprendentemente suave para alguien tan... masculino.

—Hasta mañana, señorita Ruiz —responde, reteniendo mi mano un segundo más de lo necesario—. Estoy deseando ver esa propuesta irrechazable.

Hay algo en su tono, en la forma en que sus ojos se fijan en los míos, que hace que mi estómago dé un vuelco traicionero. Por un momento, casi olvido por qué estamos aquí, qué nos ha llevado a esta extraña situación.

Cuando finalmente salimos del resort, Mía suelta un suspiro dramático.

—Dios mío, Val. ¿Has visto ese spa? Creo que he tenido un orgasmo visual.

—¡Mía! —la reprendo, aunque no puedo evitar reírme.

—¿Qué? Es la verdad. Y no me digas que no estás pensando en aceptar su oferta de «probar las instalaciones». —Hace comillas en el aire con los dedos

—. Aunque sospecho que a él le gustaría que probaras otras... instalaciones.

—No digas tonterías —respondo, sintiendo un calor inexplicable subir por mi cuello—. Esto es estrictamente profesional. Estamos aquí para organizar un evento y para espiar al enemigo. Nada más.

—Mmm-hmm —murmura, claramente no convencida—. Y yo soy la Reina de Inglaterra. ¿Has visto cómo te miraba cuando hablabas de tu idea para el evento? Como si quisiese devorarte. Intelectualmente, claro.

—Estás imaginando cosas —insisto, aunque una parte de mí se pregunta si tiene razón—. Además, no olvides que está intentando comprar Villa Azul. Destruir el legado de mi abuela. Es el enemigo.

—Un enemigo muy sexy —comenta Mía—. Con un spa divino. Y un hermano aún más sexy, si me permites añadir.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír. A pesar de todo, ha sido una mañana... interesante.

—Vamos —digo, tomándola del brazo—. Tenemos una propuesta que preparar. Una que sea tan buena que el señor Perfecto no pueda rechazarla.

Mientras caminamos de vuelta a Villa Azul, no puedo evitar mirar hacia atrás una última vez. El Marbella Grand Resort se alza imponente contra el cielo azul, un gigante de cristal y acero que amenaza con devorar mi pequeño hotel.

Y dentro de él, un hombre que amenaza con complicar mi vida de formas que ni siquiera quiero considerar.

CAPÍTULO 9

VALENTINA

—¡No puedo creer que hayamos conseguido que venga! —exclama Mía por tercera vez en la última hora, mientras coloca estratégicamente las velas en el jardín de Villa Azul.

No la culpo por su entusiasmo. Yo misma todavía no me lo creo. Eugenia Calderón, la influencer de viajes de lujo más seguida de España, estará esta noche en mi pequeño hotel para celebrar su cumpleaños. Un golpe maestro que podría cambiar por completo la suerte de Villa Azul.

—Ha sido un golpe de suerte —respondo, ajustando un arreglo floral—. Su reserva en el Puente Romano se canceló a última hora.

—No fue suerte —replica Mía—. Fue tu encanto y mi propuesta gastronómica irresistible. Nadie puede decir que no a mi menú degustación de cinco pasos con maridaje de vinos locales.

Sonrío, agradecida por tener a Mía a mi lado. Sin ella, Villa Azul habría cerrado hace meses. Su talento en la cocina es lo único que mantiene a flote nuestro pequeño restaurante.

El jardín está espectacular, incluso yo tengo que admitirlo. Hemos colgado guirnaldas de luces entre los olivos centenarios, creando un techo de estrellas artificiales. Las mesas están decoradas con flores silvestres en jarrones de cristal reciclado, y pequeñas velas flotan en la piscina, creando un efecto mágico que se refleja en el agua.

Es exactamente el tipo de ambiente íntimo y auténtico que el Marbella Grand Resort, con toda su opulencia, nunca podría ofrecer. Y esa es nuestra única ventaja competitiva.

—¿Crees que funcionará? —pregunto, dejando que mi inseguridad se filtre por un momento.

—¿Que si funcionará? —Mía se detiene y me mira fijamente—. Val, cuando Eugenia suba fotos de este lugar a su Instagram, tendremos reservas hasta el próximo verano. Es literalmente la reina Midas de los hoteles boutique. Donde ella va, las masas hipsters adineradas la siguen.

Quiero creerla. Necesito creerla. Porque si esta noche fracasa, no sé cuánto tiempo más podremos mantener Villa Azul a flote.

Mi móvil vibra con un mensaje. Es Carmen, nuestra única camarera a tiempo completo.

«Acaba de llegar el equipo de música. ¿Dónde lo coloco?»

—Mierda, se me olvidó decirle —murmuro—. Voy a ver qué pasa. ¿Puedes terminar con las velas?

Mía asiente, y me dirijo hacia la entrada del hotel. Al pasar junto a la caseta del sistema eléctrico, noto algo extraño. La puerta está ligeramente entreabierta, aunque estoy segura de haberla cerrado esta mañana después de comprobar los fusibles.

Me detengo, frunciendo el ceño. Podría jurar que veo una sombra moverse dentro.

—¿Hola? —llamo, acercándome cautelosamente—. ¿Hay alguien ahí?

No hay respuesta. Con el corazón acelerado, abro la puerta de golpe.

No hay nadie. Solo las cajas de fusibles y el panel de control, exactamente como deberían estar. Debo estar volviéndome paranoica.

Cierro la puerta, asegurándome de que quede bien cerrada esta vez, y continúo mi camino. Pero una sensación inquietante persiste en la base de mi cuello, como si alguien me estuviera observando.

Sacudo la cabeza para despejarla. No tengo tiempo para paranoias. Eugenia Calderón llegará en menos de una hora con sus veinte invitados VIP, y todo tiene que ser perfecto.

Esta noche, Villa Azul brillará como nunca antes. Y ni siquiera Javier Montenegro podrá evitarlo.

Esta noche ganamos nosotros.

JAVIER

Esto es completamente impropio de mí. Inmaduro. Poco profesional. Completamente ilegal.

Pero, aquí estoy, agachado detrás de un arbusto como un delincuente de poca monta, observando Villa Azul mientras el sol comienza a ponerse.

Me digo a mí mismo que es simple inteligencia competitiva. Necesito entender por qué este pequeño hotel sigue atrayendo clientes a pesar de sus obvias limitaciones. Necesito encontrar sus puntos débiles para formular una mejor oferta de compra.

Lo que no explica por qué acabo de manipular su sistema eléctrico para que falle exactamente a las 22:37.

—Es estrategia empresarial —murmuro para mí mismo, aunque ni yo me lo creo.

La verdad es que desde que me enteré, a través de una indiscreción de uno de nuestros conserjes, que Eugenia Calderón celebraría su cumpleaños en Villa Azul, algo se activó dentro de mí. Una competitividad que creía reservada para las salas de juntas, no para sabotajes nocturnos.

Eugenia Calderón. La influencer cuya aprobación puede cambiar la fortuna de cualquier establecimiento turístico. La misma que rechazó nuestra invitación para hospedarse en el Marbella Grand Resort hace dos días, alegando que buscaba «experiencias más auténticas y menos corporativas».

Y ahora estará en Villa Azul. En el territorio de Valentina.

Desde mi posición, puedo ver el jardín trasero del hotel. Han hecho un trabajo impresionante con recursos limitados. Las luces, las flores, la

disposición de las mesas... todo transmite una sensación de intimidad cuidada que, debo admitir a regañadientes, nuestro resort rara vez consigue.

Y entonces la veo.

Valentina emerge del hotel con un vestido verde que fluye a su alrededor como agua viva. Su cabello está recogido en un moño suelto del que escapan algunos mechones rebeldes, enmarcando su rostro como si hubiera sido diseñado específicamente para ello. Se mueve con una gracia natural, dando instrucciones, ajustando una flor aquí, una vela allá.

Está en su elemento. Radiante. Viva.

Mi estómago se contrae con algo que me niego a identificar como culpabilidad.

«Es solo negocios», me repito. «Ella empezó primero».

Pero mientras la observo inclinarse para hablar con una planta —sí, literalmente está susurrando a un geranio—, me pregunto si no me estoy mintiendo a mí mismo.

¿Estoy haciendo esto solo para llamar su atención? ¿Solo para ver el fuego en sus ojos?

Un grupo de taxis comienza a llegar a la entrada principal. Los invitados VIP. Pronto la fiesta estará en pleno apogeo, y luego... oscuridad total.

Debería irme. He puesto en marcha mi pequeña venganza, no hay razón para quedarme a presenciar el resultado.

Pero no me muevo. Algo me mantiene clavado en mi escondite, observando cómo Valentina recibe a sus invitados con abrazos cálidos y sonrisas genuinas. Entre ellos, reconozco a Eugenia Calderón, con su característico cabello platino y su séquito de seguidores elegantemente vestidos.

La fiesta comienza, y desde mi posición puedo escuchar la música, las risas, los brindis. Villa Azul parece cobrar vida, pulsando con una energía que hace

que nuestro resort, con toda su perfección meticulosa, parezca de repente... estéril.

Mi reloj marca las 22:36.

Un minuto para el apagón.

Debería sentirme triunfante. En cambio, me descubro conteniendo la respiración, con una sensación incómoda en el pecho.

22:37.

Las luces parpadean una vez, dos veces, y luego...

Oscuridad.

VALENTINA

La música se detiene abruptamente. Las luces se apagan. La bomba de la piscina deja de funcionar. En un instante, Villa Azul queda sumida en la oscuridad más absoluta.

Mi corazón se detiene por un segundo, y luego comienza a latir desbocado. Esto no puede estar pasando. No esta noche. No con Eugenia Calderón y veinte influencers armados con smartphones y millones de seguidores.

—¡Mía! —llamo, intentando que mi voz suene calmada—. ¿Puedes traer las velas de emergencia de la cocina?

—¡Voy! —responde ella desde algún lugar en la oscuridad.

Los murmullos de confusión comienzan a extenderse entre los invitados. Tengo exactamente treinta segundos antes de que la confusión se convierta en molestia, y la molestia en desastre.

Respiro hondo. Pánico o solución. Elige, Valentina.

Solución. Siempre solución.

—¡Damas y caballeros! —exclamo, alzando la voz lo suficiente para hacerme oír por encima del murmullo creciente—. ¡Bienvenidos a la auténtica experiencia Villa Azul!

Las conversaciones se detienen. Puedo sentir docenas de ojos intentando encontrarme en la oscuridad.

—Esta noche —continúo, improvisando desesperadamente—, en honor al cumpleaños de nuestra distinguida invitada, hemos preparado algo especial. Una experiencia que ningún hotel de cinco estrellas podría ofrecerles...

Hago una pausa dramática, rezando para que Mía aparezca con esas velas.

—¡Una cena bajo las estrellas reales de Marbella! Sin contaminación lumínica, sin distracciones artificiales. Solo ustedes, la buena comida, y el cielo más espectacular de la Costa del Sol.

Como si el universo quisiera ayudarme, una nube que había estado ocultando la luna se aparta en ese preciso momento. La luz plateada inunda el jardín, revelando un cielo tachonado de estrellas tan brillantes que parecen al alcance de la mano.

Un murmullo de apreciación recorre a los invitados.

—¡Es mágico! —exclama alguien.

—¡Qué romántico! —añade otra voz.

Mía aparece a mi lado, cargada con docenas de velas. Comenzamos a distribuirlas por las mesas, creando un ambiente íntimo y cálido. Carmen y los otros camareros se unen, transformando lo que podría haber sido un desastre en algo... encantador.

Eugenia Calderón se acerca a mí, su rostro iluminado por el suave resplandor de las velas.

—Valentina, esto es exactamente el tipo de experiencia auténtica que buscaba —dice, con una sonrisa deslumbrante—. ¿Te importa si grabamos un stories? Mis seguidores van a AMAR esto.

Antes de que pueda responder, ya está en modo influencer, hablando a la cámara sobre la «experiencia única» y el «encanto inigualable» de Villa Azul.

No puedo creerlo. El desastre se ha convertido en triunfo.

Pero mientras dirijo a los camareros para servir el siguiente plato a la luz de las velas, mi mente vuelve a esa caseta eléctrica entreabierta. A esa sensación de ser observada.

Esto no ha sido un accidente. Y solo hay una persona que se beneficiaría de un desastre en Villa Azul esta noche.

Javier Montenegro.

Mis ojos escanean los límites del jardín, las sombras entre los árboles. Y por un segundo, creo ver un destello, como la luz de la luna reflejándose en un par de ojos que me observan desde la oscuridad.

Mi sangre hierve, pero mantengo la sonrisa. Si cree que esto me detendrá, no conoce a Valentina Ruiz.

La guerra acaba de ponerse interesante.

JAVIER

Mi plan no ha salido como esperaba.

Debería haberlo hecho. Mi pequeño sabotaje funcionó a la perfección: las luces se apagaron exactamente a la hora programada. El caos momentáneo fue evidente incluso desde mi escondite.

Pero lo que sucedió después...

En lugar de pánico, improvisación brillante. En lugar de quejas, deleite. En lugar de un desastre, Valentina ha creado algo... mágico.

La veo moverse entre las mesas iluminadas por velas, su vestido verde captando la luz de la luna como si estuviera hecho de agua de mar. Ríe, sirve vino, cuenta historias. Los invitados están completamente cautivados, sus rostros iluminados no solo por las velas sino por algo más: una alegría genuina, una sensación de estar experimentando algo único.

Incluso desde aquí puedo ver a Eugenia Calderón grabando todo con su teléfono, narrando entusiasmada a sus millones de seguidores.

Mi plan no solo ha fracasado; ha conseguido exactamente lo contrario de lo que pretendía. Villa Azul brilla esta noche, literalmente a pesar de la oscuridad.

Y es enteramente gracias a Valentina.

Una mezcla incómoda de admiración y vergüenza se asienta en mi estómago. Lo que acabo de hacer es mezquino, infantil y completamente impropio de mí. No es así como dirijo negocios. No es así como vivo mi vida.

¿Qué me está pasando?

La respuesta me mira directamente desde el jardín iluminado por velas. Por un momento aterrador, creo que Valentina me ha visto. Sus ojos parecen fijarse exactamente en mi escondite, y hay algo en su expresión —una mezcla de desafío y triunfo— que me hace contener la respiración.

Luego su atención vuelve a los invitados, pero la sensación persiste. Como si, de alguna manera, supiera que estoy aquí. Como si pudiera sentirme.

Es hora de irme. He visto suficiente. Más que suficiente.

Mientras me alejo silenciosamente entre las sombras, una realización incómoda me golpea: estoy jugando un juego cuyas reglas no comprendo completamente, contra una oponente que resulta ser mucho más formidable de lo que imaginé.

Y lo más perturbador de todo: una parte de mí está disfrutando cada minuto.

Esa noche, mientras camino de regreso al resort, la imagen de Valentina bajo la luz de la luna persiste en mi mente. Su ingenio, su adaptabilidad, su forma de transformar un desastre en triunfo.

Por primera vez desde que comenzó esta extraña guerra, me pregunto si estoy del lado equivocado.

Y por primera vez en mi vida adulta, esa posibilidad me aterroriza más de lo que debería.

CAPÍTULO 10

VALENTINA

Esto es una locura. Una estupidez. Un suicidio profesional.

Y, sin embargo, aquí estoy, deslizándome como una ladrona por los pasillos del Marbella Grand Resort a las once de la noche, con un bañador y una toalla escondidos en mi bolso.

Todo por culpa de ese maldito spa.

Desde que lo vi durante el recorrido con Javier, no he podido quitármelo de la cabeza. Esas piscinas turquesa, el vapor aromático, la promesa de sumergirme en agua cálida después de tres noches sin dormir organizando la fiesta de Eugenia Calderón (que, por cierto, fue un éxito rotundo a pesar del sabotaje eléctrico que estoy segura fue obra de cierto ejecutivo estirado).

«Solo media hora», me digo a mí misma mientras esquivo a un empleado distraído. «Nadie lo sabrá».

Javier nos dio tarjetas de acceso a todas las instalaciones como parte de nuestro acuerdo para organizar el evento benéfico. Supuestamente para «investigar». Bueno, eso es exactamente lo que estoy haciendo. Investigación de campo. A escondidas. A última hora de la noche. Cuando las probabilidades de encontrarme con él son mínimas.

Porque lo último que necesito es que Javier Montenegro me encuentre disfrutando de su lujoso spa como una gata mimada. La satisfacción en su rostro sería insoportable.

Por fin llego al área de bienestar. El pasillo está desierto y tenuemente iluminado. Perfecto. Deslizo mi tarjeta por el lector y la puerta se abre con un suave clic que suena como una invitación.

El interior es aún más impresionante de noche. La luz azulada de las piscinas crea patrones hipnóticos en las paredes de mármol. El aire está

cargado de esencias de eucalipto y lavanda. Y lo mejor: casi no hay ni un alma.

Me desvisto rápidamente en un cambiador, poniéndome el bañador y salgo corriendo.

Cuando me sumerjo en la piscina principal, tengo que morderme el labio para no gemir de placer. El agua está perfecta: lo suficientemente caliente para relajar cada músculo tenso, pero no tanto como para agobiar. Las luces subacuáticas crean un efecto de irrealidad, como si estuviera flotando en un sueño azul.

«Esto es el paraíso», pienso mientras me deslizo por el agua, dejando que la tensión acumulada de las últimas semanas se disuelva. «Un paraíso prohibido, pero paraíso al fin y al cabo».

Cierro los ojos y me sumerjo completamente, disfrutando de la sensación de ingravidez. Cuando salgo a la superficie, sacudiendo el agua de mi pelo, un movimiento en la entrada del spa me pone en alerta.

Mi corazón se detiene. Alguien ha entrado.

Sin pensarlo dos veces, me zambullo hacia el lado opuesto de la piscina y me escondo detrás de una maceta con un helecho tropical. Contengo la respiración mientras espío entre las hojas, rezando para que sea solo un huésped.

Pero el universo tiene un sentido del humor particularmente cruel.

Javier Montenegro entra en el área de la piscina, y la visión me deja momentáneamente paralizada. Lleva solo unos pantalones cortos de natación negros que contrastan brutalmente con su piel. Su torso desnudo es un insulto a mi autocontrol. Hombros anchos, abdominales definidos sin llegar a ser excesivos, y una línea de vello oscuro que desciende desde su ombligo y desaparece bajo la cinturilla de su bañador, como una flecha señalando hacia...

Dios mío, Valentina, concéntrate.

Pero lo que realmente me deja sin aliento es lo que veo en su brazo derecho: un tatuaje. No uno pequeño y discreto, sino un medio sleeve intrincado. Tinta negra formando patrones geométricos que se entrelazan con lo que parecen... ¿frases? Y entre los diseños, coordenadas numéricas.

¿Javier Montenegro, el ejecutivo perfecto, tiene un tatuaje?

Desde mi escondite, lo observo recorrer el borde de la piscina con pasos lentos y deliberados, como si estuviera buscando algo. O a alguien. Su mirada escanea el espacio, y me encojo aún más detrás de la planta, aunque sé que es un escondite ridículo.

Se detiene justo frente a la piscina, a unos metros de mi escondite, y se queda perfectamente inmóvil, como un depredador que ha captado el olor de su presa. Por un momento aterrador, creo que me ha visto. Pero entonces se zambulle en el agua con un movimiento fluido que me recuerda a un delfín.

Lo observo nadar bajo el agua, su cuerpo moviéndose con una gracia que no esperaba de alguien tan... contenido. Cuando emerge, está a solo unos metros de mi escondite, sacudiendo el agua de su pelo con un gesto que no debería ser tan sexy pero que hace que mi vientre se contraiga.

Mi corazón se acelera hasta el punto de que casi se me sale por la boca.

—¿En serio? —su voz, divertida y ronca, me sobresalta tanto que casi tiro la planta—. ¿Te escondes detrás de una planta?

Me ha visto. Todo este tiempo, ha sabido que estaba aquí.

—No me estoy escondiendo —protesto, asomando solo los ojos por encima de las hojas—. Estoy... admirando este espécimen botánico.

—Es una planta de plástico.

Mierda.

—Lo sospechaba —respondo con toda la dignidad que puedo reunir—. Solo estaba confirmando mi teoría. La autenticidad es importante en la decoración.

Su risa profunda reverbera en el espacio, enviando un escalofrío por mi columna que nada tiene que ver con el agua. No es la risa controlada y educada del ejecutivo perfecto. Es algo más salvaje, más auténtico. Como si hubiera descubierto a un Javier diferente escondido bajo trajes hechos a medida y expresiones calculadas.

Y lo peor de todo es que me gusta. Me gusta demasiado.

Mientras lo observo nadar hacia mí con la gracia depredadora de un tiburón, siento algo despertando en mi interior. Un hambre que creía haber enterrado tras la traición de Rodrigo. Un deseo que me aterra precisamente porque no puedo controlarlo.

Porque por mucho que intente negarlo, por mucho que me recuerde a mí misma que este hombre quiere destruir el legado de mi abuela, que me ha saboteado, que representa todo lo que desprecio... mi cuerpo reacciona a él como una brújula al norte.

Y eso me asusta más que cualquier guerra de hoteles, más que cualquier amenaza financiera. Porque puedo luchar contra Javier Montenegro, el ejecutivo. Pero no estoy segura de poder resistirme a Javier, el hombre de la sonrisa inesperada y palabras tatuadas en la piel.

Esta noche, en este spa robado, he descubierto a mi verdadero enemigo.

Y no es él.

Soy yo misma.

JAVIER

La veo a través de los monitores de seguridad, moviéndose como una sombra por los pasillos del resort. Son las once de la noche y debería estar en mi suite revisando informes, no en la oficina de seguridad observando a Valentina Ruiz infiltrándose en mi spa como una ladrona particularmente atractiva.

En este momento me alegro de haber pedido a mi personal de que me avisase cada vez que Valentina accediese al hotel.

—¿Necesita algo más, señor Montenegro? —pregunta el guardia, claramente incómodo con mi presencia no anunciada.

—No, gracias, Carlos. Solo es una inspección rutinaria —miento con la facilidad que da la práctica—. Puedes tomar tu descanso ahora.

En cuanto se marcha, mis ojos vuelven a la pantalla donde Valentina acaba de deslizar su tarjeta de acceso en el lector de los vestuarios del spa. La sigo de una cámara a otra, observando cómo se mueve con esa mezcla de determinación y cautela que encuentro inexplicablemente fascinante.

Debería estar molesto. Está usando instalaciones exclusivas para huéspedes VIP sin habérmelo comentado. Debería llamar a seguridad y hacer que la escolten fuera.

En lugar de eso, me encuentro saliendo de la oficina y dirigiéndome al spa como si una fuerza invisible tirara de mí. Como si ella fuera un imán y yo, limaduras de hierro sin voluntad propia.

«Es solo para confrontarla», me digo mientras tomo el ascensor. «Para dejarle claro que no puede tomarse estas libertades».

Es mentira. Y lo sé.

Desde la noche del apagón, cuando la observé transformar un desastre en triunfo, algo ha cambiado. La admiro. Me irrita. Me fascina. Y, que Dios me ayude, me atrae de una manera que no había experimentado en años. Quizás nunca.

Cuando llego al vestuario masculino, tomo prestado uno de los bañadores de cortesía, y me desvisto con una eficiencia que contradice el caos en mi mente. Me miro al espejo un momento, notando el tatuaje en mi brazo derecho. El que nadie en el mundo corporativo ve jamás. El que oculto

cuidadosamente bajo camisas de manga larga incluso en el calor más sofocante.

Versos de Neruda y García Márquez entrelazados con patrones geométricos y las coordenadas de lugares que han significado algo para mí. Una pequeña rebelión permanente contra el hombre que mi padre espera que sea.

¿Qué pensará Valentina cuando lo vea? Porque va a verlo.

Patético, Montenegro. Absolutamente patético.

Entro silenciosamente al área de piscinas, deteniéndome en las sombras para observarla. Está flotando de espaldas, con los ojos cerrados y una expresión de puro deleite que me deja momentáneamente sin aliento. Su cabello castaño se extiende como un halo oscuro alrededor de su cabeza. El agua acaricia su cuerpo como yo quisiera hacerlo.

Me detengo en seco, sorprendido por la intensidad de mis propios pensamientos.

Entonces ella emerge, sacudiendo el agua de su pelo en un movimiento que parece extraído de una película. Me ve. O más bien, ve a alguien en la entrada. Su expresión de pánico sería cómica si no fuera tan adorable. En un instante, se zambulle hacia el lado opuesto de la piscina y se esconde detrás de una planta.

Valentina es increíble.

Sonrío mientras me acerco al borde de la piscina, fingiendo no haberla visto. Camino lentamente, dándole tiempo para que me observe desde su ridículo escondite. Me pregunto qué estará pensando. ¿Habrá notado el tatuaje que tan cuidadosamente mantengo oculto del mundo?

La idea de que sus ojos estén recorriéndome me provoca una oleada de calor que no tiene nada que ver con la temperatura del spa.

Finalmente, me detengo frente a la piscina y me zambullo con un movimiento fluido. Nado bajo el agua directamente hacia su escondite,

emergiendo justo frente a ella como un depredador que finalmente revela su juego.

—¿En serio? —pregunto, disfrutando de su expresión de sorpresa—. ¿Te escondes detrás de una planta?

—No me estoy escondiendo —protesta, asomando solo los ojos por encima de las hojas artificiales—. Estoy... admirando este espécimen botánico.

—Es una planta de plástico —señalo, encantado con su expresión de consternación.

—Lo sospechaba —responde con una dignidad tan absurda en su situación que me arranca una carcajada genuina—. Solo estaba confirmando mi teoría. La autenticidad es importante en la decoración.

Esta mujer es increíble. En el peor momento, acorralada y evidentemente avergonzada, todavía encuentra la forma de mantener su ingenio intacto. Es... refrescante.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —pregunto, y mi voz suena más ronca de lo que pretendía.

—Depende —responde, y noto cómo su voz se eleva ligeramente—. ¿Vas a sabotear también este encuentro? ¿Quizás añadir colorante al agua? ¿O preferirías un apagón como el de anoche?

Su acusación me toma por sorpresa. No esperaba que conectara los puntos tan rápidamente. O que me lo echara en cara tan directamente.

—No sé de qué hablas —miento, pero sé que no me cree.

—Por favor —resopla—. ¿Crees que pienso que fue casualidad que fallara la electricidad justo cuando teníamos un evento crucial? Tienes suerte de que resultara ser un éxito rotundo. Eugenia Calderón ahora cree que Villa Azul es el epítome del «glamping chic».

Mientras habla, me acerco nadando lentamente. Hay algo en su desafío que despierta un lado de mí que rara vez dejo salir. Un lado más primitivo, más

dominante. La veo retroceder hasta que su espalda toca el borde de la piscina. La he acorralado, y ambos lo sabemos.

—Suena como si debieras agradecerme —comento, y veo cómo sus pupilas se dilatan ante mi descaro.

—¿Agradecerte? —exclama, con una indignación que no logra ocultar completamente algo más—. ¿Por intentar sabotearme?

—Por ayudarte a descubrir tu capacidad de adaptación —respondo, acercándome más, atraído por el desafío en sus ojos—. Fue impresionante —continúo, y es verdad—. La forma en que convertiste un desastre en una experiencia memorable.

—No necesito tu aprobación —responde, pero su voz tiembla ligeramente.

—No, no la necesitas —concedo, y ahora estoy tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos color miel—. Pero te gusta tenerla, ¿verdad?

Su respiración se vuelve más rápida, más superficial. Estamos tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo a través del agua. Noto cómo sus ojos se desvían hacia mi tatuaje, siguiendo las líneas de tinta con una curiosidad que me resulta extrañamente íntima.

—«La memoria del corazón elimina los malos recuerdos...» —lee en voz alta, y el sonido de esas palabras en sus labios me provoca un escalofrío inesperado.

Algo se agita dentro de mí. Una vulnerabilidad que normalmente mantengo enterrada bajo capas de control y profesionalismo. El hecho de que haya reconocido la cita, que recuerde nuestra conversación, me afecta más de lo que debería.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Valentina —digo, pronunciando su nombre lentamente, saboreándolo.

—Y tú no sabes nada de mí —responde, pero el temblor en su voz contradice la firmeza de sus palabras.

—Sé que estás aquí, usando mi spa —sonrío, consciente del efecto que tiene en ella—, después de jurar que era «ostentoso» e «innecesariamente lujoso».

—Investigación de campo —insiste—. Para el evento.

—Por supuesto —asiento, con fingida seriedad—. A las once de la noche. Sola.

Estamos tan cerca ahora que nuestras piernas se rozan bajo el agua. Siento cómo se estremece ante el contacto, y mi propio cuerpo responde con una intensidad que me sorprende. Su piel es suave como la seda bajo el agua, y el breve contacto envía una corriente eléctrica que recorre todo mi cuerpo.

—¿Y tú? —contraataca—. ¿También haces «investigación de campo» a estas horas?

—No —respondo con una honestidad que me sorprende incluso a mí—. Te he visto en las cámaras de seguridad y he decidido unirme.

Mi confesión la deja momentáneamente sin palabras. Sus labios se entreabren en sorpresa, y requiere toda mi fuerza de voluntad no inclinarme y capturarlos con los míos.

—Eso es... perturbador —dice finalmente, aunque el rubor que sube por su cuello cuenta una historia diferente.

—¿Lo es? —pregunto, inclinándome un poco más cerca—. ¿O es exactamente lo que esperabas cuando decidiste venir aquí esta noche?

La pregunta parece sacudirla. Veo la confusión en sus ojos, como si estuviera cuestionando sus propias motivaciones.

—No seas ridículo —responde, pero su voz carece de convicción.

Coloco mis manos en el borde de la piscina, a ambos lados de sus hombros, encerrándola entre mi cuerpo y el mármol. No la toco, aunque cada célula de mi cuerpo grita por hacerlo. Hay algo embriagador en esta tensión, en este momento suspendido justo al borde de algo peligroso.

—Valentina —murmuro, observando cómo sus pupilas se dilatan al oír su nombre—, ¿por qué estás realmente aquí?

Estamos tan cerca que puedo ver el pulso acelerado en su cuello, sentir su respiración mezclándose con la mía. Sus labios están ligeramente separados, húmedos por el agua de la piscina. Una gota cae de mi pelo y aterriza en su labio inferior. Sin pensarlo, extiendo mi pulgar y la recojo con una caricia tan leve que apenas es un contacto.

Su piel es suave, cálida, tentadora. El simple roce de mi pulgar contra su labio envía una descarga de deseo que me atraviesa como un rayo. Veo cómo sus ojos se oscurecen, cómo su respiración se vuelve más rápida. Está tan afectada como yo.

Solo tendría que inclinarme unos centímetros para besarla. Para descubrir si sabe tan dulce como imagino. Para sentir esos labios que me han estado atormentando desde que los vi por primera vez.

El sonido de voces y risas rompe el hechizo. Valentina parpadea, como despertando de un trance, y yo me aparto, súbitamente consciente de lo cerca que hemos estado de cruzar una línea que cambiaría todo.

—Parece que tenemos compañía —digo, incapaz de ocultar completamente mi frustración.

Las puertas del spa se abren y entran dos parejas, claramente intoxicadas y riendo estrepitosamente. El momento se ha perdido.

Valentina aprovecha la distracción para salir de la piscina, agarrando su toalla y envolviéndose en ella con movimientos rápidos y nerviosos. La observo mientras se aleja, siguiendo con la mirada las gotas de agua que resbalan por sus piernas, la forma en que la toalla se adhiere a su cuerpo húmedo, cómo su pelo mojado cae en mechones desordenados alrededor de su rostro.

Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida, y también la más peligrosa para mi cordura.

—Valentina —la llamo cuando está a punto de alcanzar los vestuarios.

Se detiene, pero no se gira. Puedo ver la tensión en sus hombros, la forma en que sus manos aprietan la toalla.

—Donde las dan, las toman —digo, dejando que la advertencia juguetona se filtre en mi voz—. Recuérdalo la próxima vez que intentes sabotearme.

Ahora sí se gira, y la intensidad de su mirada a través del vapor que se eleva de la piscina me golpea con fuerza.

—No necesito sabotearte, Montenegro —responde con una sonrisa desafiante que hace que mi pulso se acelere—. Tú solo te bastas y te sobras para complicarte la vida.

Y con esa última palabra, se retira, dejándome en el agua con una mezcla de frustración y deseo que no había sentido en años.

Las parejas ebrias se zambullen en la piscina, ajenas al drama que acaba de desarrollarse. Me quedo un momento más, intentando recuperar el control sobre mi respiración, sobre mi cuerpo, sobre mis pensamientos.

¿En qué me estoy metiendo? Esta mujer es mi adversaria. La persona que está obstaculizando activamente mis objetivos profesionales. La que convirtió mis fuentes en un espectáculo rosa y ahora acaba de desafiarme en mi propio territorio.

Aunque, mientras salgo de la piscina y me dirijo a los vestuarios, no puedo negar una verdad incómoda: nunca me he sentido más vivo que cuando estoy con ella. Nunca he deseado tanto a una mujer. Y nunca he temido tanto lo que eso significa.

Esta guerra acaba de volverse mucho más peligrosa. Y no solo para mi carrera.

CAPÍTULO 11

JAVIER

—¿Qué significa exactamente «desviados»? —pregunto, mi voz peligrosamente controlada mientras sujeto el teléfono con más fuerza de la necesaria.

La recepcionista al otro lado de la línea titubea, probablemente debatiéndose entre la verdad y el instinto de supervivencia.

—Bueno, señor Montenegro... el autobús con los veintiocho turistas japoneses que esperábamos esta mañana... parece que fue dirigido a otro establecimiento.

—¿Qué otro establecimiento? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Villa Azul, señor.

Cierro los ojos un momento, contando mentalmente hasta diez. No funciona.

—¿Y cómo, exactamente, terminó un autobús lleno de turistas VIP, con reservas confirmadas en nuestro resort de cinco estrellas, en un pequeño hotel boutique a medio kilómetro de distancia?

Otro silencio incómodo.

—Parece que el conductor recibió un mensaje indicando un cambio de última hora. Con membrete oficial del resort.

Por supuesto que sí.

—Gracias, Lucía. No es culpa tuya —digo antes de colgar, porque si hay algo que tengo claro es que nunca debes descargar tu frustración con los demás.

Me quedo mirando por el ventanal de mi oficina hacia la costa. A lo lejos, puedo distinguir el tejado azul de Villa Azul, brillando bajo el sol de la mañana como una burla personal.

Valentina Ruiz.

Debería estar furioso. Lo estoy, en parte. Esos turistas representan más de veinte mil euros en reservas. Pero otra parte de mí, una parte que me niego a examinar demasiado de cerca, está... impresionada.

Apenas han pasado tres días desde nuestro encuentro en el spa. Tres días en los que he intentado, sin éxito, borrar de mi mente la imagen de ella en ese bañador negro, con gotas de agua deslizándose por su piel, sus ojos desafiantes mirándome a través del vapor.

Tres días en los que he dormido mal, trabajado peor, y me he duchado con agua fría más veces de las que estoy dispuesto a admitir.

Y ahora esto. Su contraataque. Elegante, efectivo y completamente inesperado.

Donde las dan, las toman. Mis propias palabras vuelven para atormentarme.

—¿Problemas en el paraíso? —La voz de Enzo me sobresalta. Ni siquiera le he oído entrar.

—Nada que no pueda manejar —respondo, girándome para enfrentarlo.

Mi hermano me estudia con esa mirada que siempre me ha irritado, la que sugiere que puede leer mis pensamientos.

—Déjame adivinar. Tiene que ver con cierta propietaria de hotel con tendencia a teñir cosas de rosa.

Le lanzo una mirada que habría hecho temblar a cualquiera de mis empleados. Enzo simplemente sonríe más ampliamente.

—Desvió un autobús entero de turistas japoneses —admito finalmente.

Enzo suelta un silbido bajo, claramente impresionado.

—¿Cómo?

—Falsificó un mensaje del resort.

—Brillante —dice, y parece sinceramente admirado—. ¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Llamar a la policía? ¿Demandarla?

La idea ni siquiera se me había ocurrido, lo cual es revelador en sí mismo.

—Voy a recuperar a mis clientes —respondo, cogiendo mi chaqueta del respaldo de la silla.

—Por supuesto —asiente Enzo, con una sonrisa que sugiere que ve mucho más de lo que me gustaría—. Ve a defender el honor del resort. No tiene nada que ver con que sea una excusa para verla.

—No voy a dignificar eso con una respuesta.

—No hace falta. Tu cara ya lo ha hecho por ti.

Salgo de la oficina ignorando su risa, que me persigue por el pasillo como un fantasma burlón.

Veinte minutos después, estoy aparcando mi Aston Martin frente a Villa Azul con más brusquedad de la necesaria. El contraste entre mi vehículo y el entorno es casi cómico: acero británico pulido frente a paredes encaladas y buganvillas.

El jardín delantero está inusualmente animado. Puedo ver al grupo de turistas japoneses tomando fotos de las flores y de la pequeña fuente central. Todos llevan colgadas al cuello cámaras que probablemente cuestan más que todo el mobiliario del hotel.

Entro en la recepción con paso decidido, preparando mentalmente mi discurso. Algo profesional pero contundente. Algo que deje claro que esto ha cruzado una línea, que hay consecuencias legales para este tipo de acciones.

Todos los argumentos se evaporan de mi mente cuando la veo.

Valentina está de pie tras el mostrador de recepción, con un vestido azul claro que hace juego con las paredes del hotel y contrasta perfectamente con su piel dorada. Su pelo está recogido en una coleta alta, con algunos mechones rebeldes enmarcando su rostro. Está sonriendo —esa sonrisa que parece iluminar toda la habitación— mientras explica algo a una pareja de ancianos japoneses.

Cuando me ve, su sonrisa vacila por un segundo, pero se recupera rápidamente. Hay un brillo de triunfo en sus ojos que debería irritarme pero que, en cambio, despierta algo primitivo en mi interior.

—Señor Montenegro —saluda con fingida sorpresa—. Qué inesperada visita. ¿Viene a ver nuestras humildes instalaciones?

—Señorita Ruiz —respondo, manteniendo mi voz controlada—. Creo que tiene algo que me pertenece. Veintiocho turistas japoneses, para ser exactos.

Su expresión de inocencia es tan perfecta que, en otras circunstancias, podría haberla creído.

—Oh, ¿eran suyos? Qué descuidado por su parte perderlos.

—No los he perdido —replico, acercándome al mostrador—. Fueron desviados. Con documentación falsificada.

—Qué terrible —dice, llevándose una mano al pecho en un gesto de preocupación tan exagerado que casi me arranca una sonrisa—. Parece que hay gente muy poco profesional en este negocio.

Nos miramos fijamente, en otro de esos duelos silenciosos que parecen haberse convertido en nuestra forma de comunicación predilecta. La tensión entre nosotros es casi palpable, cargada de algo que va mucho más allá del conflicto profesional.

—Esto ha ido demasiado lejos, Valentina —digo finalmente, bajando la voz para que solo ella pueda oírme—. Una cosa es teñir fuentes de rosa. Otra muy distinta es el fraude empresarial.

—¿Fraude? —repite, inclinándose ligeramente sobre el mostrador, acercándose a mí—. Qué palabra tan fea. Yo prefiero llamarlo... redireccionamiento estratégico.

—Puedo presentar cargos por esto.

—Podrías —concede—. Pero entonces tendríamos que explicar a la policía por qué saboteaste la electricidad de mi hotel durante un evento crucial. Estoy

segura de que sería una conversación fascinante.

Touché.

—Quiero a mis clientes de vuelta —insisto.

—Tus clientes están disfrutando de un auténtico desayuno español en nuestra terraza —responde—. Con productos locales y vistas al mar. Sin cristal blindado de por medio. Están encantados.

Como para confirmar sus palabras, escucho risas provenientes de la terraza trasera. Risas genuinas, no las educadas que suelen oírse en los desayunos buffet de hoteles de lujo.

—Son huéspedes que pagaron por habitaciones en un resort de cinco estrellas —señalo—. No por...

—¿Por un encantador hotel boutique con carácter y alma? —completa, arqueando una ceja—. Qué tragedia.

Estoy a punto de responder cuando un grito agudo nos sobresalta a ambos. Viene de la terraza.

Valentina reacciona al instante, saliendo de detrás del mostrador y dirigiéndose hacia el sonido. La sigo sin pensarlo.

En la terraza, un hombre mayor está desplomado en su silla, con el rostro congestionado y una mano agarrándose el pecho. Su esposa, una mujer diminuta con el pelo blanco recogido en un moño, grita mientras intenta sostenerlo.

—¡Llama a una ambulancia! —me ordena Valentina mientras se arrodilla junto al hombre.

No se me ocurre discutir. Saco mi teléfono y marco el número de emergencias mientras observo cómo Valentina comprueba el pulso del hombre y luego, con una fuerza sorprendente para alguien de su tamaño, lo tumba en el suelo y comienza a aflojarle la ropa.

—Emergencias, ¿dígame? —responde una voz al otro lado de la línea.

—Necesitamos una ambulancia en Villa Azul, carretera de Marbella kilómetro 5 —digo, sorprendido por la calma en mi propia voz—. Hombre de unos setenta años, posible ataque cardíaco.

Mientras doy los detalles, veo a Valentina iniciar maniobras de reanimación cardiopulmonar con una eficiencia que me deja momentáneamente aturdido. Sus movimientos son precisos, seguros, como si hubiera hecho esto mil veces antes.

—La ambulancia está en camino —informo, acercándome—. ¿Qué puedo hacer?

—Mantén alejados a los demás turistas —responde sin dejar de hacer compresiones—. Y trae el botiquín que está detrás del mostrador de recepción. Primer cajón a la izquierda.

Asiento y me dirijo rápidamente a cumplir sus instrucciones. Cuando regreso con el botiquín, Valentina sigue trabajando incansablemente sobre el hombre, que ahora tiene mejor color.

—Gracias —dice, tomando el botiquín sin dejar de vigilar a su paciente—. ¿Puedes hablar con su esposa? Está en shock.

Me arrodillo junto a la mujer mayor, que tiembla visiblemente. Le hablo en japonés, agradeciéndole mentalmente a mi padre por insistir en que aprendiéramos idiomas desde pequeños.

—Su marido está siendo atendido —le digo suavemente—. La ambulancia llegará pronto. ¿Puede decirme si tiene alguna condición médica?

La mujer me mira con sorpresa, claramente aliviada de poder comunicarse.

—Tiene mal el corazón —responde en un japonés entrecortado—. La medicina... están en la habitación.

Le pido la llave y envío a un camarero a buscar la medicación. Mientras tanto, mantengo a la mujer informada sobre lo que está haciendo Valentina, traduciendo sus explicaciones técnicas a un japonés simplificado.

Cuando llega la ambulancia, ocho minutos después, el hombre ha recuperado la consciencia y respira con dificultad, pero de forma estable. Los paramédicos la elogian por la rapidez y eficacia de la atención recibida.

—Has salvado una vida hoy —le digo a Valentina, con absoluta admiración, mientras vemos cómo cargan al hombre en la ambulancia.

Ella se encoge de hombros, pero puedo ver que está agotada. Hay tensión en sus hombros y manchas de sudor en su vestido.

—Fui socorrista durante tres veranos en la universidad —explica—. Nunca pensé que tendría que usarlo de verdad.

Hay algo extraordinariamente atractivo en su modestia. En cómo ha pasado de ser una adversaria feroz a una profesional competente en cuestión de segundos.

—Deberíamos acompañarlos al hospital —digo, mirando a la señora Tanaka, que ahora está siendo ayudada a subir a la ambulancia.

—¿Deberíamos? —repite Valentina, sorprendida.

—Hablan muy poco español y nada de inglés —explico—. Les vendrá bien un intérprete. Y tú eres la persona que acaba de salvar la vida de su marido. Tu presencia les tranquilizará.

Veo la duda en sus ojos, probablemente calculando si puede permitirse dejar el hotel por unas horas.

—Mía puede encargarse de todo —añado, adivinando sus pensamientos—. Y te aseguro que tus turistas seguirán siendo tus turistas cuando vuelvas.

Eso parece decidirla.

—Déjame coger mi bolso —dice, y hay algo en su mirada que no puedo descifrar. ¿Gratitud? ¿Confusión? ¿Ambas?

Cinco minutos después, estamos subiendo a la ambulancia. El espacio es estrecho, y nos sentamos uno frente al otro, con nuestras rodillas casi

tocándose. Puedo sentir el calor de su cuerpo, oler su perfume mezclado con el aroma antiséptico de la ambulancia.

Es la situación más extraña en la que me he encontrado: yendo al hospital con la mujer que ha estado saboteando mi resort, para ayudar a unos turistas que ella me robó, después de haberla visto salvar la vida de un hombre.

Y lo más extraño de todo es que, a pesar de las circunstancias, no hay ningún otro lugar donde preferiría estar en este momento.

¿Qué demonios me está pasando?

VALENTINA

Nunca he sido fan de las ambulancias. El olor a desinfectante, el sonido constante de los monitores, la sensación de estar atrapada en una caja metálica que se mueve a toda velocidad... todo me pone los nervios de punta.

Pero ahora mismo, sentada frente a Javier en este espacio claustrofóbico, con nuestras rodillas casi tocándose y la señora Tanaka agarrándome la mano como si fuera su salvavidas, las ambulancias han bajado un puesto en mi lista de cosas que odio.

El primer puesto ahora lo ocupa la forma en que mi corazón se acelera cada vez que Javier traduce algo al japonés.

¿Quién le dio permiso para ser tan irritantemente competente? Primero, aparece en mi hotel llevando un traje que debería ser ilegal. Luego, en lugar de montar un escándalo por mis turistas «prestados», colabora eficientemente durante una emergencia médica. Y ahora, está hablando en un japonés fluido que, por alguna razón que me niego a analizar, encuentro ridículamente atractivo.

Es injusto. Se supone que los villanos corporativos no deberían ser multilingües, ni deberían tener tatuajes literarios ocultos, ni deberían ofrecerse voluntariamente para acompañar a desconocidos al hospital.

—Dice que su marido tiene un historial de problemas cardíacos —me explica Javier, interrumpiendo mis pensamientos—. Tuvo un infarto hace dos años en Tokio.

Asiento, observando al señor Tanaka, que ahora respira con ayuda de oxígeno. El color ha vuelto a sus mejillas, lo cual es una buena señal.

—Pregúntale si trajo sus informes médicos o el nombre de sus medicamentos —sugiero.

Javier traduce mi pregunta y luego escucha atentamente la respuesta de la señora Tanaka.

—Tiene todos los informes en su iPad —me dice—. Y una lista de medicamentos en su cartera.

Pido la cartera al paramédico y encuentro una tarjeta plastificada con nombres de medicamentos en japonés y sus equivalentes internacionales. Se la paso al sanitario, que asiente agradecido.

—Buen trabajo en equipo —comenta Javier, y hay algo en su tono que me hace levantar la mirada.

Me está observando con una expresión que no puedo descifrar completamente. No es la mirada calculadora del ejecutivo, ni la mirada intensa del hombre que casi me besa en el spa. Es algo diferente. Algo más... genuino.

—Supongo que podemos ser civilizados cuando la situación lo requiere —respondo, intentando mantener un tono ligero.

—Incluso podríamos descubrir que no somos tan diferentes —sugiere, con una pequeña sonrisa que hace que mi estómago dé un vuelco traicionero.

—No te emociones, Montenegro —replico—. Sigo pensando que eres un tiburón corporativo con traje caro.

—Y yo sigo pensando que eres una idealista testaruda que no reconoce una buena oferta cuando la ve.

—¿Te refieres a tu generosa oferta de destruir el legado de mi abuela?

Su expresión se endurece ligeramente.

—Me refiero a mi oferta de pagar el doble del valor de mercado por una propiedad que está perdiendo dinero.

—Algunas cosas valen más que el dinero —respondo, y siento la convicción ardiendo en mi pecho—. Villa Azul no es solo un edificio. Es un hogar. Es historia. Es...

—Un negocio en problemas —me interrumpe, pero su tono es más suave de lo que esperaba—. Un negocio que podría hundirte si sigues aferrándote a él por razones sentimentales.

Quiero replicar, decirle que no tiene ni idea, que nunca entendería lo que significa Villa Azul para mí. Pero la ambulancia se detiene, y el momento pasa.

Los siguientes minutos son un torbellino de actividad. Llevan al señor Tanaka a urgencias, Javier traduce la información médica para los doctores, yo me quedo con la señora Tanaka, intentando tranquilizarla a pesar de la barrera del idioma.

Cuando finalmente nos dejan solos en la sala de espera, el silencio entre nosotros se siente extrañamente cargado.

Y por primera vez desde que comenzó esta extraña guerra, no estoy segura de si estoy preparada para estar al lado de este Javier.

CAPÍTULO 12

VALENTINA

Las salas de espera de los hospitales son todas iguales: sillas incómodas, revistas de hace tres años, un reloj en la pared que parece moverse a la mitad de velocidad que el resto del universo, y ese olor inconfundible a desinfectante y café malo.

Llevamos cuatro horas aquí. El señor Tanaka está estable, pero en observación, y su esposa se niega a separarse de su lado. Nos han permitido visitarlo brevemente, y verlo consciente y con mejor color ha sido un alivio tan grande que casi me he mareado.

Lo que no ha sido un alivio es la conversación que hemos tenido después con el médico.

—Ha tenido mucha suerte —nos dijo, mirándome directamente—. Si no hubiera recibido RCP inmediata, probablemente no lo habría logrado.

Sus palabras, aunque tranquilizadoras, han despertado todos mis miedos. ¿Y si no hubiera estado allí? ¿Y si hubiera tardado más en reaccionar? ¿Y si el señor Tanaka hubiera muerto en mi hotel, frente a todos esos turistas, después de que yo los desviara deliberadamente de su destino original?

La culpa me carcome por dentro como ácido.

—Deja de hacer eso —dice Javier, rompiendo el silencio que se ha instalado entre nosotros desde que volvimos a la sala de espera.

—¿Hacer qué? —pregunto, sobresaltada.

—Culparte —responde, mirándome directamente—. Puedo ver los engranajes girando en tu cabeza. Estás pensando que es tu culpa que estuviera en tu hotel.

Parpadeo, sorprendida por su perspicacia.

—Bueno, lo es —admito—. Si no hubiera desviado ese autobús...

—Si no lo hubieras desviado, habría tenido el ataque en mi resort —me interrumpe—. Y aunque tenemos personal médico, quién sabe si alguien habría reaccionado tan rápido como tú. El señor Tanaka está vivo gracias a ti, no a pesar de ti.

Sus palabras me dejan momentáneamente sin habla. Es lo último que esperaba oír de él.

—¿Estás... consolándome? —pregunto finalmente, entrecerrando los ojos con sospecha—. ¿Qué tramas, Montenegro?

Una pequeña sonrisa curva sus labios, y hay algo en ella que no tiene nada que ver con su habitual expresión calculada.

—Quizás solo estoy siendo humano —responde—. Incluso los tiburones corporativos con trajes caros tenemos nuestros momentos.

No puedo evitar sonreír ante su referencia a mis propias palabras. Por un momento, nos miramos sin la habitual hostilidad, y siento algo extraño en el pecho. Algo cálido y peligroso.

El momento se rompe cuando una enfermera se acerca para informarnos que la señora Tanaka pregunta por nosotros. Javier se levanta con esa gracia fluida que parece tener incluso después de llevar horas en una silla incómoda, y me ofrece su mano para ayudarme a levantar.

La tomo sin pensar, y el contacto envía una corriente eléctrica por mi brazo. Su mano es cálida y sorprendentemente suave, excepto por un callo en la base del pulgar que me intriga. ¿De dónde viene? ¿De algún deporte?

Me suelto rápidamente, perturbada por la dirección de mis pensamientos.

No debería querer saber nada de él.

La señora Tanaka está sentada junto a la cama de su marido, que duerme pacíficamente. Nos habla en un japonés suave y musical, y aunque no entiendo ni una palabra, su gratitud es evidente en cada gesto, en cada inclinación de su cabeza.

Javier traduce, y hay una suavidad en su voz que nunca le había escuchado.

—Dice que eres un ángel —me explica—. Que nunca podrá agradecerte lo suficiente por salvar a su marido. Que has convertido sus vacaciones en un milagro.

Siento las lágrimas picar en mis ojos, y parpadeo rápidamente para contenerlas.

—Dile que no ha sido nada —respondo—. Que me alegro de haber podido ayudar.

Javier traduce, pero añade algo más que hace sonreír a la señora Tanaka. Cuando lo miro interrogante, se encoge de hombros.

—Le dije que eres demasiado modesta —explica—. Y que tu hotel es el mejor lugar para recuperarse, porque tiene alma.

Sus palabras me golpean con fuerza inesperada. Es exactamente lo que yo le dije durante nuestra primera visita al resort. Que Villa Azul tiene alma, a diferencia de su monstruo de cristal y acero.

—¿Por qué le has dicho eso a la señora Tanaka? —pregunto cuando volvemos a la sala de espera.

—Porque es verdad —responde simplemente—. Tu hotel tiene algo que el mío no tiene. Carácter. Historia. Una conexión con el lugar y las personas que lo habitan.

Me detengo en seco, mirándolo como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Javier Montenegro?

Suelta una risa breve, y el sonido me provoca un cosquilleo en el estómago.

—Que reconozca las cualidades de Villa Azul no significa que haya cambiado de opinión sobre su viabilidad económica —aclara—. Sigo pensando que sería más rentable como parte del resort.

Y ahí está de nuevo, el hombre de negocios. Por un momento casi había olvidado que somos adversarios.

—¿Todo se reduce a rentabilidad para ti? —pregunto, y hay verdadera curiosidad en mi voz, no solo desafío.

Javier parece considerar la pregunta seriamente.

—No todo —dice finalmente—. Pero es una parte importante de la ecuación. Mi padre...

Se detiene, como si hubiera estado a punto de revelar algo demasiado personal. Veo una sombra cruzar su rostro, una vulnerabilidad tan inesperada que me deja momentáneamente sin aliento.

—¿Tu padre? —lo animo, genuinamente interesada.

Suspira, pasándose una mano por el pelo en un gesto que desarregla su habitual perfección y lo hace parecer sorprendentemente humano.

—Mi padre cree que todo tiene un precio —dice finalmente—. Que todo puede medirse en términos de beneficio y pérdida. Y espera que yo piense igual.

Hay algo en su tono, una resignación que me resulta extrañamente familiar.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Piensas igual?

Me mira, y por un momento veo a través de la fachada del ejecutivo perfecto. Veo a un hombre atrapado entre lo que se espera de él y lo que realmente desea.

Pero quizás estoy viendo cosas donde no las hay.

—No lo sé —admite, y hay una honestidad cruda en su voz que me desarma—. A veces me pregunto si hay más en la vida que balances y adquisiciones. Si hay cosas que realmente no tienen precio. Como el legado de tu abuela —añade, mirándome directamente.

Su comprensión me golpea como una ola inesperada. Durante un instante, siento que realmente me ve. No como una adversaria o un obstáculo, sino

como una persona con motivaciones que puede entender, aunque no comparta.

—Mi abuela construyó Villa Azul desde cero —digo, sintiendo la necesidad de explicarle—. Cuando nadie creía que una mujer sola pudiera dirigir un hotel. Cuando todos le decían que era una locura, que fracasaría. Ella perseveró. Creó algo hermoso, algo con significado. No puedo simplemente...

—Dejarlo ir —completa, asintiendo—. Lo entiendo. Más de lo que crees.

Nos quedamos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Por primera vez desde que nos conocimos, no siento la necesidad de llenar el silencio con provocaciones o defensas. Es casi... cómodo.

Las horas pasan. Volvemos a visitar al señor Tanaka, que ahora está despierto y sorprendentemente animado. Javier y yo nos turnamos para ir a la cafetería, trayéndonos mutuamente café que sabe a cartón mojado pero que agradecemos como si fuera néctar de los dioses.

Para cuando el médico anuncia que el señor Tanaka podrá ser dado de alta mañana, es medianoche y estoy tan agotada que apenas puedo mantenerme en pie.

—Deberías descansar —me dice Javier, notando cómo lucho por mantener los ojos abiertos—. Yo me quedaré hasta que llegue el taxi que he pedido para la señora Tanaka.

—No voy a dejarte solo con mis clientes —protesto, aunque mi voz suena débil incluso para mis propios oídos—. Podrías convencerlos de cambiarse a tu resort.

Sonríe, y hay una calidez en su expresión que nunca le había visto.

—Te doy mi palabra de que no lo haré —dice—. Tregua por esta noche, ¿de acuerdo?

Lo miro, buscando signos de engaño, pero solo veo sinceridad en sus ojos. Y agotamiento, tanto como el mío.

—Tregua —acepto finalmente.

Nos sentamos de nuevo en la sala de espera, y el cansancio me golpea como una manta pesada. Mis párpados pesan toneladas, y cada vez me cuesta más mantenerme erguida.

—Solo cinco minutos —murmuro, apoyando la cabeza contra la pared—. Solo voy a cerrar los ojos cinco minutos...

Lo último que recuerdo antes de que el sueño me venza es la sensación de algo cálido y sólido contra mi mejilla, y un aroma a sándalo y bergamota que me resulta extrañamente reconfortante.

JAVIER

La cabeza de Valentina descansa sobre mi hombro, su respiración suave y regular contra mi cuello. Se quedó dormida hace veinte minutos, deslizándose gradualmente desde la pared hasta apoyarse contra mí, como si incluso en sueños buscara el camino de menor resistencia.

No me he movido ni un milímetro desde entonces, temeroso de despertarla. Temeroso, también, de romper este extraño momento de paz entre nosotros.

Observo su rostro dormido, las largas pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas, los labios ligeramente entreabiertos. Sin su habitual expresión desafiante, parece más joven, más vulnerable. Hay una pequeña arruga entre sus cejas, como si incluso en sueños estuviera preocupada por algo.

Tengo el impulso absurdo de alisar esa arruga con mi pulgar. De apartar el mechón de pelo que ha caído sobre su frente. De protegerla, aunque sea la persona que más ha desafiado mi autoridad en la vida.

¿Qué me está pasando?

Las últimas doce horas han sido una montaña rusa emocional. De la furia por el desvío de los turistas, a la adrenalina de la emergencia médica, a esta

extraña intimidad en la sala de espera. Es como si hubiéramos firmado una tregua tácita, permitiéndonos ver más allá de nuestros roles de adversarios.

Y lo que he visto me ha desconcertado profundamente.

Valentina Ruiz no es solo la propietaria testaruda de un hotel en problemas. Es una mujer de principios, leal hasta la médula, capaz de mantener la calma en una crisis y de hablar con una honestidad que me ha pillado desprevenido.

La conversación sobre mi padre me ha dejado especialmente vulnerable. No sé por qué le conté eso. No es algo que comparta habitualmente, ni siquiera con Enzo, que ya lo sabe de primera mano.

Quizás fue la forma en que me miró, como si realmente quisiera entender, no solo juzgar. O quizás fue el agotamiento rompiendo mis defensas habituales. Sea como sea, por un momento nos hemos conectado en un nivel que trasciende nuestra guerra de hoteles.

Y eso es peligroso. Muy peligroso.

Porque sigo necesitando comprar Villa Azul. Sigo necesitando demostrarle a mi padre que soy digno de sucederle. Sigo teniendo un plan que no incluye desarrollar sentimientos por la mujer que se interpone en mi camino.

Sentimientos. La palabra me golpea con fuerza inesperada. ¿Es eso lo que está pasando? ¿Estoy desarrollando sentimientos por Valentina Ruiz?

No, me digo firmemente. Es solo la situación. La adrenalina de la emergencia, el cansancio acumulado, la extraña intimidad forzada de la sala de espera. Mañana, a la luz del día, todo volverá a la normalidad. Ella será mi adversaria, yo seré el tiburón corporativo, y esta extraña tregua quedará como un paréntesis en nuestra guerra.

Valentina se mueve ligeramente en sueños, acomodándose más contra mi hombro. Su mano cae sobre mi pierna, y el contacto, aunque completamente inocente, envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo.

Maldita sea.

Una enfermera pasa junto a nosotros y me sonríe con complicidad, claramente asumiendo que somos pareja. No la corrijo. De alguna manera, parece demasiado complicado explicar lo que realmente somos. ¿Adversarios? ¿Competidores? ¿Dos personas atrapadas en una guerra que ninguno de los dos empezó realmente?

El taxi que pedí para la señora Tanaka llega finalmente. Debería despertar a Valentina, pero me encuentro retrasando el momento. Una vez que despierte, este extraño paréntesis terminará. Volveremos a nuestros roles, a nuestras defensas, a nuestra guerra.

Y por alguna razón que no quiero examinar demasiado de cerca, no estoy listo para eso.

Finalmente, no tengo elección. La señora Tanaka aparece en la sala de espera, lista para irse al hotel donde se quedarán hasta que su marido sea dado de alta mañana.

—Valentina —digo suavemente, tocando su hombro—. Despierta. El taxi está aquí.

Abre los ojos lentamente, desorientada. Cuando se da cuenta de que ha estado durmiendo sobre mi hombro, se endereza bruscamente, un rubor intenso subiendo por su cuello hasta sus mejillas.

—Lo siento —murmura, pasándose una mano por el pelo en un intento de arreglarlo—. No pretendía...

—No pasa nada —la interrumpo—. Necesitabas descansar.

Nos miramos por un segundo, y hay algo en sus ojos, una confusión que refleja la mía propia. Como si ambos nos estuviéramos preguntando qué significa este momento, esta tregua inesperada.

El momento se rompe cuando la señora Tanaka se acerca. Nos agradece profusamente en su japonés musical, inclinándose repetidamente. Traduzco mecánicamente, pero mi mente está en otra parte. En la sensación de

Valentina durmiendo contra mí, en la vulnerabilidad que ambos hemos mostrado esta noche.

Cuando finalmente salimos del hospital, el aire fresco de la madrugada nos golpea como un despertar brusco. La realidad vuelve a imponerse.

—Te llevaré a casa —ofrezco, señalando mi coche.

—No es necesario —responde, y su tono ha recuperado algo de su distancia habitual—. Puedo tomar un taxi.

—¿De madrugada? —arqueo una ceja—. No seas ridícula. Te llevaré.

Parece a punto de discutir, pero el cansancio gana. Asiente y me sigue hasta el coche.

El trayecto transcurre en silencio, pero no es un silencio incómodo. Es el silencio de dos personas que han compartido una experiencia intensa y ahora necesitan procesarla por separado.

Cuando llegamos a Villa Azul, apago el motor, pero dejo las luces encendidas. Valentina se gira hacia mí, y hay una pregunta no formulada en sus ojos.

—Gracias —dice finalmente—. Por todo. Por ayudar con los Tanaka, por quedarte, por...

—No hay de qué —respondo, y me sorprende la sinceridad en mi voz—. Hiciste algo increíble hoy. Salvaste una vida.

Una pequeña sonrisa curva sus labios, y por un momento veo a la mujer detrás de la adversaria. La mujer que habla con las plantas y cita a García Márquez, que mantiene la calma en una crisis y se duerme en el hombro de su enemigo.

—Entonces, ¿la tregua termina ahora? —pregunta, y hay un deje de algo en su voz. ¿Tristeza? ¿Resignación?

—Supongo que sí —respondo, aunque una parte de mí se resiste a la idea —. Mañana volvemos a ser...

—Enemigos —completa.

—Competidores —corrijo.

Nos miramos por un largo momento, y siento que estamos al borde de algo. Un precipicio que ninguno de los dos está listo para saltar.

—Buenas noches, Javier —dice finalmente, abriendo la puerta.

Es la primera vez que usa mi nombre de pila, y el sonido me provoca un escalofrío que no tiene nada que ver con la temperatura.

—Buenas noches, Valentina —respondo.

La veo alejarse hacia la entrada de Villa Azul, su figura recortada contra la luz tenue del porche. Antes de entrar, se gira y levanta la mano en un pequeño gesto de despedida.

Le devuelvo el gesto, consciente de que algo ha cambiado entre nosotros esta noche. No sé exactamente qué, ni cómo afectará a nuestra guerra, ni qué significa para mis planes.

Solo sé que, mientras arranco el coche y me dirijo de vuelta al resort, siento una extraña mezcla de confusión y anticipación. Como si hubiera descubierto un nuevo territorio dentro de mí mismo, uno que no sabía que existía hasta que Valentina Ruiz decidió desafiarme en todos los frentes posibles.

Y lo más perturbador de todo es que una parte de mí está deseando ver qué desafío me lanzará mañana.

CAPÍTULO 13

JAVIER

El sol de la tarde se filtra por los ventanales de mi oficina en el Marbella Grand Resort, creando patrones dorados sobre los documentos que intento revisar sin éxito. Mi mente está en otra parte. En ella. En Valentina.

No he dormido bien desde aquella noche en el hospital, hace tres días. Cada vez que cierro los ojos, siento el peso de su cabeza sobre mi hombro, el calor de su cuerpo contra el mío, la vulnerabilidad en su rostro dormido.

Es patético. Soy patético.

Aparto los informes financieros y saco mi cuaderno de cuero negro de mi maletín. Este cuaderno es mi secreto mejor guardado. Ni siquiera Enzo sabe de su existencia. Escribo cuando no puedo concentrarme, cuando los pensamientos se amontonan en mi cabeza como pájaros enjaulados.

Y últimamente, todos esos pensamientos tienen nombre propio.

Las palabras fluyen sin esfuerzo:

«No era hermosa en el sentido convencional. No tenía la perfección fría de una estatua ni la simetría calculada de una modelo. Su belleza era salvaje, indomable, como un amanecer que te sorprende después de una noche de insomnio. Era hermosa porque estaba viva, porque cada gesto, cada palabra, cada mirada parecía decir: 'Estoy aquí, soy real, y no me disculpo por ocupar espacio en este mundo'.»

El teléfono de mi escritorio suena, interrumpiendo mi flujo de pensamientos.

—Montenegro —respondo, sin ocultar mi irritación.

—Señor, disculpe la interrupción —dice Claudia, mi asistente—. El señor García necesita verlo urgentemente en el restaurante. Parece que hay un problema con el proveedor de mariscos para el evento de esta noche.

Suspiro, frotándome los ojos.

—Voy enseguida.

Cierro el cuaderno y lo dejo sobre mi escritorio, junto a los informes. No me molesto en guardarlo; volveré en unos minutos y nadie entra a mi oficina sin permiso.

VALENTINA

Llevo diez minutos esperando frente a la puerta de la oficina de Javier, y estoy empezando a impacientarme. Quería tener una reunión con él para discutir los proveedores locales de la gala, pero me parece que va a ser imposible.

Claudia, su asistente, aparece por el pasillo con una expresión de disculpa.

—Lo siento, señorita Ruiz. El señor Montenegro está atendiendo una emergencia en el restaurante —explica—. Puede esperar en la sala de reuniones si lo desea.

—¿Cuánto tardará? —pregunto, sin disimular mi interés.

—No sabría decirle con exactitud —responde Claudia, consultando su tablet—. Pero su agenda está completamente llena. Si prefiere programar una reunión otro día…

—No —la interrumpo—. No puedo seguir alargando esto. Tengo un negocio propio que dirigir.

Claudia parece considerar las opciones por un momento.

—Bueno, puede dejarle los documentos en su escritorio con una nota. Estoy segura de que los revisará en cuanto regrese.

—Perfecto —asiento, viendo una oportunidad—. ¿Puedo pasar a su oficina entonces?

—Por supuesto —Claudia saca una tarjeta magnética y abre la puerta—. Puede dejar todo sobre su escritorio. Debo atender una llamada, pero tómese el tiempo que necesite.

La puerta se cierra tras de mí, dejándome sola en el santuario privado de Javier Montenegro. La oficina es exactamente como él: impecable, elegante, sin un solo elemento fuera de lugar.

Me acerco al escritorio, dispuesta a dejar mi carpeta con las propuestas, cuando lo veo: un cuaderno de cuero negro descansa sobre una pila de documentos. No parece un informe corporativo estándar. Es más personal, más desgastado, como algo que se lleva a todas partes.

La curiosidad me pica como una urticaria que no puedo ignorar. ¿Serán notas sobre Villa Azul? ¿Su estrategia para conseguir mi hotel? ¿Información que podría usar para protegerme?

«Solo echaré un vistazo,» me digo, sabiendo que estoy cruzando una línea. «Solo para asegurarme de que no está tramando algo.»

Con un rápido vistazo hacia la puerta, abro el cuaderno.

Lo que encuentro me deja sin aliento. No son estrategias corporativas ni planes de adquisición. Son párrafos. Narrativa. Escritura creativa con una caligrafía elegante y apretada.

Las primeras líneas capturan mi atención como un anzuelo:

«Ella entró en la habitación como un vendaval, desordenando papeles y pensamientos por igual. No pedía permiso para existir, simplemente existía, con una intensidad que hacía que todo a su alrededor pareciera más vivo, más real, más presente.»

Mi corazón se acelera. ¿Javier Montenegro escribe ficción? ¿El ejecutivo perfecto, el hombre que parece vivir y respirar hojas de cálculo, escribe... novelas?

Paso la página, sabiendo que cada segundo que me quedo es un riesgo, pero incapaz de detenerme. La historia parece tratar sobre un hombre atrapado en una vida que no eligió, en expectativas familiares que lo asfixian. Hay algo intensamente personal en la prosa, algo vulnerable que nunca habría asociado con el frío y calculador Javier que conozco.

Y hay una mujer en la historia. Una mujer que parece desafiar todo lo que el protagonista ha conocido.

El sonido de voces en el pasillo me sobresalta. Miro el reloj: han pasado casi diez minutos. Javier podría volver en cualquier momento.

Lo correcto sería cerrar el cuaderno y dejarlo exactamente donde estaba. Fingir que no lo he visto. Mantener la profesionalidad.

En lugar de eso, tomo una decisión impulsiva que sé que lamentaré: cierro el cuaderno y lo meto en mi bolso.

Mi corazón late con tanta fuerza que temo que pueda oírse en todo el resort. Rápidamente, dejo mi carpeta de propuestas sobre el escritorio con una nota apresurada: «Necesito respuesta urgente. Llámame. - V.»

Cuando la puerta se abre, ya estoy de pie junto a la ventana, fingiendo admirar la vista.

—Valentina —la voz de Javier me sobresalta a pesar de estar esperándola—. No sabía que estabas aquí.

Me giro, forzando una sonrisa que espero no revele mi culpabilidad.

—Tu asistente me dejó pasar para que te dejara estos documentos —explico, señalando la carpeta—. Los proveedores necesitan una respuesta hoy.

Javier asiente, acercándose al escritorio. Por un segundo terrible, temo que note inmediatamente la ausencia del cuaderno.

—De hecho, ya me iba —añado apresuradamente—. Tengo una llamada importante que hacer. Revisa los documentos cuando puedas y llámame, ¿de acuerdo?

Sin darle tiempo a responder, me dirijo hacia la puerta.

—Valentina —me llama cuando estoy a punto de salir—. ¿Va todo bien? Pareces... nerviosa.

—Perfectamente —respondo con demasiada rapidez—. Solo estoy un poco estresada con los plazos. Te veo mañana.

Salgo de su oficina como si me persiguieran. No me detengo hasta llegar al estacionamiento, donde finalmente puedo respirar.

El cuaderno de Javier Montenegro pesa en mi bolso como un secreto robado. He cruzado una línea. He invadido su privacidad con la excusa de proteger mi hotel, pero la verdad es que la curiosidad ha podido más que mi ética.

Y lo peor de todo es que no puedo esperar a llegar a Villa Azul para seguir leyendo. Para conocer esa parte de Javier que nadie más parece conocer.

«Soy oficialmente la peor persona del mundo,» pienso mientras arranco el coche. Pero la emoción que me produce este descubrimiento supera con creces la culpa.

Estoy jodida. Absolutamente jodida.

CAPÍTULO 14

VALENTINA

«Soy una ladrona de palabras», pienso mientras paso la página del cuaderno negro, acariciando el papel con una mezcla de culpa y reverencia.

Es el segundo día que me paso leyendo. Mis ojos arden, pero no puedo parar. Es como si las palabras de Javier me hubieran hechizado, atrapándome en un mundo que reconozco pero que, al mismo tiempo, me resulta completamente nuevo.

Su novela —porque es una novela, no simples apuntes— cuenta la historia de un hombre llamado Alejandro, un arquitecto atrapado en un estudio familiar donde diseña hoteles impersonales y lujosos, cuando lo que realmente desea es crear espacios con significado. Todo cambia cuando conoce a Elena, una restauradora de edificios históricos que defiende apasionadamente la preservación del alma de los lugares.

No hace falta ser un genio para ver los paralelismos.

Lo que me desconcierta, lo que me mantiene despierta y con el corazón acelerado, es la forma en que Javier ha capturado mi esencia en el personaje de Elena. No solo los detalles externos —el pelo rebelde, la manía de hablar con las plantas, la risa demasiado fuerte— sino algo más profundo. Mis miedos. Mis esperanzas. La forma en que veo el mundo.

¿Cómo es posible que me conozca tan bien? ¿Que vea partes de mí que ni yo misma sabía que existían?

Tomo el bolígrafo que he estado usando para hacer anotaciones en los márgenes. Al principio fueron solo marcas, signos de exclamación junto a pasajes que me sorprendían. Luego, pequeños comentarios: «Esto es precioso», «Me encanta esta descripción».

La verdad es que no sé qué estoy haciendo.

¿Le voy a devolver el cuaderno y exponerme a ser descubierta? ¿Me lo voy a quedar y perder la oportunidad de decirle lo que pienso de su escritura? Ninguna de las dos posibilidades me parece adecuada.

Ahora, en la página 78, donde Alejandro observa a Elena dormida después de una discusión particularmente intensa, escribo:

«¿Sabes que haces esto? Cuando estás pensando profundamente, tu mandíbula se tensa de la misma forma que describes aquí. Como si estuvieras conteniendo palabras que luchan por salir.»

Es una locura. Estoy manteniendo una conversación con Javier a través de sus propias páginas, como si fueran cartas que nunca pretendió enviarme. Invadiendo su privacidad de una forma aún más íntima que el simple acto de robar su cuaderno.

Y, sin embargo, no puedo evitarlo. Hay algo liberador en esta comunicación unilateral, en poder responder a sus pensamientos más profundos sin tener que enfrentar su mirada.

Paso a la siguiente página, donde Alejandro confiesa en un monólogo interior que Elena le aterroriza precisamente porque le hace cuestionar todo lo que creía saber sobre sí mismo.

«Nunca he conocido a nadie que me hiciera sentir tan vivo y tan aterrado al mismo tiempo», escribe Javier. *«Es como si hubiera pasado años en una habitación a media luz, acostumbrándome a las sombras, y de repente alguien abriera todas las ventanas de golpe. La luz duele, pero también revela colores que había olvidado que existían.»*

Mi corazón da un vuelco al leer estas líneas. ¿Es así como se siente? ¿Soy yo quien ha abierto esas ventanas?

Cierro los ojos un momento, abrumada por la intimidad de lo que estoy haciendo. Esto es una locura. Tengo que devolverle el cuaderno antes de que sea demasiado tarde.

Pero primero, quiero terminar de leer.

La novela no está completa. Termina abruptamente en la página 121, en medio de una escena donde Alejandro y Elena están atrapados en un edificio antiguo durante una tormenta, discutiendo sobre el futuro del lugar. La tensión entre ellos es palpable, cargada de algo que va mucho más allá del conflicto profesional.

Me pregunto cómo habría continuado Javier esta escena. Si Alejandro y Elena finalmente cederían a la atracción que claramente sienten el uno por el otro. Si encontrarían una forma de reconciliar sus visiones aparentemente incompatibles.

Si hay un final feliz para dos personas tan diferentes, pero, al mismo tiempo, tan perfectamente complementarias.

En la última página escrita, añado un comentario más largo:

«No sé cómo termina esta historia. No sé si tú lo sabes. Pero creo que Alejandro y Elena merecen descubrirlo juntos. Tienen más en común de lo que ambos quieren admitir. Ambos buscan autenticidad en un mundo que valora las apariencias. Ambos están atrapados en expectativas que no eligieron. Quizás, juntos, podrían encontrar una salida.»

Dudo un momento, y luego añado: *«Lo siento por coger tu cuaderno. No tengo excusa. Pero gracias por mostrarme, aunque fuera sin querer, esta parte de ti. Es increíble.»*

Cierro el cuaderno y lo abrazo contra mi pecho, como si pudiera absorber a través del contacto algo de la belleza que contiene. Hoy lo devolveré. Me colaré en su oficina, cuando no esté, y lo dejaré exactamente donde lo encontré.

Y luego... no sé qué pasará. No sé si él me volverá a dirigir la palabra después de haber invadido su intimidad de esta forma. No sé cómo podré mirarlo a la cara sabiendo lo que ahora sé. Cómo podré seguir tratándolo como un adversario cuando he visto su alma desnuda en estas páginas.

Porque lo más aterrador de todo es que, después de leer su novela, ya no estoy segura de querer ganar esta guerra.

Quizás, como Elena y Alejandro, necesitamos encontrar una tercera opción. Un camino que no habíamos considerado.

JAVIER

—¿Dónde demonios está? —murmuro, revolviendo por tercera vez los papeles de mi escritorio como si, por arte de magia, mi cuaderno negro fuera a materializarse entre ellos.

No está. Por supuesto que no está. No ha estado en ninguno de los lugares donde he buscado durante las últimas cuarenta y ocho horas: mi maletín, mi suite, mi coche, incluso la caja fuerte de la oficina donde nunca lo guardo.

Ha desaparecido. Y aunque una parte de mí teme que pueda haberlo perdido, otra más racional sabe que nunca lo dejaría en cualquier parte. Ese cuaderno es demasiado importante.

Quizás lo dejé en algún lugar del resort y alguien del personal lo recogió. O tal vez, en mi prisa por atender aquella urgencia, lo guardé en un lugar que ahora no recuerdo.

Sea como sea, la pérdida me está volviendo loco. Ese cuaderno contiene fragmentos de mi alma que nunca he compartido con nadie. Pensamientos, sueños, vulnerabilidades que he mantenido cuidadosamente ocultos bajo mi fachada de ejecutivo perfecto.

Y lo peor es mi novela. Esas páginas donde, sin pretenderlo, he volcado más de mí mismo que en cualquier informe corporativo o discurso empresarial. Donde he creado personajes que son apenas versiones disfrazadas de las personas reales que me rodean.

Especialmente de ella.

Porque no importa cuánto intente negarlo, el personaje de Elena está inspirado en Valentina. Su pasión, su autenticidad, la forma en que desafía todas mis certezas... todo eso es ella.

Si alguien encuentra ese cuaderno, si alguien lo lee...

El teléfono de mi escritorio suena, interrumpiendo mi espiral de pánico.

—Montenegro —respondo secamente.

—Javier —la voz de mi padre me golpea como un cubo de agua fría—. ¿Se puede saber por qué no contestas a mis llamadas?

Mierda. He estado tan obsesionado con el cuaderno que ni siquiera he revisado mi móvil personal en las últimas horas.

—Lo siento, padre. He estado ocupado con los preparativos para la gala benéfica —miento, pasándome una mano por el pelo.

—La gala es importante, pero no tanto como el motivo principal de tu estancia en Marbella —su tono no admite réplica—. ¿Qué progresos has hecho con la adquisición de Villa Azul?

La pregunta me deja momentáneamente sin palabras. Con todo lo sucedido —el incidente del spa, la emergencia médica, el cuaderno perdido— apenas he pensado en la compra del hotel. Lo cual es completamente impropio de mí. Es mi misión principal, la razón por la que estoy aquí, la prueba que debo superar para demostrar mi valía.

Y, sin embargo, en este momento, me importa infinitamente menos que recuperar mi novela.

—Estoy... explorando nuevos enfoques —improviso—. La propietaria es particularmente... difícil.

—¿Difícil? —repite mi padre, y puedo imaginar perfectamente su expresión de desdén—. Es una chica sin experiencia empresarial con un hotel al borde de la quiebra. Ofrécele el dinero que necesite y cierra el trato.

Siento una punzada de irritación ante su descripción de Valentina. Como si fuera simplemente un obstáculo a superar, no una persona con sueños y principios.

—No es tan simple —respondo, sorprendiéndome a mí mismo por contradecirlo—. Tiene un vínculo emocional con la propiedad. Fue de su abuela.

—Los sentimentalismos no tienen lugar en los negocios, Javier —dice, y su tono se vuelve más frío—. Algo que deberías haber aprendido hace tiempo. Si no puedes manejar una simple adquisición, quizás deba reconsiderar tu capacidad para dirigir el grupo en el futuro.

La amenaza velada cuelga entre nosotros como una nube tóxica. Es su táctica habitual: condicionar su aprobación a mi rendimiento profesional. Ha funcionado toda mi vida. Debería funcionar ahora.

Pero por alguna razón, en este momento, no siento el habitual pánico ante la idea de defraudarlo. Lo que siento es cansancio. Y una extraña sensación de claridad, como si estuviera viendo nuestra dinámica desde fuera por primera vez.

—Conseguiré el hotel, padre —digo finalmente—. A mi manera y en mi tiempo.

Hay un silencio al otro lado de la línea, tan largo que por un momento pienso que ha colgado.

—Tienes hasta el final del verano —dice finalmente—. No me decepciones.

La llamada termina, dejándome con un sabor amargo en la boca. Las mismas palabras de siempre. La misma presión. Las mismas expectativas imposibles.

Y por primera vez, me pregunto si realmente quiero cumplirlas.

Suspiro y vuelvo a mirar el escritorio vacío. El cuaderno tiene que aparecer. No puedo haber perdido algo tan importante, tan personal. Quizás debería revisar de nuevo mi suite, aunque ya lo he hecho tres veces.

Miro el reloj: son casi las once de la noche. Debería irme a dormir, intentar descansar algo. Mañana será otro día, y con suerte, mi mente más despejada

podrá recordar dónde dejé el maldito cuaderno.

Recojo mis cosas y me dirijo hacia la puerta. Justo cuando estoy a punto de apagarla luz, escucho un ruido en el pasillo. Pasos suaves, casi furtivos, acercándose a mi oficina.

¿Quién podría ser a estas horas? El personal de limpieza ya ha terminado, y la mayoría de los ejecutivos se fueron hace horas.

Me quedo inmóvil, esperando. Los pasos se detienen justo frente a mi puerta. Hay un momento de silencio, y luego el suave clic del picaporte girando lentamente.

La puerta se abre apenas unos centímetros, y por la rendija veo un destello de cabello castaño y un par de ojos color miel que se ensanchan con sorpresa al verme allí de pie.

Valentina.

Y en sus manos, apretado contra su pecho como un tesoro robado, está mi cuaderno negro.

CAPÍTULO 15

JAVIER

El tiempo se detiene.

Valentina está en el umbral de mi oficina, con mi cuaderno negro apretado contra su pecho como si fuera un escudo. Sus ojos, abiertos de par en par por la sorpresa, reflejan un pánico que nunca había visto en ella. La siempre desafiante, siempre segura Valentina, parece ahora un ciervo deslumbrado por los faros de un coche.

Una docena de emociones me atraviesan en un instante: alivio al ver mi cuaderno, incredulidad ante su presencia a estas horas, y una furia fría que comienza a extenderse por mi cuerpo como hielo líquido por verlo en su poder.

—Vaya —digo con una calma que no siento—. Qué... inesperada sorpresa.

Ella traga saliva visiblemente. El cuaderno tiembla ligeramente entre sus manos.

—Javier, puedo explicarlo —dice, y su voz suena más aguda de lo normal.

—¿Explicar qué exactamente? —pregunto, avanzando lentamente hacia ella —. ¿Que robaste mi cuaderno? ¿O que has estado leyendo mis pensamientos más privados?

Sus mejillas se tiñen de un rojo intenso, confirmando mis sospechas. Ha tenido mi novela durante días.

—No fue así —protesta débilmente—. Yo... iba a devolverlo. Por eso estoy aquí.

—Por la noche. Tratando de entrar sigilosamente en mi oficina —señalo, acercándome más—. Muy convincente.

Está atrapada entre la puerta y yo, y por un momento veo el impulso de huir cruzar por sus ojos. Pero Valentina Ruiz nunca huye. Es una de las cosas que

más admiro de ella, aunque en este momento me irrite profundamente.

—Quería dejarlo cuando no estuvieses —explica, alzando la barbilla en ese gesto desafiante que he llegado a conocer tan bien—. Para evitar precisamente... esto.

—¿Esto? —repito, y estoy tan cerca ahora que puedo distinguir las motas doradas en sus ojos, oler el leve aroma a jazmín que siempre parece acompañarla—. ¿Te refieres a enfrentar las consecuencias de tus actos?

Su expresión cambia, un destello de culpa genuina atravesando su rostro.

—Lo siento —dice, y la sinceridad en su voz me descoloca momentáneamente—. De verdad. No tengo excusa. Fue un impulso terrible y una invasión imperdonable de tu privacidad.

No estaba preparado para una disculpa directa. Esperaba defensas, justificaciones, incluso un contraataque. Su honestidad desinfla parte de mi indignación, pero no toda.

—¿Lo has leído? —pregunto, aunque estoy seguro de la respuesta.

Sus ojos se desvían brevemente hacia el suelo antes de volver a encontrarse con los míos.

—Sí.

Una sola sílaba. Dos letras que confirman mi peor temor. Ha leído mi novela. Ha visto la parte de mí que mantengo oculta del mundo. Ha descubierto que el personaje de Elena, con su pasión por los edificios históricos y su manía de hablar con las plantas, está inspirado en ella.

La vergüenza me golpea como una ola, seguida inmediatamente por una vulnerabilidad que me resulta casi insoportable.

—Dame el cuaderno —exijo, extendiendo la mano.

Duda un momento, como si estuviera considerando algo, y luego me lo entrega con un cuidado que encuentro extrañamente conmovedor.

Nuestros dedos se rozan en la transferencia, y una corriente eléctrica familiar recorre mi brazo. La ignoro deliberadamente.

—¿Qué pensabas hacer con él? —pregunto, apretando el cuaderno con mis manos—. ¿Usarlo como munición en nuestra pequeña guerra? ¿Burlarte de mis patéticos intentos literarios?

—¡No! —exclama, genuinamente horrorizada—. Nunca haría eso. Es... es hermoso, Javier.

Sus palabras me golpean con más fuerza que cualquier acusación. Hermoso. Ha leído mi novela y la encuentra hermosa.

—No necesito tu compasión —respondo, a la defensiva.

—No es compasión —insiste, y hay una intensidad en su mirada que me desconcierta—. Es admiración. Eres realmente bueno. La forma en que describes los lugares, las emociones... es como si pudieras ver directamente dentro del alma de las personas.

No sé qué hacer con este elogio inesperado. Una parte de mí quiere creerle, aferrarse a la validación que nunca he recibido por mi escritura. Otra parte, la que ha sido entrenada para desconfiar de cualquier vulnerabilidad, se mantiene en guardia.

—¿Y el personaje de Elena? —pregunto, porque necesito saber qué piensa de esa parte en particular—. ¿También te pareció... interesante?

Un rubor intenso sube por su cuello hasta sus mejillas.

Nuestras miradas se encuentran, y algo cambia en el aire entre nosotros. La tensión, que hasta ahora había sido principalmente de confrontación, se transforma en algo más denso, más cargado.

Abro el cuaderno distraídamente, necesitando un momento para recomponerme, y es entonces cuando lo veo. Una nota en el margen, con una caligrafía que no es la mía.

«Esto es precioso. La forma en que describes la luz a través de las ventanas me hizo sentir como si estuviera allí.»

Paso la página. Otra nota.

«Alejandro tiene más corazón del que quiere admitir.»

Y otra.

«¿Sabes que haces esto? Cuando estás pensando profundamente, tu mandíbula se tensa de la misma forma que describes aquí. Como si estuvieras conteniendo palabras que luchan por salir.»

Levanto la vista, atónito.

—¿Has escrito en mi manuscrito? —pregunto, y ni siquiera estoy seguro de si estoy furioso o fascinado.

Valentina parece encogerse sobre sí misma, algo que nunca le había visto hacer.

—Yo... sí —admite—. Fue como si estuviéramos teniendo una conversación. Sé que es imperdonable, pero...

—¿Pero qué? —la presiono cuando se detiene.

—Pero me hiciste sentir cosas —confiesa, y hay una vulnerabilidad en su voz que me desarma completamente—. Tu historia, tus palabras... me hicieron ver que hay más en ti de lo que muestras al mundo. Mucho más.

Doy un paso hacia ella, reduciendo aún más el espacio entre nosotros. Ahora estamos tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, ver el pulso acelerado en la base de su cuello.

—¿Y qué crees que hay en mí, Valentina? —pregunto, mi voz más ronca de lo que pretendía.

Sus ojos recorren mi rostro, deteniéndose brevemente en mis labios antes de volver a encontrarse con mi mirada.

—Pasión —responde simplemente—. Una pasión que mantienes encadenada bajo trajes caros y expresiones controladas. Una pasión que solo

dejas salir en las páginas de ese cuaderno.

Su perspicacia me deja momentáneamente sin palabras. ¿Cómo es posible que me vea con tanta claridad? ¿Que haya identificado en días lo que mi propia familia no ha visto en años?

—No sabes de lo que hablas —digo, pero incluso yo puedo escuchar la falta de convicción en mi voz.

—Creo que sí —responde, y hay un desafío en sus ojos que enciende algo primitivo dentro de mí—. Creo que bajo esa fachada de ejecutivo perfecto hay un hombre que anhela crear, no solo adquirir. Que quiere construir algo con significado, no solo con valor comercial.

Sus palabras me golpean con la fuerza de una verdad largamente negada. Una verdad que he enterrado bajo capas de expectativas paternas y ambiciones impuestas.

—¿Y qué hay de ti? —contraataco, intentando recuperar algo de control—. ¿La defensora incansable del alma de los edificios? ¿La que preferiría hundir su hotel antes que venderlo?

—Al menos yo soy honesta sobre quién soy —responde, sin retroceder—. No pretendo ser alguien que no soy.

—¿Crees que yo sí? —pregunto, y hay una amargura en mi voz que no puedo ocultar.

—Creo que ni siquiera tú sabes quién eres realmente —dice, y su voz se suaviza—. Pero el hombre que escribió esas páginas... a ese hombre me gustaría conocerlo.

Algo se rompe dentro de mí. Una barrera que he mantenido en pie durante toda mi vida adulta. Y antes de que pueda pensar en las consecuencias, antes de que la parte racional de mi cerebro pueda intervenir, me inclino hacia ella y capturo sus labios con los míos.

VALENTINA

Su boca encuentra la mía con una urgencia que me deja sin aliento.

El beso comienza como una colisión. Impulsivo, casi agresivo, cargado de toda la frustración y el deseo acumulados durante semanas. Sus labios son firmes, pero sorprendentemente suaves, moviéndose contra los míos con una intensidad que hace que mi cuerpo entero se encienda.

Por un segundo, la sorpresa me paraliza. Javier Montenegro, el ejecutivo perfecto, el hombre que nunca pierde el control, me está besando como si su vida dependiera de ello. Como si hubiera estado conteniéndose durante siglos y finalmente hubiera roto la presa.

Y entonces, mi cuerpo reacciona por instinto. Mis manos suben hasta su nuca, mis dedos se enredan en su pelo perfectamente peinado, y me encuentro respondiendo a su beso con una pasión que ni siquiera sabía que poseía.

Todo desaparece. El resort, Villa Azul, nuestra guerra, mis miedos... nada existe excepto la sensación de su boca contra la mía, su mano en mi cintura atrayéndome más cerca, el calor que emana de su cuerpo.

El beso se transforma. Lo que comenzó como una colisión se convierte en algo más profundo, más vulnerable. Sus labios se vuelven más suaves, más exploratorios. Su mano libre sube hasta mi mejilla, acunándola con una delicadeza que contrasta brutalmente con la urgencia inicial.

Sabe a café y a algo más personal, más íntimo, que no puedo identificar pero que me resulta adictivo. Su lengua roza tentativamente mi labio inferior, pidiendo permiso, y me descubro abriéndome a él sin dudarlo.

Cuando nuestras lenguas se encuentran, un gemido escapa de mi garganta. Es un sonido que no reconozco como mío, pero que parece afectarle profundamente. Su brazo se tensa alrededor de mi cintura, atrayéndome aún más cerca, hasta que no hay espacio entre nosotros.

Puedo sentir cada centímetro de su cuerpo contra el mío. La firmeza de su pecho, el calor que emana a través de su camisa, la tensión en sus músculos. Y

más abajo, la evidencia innegable de que me desea tanto como yo a él.

El cuaderno queda atrapado entre nosotros, presionado contra nuestros pechos como un testigo silencioso de este momento imposible.

Una parte distante de mi cerebro me grita que esto es una locura. Que estoy besando al enemigo. Al hombre que quiere destruir el legado de mi abuela. Al ejecutivo frío y calculador que ha intentado comprar mi hotel desde el primer día.

Pero esa voz es ahogada por el latido de mi corazón, por el calor que se extiende por mi cuerpo, por la sensación de sus dedos enredándose en mi pelo.

Porque este no es el Javier Montenegro que conocí en aquella primera reunión. Este es el hombre que escribe novelas en secreto. El que cita a García Márquez de memoria. El que ve más allá de mi fachada de propietaria obstinada y captura mi esencia en las páginas de su cuaderno.

Este es el hombre que, muy a mi pesar, me ha hecho sentir más viva en unas semanas que cualquier otra persona en años.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respirando agitadamente, veo en sus ojos el mismo asombro que debe reflejarse en los míos. Como si ninguno de los dos pudiera creer lo que acaba de suceder.

Su mano sigue en mi mejilla, su pulgar acariciando suavemente mi pómulo en un gesto tan íntimo que hace que mi corazón se contraiga.

—Valentina... —comienza, y hay algo en su tono que me hace entrar en pánico.

Porque esto no puede estar pasando. No puedo estar besando a Javier Montenegro. No puedo estar sintiendo estas cosas por el hombre que representa todo lo que he jurado proteger a Villa Azul.

Y, sin embargo, aquí estoy, con los labios hinchados por sus besos, el cuerpo temblando por su contacto, y el corazón latiendo como si quisiera escapar de mi pecho.

Es demasiado. Demasiado intenso, demasiado confuso, demasiado aterrador.

—Yo... tengo que irme —digo, dando un paso atrás, rompiendo el contacto físico, aunque mi cuerpo protesta por la separación.

Sus ojos se oscurecen, una mezcla de confusión y algo que podría ser dolor cruzando su rostro.

—Valentina, espera —dice, extendiendo una mano hacia mí—. Tenemos que hablar de esto.

Pero no puedo. No estoy lista para enfrentar lo que acaba de pasar. No estoy lista para examinar estos sentimientos que amenazan con derribar todas las defensas que he construido cuidadosamente.

Así que hago lo único que puedo hacer. Me doy la vuelta y salgo corriendo por el pasillo, mis pasos resonando en el suelo de mármol como el latido de mi corazón desbocado.

Solo cuando estoy en mi coche, con las manos temblorosas sobre el volante, me permito tocar mis labios. Todavía puedo sentirlo. Todavía puedo saborearlo. Como si hubiera dejado una marca indeleble en mí.

Y lo más aterrador de todo es que, a pesar del pánico, a pesar de la confusión, una parte de mí ya está anhelando volver a sentir esos labios contra los míos.

Una parte de mí que está empezando a preguntarse si he estado luchando contra la persona equivocada todo este tiempo.

CAPÍTULO 16

VALENTINA

Han pasado cinco días desde El Incidente.

Así es como he decidido llamarlo en mi cabeza: El Incidente. Con mayúsculas. Como si ponerle un nombre clínico pudiera restarle importancia al hecho de que besé a Javier Montenegro. O más bien, que él me besó a mí. O que nos besamos mutuamente con una intensidad que todavía me hace sonrojar cuando lo recuerdo.

Cinco días evitándolo meticulosamente. Cinco días reprogramando reuniones, enviando correos electrónicos en lugar de llamadas, delegando en Mía cualquier interacción con el Marbella Grand Resort.

Cinco días diciéndome que fue un error. Un momento de locura. Algo que nunca debió ocurrir y que, desde luego, nunca volverá a repetirse.

Y sin embargo, aquí estoy, comprobando mi aspecto en el espejo retrovisor por tercera vez antes de entrar al resort. Como si importara que mi pelo esté perfectamente recogido o que mi vestido no tenga arrugas. Como si estuviera preparándome para una cita y no para una reunión de negocios.

—Ridícula —murmuro a mi reflejo—. Eres absolutamente ridícula, Valentina.

Respiro hondo y salgo del coche. Esta reunión es inevitable. La gala benéfica es en menos de tres semanas, y hay decisiones que requieren su aprobación directa. No puedo seguir escondiéndome.

El vestíbulo del Marbella Grand Resort está especialmente concurrido esta mañana. Un grupo de turistas alemanes hace cola en recepción, y varios ejecutivos con maletines cruzan hacia los ascensores. Perfecto. Cuanta más gente, menos posibilidades de un momento incómodo a solas con Javier.

—Buenos días, señorita Ruiz —me saluda Claudia, la asistente de Javier, con una sonrisa profesional—. El señor Montenegro la espera en la sala de reuniones B. Sígame, por favor.

La sala de reuniones B. No su oficina. El escenario de El Incidente. Parece que no soy la única evitando recuerdos incómodos.

Mientras sigo a Claudia por los pasillos de mármol, intento prepararme mentalmente. Seré profesional. Directa. Eficiente. Actuaré como si nada hubiera pasado. Como si nunca hubiera sentido sus labios contra los míos, sus manos en mi cintura, su cuerpo...

No. No voy a pensar en eso ahora.

Claudia abre la puerta de la sala de reuniones y me indica que pase. Respiro hondo una última vez y entro, con mi mejor expresión de «solo negocios».

Y ahí está él.

Javier Montenegro, de pie junto a la ventana, contemplando el mar. Lleva un traje gris oscuro que parece haber sido creado específicamente para resaltar la anchura de sus hombros. Su pelo negro está perfectamente peinado, aunque hay un mechón rebelde que cae sobre su frente, dándole un aire sorprendentemente vulnerable.

Se gira al oírme entrar, y nuestras miradas se encuentran por primera vez en cinco días. Un escalofrío recorre mi columna. Sus ojos grises me estudian con una intensidad que me deja momentáneamente sin aliento.

—Señorita Ruiz —saluda, con una formalidad que contrasta brutalmente con la última vez que estuvimos juntos—. Gracias por venir.

—Señor Montenegro —respondo, imitando su tono—. Lamento la demora en esta reunión. He estado... ocupada.

Una mentira transparente que ambos reconocemos, pero que ninguno desafía.

—Por supuesto —asiente—. Todos tenemos múltiples responsabilidades.

El silencio que sigue es tan denso que casi podría cortarse. Hay mil palabras no dichas flotando entre nosotros, mil preguntas sin formular.

Finalmente, me dirijo a la mesa y coloco mi carpeta sobre ella, agradecida por tener algo que hacer con mis manos.

—Tengo las propuestas finales de los proveedores locales —digo, sacando varios documentos—. Y el presupuesto actualizado para la decoración temática.

Javier se acerca y toma asiento frente a mí. No al lado, como solía hacer en nuestras reuniones anteriores, sino directamente enfrente. Creando una barrera física entre nosotros.

—Excelente —dice, extendiendo la mano para recibir los documentos.

Nuestros dedos se rozan accidentalmente durante la transferencia, y es como si una corriente eléctrica me recorriera el brazo. Retiro la mano demasiado rápido, casi tirando los papeles.

—Perdón —murmuro, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—No hay problema —responde, y hay un ligero temblor en su voz que me hace preguntarme si él también lo ha sentido.

Los siguientes treinta minutos transcurren en una extraña danza de profesionalismo forzado. Discutimos menús, disposición de mesas, iluminación, música... todo con una eficiencia clínica que nunca antes habíamos tenido. Como si ambos estuviéramos siguiendo un guion cuidadosamente ensayado.

No hay bromas. No hay provocaciones. No hay esa chispa de desafío que siempre ha caracterizado nuestras interacciones. Solo dos adultos discutiendo detalles logísticos como si fueran extraños.

Es insoportable.

Mientras repasamos la lista de invitados VIP, noto que Javier parece distraído. Sus ojos se desvían ocasionalmente hacia la ventana, y hay una

tensión en su mandíbula que no estaba allí al principio de la reunión.

—¿Estás de acuerdo con añadir al alcalde a la mesa principal? —pregunto, intentando captar su atención.

—Sí, por supuesto —responde automáticamente, aunque sospecho que ni siquiera ha procesado mi pregunta.

—Bien —continúo, decidiendo probarlo—. También he invitado a una familia de delfines parlantes y a Elvis Presley.

—Excelente elección —asiente, todavía mirando por la ventana.

No puedo evitarlo. Una pequeña risa escapa de mis labios.

Javier parpadea, volviendo finalmente su atención hacia mí.

—¿Qué? —pregunta, confundido.

—Acabas de aprobar que invitemos a Elvis Presley a la gala —explico, con una sonrisa que no puedo contener.

Una expresión de vergüenza cruza su rostro, seguida por algo que casi podría ser una sonrisa.

—Lo siento —dice, pasándose una mano por el pelo en un gesto que desarregla su peinado perfecto—. Estoy un poco... distraído hoy.

—¿Solo hoy? —pregunto antes de poder contenerme.

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, la fachada profesional se agrieta. Hay un reconocimiento mutuo de lo absurdo de nuestra situación. De lo difícil que es fingir que nada ha cambiado cuando todo lo ha hecho.

—«Cuando la memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, logramos soportar el pasado» —dice de repente, su voz más suave de lo habitual.

La cita de García Márquez me golpea con fuerza inesperada. Es la misma que compartimos aquella noche en el club, cuando éramos solo dos extraños conectando sobre literatura, antes de que todo se complicara.

—¿Estás diciendo que deberíamos olvidar lo que pasó? —pregunto, sintiendo una punzada de algo que podría ser decepción.

—No —responde, y hay una intensidad en su mirada que me deja sin aliento—. Estoy diciendo que tal vez no todos los recuerdos recientes son... malos.

Oh.

No sé qué responder a eso. No sé cómo procesar la implicación de sus palabras. Que no se arrepiente del beso. Que tal vez, como yo, ha estado pensando en él más de lo que debería.

El silencio se estira entre nosotros, cargado de significados no expresados. Finalmente, Javier rompe el contacto visual y vuelve a los documentos frente a él.

—Sobre los proveedores locales —dice, volviendo bruscamente al tema profesional—. Creo que podemos aprobar la mayoría, pero tengo algunas reservas sobre el presupuesto para decoración floral.

Y así, el momento pasa. La barrera vuelve a levantarse. Volvemos a ser la señorita Ruiz y el señor Montenegro, discutiendo detalles logísticos como si no hubiera un elefante en la habitación.

Pero algo ha cambiado. Hay un reconocimiento tácito entre nosotros. Una conciencia de que, por mucho que intentemos fingir lo contrario, El Incidente no fue solo un error momentáneo. Fue el resultado de algo que ha estado creciendo entre nosotros desde aquel primer encuentro en el club.

Algo que ninguno de los dos está listo para nombrar. Ni para enfrentar. Ni para dejar ir.

Cuando la reunión termina, recojo mis papeles con manos ligeramente temblorosas. Javier se levanta y rodea la mesa, deteniéndose a una distancia prudente.

—Enviaré los contratos finales para los proveedores mañana —dice, con una formalidad que suena forzada incluso para mis oídos.

—Perfecto —respondo, igualmente formal—. Y yo te haré llegar las modificaciones al presupuesto de decoración.

Nos miramos por un momento, y hay tanto que quisiera decir. Tantas preguntas que quisiera hacer. Pero en lugar de eso, extiendo mi mano para un apretón profesional.

Javier mira mi mano extendida con una expresión que no puedo descifrar. Por un segundo, creo que va a ignorarla. Pero luego la toma entre la suya, y el contacto envía esa ya familiar corriente eléctrica por mi brazo.

Su mano es cálida, firme, sorprendentemente suave para alguien tan... masculino. La sostiene un segundo más de lo necesario, su pulgar rozando ligeramente mi muñeca en un gesto que podría ser accidental pero que no lo parece en absoluto.

—Hasta pronto, Valentina —dice, usando mi nombre de pila por primera vez en toda la reunión.

—Hasta pronto, Javier —respondo, y mi voz suena más ronca de lo que pretendía.

Cuando salgo de la sala de reuniones, mi corazón late tan fuerte que casi puedo oírlo. Mis mejillas arden, y hay una sensación de hormigueo donde su piel tocó la mía.

Esto es un desastre. Un completo y absoluto desastre.

Porque por mucho que intente negarlo, por mucho que me diga que fue un error, la verdad es innegable: quiero que vuelva a besarme.

Esto es un desastre.

CAPÍTULO 17

VALENTINA

Hay días en que me pregunto si el universo tiene un sentido del humor particularmente retorcido. Hoy es definitivamente uno de esos días.

Estoy parada en el vestíbulo del Marbella Grand Resort, esperando a que Claudia me indique dónde encontrar a Javier para nuestra reunión sobre la gala benéfica. Han pasado dos días desde nuestro último encuentro, esa reunión tensa donde ambos fingimos que nunca nos habíamos besado, donde cada roce accidental de nuestras manos provocaba un silencio incómodo.

—El señor Montenegro está en los jardines traseros —me informa Claudia con su eficiencia habitual—. Está evaluando un espectáculo para la gala. Me pidió que le dijera que la espera allí.

Perfecto. Otra reunión en un espacio abierto, con testigos alrededor.

Es lo mejor que podemos hacer.

Mientras camino hacia los jardines, repaso mentalmente lo que necesito discutir hoy: los proveedores locales de marisco, las opciones de vino ecológico, el presupuesto actualizado para la iluminación. Todo muy profesional. Todo muy seguro.

Lo que encuentro al llegar es cualquier cosa menos profesional o seguro.

Javier está de pie, con su habitual traje impecable, observando con una mezcla de escepticismo y horror a un hombre bajito con un bigote improbablemente grande que parece salido de un espectáculo de Las Vegas de los años 70. A su alrededor hay jaulas con lo que parecen ser loros tropicales, un pavo real atado a un poste decorativo, y varios acuarios portátiles con pequeñas criaturas marinas.

—Ah, señorita Ruiz —me saluda Javier al verme, y noto el alivio en su voz —. Justo a tiempo. El señor Martínez ha venido a mostrarnos su propuesta

para el espectáculo de la gala.

—¡El Magnífico Martínez, a su servicio! —exclama el hombre, haciendo una reverencia tan exagerada que temo que su bigote toque el suelo—. ¡Un placer conocerla, señorita! Estaba explicándole al señor Montenegro que mi espectáculo de aves exóticas y criaturas marinas es la atracción perfecta para su gala de conservación marina.

Miro a Javier, que me lanza una mirada que interpreto claramente como «ayúdame», y tengo que contener una sonrisa. Verlo ligeramente incómodo es sorprendentemente... entrañable.

—Es una propuesta interesante —digo diplomáticamente—. ¿En qué consiste exactamente el espectáculo?

—¡Ah! ¡Una demostración vale más que mil palabras! —exclama Martínez, acercándose a la jaula más grande—. Les presentaré a mi estrella, Lola, una guacamaya entrenada para recitar frases sobre conservación marina en tres idiomas.

Abre la jaula y extiende su brazo. Una impresionante guacamaya de plumaje rojo y azul sale majestuosamente y se posa en él. Es realmente hermosa, con plumas brillantes que captan la luz del sol de formas casi hipnóticas.

—Lola, saluda a nuestros amigos —ordena Martínez.

La guacamaya nos mira fijamente, ladea la cabeza, y entonces...

—¡IDIOTAS! ¡TODOS IDIOTAS! —grazna con una claridad que me deja boquiabierta.

Javier arquea una ceja, y tengo que morderme el labio para no soltar una carcajada. La expresión de horror en la cara de Martínez es impagable.

—Eh... esa no es una de las frases que le enseñé —balbucea, visiblemente avergonzado—. Debe haberla aprendido de mi asistente anterior. Intentemos con otra cosa...

No llega a terminar la frase. Un camarero que pasa cerca tropieza con una baldosa suelta, enviando su bandeja de copas al suelo con un estruendo de cristales rotos. Lola, asustada por el ruido, suelta un chillido y sale volando directamente hacia la piscina.

Es como si ese fuera el detonante para el caos total. El pavo real, alarmado por el alboroto, comienza a chillar y a tirar de su correa. Con un movimiento brusco, rompe la cuerda que lo sujeta y sale corriendo, desplegando su impresionante cola como un abanico de colores.

Martínez, en su pánico por controlar la situación, retrocede y tropieza con los acuarios portátiles. Las cajas se vuelcan, y de repente hay pequeños cangrejos decorativos y estrellas de mar arrastrándose en todas direcciones.

—¡Mis bebés! —grita Martínez, corriendo tras Lola, que ahora sobrevuela la piscina donde varios huéspedes toman el sol.

Miro a Javier, esperando verlo furioso o, como mínimo, haciendo una llamada urgente a seguridad. En cambio, lo que veo me deja momentáneamente sin palabras.

Se está riendo.

No una risa contenida o educada, sino una carcajada genuina que transforma completamente su rostro. Sus ojos brillan, las líneas de tensión han desaparecido, y por un instante, parece años más joven. Es como ver a otra persona, una versión de Javier Montenegro que quizás existió antes de que el peso de las expectativas y las responsabilidades lo moldearan en el ejecutivo impecable que conocí.

—Parece que tenemos una situación urgente —dice, con un tono que sugiere que está haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantener la compostura—. Será mejor que ayudemos antes de que los huéspedes empiecen a quejarse.

Antes de que pueda responder, se quita la chaqueta, la deja cuidadosamente sobre una silla, y se dirige hacia donde los loros ahora vuelan en círculos sobre la terraza. Lo observo, fascinada por esta nueva faceta suya, mientras afloja su corbata y se remanga la camisa.

—¿Vienes? —me pregunta, girándose hacia mí con una sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco traicionero.

Y así es como, en lugar de discutir sobre proveedores de marisco y opciones de vino, me encuentro persiguiendo a un pavo real por los jardines del Marbella Grand Resort mientras Javier Montenegro intenta atrapar loros con una red improvisada.

No debería estar disfrutando tanto de esto. No debería sentir esta burbuja de alegría expandiéndose en mi pecho cada vez que escucho su risa. No debería estar tan fascinada por la forma en que el sol juega con su pelo negro cuando corre tras un loro especialmente escurridizo.

Y definitivamente no debería estar pensando en lo atractivo que se ve con la camisa ligeramente desabotonada, el pelo despeinado y esa sonrisa despreocupada que nunca le había visto antes.

Pero lo estoy. Y es aterrador y emocionante a partes iguales.

—¡Cuidado! —grita Javier, sacándome de mis pensamientos.

Demasiado tarde. El pavo real, que aparentemente ha decidido que mis zapatos son su enemigo personal, carga contra mí con una determinación sorprendente. Doy un salto hacia atrás, tropiezo con el borde de la terraza, y caigo sentada directamente sobre uno de los acuarios volcados.

El agua fría empapa mi vestido instantáneamente, y siento pequeñas criaturas marinas deslizándose por mi espalda. Debería estar horrorizada —es un vestido nuevo, y probablemente olerá a mar durante días— pero en lugar de eso, me encuentro riendo incontrolablemente.

Javier aparece a mi lado, extendiéndome una mano para ayudarme a levantarme. Tiene una pequeña estrella de mar pegada a la manga de su camisa, y no puedo evitar señalarla entre risas.

—Parece que has hecho un nuevo amigo —digo, tomando su mano.

—Uno más de los que esperaba hacer hoy —responde, con una sonrisa que hace que mi estómago dé un vuelco.

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, todas las barreras, toda la formalidad forzada de los últimos días, parecen desvanecerse. Solo somos Javier y Valentina, empapados y ridículos, en medio de un caos de plumas y criaturas marinas.

El momento se rompe cuando uno de los loros decide posarse directamente en la cabeza de Javier, como si fuera el lugar más natural del mundo.

—Creo que le gustas —comento, intentando no reírme demasiado fuerte.

—Encantador —murmura él, perfectamente inmóvil—. ¿Podrías...?

—¿Quitártelo? —completo—. No sé, te queda bastante bien. Como un accesorio muy exclusivo.

—Valentina... —hay una advertencia en su voz, pero también diversión.

—Vale, vale —cedo, acercándome cuidadosamente—. No te muevas.

Me pongo de puntillas, extendiendo lentamente la mano hacia el loro. El ave me mira con lo que solo puedo describir como desdén aviar, y justo cuando mis dedos están a punto de alcanzarlo, decide que prefiere mi hombro como nueva percha.

El movimiento brusco me hace perder el equilibrio. Javier intenta sujetarme, pero mis zapatos mojados resbalan en el suelo de la terraza. Caemos juntos, en un enredo de extremidades y risas ahogadas, mientras el loro vuela tranquilamente hacia un árbol cercano, aparentemente divertido por el caos que ha causado.

Y así es como termino tumbada sobre el inmaculado césped del Marbella Grand Resort, con Javier Montenegro parcialmente encima de mí, ambos empapados, manchados de arena y riéndonos como adolescentes.

—Lo siento —dice, intentando incorporarse sin aplastarme.

—No lo sientas —respondo sin pensar—. Me gusta este Javier.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Veo cómo sus ojos se ensanchan ligeramente, una vulnerabilidad inesperada cruzando su rostro.

—¿Qué Javier? —pregunta, su voz más suave de lo habitual.

—El que se ríe. El que no está obsesionado con el control. El que persigue loros y se cae en el césped sin preocuparse por arruinar su traje de tres mil euros.

Por un momento, parece que va a decir algo importante. Algo real. Pero entonces, una sombra cae sobre nosotros.

—Ejem —carraspea El Magnífico Martínez, que nos mira desde arriba con una expresión entre divertida y mortificada—. Lamento interrumpir, pero... ¿me ayudarían a atrapar a Lola? Se ha posado en una palmera de la playa y yo no llego a cogerla.

Y así, el hechizo se rompe. Javier se levanta rápidamente, tendiéndome una mano para ayudarme. Su máscara profesional ha vuelto, aunque no completamente. Hay una ligereza en sus ojos que no había visto antes.

—Por supuesto —dice, ajustándose la camisa empapada—. Vamos a la playa.

Mientras lo sigo, no puedo evitar pensar que quizás, solo quizás, este desastre de plumas y caos es exactamente lo que necesitábamos para relajarnos.

CAPÍTULO 18

JAVIER

La guacamaya me mira desde lo alto de la palmera con superioridad. No puedo culparla. Probablemente luzco tan ridículo como me siento: descalzo en la arena, con los pantalones remangados hasta las rodillas, la camisa empapada pegada al cuerpo, y sosteniendo un trozo de mango como si fuera la cosa más valiosa del mundo.

—Vamos, Lola —digo, intentando que mi voz suene tranquilizadora—. Baja de ahí. Nadie va a hacerte daño.

El ave ladea la cabeza, evaluándome, y entonces suelta lo que suena sospechosamente como una carcajada burlona.

—¡IDIOTA! ¡GRAN IDIOTA! —grazna, con una dicción sorprendentemente clara.

Detrás de mí, escucho la risa apenas contenida de Valentina. No necesito girarme para imaginar su expresión: ojos brillantes, mejillas sonrojadas por el esfuerzo y la risa, esa sonrisa que parece iluminar todo su rostro.

Esa sonrisa que, muy a mi pesar, ha estado apareciendo en mis pensamientos con una frecuencia alarmante.

—No está funcionando —observo, girándome hacia El Magnífico Martínez, que se retuerce las manos nerviosamente a unos metros de distancia.

—Quizás necesita ver que confía en usted mismo —sugiere el hombre—. Lola es muy intuitiva. Siente el miedo y la tensión.

—No tengo miedo de un pájaro —respondo automáticamente, aunque la verdad es que estoy más nervioso de lo que admitiría. No por el loro, sino por la situación. Por estar así, expuesto, vulnerable, lejos de mi zona de confort.

Por estar así frente a ella.

—No me refería a miedo al ave —aclara Martínez, con una perspicacia sorprendente—. Sino a miedo a perder el control.

Sus palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba. ¿Tan evidente es? ¿Tan transparente resulta mi obsesión por mantener todo perfectamente ordenado, predecible, bajo control?

Antes de que pueda responder, Valentina se acerca, deteniéndose a mi lado. Su vestido, antes impecable, está ahora empapado y manchado de arena. Tiene una pequeña estrella de mar enredada en el pelo, probablemente sin que ella lo sepa. Y a pesar de todo, de alguna manera, está radiante.

—Déjame intentarlo —dice, extendiendo la mano hacia el mango que sostengo.

Nuestros dedos se rozan, y esa ya familiar corriente eléctrica recorre mi brazo. Me pregunto si ella también lo siente, o si soy solo yo, cada vez más patéticamente afectado por su proximidad.

Valentina mira hacia arriba, a la palmera donde Lola observa con interés el trozo de fruta.

—Hola, preciosa —dice, con una voz suave que nunca le había oído usar—. ¿Quieres bajar? Prometo que nadie va a meterte en esa jaula horrible otra vez.

—¡Oiga! —protesta Martínez—. Esa jaula es de primera calidad, con barrotes bañados en oro y...

—Shhh —lo silencio, sin apartar la mirada de Valentina.

Hay algo hipnótico en la forma en que le habla al ave. La misma cadencia que usa cuando habla con las plantas de Villa Azul, como si realmente creyera que pueden entenderla. Y lo más sorprendente es que parece funcionar. Lola ha inclinado la cabeza, claramente interesada.

—Eso es —continúa Valentina—. Ven aquí. Te prometo que este hombre gruñón no te hará daño. En el fondo es bastante amable, aunque no le gusta que la gente lo sepa.

Me lanza una mirada de reojo, una pequeña sonrisa jugando en sus labios, y siento un calor que no tiene nada que ver con el sol de la tarde.

Para mi asombro, Lola extiende sus alas y planea suavemente hasta posarse en el brazo extendido de Valentina. El ave toma delicadamente el trozo de mango de su mano, como una dama aceptando un regalo, y comienza a comerlo con evidente deleite.

—¡Increíble! —exclama Martínez—. Normalmente no confía en extraños. Tiene un don, señorita.

—Solo hay que hablarles con respeto —responde Valentina, acariciando suavemente las plumas de la cabeza de Lola—. Como a cualquier ser vivo.

Me mira directamente, y hay algo en sus ojos que me desafía. No de la forma combativa a la que estoy acostumbrado, sino de una manera más profunda. Como si estuviera diciendo: «¿Ves? Así es como se construye confianza. Sin control. Sin manipulación. Solo honestidad».

—Impresionante —admito, y lo digo en serio.

—Gracias —responde, y hay una suavidad en su voz que hace que mi corazón dé un vuelco traicionero.

Nos quedamos así un momento, mirándonos, mientras la guacamaya sigue comiendo tranquilamente. Es uno de esos instantes suspendidos en el tiempo, donde todo lo demás —el resort, Villa Azul, nuestros roles como adversarios — parece desvanecerse.

El momento se rompe cuando Martínez se acerca para recuperar a Lola. Con evidente reluctancia, Valentina le permite tomar al ave, que sorprendentemente no protesta.

—Bueno —dice el hombre, claramente aliviado de haber recuperado a su valiosa artista—, creo que ya hemos causado suficientes problemas por hoy. Les enviaré una propuesta revisada para un espectáculo más... contenido.

—Eso sería prudente —respondo, volviendo automáticamente a mi tono profesional—. Quizás sin el pavo real.

—Definitivamente sin el pavo real —confirma Valentina, y ambos intercambiamos una mirada cómplice que hace que mi estómago dé un vuelco.

Mientras Martínez se aleja con su preciada Lola, nos quedamos solos en la playa. Es la primera vez que estamos verdaderamente a solas desde que nos besamos, sin la barrera protectora de una mesa de reuniones o la presencia de terceros.

El corazón me late furioso en el pecho.

—Bueno —dice Valentina, rompiendo el silencio—. Esto ha sido...

—¿Un desastre? —sugiero.

—Iba a decir «inesperadamente divertido» —responde, con una sonrisa que hace que algo se afloje en mi pecho—. Nunca te había visto reír así.

—No suelo tener muchas ocasiones para hacerlo —admito, sorprendiéndome a mí mismo con mi honestidad.

—Deberías hacerlo más a menudo —dice, y hay una sinceridad en su voz que me desarma completamente—. Te sienta bien.

No sé qué responder a eso. No estoy acostumbrado a este tipo de cumplidos, directos y sin segundas intenciones ocultas. Así que hago lo que siempre hago cuando me siento vulnerable: cambio de tema.

—Deberíamos volver —digo, mirando hacia el resort—. Tengo una reunión en media hora y necesito... bueno, todo un nuevo atuendo, aparentemente.

Valentina asiente, aunque puedo ver una sombra de decepción cruzar su rostro. Como si hubiera esperado que dijera algo más. Que respondiera de alguna manera a ese momento de conexión que acabamos de compartir.

Pero no puedo. Hay demasiado en juego, demasiadas complicaciones, demasiadas expectativas sobre mis hombros.

Comenzamos a caminar de vuelta hacia el resort, un silencio cómodo instalándose entre nosotros. A medio camino, Valentina se detiene y se gira hacia mí.

—Tienes una pequeña... —dice, señalando hacia mi cabeza.

Antes de que pueda reaccionar, se acerca y extiende la mano hacia mi pelo. Sus dedos rozan suavemente mi sien, enviando un escalofrío por mi columna vertebral.

—Una pluma —explica, mostrándome una pequeña pluma azul brillante—. Probablemente de Lola.

—Gracias —respondo, mi voz más ronca de lo que pretendía.

Estamos tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos, contar las pecas que salpican su nariz. Huele a sal marina y a ese perfume de jazmín que siempre parece llevar, una combinación que encuentro inexplicablemente embriagadora.

Por un segundo, me permito imaginar cómo sería inclinarme y besarla de nuevo. Aquí, en la playa, lejos de oficinas y expectativas. Solo Javier y Valentina, no el director del resort y la propietaria de Villa Azul.

El momento pasa. Doy un paso atrás, creando una distancia segura entre nosotros.

—Nos vemos mañana en la reunión sobre el menú —digo, volviendo a mi tono profesional, aunque suena forzado incluso para mis propios oídos.

—Claro —responde, y hay una comprensión en sus ojos que me hace preguntarme si puede leer mis pensamientos—. Hasta mañana, Javier.

Mientras la veo alejarse por la playa, con la pequeña estrella de mar aún enredada en su pelo, me pregunto qué habría pasado si hubiera cedido a ese impulso. Si por una vez hubiera dejado de calcular riesgos y consecuencias, y simplemente hubiera actuado según lo que realmente quiero.

Pero eso no es lo que hago. No es quien soy.

¿O tal vez sí? Tal vez el hombre que persiguió loros, que se rio hasta quedarse sin aliento, que sintió algo parecido a la libertad por primera vez en años... tal vez ese también soy yo.

Y lo más aterrador de todo es que me gustó ser ese hombre. Me gustó cómo me sentía. Me gustó cómo me miraba ella cuando era ese hombre.

Con un suspiro, recojo mis zapatos de donde los dejé y me dirijo de vuelta al resort. De vuelta a las reuniones, a los informes, a las expectativas. De vuelta a ser Javier Montenegro, el ejecutivo perfecto.

Pero mientras camino, con la pequeña pluma azul firmemente sujeta en mi mano, me pregunto por cuánto tiempo más podré mantener esta fachada. Y si realmente quiero hacerlo.

CAPÍTULO 19

VALENTINA

El cielo sobre Marbella se ha vuelto de un gris plomizo tan oscuro que parece casi negro. Desde la terraza de Villa Azul, observo las nubes que se acumulan sobre el Mediterráneo como un ejército a punto de atacar. El viento ya ha comenzado a arreciar, agitando las palmeras y haciendo tintinear las campanas de viento que cuelgan del porche.

Reviso por quinta vez la alerta meteorológica en mi móvil: «Tormenta severa. Rachas de viento de hasta 90 km/h. Posibles inundaciones en las zonas costeras.»

Un escalofrío me recorre la espalda, y no es por el viento que comienza a enfriarse. Es por el recuerdo.

Tenía catorce años la última vez que una tormenta así golpeó Villa Azul. Mi abuela y yo pasamos la noche achicando agua, sosteniendo ventanas que amenazaban con romperse, escuchando cómo el viento arrancaba tejas del tejado. «El mar siempre reclama lo suyo, Valentina,» me había dicho mientras contemplábamos los daños al amanecer. «Por eso debemos construir con respeto, pero también con fortaleza.»

Las reparaciones nos llevaron meses y casi todo el fondo de emergencia.

Y ahora, quince años después, estoy aquí, con un hotel al borde de la quiebra, sin fondo de emergencia, y otra tormenta en camino.

—¡Val! —la voz de Mía me saca de mis pensamientos—. Los Gómez quieren saber si deben cancelar su excursión en barco. Como si hubiera que preguntarlo.

—Diles que sí, por supuesto —respondo, guardando el móvil en el bolsillo de mis jeans—. Y que no salgan del hotel hasta que pase lo peor.

Mía asiente y se va, pero no antes de lanzarme una mirada preocupada que intenta disimular. Ella también recuerda la última gran tormenta.

Me pongo en acción. No hay tiempo para preocuparse, solo para prepararse.

—¡Carmen! —llamo a nuestra única camarera—. Necesito que recojas todas las tumbonas y sombrillas de la playa. Y trae las macetas pequeñas del jardín al interior.

Mientras Carmen se apresura a cumplir mis instrucciones, yo me dirijo al cobertizo de mantenimiento. Saco sacos de arena que guardamos precisamente para estas ocasiones y comienzo a colocarlos estratégicamente en las entradas que dan al jardín y a la playa. Mis músculos protestan por el esfuerzo, pero ignoro el dolor. Villa Azul me necesita fuerte.

El primer relámpago ilumina el cielo, seguido casi inmediatamente por un trueno que hace vibrar los cristales. Las primeras gotas, gruesas como monedas, comienzan a golpear el suelo, levantando pequeñas nubes de polvo.

Para cuando termino de colocar los sacos, estoy empapada. Mi camiseta se pega a mi cuerpo y mi pelo chorreando se ha convertido en una cortina pegajosa que no deja de meterse en mis ojos. Pero no hay tiempo para cambiarme. El viento ya está arrancando ramas de los árboles y puedo escuchar el mar embravecido golpeando con fuerza contra la orilla, cada vez más cerca del hotel.

—¡Valentina! —Mía aparece en la puerta, su rostro una máscara de preocupación—. El agua se está filtrando por el techo de la habitación 12. Los Navarro están asustados.

Maldigo por lo bajo. Esa gotera la arreglamos hace apenas un mes, pero evidentemente no lo suficientemente bien.

—Muévelos a la 8 —ordeno, corriendo hacia el interior—. Y trae todos los cubos que encuentres.

Durante la siguiente hora, es como si el cielo hubiera decidido vaciar todo el Atlántico sobre nosotros. La lluvia golpea las ventanas con tanta fuerza que temo que los cristales cedan en cualquier momento. El viento aúlla como un animal herido, colándose por cada grieta, silbando bajo las puertas.

Estoy en la habitación 12, colocando cubos bajo múltiples goteras, cuando escucho un crujido aterrador. Un sonido que conozco demasiado bien.

Corro hacia la ventana justo a tiempo para ver cómo el enorme olivo centenario del jardín, el favorito de mi abuela, se inclina peligrosamente hacia el edificio. Sus raíces, aflojadas por la lluvia torrencial, comienzan a levantarse del suelo empapado.

—No, no, no —murmuro, como si mis palabras pudieran detener lo inevitable.

Con un crujido que suena como un grito de dolor, el árbol cede finalmente. Cae con una lentitud casi cruel, directamente sobre el tejado de la terraza comunitaria. El impacto sacude todo el edificio, y escucho gritos de alarma de los huéspedes.

Bajo las escaleras corriendo, resbalando en los escalones mojados, mi corazón latiendo tan fuerte que casi ahoga el sonido de la tormenta. Cuando llego a la terraza, la visión me deja sin aliento.

El olivo ha atravesado parte del techo. La lluvia se cuela libremente por el agujero, formando ya un charco considerable en el suelo. Peor aún, el impacto ha agrietado una de las vigas principales, que ahora cruje amenazadoramente.

Es demasiado. Incluso para mí. Necesitamos ayuda profesional, y rápido.

Con manos temblorosas, saco mi móvil para llamar a emergencias, pero no hay señal. La tormenta debe haber afectado las torres de telefonía.

—¡Mía! —grito, esperando que pueda oírme sobre el rugido del viento—. ¡Necesitamos ayuda! ¡El techo va a ceder!

Pero antes de que Mía pueda responder, escucho otro sonido. Un motor. Luces de faros atravesando la cortina de lluvia. Y luego, voces. Muchas voces.

JAVIER

La tormenta se forma en el horizonte como un presagio. Desde la ventana de mi oficina en el piso más alto del Marbella Grand Resort, observo cómo las nubes negras devoran el azul del cielo, transformando la tarde en un crepúsculo prematuro.

En la pantalla de mi ordenador, el radar meteorológico muestra un sistema de baja presión moviéndose directamente hacia la costa. No es un huracán, pero casi. Vientos de 90 km/h. Posibles inundaciones. La peor tormenta que ha golpeado Marbella en quince años, según el meteorólogo que acaba de hablar en las noticias locales.

Mi teléfono suena. Es Raúl, el director de operaciones.

—Señor Montenegro, hemos activado el protocolo de tormentas. Los generadores de emergencia están preparados, el personal ha sido informado, y los huéspedes están siendo notificados.

—Excelente —respondo automáticamente—. ¿Qué hay de las áreas exteriores?

—Todo asegurado, señor. Las tumbonas, sombrillas, todo ha sido guardado. Las puertas de cristal de la terraza sur han sido reforzadas.

—Bien. Mantenme informado.

Cuelgo, pero mi mirada se desvía nuevamente hacia la ventana. No hacia el mar embravecido, sino hacia el sur. Hacia donde se encuentra Villa Azul.

Un edificio de dos plantas, construido hace décadas, con un tejado que ha visto mejores días y ventanas que ya mostraban signos de desgaste la última vez que estuve allí. Un edificio que probablemente no fue diseñado para soportar una tormenta de esta magnitud.

Un edificio donde Valentina estará luchando sola para proteger el legado de su abuela.

Intento concentrarme en los informes frente a mí. Tengo trabajo que hacer. El resort es mi responsabilidad. Cientos de huéspedes, millones en infraestructura. No debería estar preocupándome por un pequeño hotel boutique que, técnicamente, es mi competencia.

Y sin embargo...

La imagen de Valentina, con sus manos pequeñas, pero sorprendentemente fuertes, intentando asegurar ventanas contra un viento huracanado, no deja de aparecer en mi mente. Valentina colocando cubos bajo goteras. Valentina tranquilizando a huéspedes asustados con esa sonrisa que ilumina habitaciones enteras.

Valentina, sola contra la tormenta.

La puerta de mi oficina se abre sin previo aviso. Solo hay una persona en todo el resort que se atreve a entrar así.

—Vaya cara, hermanito —comenta Enzo, dejándose caer en el sillón frente a mi escritorio—. Parece que estás contemplando los secretos del universo en lugar de preparándote para una simple tormenta.

—No es una simple tormenta —respondo, irritado por la interrupción—. Es la peor en quince años.

Enzo sigue mi mirada hacia la ventana, y una sonrisa conocedora se dibuja lentamente en su rostro.

—Ah, ya veo —dice, con ese tono que siempre me irrita—. No es la tormenta lo que te preocupa. Es cierta propietaria de hotel que probablemente está ahora mismo corriendo de un lado a otro como una hormiguita trabajadora, intentando salvar su pequeño castillo de arena.

A veces odio lo bien que me conoce.

—Villa Azul es un edificio antiguo —digo, optando por la honestidad parcial—. Su estructura podría no soportar vientos de esta magnitud.

—Mmm —murmura Enzo, estudiándome con esa mirada penetrante que siempre me hace sentir como si pudiera leer mis pensamientos—. ¿Y esto te preocupa porque...?

—Porque hay personas allí —respondo, quizás demasiado rápido—. Huéspedes. Personal.

—Valentina —añade Enzo, sin molestarse en disimular su sonrisa.

No respondo. No hay respuesta que pueda dar que no me incrimine más.

—¿Por qué no la llamas? —sugiere, con una sencillez que me irrita—. Ofrécele ayuda. Dile que pueden evacuar a sus huéspedes aquí si es necesario.

La idea ya se me había ocurrido, por supuesto. Pero...

—Pensará que es condescendiente —digo, verbalizando mi preocupación —. Que estoy insinuando que no puede manejar la situación. O peor, que estoy aprovechando su vulnerabilidad para...

—¿Para qué? —presiona Enzo cuando me detengo.

—Para avanzar en mi agenda de adquisición —termino, las palabras dejando un sabor amargo en mi boca.

Enzo me mira en silencio por un momento, y hay algo en sus ojos que no puedo descifrar completamente. ¿Compasión?

—¿Sabes cuál es tu problema, Javi? —dice finalmente—. Que has pasado tanto tiempo pretendiendo ser el hombre que padre quiere que seas, que has olvidado quién eres realmente.

Sus palabras me golpean con más fuerza de lo que esperaba. Quiero protestar, decirle que está equivocado. Pero las palabras no salen.

—El Javier que yo conozco —continúa— no estaría aquí sentado, debatiéndose entre protocolos y percepciones. Estaría ya en su coche, conduciendo hacia Villa Azul, porque sabe que es lo correcto.

Un relámpago ilumina la oficina, seguido casi inmediatamente por un trueno que hace vibrar los cristales. La tormenta está sobre nosotros.

Y con ella, mi decisión.

—Raúl —digo por el intercomunicador—. Necesito al equipo de mantenimiento en la entrada principal en cinco minutos. Con todo el equipo de emergencia. Y dos camionetas.

—¿Señor? —la confusión en su voz es evidente—. El protocolo indica que todo el personal debe...

—Es una orden, Raúl —lo interrumpo—. Cinco minutos.

Cuando cuelgo, Enzo me está mirando con una sonrisa que no intenta disimular.

—Ahí está —dice, con algo parecido al orgullo—. El verdadero Javier Montenegro. Me preguntaba cuándo volvería a aparecer.

No tengo tiempo para analizar sus palabras. Me pongo de pie, tomando mi chaqueta del respaldo de la silla.

La lluvia cae como una cortina sólida cuando salimos del resort. El viento es tan fuerte que tengo que sujetarme al marco de la puerta para no perder el equilibrio. En segundos, estoy completamente empapado.

El equipo de mantenimiento ya está allí, doce hombres con impermeables amarillos y expresiones confusas. Les explico rápidamente la situación mientras cargamos equipos en las camionetas: maderas, herramientas, lonas impermeables, sacos de arena.

—Es una locura salir con este tiempo, señor —dice García, el jefe de mantenimiento, gritando para hacerse oír sobre el viento—. La policía ha recomendado no circular.

—Por eso vamos —respondo simplemente—. Porque otros no pueden.

No sé si me entiende, pero asiente y sube a una de las camionetas.

El trayecto que normalmente toma siete minutos se convierte en una odisea de veinte. La carretera está parcialmente inundada en algunos tramos, y ramas caídas nos obligan a hacer maniobras peligrosas. Conduzco con una concentración absoluta.

Cuando finalmente llegamos a Villa Azul, la visión me encoge el corazón. Incluso a través de la cortina de lluvia, puedo ver que la situación es peor de lo que temía. Parte del tejado parece dañado, y lo que parece ser un árbol caído se apoya peligrosamente contra una sección del edificio.

Estaciono bruscamente y salgo al diluvio sin esperar a nadie. El viento es tan fuerte que casi me derriba, y la lluvia me golpea la cara como pequeñas agujas heladas.

Y entonces la veo, y cualquier pensamiento racional se escapa de mi cabeza.

Valentina está en la puerta principal, su figura pequeña recortada contra la luz que sale del vestíbulo. Está completamente empapada, su camiseta y jeans pegados a su cuerpo como una segunda piel. Su pelo, normalmente ondulado, cae en mechones oscuros y pesados alrededor de su rostro. Hay una mezcla de sorpresa, alivio y algo más en sus ojos cuando me reconoce.

VALENTINA

No me puedo creer lo que estoy viendo

Javier Montenegro, empapado hasta los huesos, dirigiendo a lo que parece ser todo el equipo de mantenimiento del Marbella Grand Resort. Camionetas con el logo del resort están estacionadas en la entrada, y hombres con impermeables amarillos descargan equipos, maderas, herramientas.

Nuestras miradas se encuentran a través de la cortina de lluvia. No hay sonrisa en su rostro, solo determinación. No es el ejecutivo impecable que conozco. Su pelo negro está pegado a su frente, su camisa blanca (porque por supuesto que lleva camisa incluso en medio de una tormenta) se ha vuelto

transparente y se adhiere a su cuerpo, revelando más de lo que probablemente pretende.

—¡Valentina! —grita para hacerse oír sobre el viento—. ¡Venimos a ayudar!

Una parte de mí, la orgullosa, la testaruda, quiere rechazar su ayuda. Quiere decirle que podemos arreglárnoslas solos, que Villa Azul ha sobrevivido a cosas peores.

Pero otra parte, la racional, la que ama este lugar más que a su propio orgullo, sabe que necesitamos toda la ayuda posible.

Antes de que pueda responder, un crujido aún más fuerte viene de la terraza. El techo está cediendo.

Javier parece oírlo también, porque su expresión cambia. Sin esperar mi respuesta, hace un gesto a sus hombres y todos corren hacia el hotel.

—¡El olivo ha caído sobre la terraza! —les grito, tragándome mi orgullo—. ¡La estructura está comprometida!

Javier asiente, todo eficiencia y acción. No hay condescendencia en su mirada, no hay «te lo dije». Solo la misma determinación que siento yo: salvar Villa Azul.

—¡Ramírez, García, conmigo! —ordena—. ¡El resto, asegurad el perímetro y revisad filtraciones!

Me sorprende lo naturalmente que toma el control, y más aún, lo fácilmente que se lo cedo. Quizás porque, en este momento, no es el hombre que quiere comprar mi hotel. Es solo alguien que sabe qué hacer en una crisis.

Los siguientes minutos son un borrón de actividad frenética. Javier y sus hombres evalúan rápidamente los daños mientras yo tranquilizo a los huéspedes asustados, asegurándoles que todo está bajo control. Una mentira piadosa que espero que se convierta en verdad.

Cuando regreso a la terraza, Javier está de pie bajo la lluvia que se cuela por el techo, mirando hacia arriba con expresión calculadora. Su camisa se ha

vuelto casi translúcida, pegándose a cada músculo de su torso. Trago saliva y me obligo a concentrarme en el desastre, no en cómo el agua resbala por su mandíbula definida o cómo su pelo mojado le da un aire salvaje que nunca le había visto.

—Podemos estabilizarlo temporalmente —me dice cuando me acerco, sin preámbulos—. Pero necesitarás una reparación completa cuando pase la tormenta.

—¿Cuánto costará? —pregunto automáticamente, y me arrepiento al instante. No es momento de pensar en dinero.

Algo parpadea en sus ojos. ¿Comprensión? ¿Compasión? Sea lo que sea, desaparece rápidamente.

—Ocupémonos primero de que nadie resulte herido —responde—. Necesito que evacúes las habitaciones cercanas a esta área. La estructura podría seguir cediendo.

Asiento y me doy la vuelta para cumplir con su petición, pero su mano en mi brazo me detiene. El contacto envía una corriente eléctrica por mi piel que nada tiene que ver con la tormenta.

—Valentina —dice, su voz sorprendentemente suave en medio del caos—. Va a estar bien. Villa Azul es más fuerte de lo que parece.

Hay algo en la forma en que lo dice, como si realmente lo creyera, que hace que un nudo se forme en mi garganta. Como si entendiera lo que este lugar significa para mí. Como si no fuera solo un activo en un balance contable.

—Gracias por venir —logro decir, las palabras saliendo con dificultad—. No tenías por qué...

—Sí, tenía —me interrumpe, y hay una intensidad en su mirada que me deja sin aliento—. Ahora ve. Hay trabajo que hacer.

Durante las siguientes horas, trabajamos codo con codo en medio de la tormenta que parece decidida a llevarse Villa Azul al mar. Javier y su equipo

apuntalan el techo, aseguran ventanas, reparan filtraciones. Yo coordino a los huéspedes, distribuyo mantas secas, preparo café caliente para todos.

En algún momento, mientras sostenemos juntos una viga para que uno de sus hombres pueda asegurarla, nuestros cuerpos se presionan uno contra el otro por la fuerza que debemos ejercer. Estamos empapados, agotados, cubiertos de astillas y suciedad. Pero, cuando nuestras miradas se encuentran a centímetros de distancia, algo cálido florece en mi pecho, contrastando con el frío de la lluvia.

No hay tiempo para analizar ese sentimiento. La tormenta continúa, y nosotros también.

Para cuando el viento comienza a amainar, ya es medianoche. La lluvia sigue cayendo, pero ya no con la furia apocalíptica de antes. Los huéspedes finalmente se han retirado a sus habitaciones, tranquilizados por nuestros esfuerzos. El equipo de Javier ha hecho milagros: el techo está temporalmente estabilizado, las peores filtraciones contenidas, las ventanas aseguradas.

Estoy exhausta hasta los huesos. Cada músculo de mi cuerpo protesta, tengo astillas en las manos y probablemente pescaré un resfriado monumental. Pero Villa Azul sigue en pie. Dañada, sí, pero no vencida.

Me desplomo en una silla del porche, observando la lluvia que ahora cae mansamente. Cierro los ojos un momento, permitiéndome finalmente sentir el agotamiento.

Cuando los abro, Javier está de pie frente a mí, sosteniendo dos tazas humeantes. Su camisa está desgarrada en un hombro, tiene un rasguño en la mejilla, y su pelo normalmente perfecto es un desastre mojado. Y, aun así, de alguna manera, logra verse... magnífico.

—Pensé que podrías necesitar esto —dice, ofreciéndome una de las tazas.

El aroma a chocolate caliente llega a mi nariz, y casi lloro de gratitud. No sabía cuánto necesitaba algo cálido hasta este momento.

—Gracias —murmuro, tomando la taza con manos temblorosas—. Por esto. Por todo.

Se sienta a mi lado, sus ojos fijos en la lluvia que cae más allá del porche.

—No tienes que agradecérmelo —responde, su voz baja y ronca por el esfuerzo de gritar órdenes durante horas—. Es lo que cualquiera habría hecho.

—No —digo, sorprendiéndome a mí misma con la firmeza de mi tono—. No es lo que cualquiera habría hecho. Es lo que tú has hecho.

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, todas las barreras caen. No somos adversarios, no somos competidores. Solo somos dos personas que han luchado juntas contra algo más grande que ambos.

—¿Por qué? —pregunto, la pregunta que ha estado rondando mi mente desde que lo vi aparecer en medio de la tormenta—. ¿Por qué has venido?

Javier aparta la mirada, fijándola de nuevo en la lluvia. Por un momento pienso que no va a responder. Cuando finalmente habla, su voz es apenas audible sobre el suave tamborileo de las gotas en el techo.

—Porque no podía no venir.

CAPÍTULO 20

JAVIER

—¿Por qué te importa lo que pase con Villa Azul? Se supone que quieres comprarlo, no salvarlo —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su voz que me desarma.

Es una pregunta justa. Una que me he estado haciendo durante todo el trayecto bajo la tormenta. ¿Por qué me importa? ¿Por qué arriesgar la seguridad de mi equipo, mi propia seguridad, por un edificio que, según todos los informes financieros, debería ver simplemente como una adquisición potencial?

—No he venido por Villa Azul —admito finalmente, sosteniendo su mirada —. He venido por ti.

El silencio que sigue es tan denso que casi puedo sentirlo. La lluvia golpea el techo con menos intensidad ahora, creando un ritmo suave que parece acompañar los latidos de mi corazón.

Valentina me mira como si estuviera viendo algo nuevo, algo que no había notado antes. Una pequeña arruga aparece entre sus cejas, ese gesto de concentración que he llegado a reconocer cuando está procesando algo importante.

—No sé qué decir a eso —responde finalmente, con una honestidad que iguala la mía.

—No tienes que decir nada —le aseguro—. Solo... acéptalo. Por esta noche, al menos.

Una pequeña sonrisa curva sus labios, y aunque está exhausta, aunque está preocupada por su hotel, aunque estamos en medio de una situación que ninguno de los dos planeó, esa sonrisa ilumina algo dentro de mí que había estado dormido durante demasiado tiempo.

—Creo que ambos necesitamos un momento para respirar.

Aparto la mirada de Valentina a dura penas y la dirijo hacia el frente. Contemplo la lluvia que ahora cae mansamente sobre el jardín empapado. Las palmeras se mecen suavemente con el viento que ha perdido gran parte de su furia. A lo lejos, el mar sigue agitado, pero ya no parece querer devorar la costa.

—Mi abuela solía decir que después de cada tormenta, el cielo está más limpio y el aire más fresco —comenta Valentina, rompiendo el silencio—. Como si la naturaleza necesitara estos momentos de furia para renovarse.

—Suena como una mujer sabia —respondo, imaginando a una versión mayor de Valentina, con la misma determinación en los ojos y quizás algunas arrugas más de experiencia.

—Lo era —asiente, y hay una mezcla de orgullo y melancolía en su voz—. Construyó este lugar desde cero, ¿sabes? Cuando todos le decían que una mujer sola no podía dirigir un hotel. Especialmente no en los años 60.

—Debió ser extraordinaria —comento, genuinamente interesado—. Para desafiar así las convenciones de su época.

Valentina sonríe, una sonrisa más suave, más íntima que las que suele mostrar.

—Era terca como una mula —dice con cariño—. Y tenía esta forma de mirar a la gente que te hacía sentir que podía ver directamente a través de todas tus excusas. Un poco como tú, en realidad.

—¿Yo? —pregunto, sorprendido por la comparación.

—Mmm-hmm —asiente—. Esa mirada evaluadora que pones, como si estuvieras calculando todos los ángulos. Ella hacía lo mismo. La diferencia es que ella lo usaba para entender a las personas, no para hacer negocios.

Hay una crítica implícita en sus palabras, pero no la siento como un ataque. Es mas una observación, una invitación a ver las cosas desde su perspectiva.

—Quizás no son tan diferentes —sugiero—. Entender a las personas es una parte crucial de hacer buenos negocios. Al menos, del tipo de negocios que importan.

Me mira con curiosidad, como si estuviera viendo una nueva faceta que no esperaba.

—¿Y qué tipo de negocios importan, según Javier Montenegro? —pregunta, y hay un genuino interés en su voz.

La pregunta me hace reflexionar. No es algo que me haya planteado abiertamente, no con esas palabras. Siempre he seguido el camino trazado por mi padre: expansión, adquisición, maximización de beneficios. Pero en este momento, sentado junto a Valentina en el porche de un pequeño hotel que ha sobrevivido a otra tormenta gracias a la determinación de quienes lo aman, las respuestas habituales parecen inadecuadas.

—Los que dejan algo mejor de lo que lo encontraron —respondo finalmente—. Los que construyen en lugar de solo adquirir. Los que tienen... alma.

La última palabra sale casi como una confesión, y por la forma en que Valentina me mira, sé que ha captado su significado más profundo.

—Como tu escritura —dice suavemente.

La mención de mi novela me tensa instintivamente. Es un tema que aún me resulta difícil discutir abiertamente, una vulnerabilidad que no estoy acostumbrado a exponer.

—Mi escritura es solo un pasatiempo —respondo, intentando restarle importancia.

—No lo creo —dice, con una certeza que me desconcierta—. No escribes como alguien que lo hace por pasatiempo. Escribes como alguien que necesita hacerlo, como si las palabras fueran oxígeno.

Su perspicacia me deja momentáneamente sin palabras. ¿Cómo puede ver con tanta claridad algo que ni yo mismo me he permitido reconocer completamente?

—¿Has seguido escribiendo? —pregunta, cambiando ligeramente el enfoque —. Desde... ya sabes.

Desde que robó mi cuaderno. Desde el beso. Desde que todo entre nosotros se volvió complicado y confuso y emocionante de una manera que no puedo explicar racionalmente.

—Sí —admito—. Aunque no tanto como quisiera.

—¿Y qué pasa con Alejandro y Elena? —hay una curiosidad genuina en su voz—. ¿Han resuelto sus diferencias?

La pregunta me hace sonreír. Es tan transparente y a la vez tan cautelosa, preguntando por mis personajes cuando ambos sabemos que está preguntando por algo más.

—Están... evolucionando —respondo, eligiendo cuidadosamente mis palabras—. Alejandro está empezando a cuestionar las certezas que han definido toda su vida. Y Elena está descubriendo que quizás él no es exactamente quien ella pensaba.

—Suena complicado —comenta, y hay un brillo en sus ojos que me dice que ha captado perfectamente el paralelismo.

—La vida suele serlo —respondo, sosteniendo su mirada—. Especialmente cuando las personas son más de lo que parecen a primera vista.

Un trueno lejano rompe el momento, recordándonos que la tormenta, aunque amainada, aún no ha terminado completamente. Valentina se estremece ligeramente, y noto que, a pesar del suéter, tiene frío. Sin pensarlo, me quito la chaqueta que García me había traído del coche y la coloco sobre sus hombros.

—No es necesario —protesta débilmente, pero no hace ningún intento de quitársela.

—Estás temblando —señalo—. Y sería muy poco caballeroso por mi parte dejar que te congeles después de todo lo que has pasado esta noche.

La chaqueta le queda ridículamente grande, haciendo que parezca aún más pequeña de lo que es. Pero hay algo en la imagen de Valentina envuelta en mi ropa que despierta un instinto protector que no sabía que poseía.

—Gracias —murmura, hundiéndose un poco más en la prenda—. Huele a ti.

Las palabras parecen escapársele sin querer, porque inmediatamente sus mejillas se tiñen de un rosa que no tiene nada que ver con el frío. La encuentro adorable, y eso me asusta más que cualquier tormenta.

—¿Y a qué huelo exactamente? —pregunto, intentando aligerar el momento.

—A sándalo —responde, sorprendiéndome con su franqueza—. Y a algo más... no sé describirlo. Solo sé que es... tú.

Nos miramos en silencio, y hay algo en este momento, en la quietud que sigue a la tormenta, en la intimidad forzada por las circunstancias, que hace que todas las barreras cuidadosamente construidas entre nosotros parezcan absurdas.

No sé quién se mueve primero. Quizás yo, inclinándome casi imperceptiblemente hacia ella. Quizás ella, girándose ligeramente en su silla para enfrentarme mejor. Lo único que sé es que de repente estamos mucho más cerca, nuestros rostros a centímetros de distancia, nuestras respiraciones mezclándose en el aire fresco y húmedo.

—Valentina —susurro, y su nombre en mis labios suena como una pregunta y una respuesta al mismo tiempo.

Sus ojos se mueven hacia mis labios, y esa simple mirada enciende algo dentro de mí que no puedo, no quiero controlar. Me inclino un poco más, eliminando la distancia entre nosotros, y cuando nuestros labios se encuentran, es como si algo encajara en su lugar.

Este beso es diferente al primero. Aquel fue impulsivo, casi agresivo, nacido de la frustración y el deseo reprimido. Este es suave, tentativo, una exploración más que una demanda. Mis labios se mueven sobre los suyos con una delicadeza que no sabía que poseía, y cuando ella responde con igual suavidad, siento que algo se rompe y se reconstruye dentro de mí.

Su mano sube hasta mi mejilla, sus dedos fríos contra mi piel caliente, y profundizo el beso, queriendo absorber su frío, darle mi calor, fundirnos de alguna manera que vaya más allá de lo físico.

El tiempo pierde significado. Podríamos haber estado besándonos durante segundos o horas. Lo único que sé es que cuando finalmente nos separamos, ambos estamos respirando con dificultad, y hay una vulnerabilidad en sus ojos que refleja la que siento en mi propio pecho.

—Esto es una locura —susurra, pero no se aparta.

—Completamente —asiento, mi mano aún en su nuca, mis dedos enredados en su pelo—. Pero no puedo recordar la última vez que algo se sintió tan... correcto.

Está a punto de responder cuando la puerta se abre bruscamente detrás de nosotros. Nos separamos como adolescentes sorprendidos, y me giro para ver a Mía parada en el umbral, con una expresión que va del shock a la diversión en cuestión de segundos.

—Bueno, bueno —dice, cruzándose de brazos—. Cuando venía a regañar a Valentina por seguir despierta a las dos de la mañana, no esperaba encontrarla... ocupada.

Valentina se sonroja intensamente, pero hay una sonrisa que no puede contener completamente jugando en sus labios.

—Mía, no es lo que... —comienza, pero se detiene, porque ambos sabemos que es exactamente lo que parece.

—Por supuesto que no —responde Mía, con un tono que sugiere exactamente lo contrario—. Simplemente estabas comprobando si el señor Montenegro tenía hipotermia. Con tus labios. Muy profesional.

No puedo evitarlo. Una risa escapa de mi garganta, sorprendiéndome incluso a mí mismo. Ha sido una noche surrealista, desde la tormenta apocalíptica hasta este momento de comedia inesperada, y la tensión acumulada encuentra salida en esa risa.

Para mi deleite, Valentina se une, su risa mezclándose con la mía en una armonía que suena sorprendentemente natural. Incluso Mía, que claramente había venido preparada para un sermón, no puede mantener su expresión severa y termina sonriendo.

—Debería irme —digo finalmente, cuando las risas se calman—. Mis hombres necesitan descansar, y tú también.

Valentina asiente, aunque puedo ver en sus ojos que, como yo, desearía que este momento pudiera extenderse un poco más. Al igual que también querría que las cosas fuesen diferentes.

—Te acompaño a la puerta —dice, levantándose.

Mía pone los ojos en blanco teatralmente.

—Por supuesto. Para asegurarte de que encuentra el camino en esta casa tan complicada —comenta, pero se aparta para dejarnos pasar—. Tomaré el primer turno de vigilancia del techo, así puedes... despedirte adecuadamente.

Valentina le lanza una mirada que promete represalias futuras, pero Mía simplemente sonríe y desaparece por el pasillo.

Caminamos en silencio hasta la puerta principal. La lluvia ha cesado casi por completo, aunque el viento todavía sopla suavemente, agitando las hojas mojadas de los árboles. El cielo comienza a aclararse en el este, sugiriendo que el amanecer no está lejos.

En el umbral, nos detenemos, repentinamente incómodos, como si toda la intimidad compartida en el porche se hubiera desvanecido con la interrupción.

—Enviaré a un equipo mañana para hacer una evaluación más detallada de los daños —digo, volviendo a mi tono profesional como un escudo—. Y te pasaré los contactos de unos contratistas que hacen muy bien las cosas.

—Gracias —responde, igualmente formal—. Por todo.

Nos miramos, y hay tanto que quiero decir. Sobre el beso. Sobre lo que significa. Sobre lo que podría significar. Pero las palabras se atascan en mi garganta.

—Buenas noches, Valentina —digo finalmente.

—Buenas noches, Javier —responde, y hay una suavidad en su voz que llevaré conmigo durante los próximos días.

Mientras camino hacia mi coche bajo el cielo que comienza a aclararse, siento algo que no he sentido en mucho tiempo. Esperanza. Como si la tormenta, en lugar de destruir, hubiera limpiado algo dentro de mí, revelando posibilidades que no me había permitido considerar.

Y por primera vez desde que llegué a Marbella, no pienso en adquisiciones o en impresionar a mi padre o en cumplir expectativas. Solo pienso en una mujer con ojos color miel, envuelta en mi chaqueta demasiado grande, y en el sabor de sus labios bajo la lluvia que amaina.

CAPÍTULO 21

VALENTINA

El reflejo que me devuelve el espejo no parece el mío.

La mujer que me observa lleva un vestido que nunca me habría atrevido a comprar hace un mes. Rojo intenso, como el vino más caro. La tela cae como agua líquida sobre mis curvas, con una abertura lateral que sube más de lo que debería y un escote en la espalda que desciende peligrosamente bajo. El color contrasta con mi piel como si hubiera sido creado específicamente para mí.

—Joder, Val —silba Mía desde la puerta de mi habitación—. Si no te conociera, pensaría que intentas impresionar a alguien.

—Es una gala benéfica de alto nivel —respondo, fingiendo indiferencia mientras me aplico un último toque de labial—. Solo quiero estar a la altura.

—A la altura de qué, ¿del infarto que le va a dar a cierto director de resort cuando te vea? —se ríe, acercándose para ajustarme un mechón rebelde—. Porque ese vestido es un arma de destrucción masiva.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar la sonrisa que se forma en mis labios. No voy a admitirlo en voz alta, pero una parte de mí —una parte cada vez más insistente— quiere exactamente eso. Quiero ver esa expresión en el rostro de Javier Montenegro. Esa mirada que me dedicó bajo la lluvia hace dos semanas, justo antes de besarme como si el mundo fuera a acabarse.

Dos semanas desde la tormenta. Catorce días de reuniones profesionales donde fingimos que no había pasado nada (otra vez). Trescientas treinta y seis horas de miradas robadas, de roces «accidentales», de conversaciones cargadas de tensión no resuelta.

No hemos hablado del beso. Ni del primero en su oficina, ni del segundo en mi porche. Como si hubieran sido alucinaciones compartidas que desaparecerían si no las nombrábamos.

—¿Seguro que puedes manejar esto? —pregunto a Mía, cambiando de tema —. Todavía puedo llamar a ese servicio de catering de emergencia.

—Por favor —resopla, ajustándose el uniforme de chef—. Puedo cocinar para doscientos ricachones con los ojos cerrados. Además, tengo al equipo del resort a mis órdenes. Será divertido verlos sudar.

Su confianza me tranquiliza. Cuando esta mañana recibimos la llamada de que el chef principal del resort había sufrido un accidente automovilístico (afortunadamente nada grave, pero suficiente para dejarlo fuera de combate), entré en pánico. Mía, en cambio, vio una oportunidad para brillar.

—Estarás fantástica —le aseguro, tomando mi pequeño bolso de mano—. Aunque me dejas sola con toda la organización.

—Y con cierto ejecutivo de traje —añade con una sonrisa maliciosa—. Qué tragedia.

Le lanzo una mirada que promete venganza futura, pero ambas sabemos que es inofensiva. Mía ha sido mi mayor apoyo estas semanas, escuchando mis divagaciones contradictorias sobre Javier sin juzgarme. «Solo asegúrate de que cuando finalmente cedas a lo inevitable, sea en tus términos», me dijo ayer.

¿Lo inevitable? No estoy segura de qué es exactamente «lo inevitable» entre Javier y yo. Solo sé que cada vez que estamos en la misma habitación, el aire parece cargarse de electricidad.

Mientras caminamos hacia el Marbella Grand Resort, siento un nudo de nervios formándose en mi estómago. No por la gala —hemos trabajado demasiado duro para que no sea perfecta— sino por enfrentarme a él vestida así. Por primera vez, estoy usando mi apariencia como un arma deliberada, y no estoy segura de cómo me siento al respecto.

El resort está transformado. La entrada principal está iluminada con antorchas y lámparas que simulan medusas flotantes. Una alfombra azul (no roja, insistí en ese detalle) conduce a los invitados hacia el gran salón de

eventos. Personal con uniformes inspirados en el océano recibe a los primeros asistentes, que ya llegan en coches de lujo y limusinas.

Mía se despide con un guiño, dirigiéndose directamente a las cocinas. Yo me quedo un momento admirando nuestro trabajo. Porque es nuestro, de Javier y mío. Cada detalle, desde la iluminación hasta la música ambiental que simula sonidos submarinos, fue cuidadosamente elegido en conjunto. A pesar de nuestras diferencias, resultamos ser un equipo sorprendentemente efectivo.

—Impresionante, ¿verdad?

Su voz me sobresalta. No lo he oído acercarse, pero de repente está ahí, a mi lado, tan cerca que puedo oler su perfume. Sándalo y bergamota, y ese algo más que es únicamente suyo.

Me giro lentamente, preparándome para el impacto de verlo en traje de gala. Pero nada podría haberme preparado realmente.

Javier Montenegro en traje negro de etiqueta es una visión que debería venir con advertencia sanitaria. El corte impecable resalta sus hombros anchos y su figura atlética de una manera que hace que mi boca se seque instantáneamente. Su pelo negro está peinado hacia atrás, con ese mechón rebelde que siempre cae sobre su frente. Sus ojos grises, intensificados por el contraste con el traje, me recorren de arriba abajo en una evaluación tan evidente que casi puedo sentirla físicamente.

Veo el momento exacto en que registra mi vestido. Sus pupilas se dilatan, su mandíbula se tensa casi imperceptiblemente, y por un segundo —un glorioso segundo— pierde la compostura. Traga saliva visiblemente antes de recuperar su expresión profesional, pero es demasiado tarde. Lo he visto.

—Señorita Ruiz —dice finalmente, su voz ligeramente más ronca de lo normal—. Está... —hace una pausa, como buscando la palabra adecuada— ...deslumbrante.

—Gracias —respondo, y odio el ligero temblor en mi voz—. Tú tampoco estás mal.

Es el eufemismo del siglo. Está devastadoramente atractivo.

—¿Algún problema de última hora? —pregunto, intentando sonar profesional.

—¿Además del chef principal en el hospital? —hay un destello de humor en sus ojos—. Nada que no podamos manejar. Tu amiga parece tener la situación bajo control.

—Mía nació para situaciones de crisis —confirmo—. Es como un pez en el agua cuando todo se está quemando a su alrededor.

—Una cualidad útil —asiente, y luego añade—: Parece que mi hermano también ha decidido ser... útil.

—¿Enzo? —pregunto, sorprendida—. ¿Está aquí?

—En la cocina —responde, con una expresión entre divertida y resignada —. Aparentemente, tiene «experiencia culinaria extensa». Lo cual es una forma elegante de decir que una vez vio un programa de cocina completo.

No puedo evitar reír, y la tensión entre nosotros se aligera momentáneamente. Pero regresa con toda su fuerza cuando Javier da un paso hacia mí, entrando en mi espacio personal con una naturalidad que me desconcierta.

—Permíteme —dice, extendiendo su mano hacia mi cuello.

Me quedo perfectamente inmóvil mientras sus dedos rozan mi piel, ajustando ligeramente el collar que llevo. Es un toque inocente, profesional incluso, pero envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo.

—Perfecto —murmura, y no estoy segura si se refiere al collar o a algo más.

Estamos tan cerca que puedo ver las motas verdes en sus ojos grises, contar sus pestañas, notar la sombra de barba incipiente que comienza a formarse en su mandíbula.

El momento se rompe cuando el director de la fundación marina se acerca para saludarnos. Javier se aparta con una fluidez practicada, volviendo instantáneamente a su modo profesional. Pero la sensación de sus dedos en mi piel permanece, como una marca invisible.

Las siguientes dos horas son un torbellino de actividad. La gala comienza oficialmente, y los invitados —lo más selecto de la sociedad europea y algunos nombres internacionales de alto perfil— llenan el salón principal. La decoración marina que tanto trabajo nos costó recibe elogios constantes. Las luces azules y verdes transforman el espacio en un mundo submarino de ensueño, con proyecciones de arrecifes de coral en las paredes y esculturas de hielo con forma de criaturas marinas.

Trabajo codo con codo con Javier, moviéndonos por el salón como si hubiéramos ensayado una coreografía. Él saluda a los inversores con esa autoridad natural que parece emanar de cada poro de su piel. Yo me encargo de los detalles más personales, asegurándome de que todos se sientan especiales, escuchados, valorados.

Es extraño lo bien que nos complementamos. Como si fuéramos dos mitades de un todo perfecto.

En un momento de calma relativa, me escabullo a la cocina para comprobar cómo va todo. La escena que encuentro me deja momentáneamente sin palabras.

Mía está en el centro, como una general dirigiendo sus tropas, gritando órdenes con una autoridad que nunca le había visto. Y a su lado, con un delantal sobre su traje de gala y manchas de salsa en las mangas remangadas, está Enzo Montenegro.

—¡Necesito ese emplatado AHORA, no cuando te jubiles! —ordena Mía a uno de los cocineros, que se apresura a obedecer.

—Tu deseo es mi orden, chef —responde Enzo con una sonrisa que derretiría el polo norte—. ¿Algo más que pueda hacer por ti? ¿Un masaje de pies? ¿Un sacrificio ritual?

Mía le lanza una mirada que pretende ser severa pero no logra ocultar una sonrisa.

—Puedes dejar de coquetear y seguir cortando esas hierbas. Con precisión milimétrica, no como si estuvieras talando un bosque.

—Me encanta cuando me hablas con ese tono autoritario —responde él, pero obedece con sorprendente diligencia.

Hay algo en la forma en que se mueven juntos, en cómo sus cuerpos parecen conscientes el uno del otro incluso cuando no se miran directamente, que me hace sentir como una intrusa.

Cuando Mía me ve, su expresión cambia a una de triunfo.

—¡Todo bajo control! —exclama—. El primer plato ha sido un éxito. Estamos preparando el segundo. ¿Cómo va la fiesta?

—Perfecta —respondo, y luego miro a Enzo—. No sabía que tenías habilidades culinarias.

—Oh, soy un hombre de muchos talentos —responde con un guiño—. Algunos aún por descubrir.

La forma en que mira a Mía mientras lo dice deja claro que no está hablando de cocina. Mi amiga se sonroja ligeramente, algo que nunca había visto antes.

—Vuelve a la fiesta —me dice Mía, empujándome hacia la puerta—. Nosotros nos encargamos de la cocina. Ve a deslumbrar a esos millonarios para que donen hasta el último céntimo.

Cuando regreso al salón, la cena está en pleno apogeo. Me deslizo discretamente hacia mi lugar en la mesa principal, donde Javier está

conversando con el alcalde de Marbella. Noto su mirada siguiéndome mientras me acerco, y hay algo en ella que hace que mi piel se caliente.

—¿Todo bien en la cocina? —pregunta cuando me siento a su lado.

—Sorprendentemente, sí —respondo—. Tu hermano parece haberse convertido en el ayudante personal de Mía.

Algo parpadea en sus ojos. ¿Preocupación?

—Enzo tiende a... involucrarse demasiado —dice, con un tono que no logro descifrar.

—¿Te preocupa que se interese en Mía? —pregunto, genuinamente curiosa.

Javier toma un sorbo de su vino antes de responder.

Antes de que pueda preguntar más, somos interrumpidos por la llegada del segundo plato. La conversación gira hacia temas más ligeros.

La cena transcurre sin incidentes, y pronto llega el momento de la subasta benéfica. Javier sube al escenario para dar un breve discurso sobre la importancia de la conservación marina, y no puedo evitar admirar cómo domina la audiencia. Hay una autoridad natural en él, un magnetismo que hace que todos en la sala se inclinen ligeramente hacia adelante para escucharlo mejor.

Cuando termina, los aplausos son entusiastas. La subasta comienza, y las donaciones superan rápidamente nuestras expectativas más optimistas. Es un éxito rotundo, y una oleada de orgullo me invade. Lo hemos logrado.

Mientras la subasta continúa, me excuso para comprobar que todo sigue en orden con el servicio de postres. Estoy regresando al salón cuando una voz con acento me detiene.

—Señorita Ruiz, ¿verdad? La mujer detrás de esta maravillosa velada.

Me giro para encontrarme con un hombre de mediana edad, impecablemente vestido con un traje que probablemente cuesta más que todos los muebles de Villa Azul juntos. Lo reconozco de las fotografías que Javier

me mostró durante la planificación: Fahad Al-Saud, jeque y uno de los inversores más importantes de la costa.

—Es muy amable, Su Excelencia —respondo con una sonrisa profesional —. Pero ha sido un esfuerzo conjunto.

—La modestia es una virtud encantadora —dice, acercándose un paso más de lo que sería estrictamente necesario—. Especialmente en una mujer tan... visualmente impactante.

Su mirada recorre mi cuerpo de una forma que me hace sentir como un plato en el menú. No es la primera vez que recibo este tipo de atención, y normalmente lo manejo con una mezcla de cortesía firme y distancia profesional.

—Es usted muy amable —repito, dando un pequeño paso atrás—. ¿Está disfrutando de la velada?

—Extraordinariamente —responde, cerrando nuevamente la distancia que acabo de crear—. Aunque me preguntaba si podríamos continuar la conversación en un entorno más... íntimo. Mi yate está atracado en el puerto. Tiene una vista incomparable de la bahía.

Su mano se posa en mi espalda baja, justo donde comienza el escote del vestido. Sus dedos rozan mi piel desnuda en lo que podría parecer un gesto casual, pero que siento deliberadamente invasivo.

—Es una oferta muy generosa —respondo, intentando apartarme discretamente—. Pero me temo que mis responsabilidades con la gala...

—Seguramente pueden prescindir de usted por unas horas —insiste, su mano ahora firmemente anclada en mi cintura—. Acabo de hacer una donación considerable. Me encantaría discutir... formas adicionales de colaboración.

La insinuación es tan obvia que resulta casi cómica. Estoy a punto de rechazarlo de forma más contundente cuando siento una presencia a mi

espalda. Una presencia que reconocería en cualquier lugar.

—Disculpe la interrupción, Su Excelencia.

La voz de Javier es pura cortesía profesional, pero hay un filo en ella que no había escuchado antes. Se coloca a mi lado, ligeramente delante de mí, en una postura que cualquier observador casual interpretaría como respetuosa, pero que efectivamente crea una barrera entre el jeque y yo.

—Señor Montenegro —saluda Al-Saud, claramente irritado por la interrupción—. Estaba teniendo una conversación fascinante con la señorita Ruiz.

—Me temo que debo robarle su compañía momentáneamente —responde Javier con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Ha surgido un asunto urgente con el servicio de postres que requiere su atención inmediata.

Es una excusa transparente, pero formulada de tal manera que el jeque no puede protestar sin parecer mezquino.

—Por supuesto —dice Al-Saud, retirando finalmente su mano de mi cintura —. El deber me llama. Pero mi invitación sigue en pie, querida. Para cuando terminen sus... obligaciones.

—Muy amable —respondo automáticamente, aunque lo que realmente quiero hacer es poner los ojos en blanco y darle un rodillazo en sus partes.

Javier coloca su mano en mi espalda, en el mismo lugar donde estaban los dedos del jeque hace un momento, pero la sensación no podría ser más diferente. Su toque es firme pero respetuoso, guiándome lejos de Al-Saud y hacia un pasillo lateral.

En cuanto estamos fuera de la vista, me aparto bruscamente.

—¿Qué ha sido eso? —exijo, la irritación burbujeando en mi voz.

—¿El qué? —pregunta, con una expresión demasiado inocente para ser creíble.

—Esa intervención. Ese «asunto urgente» inexistente —aclaro, cruzándome de brazos—. Puedo manejar a hombres como Al-Saud yo sola, gracias.

Javier me mira fijamente, y hay algo en sus ojos que no reconozco inmediatamente. Algo oscuro y primitivo que hace que mi pulso se acelere.

—Estaba tocándote —dice finalmente, su voz peligrosamente baja.

—Y yo estaba a punto de ponerlo en su lugar —respondo, levantando la barbilla en desafío—. No necesito que me rescaten, Montenegro.

—No parecías muy interesada en alejarte —contraataca, dando un paso hacia mí—. De hecho, parecías bastante cómoda con sus atenciones.

La acusación me deja momentáneamente sin palabras. ¿Está insinuando que estaba disfrutando de los avances del jeque?

—¿Estás de broma? —pregunto, la indignación elevando mi voz—. ¿Crees que me gustaba que ese hombre me manoseara?

Javier tiene la decencia de parecer ligeramente avergonzado, pero la tensión en su mandíbula permanece.

—No es el único que te ha estado mirando toda la noche —dice, y hay algo casi acusatorio en su tono—. Con ese vestido...

—¿Disculpa? —lo interrumpo, la furia calentando mis mejillas—. ¿Estás culpando a mi vestido? ¿En serio?

Nos miramos fijamente, la tensión entre nosotros es tan densa que casi podría cortarse. Estamos demasiado cerca, ambos respirando agitadamente, y de repente soy dolorosamente consciente de que estamos en un pasillo donde cualquiera podría vernos.

Como si leyera mis pensamientos, Javier mira a nuestro alrededor y luego me toma del brazo. Su agarre no es doloroso, pero es firme, decidido.

—Aquí no —dice, su voz un gruñido bajo—. Sígueme.

Una parte de mí quiere resistirse por puro principio. Nadie me da órdenes, y ciertamente no Javier Montenegro. Pero otra parte, una parte que se está

volviendo alarmantemente dominante, está intrigada. Quiere ver hasta dónde llega esto.

Me dejo guiar a través de un pasillo lateral, luego por una puerta de servicio, y finalmente hacia el exterior. El aire nocturno es cálido y huele a sal. Estamos en un camino que desciende hacia la playa privada del resort, iluminado tenuemente por luces bajas integradas en el paisaje.

—¿A dónde me llevas? —pregunto, aunque no hago ningún intento de detenerme.

—A la playa privada. Hoy está cerrada por el evento y nadie nos molestará. Donde podemos hablar sin que toda la élite empresarial de Europa nos escuche —responde secamente.

Seguimos caminando hasta que nuestros pies tocan la arena. La playa está desierta, iluminada solo por la luna llena que se refleja en el mar en calma. Es un escenario ridículamente romántico para lo que promete ser una discusión explosiva.

Me suelto de su agarre y me giro para enfrentarlo.

—Muy bien, Montenegro. Ya estamos solos. ¿Qué demonios te pasa?

Javier me mira, y a la luz de la luna sus rasgos parecen tallados en mármol. Su mandíbula está tensa, sus ojos brillan con una intensidad que me roba el aliento.

—¿Qué me pasa? —repite, con una risa sin humor—. ¿Qué te pasa a ti? Apareces con ese vestido que parece diseñado específicamente para torturarme, y luego te sorprendes cuando me vuelvo loco.

—¿Torturarte? —repito, genuinamente sorprendida por su elección de palabras—. ¿De qué estás hablando?

Da un paso hacia mí, y luego otro, hasta que estamos tan cerca que puedo sentir el calor emanando de su cuerpo.

—Sabes exactamente de qué estoy hablando —dice, su voz un susurro ronco—. Sabes exactamente lo que ese vestido me hace. Lo que tú me haces.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. La atmósfera entre nosotros ha cambiado, transformándose de ira en algo más peligroso, más primario.

—No tengo ni idea de lo que te hago —respondo, mi voz más débil de lo que me gustaría—. Ilumíname.

Es un desafío, y ambos lo sabemos. Sus ojos se oscurecen, y por un momento creo que va a besarme allí mismo. Pero en lugar de eso, da un paso atrás, pasándose una mano por el pelo en un gesto de frustración.

—Me vuelves loco —admite finalmente—. Desde el primer día. Desde que te vi con tu actitud desafiante y tus ojos que parecen ver a través de todas mis defensas. Y luego está este... juego que hemos estado jugando. Estos momentos donde casi... pero nunca...

Se detiene, como si hubiera dicho más de lo que pretendía. Pero ya es demasiado tarde. Sus palabras han encendido algo dentro de mí, una certeza que he estado intentando negar durante semanas.

—¿Es eso lo que te molesta? —pregunto, dando un paso hacia él—. ¿Que otros hombres me miren? ¿O que yo pueda mirarlos a ellos?

Es una provocación deliberada, y funciona. Veo el momento exacto en que su control se resquebraja.

—Sí —admite, su voz es apenas un gruñido—. Me molesta. Me molesta verlos mirarte como si fueras un maldito postre. Me molesta que ese jeque te tocara como si tuviera derecho. Me molesta imaginar que podrías estar interesada en él o en cualquier otro cuando...

Se detiene abruptamente, pero no necesita terminar la frase. El «cuando yo estoy aquí» está implícito, colgando en el aire entre nosotros.

—¿Estás celoso, Javier? —pregunto, y hay un poder embriagador en verlo así, al borde de perder el control.

Sus ojos se clavan en los míos, y la intensidad de su mirada casi me hace retroceder.

—Sí, joder, estoy celoso —admite finalmente, las palabras saliendo como si fueran arrancadas de él—. ¿Es eso lo que querías oír?

CAPÍTULO 22

JAVIER

—Sí, joder, estoy celoso —las palabras salen de mi boca como una confesión arrancada a la fuerza—. ¿Es eso lo que querías oír?

El silencio que sigue a mi declaración parece vibrar entre nosotros. Solo se escuchan las olas rompiendo suavemente contra la orilla y nuestras respiraciones agitadas. La luz de la luna baña a Valentina, haciendo que su vestido rojo parezca casi negro, pero destacando el brillo en sus ojos y el contorno de sus labios entreabiertos.

Da un paso hacia mí, y luego otro. La arena se desliza bajo sus pies descalzos —no sé en qué momento se ha quitado los tacones— y hay algo casi hipnótico en la forma en que se mueve.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —pregunta, su voz apenas un susurro que el viento marino casi se lleva.

Es un desafío. Una invitación. La línea final que separa lo que hemos sido de lo que podríamos ser.

Cierro la distancia entre nosotros en un solo movimiento. Mi mano se desliza hasta su nuca, enredándose en su pelo, mientras la otra encuentra la curva de su cintura. Nuestros cuerpos chocan, y el impacto envía una corriente eléctrica por mi columna.

Esta vez, cuando nuestros labios se encuentran, no hay suavidad. No hay tentativa exploración. Es hambre pura, deseo acumulado durante semanas que finalmente encuentra salida. Valentina responde con igual intensidad, sus manos aferrándose a mi camisa, tirando de mí como si quisiera fundirnos en uno solo.

Su boca sabe a vino caro y a algo más personal, más adictivo. Cuando mi lengua encuentra la suya, emite un pequeño gemido que reverbera

directamente en mi entrepierna. Mis dedos se cierran instintivamente, apretando su cintura, atrayéndola más hacia mí.

Quiero devorarla. Consumirla. Hacerla sentir una fracción de la locura que ella me provoca.

Mis labios abandonan su boca para trazar un camino ardiente por su mandíbula, bajando por la columna elegante de su cuello. Su piel sabe ligeramente a sal, a ese perfume de jazmín que siempre lleva, y a algo que es únicamente Valentina. Cuando mis dientes rozan el punto sensible donde su cuello se une con su hombro, tiembla contra mí.

—Javier —suspira, y mi nombre en sus labios suena como una plegaria.

Mis manos encuentran la cremallera de su vestido, oculta hábilmente en un costado. La bajo lentamente, disfrutando de la forma en que su respiración se acelera con cada centímetro de piel que queda expuesta. La tela se afloja, y con un movimiento deliberado, deslizo el vestido por sus hombros, dejándolo caer hasta su cintura.

La visión me deja sin aliento. A la luz plateada de la luna, su piel dorada parece brillar con luz propia. Sus pechos, liberados del confinamiento del vestido, son perfectos, coronados por pezones oscurecidos por el deseo. Es la mujer más hermosa que he visto en mi vida, y por un momento solo puedo mirarla, grabando esta imagen en mi memoria.

—Eres preciosa —murmuro, mi voz ronca por el deseo—. Tan jodidamente preciosa.

Un rubor sube por su pecho hasta sus mejillas, pero no hay vergüenza en su mirada. Solo deseo, desafío, y una confianza en su propio poder que encuentro irresistiblemente atractiva.

—Tu turno —dice, y sus manos comienzan a trabajar en los botones de mi camisa.

Sus dedos tiemblan ligeramente, y hay algo increíblemente erótico en ver a Valentina Ruiz, siempre tan segura de sí misma, afectada por el deseo. Cuando finalmente abre mi camisa, sus manos se deslizan por mi pecho con una reverencia que me hace contener el aliento.

—He querido hacer esto desde que te vi persiguiendo loros —confiesa, con una pequeña sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco.

—¿Solo desde entonces? —pregunto, incapaz de contener mi propia sonrisa.

—Quizás desde antes —admite, y hay una vulnerabilidad en su voz que despierta algo protector en mí—. Quizás desde que te vi por primera vez en ese club, citando a García Márquez como si las palabras fueran parte de ti.

La confesión me desarma por completo. No es solo deseo lo que siento por esta mujer. Es algo más profundo, más peligroso. Algo que no estoy listo para nombrar, pero que no puedo seguir negando.

Vuelvo a besarla, esta vez más lentamente, saboreando el momento. Mis manos recorren la curva de su espalda, la suavidad de su piel bajo mis dedos es adictiva. Poco a poco, nos movemos hasta que sus piernas tocan la arena. Con un movimiento fluido, extiendo mi chaqueta sobre la playa y la recuesto suavemente sobre ella.

El vestido se desliza completamente, revelando un pequeño tanga de encaje que apenas cubre nada. La visión de Valentina, casi desnuda bajo la luz de la luna, con su pelo extendido como un halo oscuro sobre mi chaqueta, me roba el aliento.

—Eres la cosa más hermosa que he visto nunca —digo, y la honestidad en mi voz parece sorprenderla.

Sus ojos se suavizan, y por un momento veo más allá de la pasión, más allá del deseo. Veo a la verdadera Valentina, vulnerable y valiente al mismo tiempo.

Me arrodillo entre sus piernas, deslizando mis manos por sus muslos en una caricia reverente. Su piel se eriza bajo mi toque, y cuando mis dedos rozan el borde de su ropa interior, un pequeño gemido escapa de sus labios.

—Por favor —susurra, arqueándose ligeramente hacia mi toque.

Es la súplica más erótica que he escuchado jamás.

Con deliberada lentitud, deslizo la prenda por sus piernas, dejándola completamente expuesta ante mí. La luz de la luna juega sobre las curvas de su cuerpo, creando sombras y luces que parecen diseñadas para volverme loco.

Me inclino, besando el interior de su tobillo, subiendo por su pantorrilla, deteniéndome en la sensible piel detrás de su rodilla. Cada beso es una adoración, cada caricia una promesa. Cuando llego al interior de su muslo, puedo sentir el calor emanando de su centro, oler su excitación.

El primer toque de mis labios contra su intimidad la hace arquearse con un jadeo sorprendido. Mis manos se cierran sobre sus caderas, manteniéndola en su lugar mientras mi lengua explora cada pliegue, cada rincón secreto. Encuentro el punto exacto que la hace temblar y me concentro allí, alternando entre caricias suaves y presión firme.

Sus manos se enredan en mi pelo, a veces guiándome, a veces simplemente aferrándose como si temiera flotar hacia el cielo. Los sonidos que hace —pequeños gemidos, suspiros entrecortados, mi nombre repetido como un mantra— son la música más hermosa que he escuchado.

Cuando introduzco un dedo en su interior, descubro que está completamente lista para mí. Añado un segundo dedo, curvándolos de una forma que la hace gemir más fuerte. Su cuerpo se tensa, sus músculos internos apretándose alrededor de mis dedos mientras mi lengua continúa su dulce tortura.

—Javier —gime, su voz tensa por la proximidad del clímax—. Por favor... necesito...

—Lo sé —murmuro contra su piel—. Déjate ir. Estoy aquí para atraparte.

Con un grito ahogado que podría ser mi nombre, se deshace bajo mi toque. Su cuerpo se arquea, temblando con la fuerza de su orgasmo, y es la visión más erótica que he presenciado jamás.

Mientras los últimos temblores recorren su cuerpo, me incorporo para mirarla. Su pecho sube y baja con respiraciones rápidas, sus mejillas están sonrojadas, sus labios hinchados por nuestros besos. Parece una diosa pagana, salvaje y hermosa en su abandono.

—Ven aquí —dice, extendiendo sus brazos hacia mí.

Me inclino sobre ella, y sus manos trabajan rápidamente en mi cinturón, bajando mi cremallera. Cuando sus dedos se cierran alrededor de mi erección, tengo que cerrar los ojos y respirar profundamente para mantener el control.

—Te necesito —susurra, guiándome hacia su entrada—. Ahora.

Nunca he podido negarle nada a esta mujer.

Entro en ella lentamente, saboreando cada centímetro, cada sensación. Es cálida, estrecha, perfecta. Cuando estoy completamente dentro, ambos nos quedamos inmóviles por un momento, ajustándonos a la sensación de estar finalmente unidos.

—Eres perfecta —murmuro contra su cuello—. Tan perfecta para mí.

Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, cambiando ligeramente el ángulo y permitiéndome llegar aún más profundo. Comienzo a moverme, estableciendo un ritmo lento al principio, disfrutando de la forma en que su cuerpo responde al mío.

Sus manos recorren mi espalda, sus uñas dejando rastros de fuego sobre mi piel cuando encuentro un ángulo particularmente placentero. Nuestros cuerpos se mueven en perfecta sincronía, como si hubieran sido creados específicamente para este momento, para esta unión.

Poco a poco, el ritmo se acelera. La necesidad se vuelve más urgente, más primitiva. Cada embestida nos acerca más al borde, cada gemido compartido es un paso hacia el precipicio.

—Mírame —le pido, y sus ojos, oscurecidos por el deseo pero brillantes como estrellas, se fijan en los míos—. Quiero verte cuando te corras para mí. Otra vez.

Mi mano se desliza entre nuestros cuerpos, encontrando el punto exacto que la hace temblar. Con cada embestida, mis dedos acarician ese punto sensible, y puedo sentir cómo se tensa a mi alrededor, acercándose al clímax.

—Javier —gime, su voz quebrada por el placer—. No puedo... es demasiado...

—Sí puedes —la animo, mis propios movimientos volviéndose más erráticos a medida que mi propio orgasmo se acerca—. Juntos. Córrete conmigo.

Como si mis palabras fueran la llave que necesitaba, su cuerpo se tensa por completo. Sus músculos internos se contraen alrededor de mí en ondas rítmicas, arrastrándome con ella hacia el abismo. Mi propio orgasmo me golpea con una intensidad que me deja momentáneamente ciego, y solo el nombre de Valentina en mis labios me ancla a la realidad.

Nos quedamos así, entrelazados bajo las estrellas, nuestros cuerpos perlados de sudor a pesar de la brisa marina. Nuestras respiraciones se sincronizan gradualmente, y siento una paz que no había experimentado en años, quizás nunca.

Con cuidado de no aplastarla, me muevo para acostarme a su lado, atrayéndola contra mi pecho. Su cabeza encuentra naturalmente su lugar en el hueco de mi hombro, como si hubiera sido diseñada para descansar exactamente ahí.

—Eso ha sido... —comienza, su voz aún temblorosa.

—Lo sé —respondo, besando su frente—. Para mí también.

No necesitamos más palabras. Al menos no ahora. Hay preguntas sin responder, consecuencias que considerar, realidades que enfrentar. Pero en este momento, bajo la luz de la luna, con el sonido de las olas como única banda sonora, nada de eso importa.

Solo importa Valentina, cálida y real en mis brazos, y la certeza de que, pase lo que pase mañana, esta noche ha cambiado algo fundamental entre nosotros. Algo que no podrá deshacerse, no importa cuánto lo intentemos.

Y por primera vez en mi vida, no tengo miedo de ese cambio. Lo abrazo, como abrazo a la mujer que, sin proponérselo, ha despertado partes de mí que creía dormidas para siempre.

Mientras Valentina se queda dormida en mis brazos, trazo patrones invisibles en su espalda desnuda y contemplo las estrellas. Son las mismas que he visto decenas de veces, pero esta noche, por alguna razón, parecen brillar con más intensidad.

Como si ellas también supieran que nada volverá a ser igual.

CAPÍTULO 23

VALENTINA

Estoy intentando concentrarme en las facturas esparcidas sobre el escritorio de mi pequeña oficina en Villa Azul. De verdad que lo intento. Pero mi mente sigue volviendo a la playa. A sus manos. A su boca. A la forma en que susurró mi nombre contra mi piel como si fuera una plegaria.

Han pasado cinco días desde la gala. Cinco días desde que crucé una línea que me juré nunca cruzaría.

Cinco días de pura locura.

Cierro los ojos, intentando ahuyentar las imágenes que me asaltan: Javier sobre mí bajo las estrellas, su piel bronceada brillando con la luz de la luna, sus ojos grises oscurecidos por el deseo. El recuerdo es tan vívido que casi puedo sentir la arena en mi piel, el peso de su cuerpo, el sabor salado de su piel.

—Concéntrate, Valentina —me regaño en voz alta, volviendo a mirar las facturas.

Números. Columnas. Sumas que no cuadran. Debería estar preocupada por cómo voy a pagar la reparación del techo después de la tormenta, no por cómo se siente la barba incipiente de Javier Montenegro rozando el interior de mis muslos.

Mi móvil vibra sobre la mesa, sobresaltándome. Un mensaje. De él.

«¿Reunión sobre los últimos detalles de la gala benéfica? Mi oficina. 30 minutos.»

Debería decir que no. Tengo mil cosas que hacer aquí. El fontanero viene esta tarde, hay una reserva de grupo que confirmar, y estas malditas facturas no van a pagarse solas.

Mis dedos, sin embargo, tienen otra idea.

«Estaré allí.»

Mientras me cambio —optando por un vestido que pienso que le puede gustar, uno que muestra exactamente la cantidad correcta de piel— me digo a mí misma que esto es solo sexo. Atracción física. Química. Nada más.

No puede ser nada más. Él sigue siendo el hombre que quiere comprar Villa Azul. El hombre cuyo apellido representa todo lo que mi abuela despreciaba: grandes corporaciones tragándose negocios familiares, tradición sacrificada en el altar del progreso.

Pero, aquí estoy, aplicando un toque extra de perfume en lugares estratégicos, como una adolescente preparándose para su primera cita.

Patético.

Cuando llego al Marbella Grand Resort, mantengo mi expresión profesional mientras saludo al personal. Nadie debe sospechar. Nadie puede saber que la mujer que públicamente se opone a la expansión del resort está secretamente acostándose con su director.

Claudia me saluda con su eficiencia habitual.

—El señor Montenegro la está esperando, señorita Ruiz. Puede pasar directamente.

La oficina de Javier está como siempre: impecable, minimalista, con esa vista panorámica del Mediterráneo que probablemente cuesta más que todo mi hotel. Él está de pie junto a la ventana, de espaldas a la puerta, hablando por teléfono. Su traje gris oscuro se ajusta perfectamente a la anchura de sus hombros, a la estrechez de su cintura.

Cierro la puerta con más fuerza de la necesaria para anunciar mi presencia. Se gira, y la transformación en su rostro es instantánea. De ejecutivo serio a depredador hambriento en menos de un segundo.

—Te llamaré más tarde —dice a quien sea que esté al otro lado de la línea, sin apartar sus ojos de mí.

Cuelga. Nos miramos. El aire entre nosotros prácticamente chisporrotea.

—Señorita Ruiz —dice formalmente, aunque su voz tiene ese tono ronco que he aprendido a reconocer—. Gracias por venir con tan poca antelación.

—Señor Montenegro —respondo, igualmente formal—. ¿De qué detalles necesitábamos hablar?

Da tres pasos hacia mí, cerrando la distancia con una deliberación que hace que mi pulso se acelere.

—Creo que ambos sabemos que no habrá ninguna reunión —dice, su voz ahora apenas un susurro.

—Eso es muy poco profesional, señor Montenegro —respondo, aunque mi cuerpo ya está reaccionando a su proximidad—. Hacerme venir con falsos pretextos...

No termino la frase. Sus labios encuentran los míos con una urgencia que me roba el aliento. Mis manos suben automáticamente a su pelo, deshaciéndolo de su peinado perfecto. Su lengua invade mi boca, dominante, exigente, y yo respondo con igual fervor.

—No he podido pensar en otra cosa —murmura contra mi cuello mientras sus manos recorren mi cuerpo con familiaridad—. Te necesito, Valentina. Ahora.

Debería protestar. Estamos en su oficina, por Dios santo. Pero cuando sus manos encuentran el borde de mi vestido, subiéndolo lentamente por mis muslos, cualquier objeción muere en mi garganta.

—La puerta —logro decir entre besos—. ¿Tiene seguro?

—Sí —responde, guiándome hacia atrás hasta que mis piernas chocan con su escritorio.

Ha pensado en todo. Por supuesto que lo ha hecho. Es Javier Montenegro, el hombre que planifica cada detalle, que nunca deja nada al azar.

Excepto esto. Lo nuestro. Sea lo que sea.

Sus manos encuentran el borde de mi ropa interior, y cualquier pensamiento coherente se evapora. Solo existe la sensación. El calor. La necesidad desesperada que parece crecer cada vez que estamos juntos en lugar de disminuir.

Después, mientras me arreglo el vestido y él se abrocha el cinturón, nos miramos con una mezcla de satisfacción y vergüenza. Como adictos que acaban de obtener su dosis, temporalmente saciados, pero sabiendo que volverán a necesitarla pronto.

—Esto tiene que parar —digo, aunque ni yo misma me lo creo.

—Absolutamente —coincide, aunque sus ojos ya están recorriendo mi cuerpo nuevamente—. Es una locura.

—Una completa locura —asiento, acercándome para arreglarle la corbata—. No puede acabar bien.

—No —murmura, inclinándose para besarme de nuevo, más suavemente esta vez—. Pero no puedo parar.

—Yo tampoco —confieso contra sus labios.

Y así comienza. Lo que debería haber sido un desliz de una noche se convierte en una serie de encuentros furtivos que desafían toda lógica y prudencia.

Al día siguiente, me llama para «inspeccionar las instalaciones del spa» para otro posible evento. Terminamos en el armario de suministros, con mi espalda contra las estanterías y su mano sobre mi boca para ahogar mis gemidos mientras me lleva al clímax con sus dedos.

Dos días después, aparece en Villa Azul con la excusa de revisar las reparaciones del techo. Cuando todos se van, me toma en la cocina, sobre la encimera de mármol, con tanto entusiasmo que los vasos en las estanterías tintinean rítmicamente.

En el estacionamiento subterráneo del ayuntamiento, después de una reunión sobre permisos municipales. En los probadores de una tienda mientras supuestamente buscamos decoración para otro evento inexistente. En su coche, con las ventanas empañadas como adolescentes.

Es como si hubiéramos abierto una compuerta que ya no podemos cerrar. Como si nuestros cuerpos tuvieran voluntad propia, imanes que no pueden evitar atraerse cuando están en la misma habitación.

Y lo peor de todo es que no es solo físico. Al menos no para mí.

Me encuentro esperando sus mensajes. Sonriendo cuando veo su nombre en la pantalla. Recordando pequeños detalles de nuestras conversaciones post-sexo, cuando la guardia está baja y hablamos de cosas que importan. Su pasión por la literatura. Su complicada relación con su padre. La forma en que su voz cambia cuando habla de su hermano, más suave, más genuina.

Una noche, después de un encuentro particularmente intenso en su suite del resort, me descubro trazando con los dedos el contorno de su tatuaje mientras él duerme. Las palabras de García Márquez entrelazadas con coordenadas de lugares que significan algo para él. Un mapa de su alma que tengo la suerte de conocer.

Es entonces cuando me doy cuenta: esto ha dejado de ser solo sexo. Al menos para mí.

Estoy empezando a sentir cosas por Javier Montenegro. Cosas peligrosas. Cosas que podrían destruirme cuando inevitablemente volvamos a ser adversarios.

Porque eso es lo que somos, ¿verdad? Él sigue queriendo comprar Villa Azul. Yo sigo negándome a vender. Nada ha cambiado, excepto que ahora conozco el sabor de su piel y el sonido que hace cuando pierde el control.

Una semana después de la gala, estoy en mi oficina, mirando una foto antigua de mi abuela el día que inauguró Villa Azul. Su expresión orgullosa, desafiante, como diciendo al mundo: «Mira lo que he construido con mis propias manos».

La culpa me atraviesa como un cuchillo. ¿Qué pensaría ella de mí ahora? ¿Acostándome con el enemigo? ¿Traicionando todo lo que ella defendía por unas horas de placer?

Cojo mi teléfono y escribo un mensaje que debería haber enviado hace días:

«Esto tiene que terminar. No podemos seguir viéndonos así.»

Mi dedo se cierne sobre el botón de enviar, temblando ligeramente. Es lo correcto. Lo responsable. Lo que una adulta con dignidad haría.

Antes de que pueda presionarlo, el teléfono vibra con un mensaje entrante. De él.

«Te necesito. Ahora. Por favor.»

Tres simples frases que hacen que todo mi cuerpo se encienda como si alguien hubiera prendido una cerilla dentro de mí. No es justo. No es justo que tenga este poder sobre mí.

Borro mi mensaje sin enviarlo.

«¿Dónde?» respondo en su lugar, odiándome por mi debilidad, pero incapaz de resistirme.

Debería decir que no. Debería ser fuerte. Debería pensar en Villa Azul, en mi abuela, en mi futuro.

En lugar de eso, me encuentro esperando su respuesta, mientras me pregunto si es así como se sienten los adictos. Este conocimiento de que lo que estás haciendo es autodestructivo combinado con la absoluta incapacidad de detenerte.

Porque eso es lo que es Javier Montenegro para mí ahora. Una adicción. Una droga que sé que eventualmente me destruirá, pero que no puedo dejar de consumir.

Estoy completamente, irremediablemente adicta a él. Y aunque mi cerebro me grita que huya en la dirección opuesta, mi cuerpo y algo más profundo, algo que no quiero nombrar, me arrastran hacia él como la marea que inevitablemente regresa a la orilla.

CAPÍTULO 24

JAVIER

Miro mi reloj por tercera vez en cinco minutos. Todavía tengo tiempo. Mucho tiempo, en realidad. Pero la anticipación me tiene inquieto, incapaz de concentrarme en los informes que debería estar revisando.

Ya le he enviado el mensaje a Valentina. Tres frases que dicen demasiado y no lo suficiente al mismo tiempo: «Te necesito. Ahora. Por favor.» Ni siquiera intenté disimularlo como una reunión de trabajo. Ya hemos superado esa fase. Ambos sabemos exactamente lo que queremos.

Su respuesta fue igual de directa: «¿Dónde?» Y mi corazón dio un vuelco ridículo, como si fuera un adolescente recibiendo su primer «sí» para el baile de graduación.

Es patético. Soy patético. Director del resort más prestigioso de la costa, próximo CEO de Montenegro Hotels, y aquí estoy, contando los minutos para escabullirme como un ladrón para encontrarme con la mujer que supuestamente debería estar tratando como una adquisición comercial, no como una obsesión.

Porque eso es lo que se ha convertido Valentina Ruiz para mí. Una obsesión. Una necesidad que va más allá de lo físico, aunque lo físico es... extraordinario. Nunca he experimentado nada como lo que siento cuando estoy con ella. Es como si despertara partes de mí que ni siquiera sabía que existían.

Me levanto de mi escritorio, incapaz de seguir fingiendo que trabajo. Me acerco a la ventana, observando el sol que comienza a descender hacia el horizonte. El cielo ya está adquiriendo esos tonos dorados y rosados que preceden al atardecer. Será una noche perfecta. Cálida, con una ligera brisa marina, la luna casi llena...

El intercomunicador de mi escritorio suena, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Sí? —respondo, ligeramente irritado por la interrupción.

—Señor Montenegro —la voz de Claudia suena extrañamente tensa—. Su padre está aquí.

Siento como si me hubieran arrojado un cubo de agua helada. Mi padre. Aquí. Sin avisar.

—¿Mi padre? —repito estúpidamente—. ¿Está segura?

—Completamente segura, señor —responde Claudia, y casi puedo imaginarla poniendo los ojos en blanco—. Dice que es una visita sorpresa para ver cómo va todo.

Por supuesto. Una «visita sorpresa». Mi padre no hace visitas sorpresa. Hace inspecciones no anunciadas. Evaluaciones. Juicios.

—Hazlo pasar —digo, pasándome una mano por el pelo en un gesto nervioso.

Rápidamente evalúo mi aspecto. Camisa ligeramente arrugada después de un largo día. Corbata aflojada. No es la imagen de perfección que mi padre espera, pero tampoco es un desastre. Tendrá que servir.

La puerta se abre sin que nadie llame, y ahí está él. Alejandro Montenegro. Sesenta y dos años que parecen cincuenta gracias a una disciplina férrea con su dieta y ejercicio. Traje gris oscuro perfectamente cortado, sin una sola arruga a pesar del viaje. Pelo negro con canas estratégicas en las sienes que solo añaden gravitas a su presencia. Su postura es tan recta como siempre, como si tuviera una varilla de acero por columna vertebral.

—Padre —saludo, avanzando para darle la mano.

Él la estrecha brevemente, con ese apretón firme que siempre parece una prueba.

—Javier —responde, sus ojos evaluándome de arriba a abajo—. Pareces... cansado.

No es una observación, es una crítica. En el vocabulario de mi padre, «cansado» significa «descuidado». Significa «no estás a la altura».

—Días largos —respondo, manteniendo mi tono neutral—. La temporada alta está en pleno apogeo.

Asiente, aunque puedo ver que no está impresionado. Se mueve por mi oficina como si le perteneciera, examinando cada detalle con ojo crítico. Se detiene frente a la pared de cristal que da al mar.

—Hermosa vista —comenta—. Aunque imagino que sería aún más impresionante si incluyera esa pequeña propiedad hacia el sur.

Villa Azul. Por supuesto. Ni siquiera lleva cinco minutos aquí y ya está yendo al grano.

—Estamos trabajando en ello —respondo, manteniendo mi voz deliberadamente profesional—. Es un proceso delicado.

Se gira para mirarme, y hay algo en sus ojos que me hace sentir como si tuviera doce años otra vez, explicando un suspenso en matemáticas.

—¿Delicado? —repite, con ese tono que siempre me hace sentir que estoy fallando alguna prueba invisible—. Cuando te puse al frente de este resort, esperaba resultados, no excusas.

—No son excusas, padre —respondo, sintiendo cómo la tensión comienza a acumularse en mi mandíbula—. La propietaria tiene un vínculo emocional con el lugar. No es una simple transacción comercial para ella.

—Los negocios son siempre negocios, Javier —dice, con esa certeza absoluta que siempre ha tenido—. Si no puedes separar lo personal de lo profesional, quizás no estés listo para las responsabilidades que te esperan.

El comentario me golpea exactamente donde pretendía. Mi futuro como CEO. La amenaza apenas velada de que podría perderlo todo si no consigo lo

que él quiere.

—Le he ofrecido dinero muy por encima del valor de mercado —explico, odiando cómo sueno a la defensiva—. Tres veces el valor real de la propiedad. Y no ha querido vender.

—Entonces ofrece cuatro —responde simplemente—. O cinco. O encuentra otro enfoque. No me importa cómo lo hagas, solo hazlo.

Se acerca a mi escritorio, examinando los papeles esparcidos sobre él. Mi teléfono está ahí, la pantalla iluminándose con una notificación. Rezo para que no sea un mensaje de Valentina.

—La expansión del Marbella Grand Resort no es solo un capricho, Javier —continúa—. Es crucial para nuestros planes de crecimiento en la costa. Los inversores esperan ver resultados antes de comprometer fondos para futuros proyectos.

—Lo entiendo perfectamente —respondo, y no puedo evitar que un toque de irritación se filtre en mi voz—. Pero forzar la venta podría generar mala publicidad. «Gran corporación destruye negocio familiar» no es exactamente el titular que queremos.

Mi padre me mira como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo.

—¿Desde cuándo te preocupan los titulares? —pregunta—. Los titulares se controlan. Se compran. Se manipulan. Lo que no se puede manipular son los números, y los números dicen que necesitamos esa propiedad.

Da la vuelta a mi escritorio y se sienta en mi silla, como para recordarme quién está realmente al mando. El gesto me irrita más de lo que debería.

—¿Sabes por qué te puse al frente de este resort, Javier? —pregunta, aunque no espera respuesta—. Porque siempre has sido el racional. El metódico. El que entiende que en los negocios no hay lugar para los sentimientos.

Hay una implicación clara en sus palabras. Una comparación no dicha con Enzo, el emocional, el impulsivo, el que siempre se deja llevar por sus

sentimientos.

—Nunca me has decepcionado —continúa—. Hasta ahora.

Las palabras caen como piedras en mi estómago. Toda mi vida he trabajado para no escucharlas. Para ser el hijo perfecto. El heredero ideal. Para nunca, jamás, decepcionarlo.

—Dame hasta finales de verano —digo, manteniendo mi voz firme a pesar del nudo en mi garganta—. Como acordamos. Conseguiré esa propiedad.

Me mira largamente, evaluándome. Finalmente asiente, aunque no parece convencido.

—Eso espero —dice—. Porque hay mucho en juego. No solo para ti.

Se levanta y rodea el escritorio, acercándose a mí. Coloca una mano en mi hombro, un gesto que debería ser paternal pero que se siente como una carga.

—Tu madre siempre decía que eras el sensato —dice, y la mención de ella me toma por sorpresa—. El que nunca dejaría que las emociones nublaran su juicio. No la decepciones también a ella.

Es un golpe bajo, y él lo sabe. Mi madre, que nos abandonó cuando yo tenía catorce años y Enzo doce. La mujer que me enseñó que amar es arriesgarse a ser abandonado. La herida que nunca ha cicatrizado completamente.

—No lo haré —respondo automáticamente.

—Bien —dice, dando por terminada la conversación—. Cenaremos juntos. Quiero que me pongas al día sobre todos los aspectos del resort. Y mañana visitaré esa... Villa Azul. Quiero ver por mí mismo qué hace tan especial a ese lugar.

Un escalofrío me recorre la espalda. Mi padre en Villa Azul. Mi padre conociendo a Valentina. La idea me provoca una ansiedad que no puedo explicar completamente.

—Como desees —respondo, porque ¿qué más puedo decir?

Cuando finalmente se va, me desplomo en mi silla. El peso de sus expectativas, de su decepción, se siente como una losa sobre mis hombros.

Cojo mi teléfono y lo miro durante lo que parecen horas. Debería cancelar. Debería terminar esto antes de que vaya demasiado lejos. Antes de que ella salga herida. Porque saldrá herida, ¿no? Al final, tendré que elegir. Y siempre he sabido cuál sería mi elección.

La empresa. La familia. La responsabilidad. Es lo que siempre he hecho. Lo que se espera de mí.

Mis dedos se ciernen sobre el teclado. Debería escribirle que no podemos seguir viéndonos. Que esto fue un error. Que aunque el sexo es increíble, no hay futuro para nosotros. Sería lo más honesto. Lo más honorable.

En lugar de eso, me descubro escribiendo:

"Salgo para Villa Azul un poco antes.»

Envío el mensaje y me odio por mi debilidad. Por mi egoísmo. Por no ser lo suficientemente fuerte para hacer lo correcto.

Me levanto y me dirijo al baño privado de mi oficina. Me mojo la cara con agua fría, intentando aclarar mis pensamientos. El hombre en el espejo parece un extraño. Ojos cansados, mandíbula tensa, el peso de decisiones imposibles grabado en cada línea de su rostro.

Tengo que terminar esto con Valentina. Tengo que conseguir Villa Azul. Tengo que ser el hijo que mi padre espera que sea.

Pero no esta tarde.

Esta tarde necesito sentirla contra mí. Necesito perderme en ella. Necesito ese breve respiro de libertad que solo encuentro en sus brazos.

Mañana seré fuerte. Mañana haré lo correcto.

Esta tarde, solo necesito a Valentina.

Mientras salgo de mi oficina, esquivando hábilmente a Claudia para no tener que explicar a dónde voy cuando debería estar preparándome para cenar con

mi padre, siento una desesperación creciente. Un hambre que va más allá de lo físico. Una necesidad que me asusta por su intensidad.

No es solo deseo. No es solo lujuria. Es algo más profundo, más peligroso. Algo que no me atrevo a nombrar porque hacerlo significaría admitir que estoy completamente perdido.

Y mientras conduzco hacia Villa Azul, hacia ella, me doy cuenta de que estoy dispuesto a arriesgarlo todo —mi carrera, el respeto de mi padre, mi futuro— por unas horas más en sus brazos.

Es aterrador. Es irracional. Es completamente contrario a todo lo que creía ser.

Pero no puedo parar. No puedo alejarme. No puedo renunciar a ella.

No todavía.

CAPÍTULO 25

JAVIER

Cuando aparco frente al pequeño hotel, el sol comienza su descenso hacia el horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados. El edificio, con sus paredes encaladas y sus buganvillas trepando por la fachada, parece brillar con una luz propia bajo el atardecer. Hay algo en este lugar, algo que va más allá de los ladrillos y el mortero, que ahora entiendo por qué Valentina lucha tan ferozmente por conservarlo.

Salgo del coche y me dirijo a la entrada. El vestíbulo está tranquilo, con apenas un par de huéspedes leyendo en los sillones. La temporada alta está terminando, y la calma del otoño comienza a instalarse.

Y entonces la veo.

Valentina aparece desde un pasillo lateral, y el simple hecho de verla hace que algo se afloje en mi pecho. Lleva un vestido sencillo de algodón, el pelo recogido descuidadamente, y parece haber estado ocupada con alguna tarea del hotel. Nada que ver con la mujer sofisticada de la gala benéfica. Y, sin embargo, nunca me ha parecido más hermosa.

Sus ojos se encuentran con los míos, y veo la preocupación instalarse en ellos inmediatamente. Se acerca rápidamente, manteniendo una distancia profesional, consciente de los huéspedes presentes.

—Javier —dice, y mi nombre en sus labios suena como un bálsamo—. ¿Qué ocurre?

No puedo responder. No con palabras. Lo único que sé es que necesito tocarla, sentirla, perderme en ella hasta que el mundo exterior deje de existir.

—¿Podemos hablar en privado? —consigo articular, mi voz más ronca de lo que pretendía.

Asiente, estudiándome con esa mirada que parece ver a través de todas mis defensas. Me guía por un pasillo diferente, lejos de los huéspedes, hasta una puerta discreta al final del corredor. Su habitación personal, me doy cuenta cuando la abre.

Es un espacio pequeño pero acogedor, con una cama de hierro forjado cubierta por una colcha colorida, estanterías llenas de libros, y fotografías enmarcadas en las paredes. Un balcón se abre hacia el mar, las cortinas blancas ondulando suavemente con la brisa marina.

En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, toda mi contención se desmorona. La atraigo hacia mí con una urgencia que me asusta, mis labios encontrando los suyos en un beso que es más una súplica que una caricia.

Valentina responde al instante, como si hubiera estado esperando este momento tanto como yo. Sus manos suben a mi pelo, a mi nuca, acercándome más, como si tampoco pudiera soportar la más mínima distancia entre nosotros.

—¿Qué pasa? —susurra contra mis labios—. Estás temblando.

Lo estoy. Todo mi cuerpo vibra con una necesidad que va más allá de lo físico. Una necesidad de conexión, de pertenencia, de algo que no puedo nombrar pero que solo encuentro cuando estoy con ella.

—Te necesito —es lo único que logro decir, mis manos recorriendo su cuerpo con desesperación, como un hombre que teme que le arrebaten su último soplo de aire—. Solo... te necesito.

Algo en mi voz, en mi mirada, le dice que esto es diferente. Que yo soy diferente esta noche. Sus ojos se suavizan, y veo en ellos una comprensión que me desarma completamente.

—Estoy aquí —responde simplemente, y esas dos palabras contienen más consuelo del que he recibido en toda mi vida.

Sus manos comienzan a desabrochar mi camisa con una delicadeza que contrasta con mi propia urgencia. Quiero arrancarle el vestido, tumbarla en la cama, perderme en ella hasta olvidar quién soy, lo que debo hacer, las elecciones imposibles que me esperan.

Pero Valentina tiene otros planes. Con cada botón que abre, con cada centímetro de piel que expone, sus movimientos son deliberados, casi reverentes. Me está obligando a reducir la velocidad, a estar presente, a sentir cada momento.

—Déjame a mí —susurra, y hay una autoridad en su voz que hace que mi cuerpo obedezca instintivamente.

Dejo caer las manos a los costados, rindiéndome a su ritmo. Termina de desabrochar mi camisa y la desliza por mis hombros, sus dedos trazando el contorno de mi tatuaje como si fuera un mapa hacia mi alma. Sus labios siguen el mismo camino, besando cada verso escrito en mi piel, y siento que algo dentro de mí se quiebra.

—Valentina —su nombre sale como una plegaria, una súplica.

Ella me mira, y hay tanta comprensión en sus ojos que casi no puedo soportarlo. Como si viera exactamente lo que necesito, incluso cuando yo mismo no puedo articularlo.

—Ven aquí —dice, tomando mi mano y guiándome hacia la cama.

Me sienta en el borde y se coloca entre mis piernas. Con movimientos lentos, se quita el vestido, dejándolo caer al suelo. La luz del atardecer que se filtra por el balcón baña su cuerpo en tonos dorados, haciendo que su piel parezca brillar desde dentro.

Es la visión más hermosa que he contemplado jamás. No solo por su belleza física, que es innegable, sino por la forma en que me mira. Como si yo fuera algo valioso. Como si yo importara por mí mismo, no por mi apellido o mi posición o lo que puedo ofrecer.

Mis manos encuentran sus caderas, atrayéndola hacia mí. Entierro mi rostro contra su vientre, respirando su aroma, dejando que su calor me envuelva. Sus dedos se enredan en mi pelo, acariciando, consolando, mientras yo me aferro a ella como un náufrago a su tabla de salvación.

No sé cuánto tiempo permanecemos así. Solo sé que cuando finalmente levanto la mirada hacia ella, algo ha cambiado dentro de mí. La desesperación sigue ahí, pero ahora está mezclada con algo más. Algo que me aterra y me fortalece a la vez.

La atraigo hacia la cama, recostándola suavemente sobre las sábanas. Me deshago del resto de mi ropa con movimientos impacientes, necesitando sentir su piel contra la mía sin barreras.

Cuando finalmente me coloco sobre ella, nuestros cuerpos encajan como piezas de un rompecabezas creado específicamente para nosotros. Sus piernas se abren, acogiéndome, y cuando entro en ella, el gemido que escapa de sus labios reverbera en mi propia garganta.

Es diferente a todas las veces anteriores. No es solo deseo, no es solo pasión. Hay una conexión que trasciende lo físico, como si cada embestida, cada caricia, cada suspiro compartido nos uniera más profundamente.

Sus manos recorren mi espalda, sus uñas dejando marcas que espero duren días, recordatorios físicos de este momento. Mis labios exploran su cuello, su mandíbula, capturando cada sonido que hace como si fueran tesoros.

—Mírame —le pido, necesitando ver sus ojos, necesitando ese ancla a la realidad mientras todo lo demás parece desvanecerse.

Lo hace. Su mirada se fija en la mía, y en ese momento, mientras nos movemos juntos, mientras nuestros cuerpos bailan esa danza tan antigua como el tiempo, algo sucede dentro de mí. Una revelación que me golpea con la fuerza de una ola gigante.

La amo.

Amo a Valentina Ruiz.

No es solo deseo, no es solo adicción. Es amor. Un amor que ha crecido silenciosamente, alimentado por cada desafío, cada risa compartida, cada momento en que ella ha visto más allá de mi fachada.

La realización me golpea con tanta fuerza que mi ritmo vacila por un segundo. Valentina lo nota, sus ojos interrogantes, pero no puedo explicarlo. No puedo decírselo. No cuando sé que tendré que dejarla. No cuando sé que le romperé el corazón.

Así que pongo todo lo que no puedo decir en mis acciones. Beso cada centímetro de su piel como si quisiera memorizarla. Mis manos trazan mapas de su cuerpo que quiero llevar grabados en mi memoria. Y cuando finalmente la siento tensarse a mi alrededor, cuando su cuerpo se arquea y su voz pronuncia mi nombre como una bendición, me dejo ir con ella, cayendo en un abismo de sensaciones que nos envuelve a ambos.

Nos quedamos entrelazados, jadeantes, perlados de sudor a pesar de la brisa que entra por el balcón. Mi frente descansa contra la suya, nuestras respiraciones mezclándose en el pequeño espacio entre nosotros.

—¿Me vas a contar qué ocurre? —pregunta finalmente, su voz suave pero firme.

Cierro los ojos un momento, saboreando la sensación de su cuerpo bajo el mío, de su calor envolviéndome. ¿Cómo explicarle que mi padre está aquí? ¿Que mañana vendrá a inspeccionar Villa Azul como quien examina una propiedad en venta? ¿Que tendré que elegir entre ella y todo lo que siempre he creído que debía ser?

Soy incapaz de contestarle. Me encantaría poder decirle la verdad, pero no puedo hacerlo. Por supuesto, ella lo nota.

—Sé que te pasa algo, pero no hace falta que me lo digas. Cuando estés preparado estaré aquí.

Y solo con esas palabras estoy a punto de ponerme a llorar. Porque no la merezco. Porque no puedo hacerle daño.

Nos quedamos en silencio un momento, el único sonido es el de las olas rompiendo contra la orilla y los últimos pájaros del día regresando a sus nidos.

—¿Quieres ver algo? —pregunta de repente, sentándose completamente. Como si hubiera tomado la decisión de dejar pasar lo que me preocupa para no agobiarme.

Sin esperar respuesta se levanta y se viste de forma apresurada. Se dirige a la terraza y me hace un gesto para que la siga.

Me levanto, recogiendo mi ropa del suelo y poniéndomela rápidamente antes de seguirla. La vista es espectacular. El mar se extiende hasta el horizonte, el sol comenzando su descenso final, tiñendo el cielo y el agua de rojos y dorados.

Valentina se sienta en la mecedora y me hace un gesto para que me una a ella. Me acomodo detrás de ella, mis piernas a ambos lados de las suyas, su espalda contra mi pecho. La envuelvo con mis brazos, y ella se acurruca contra mí como si fuera el lugar más natural del mundo para estar.

Es perfecto. Tan perfecto que duele, porque sé que no durará.

—¿Ves ese punto donde el sol toca el agua? —dice, señalando hacia el horizonte—. Mi abuela decía que ahí es donde se encuentran los sueños con la realidad. Por eso los atardeceres son mágicos.

Apoyo mi barbilla en su hombro, respirando el aroma de su pelo, de su piel.

—Tu abuela parece que era una mujer sabia —comento.

—Lo era —asiente, y puedo sentir la sonrisa en su voz—. También decía que los hombres con traje son como los pavos reales: impresionantes a primera vista, pero básicamente inútiles.

Suelto una carcajada sorprendido.

—Supongo que no le habría caído muy bien.

—Al contrario —responde, girando ligeramente la cabeza para mirarme—. Le habrías encantado. Especialmente cuando te vi persiguiendo loros con el pelo revuelto y la corbata desanudada.

—Ah, sí, mi momento más digno —bromeo, pero hay una calidez en mi pecho ante la idea de que me ve como alguien que podría haber agradado a la mujer que más admiraba.

Nos quedamos en silencio un momento, contemplando cómo el sol desciende lentamente, un espectáculo que ocurre cada día pero que nunca deja de ser asombroso.

—He estado pensando en tu novela —dice de repente Valentina, sus dedos entrelazándose con los míos sobre su vientre—. Es realmente buena, Javier. No solo buena, es... especial.

Siento un calor diferente expandirse en mi pecho. Un orgullo que nunca he experimentado con ningún logro profesional, por grande que fuera.

—No es para tanto —respondo automáticamente, aunque sus palabras significan más para mí de lo que puedo expresar.

—Sí lo es —insiste, girándose más para mirarme directamente—. Tienes un don. La forma en que describes las emociones, los lugares... es como si pintaras con palabras. ¿Por qué no lo persigues?

La pregunta me golpea más fuerte de lo que esperaba. Es algo que me he preguntado en las noches más oscuras, cuando el peso de las expectativas se vuelve casi insoportable.

—No es tan simple —respondo, mi mirada perdiéndose en el horizonte—. Mi padre tiene planes para mí desde antes de que naciera. El heredero. El sucesor. El futuro de Montenegro Hotels.

—Pero ¿es lo que tú quieres? —pregunta, y hay una genuina curiosidad en su voz, sin juicio.

La pregunta queda suspendida entre nosotros, pesada con todas las implicaciones que conlleva. Nadie me había preguntado eso antes. Ni siquiera yo mismo me había permitido considerarlo realmente.

—A veces... —comienzo, las palabras saliendo más fácilmente en este espacio seguro, con ella entre mis brazos y el sol desapareciendo en el horizonte—. A veces desearía haber nacido en cualquier otra familia. Solo para haber tenido la oportunidad de ser el dueño de mi vida y poder elegir escribir.

La confesión se siente como arrancarme una parte de mí mismo y ofrecérsela. Es la verdad más desnuda que he compartido con nadie. El sueño secreto que ni siquiera me he permitido soñar completamente.

Valentina se gira en mis brazos, su rostro ahora a centímetros del mío. Hay algo en sus ojos, una mezcla de comprensión y algo más profundo que no me atrevo a nombrar.

Está a punto de decir algo cuando una voz, fría y cortante como un cuchillo, rompe el momento.

—¿Qué está pasando aquí, hijo?

Mi sangre se congela. Lentamente, como en una pesadilla de la que no puedo despertar, miro hacia la entrada de la terraza.

Mi padre está ahí, su figura recortada contra la luz del atardecer, su expresión una máscara de incredulidad y furia apenas contenida.

Y en ese momento, mientras sostengo a Valentina contra mi pecho, completamente expuesto, sé que todo está a punto de cambiar. Que la burbuja perfecta que habíamos creado acaba de estallar, y que la realidad ha venido a reclamarme con toda su fuerza.

CAPÍTULO 26

JAVIER

El tiempo se detiene. El mundo entero se congela en ese instante, reduciéndose a la figura de mi padre, su sombra proyectándose como una mancha oscura sobre nuestro momento perfecto.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Me muevo instintivamente para cubrir a Valentina, colocándome ligeramente frente a ella, como si pudiera protegerla de lo que está por venir. Siento su tensión inmediata, la forma en que su espalda se endereza contra mi pecho.

—Padre —mi voz suena extrañamente calmada, considerando que mi corazón golpea contra mis costillas como si quisiera escapar—. ¿Qué haces aquí?

Su mirada recorre la escena con una frialdad calculadora. Sus labios se curvan en una sonrisa que no contiene ni un ápice de humor.

—He visto tu coche aparcado fuera —responde, acercándose a nosotros—. Pensé que quizás habías venido a... inspeccionar la propiedad. Veo que estaba en lo cierto, aunque no de la manera que imaginaba.

Siento a Valentina tensarse aún más. Puedo sentir el calor de su indignación incluso a través de las capas de ropa que nos separan.

—Señor Montenegro —comienza, su voz sorprendentemente firme—. Con todo respeto, esta es mi propiedad privada y usted está...

—¿Su propiedad? —la interrumpe con un desdén que hace que mi sangre hierva—. Por ahora, señorita Ruiz. Por ahora.

Hay una amenaza implícita en sus palabras que me hiela la sangre. Conozco a mi padre. Sé de lo que es capaz cuando algo se interpone en su camino.

Valentina se levanta, la dignidad emanando de ella como un aura palpable.

—No le conviene enfadarme en mi propia casa —dice, su voz tensa pero controlada.

—He sido muy desconsiderado —responde mi padre con una cortesía falsa —. Solo quiero intercambiar unas palabras con mi hijo. Si es tan amable…

Valentina me mira.

—¿Puedes darnos unos minutos? —le pregunto intentando controlar mi tensión. No quiero que vea lo preocupado que estoy.

Valentina asiente brevemente, sus ojos encontrándose con los míos por un instante. Veo preocupación en ellos, y algo más. Confianza. Todavía confía en mí, a pesar de esta intrusión.

El pensamiento me destroza por dentro.

—Estaré bien —le aseguro en voz baja, rozando su mano discretamente.

En el mismo momento en el que Valentina nos deja solos, todo revienta.

—¿En qué demonios estás pensando? —sisea, su voz baja pero cargada de furia—. ¿Acostándote con el enemigo?

Mi mente trabaja a toda velocidad. Si mi padre sospecha por un segundo lo que realmente siento por Valentina, la destruirá. Lo he visto hacerlo antes. Arruinar personas, negocios, vidas enteras cuando algo se interpone en su camino.

No puede descubrir jamás lo importante que es para mí.

Necesito que piense que lo tengo todo bajo control.

—No es lo que parece —respondo, manteniendo mi voz igualmente baja.

—¿No? —arquea una ceja—. Porque parece que estás comprometiendo toda la operación por un revolcón.

—Dame algo de crédito —digo, forzando una sonrisa que espero sea convincente—. ¿De verdad crees que no tenía un plan?

Mi padre me estudia, claramente escéptico pero intrigado.

—¿Qué tipo de plan implica estar semidesnudo en el balcón de la competencia?

—El tipo de plan que funciona —respondo, cada palabra quemándome la garganta como ácido—. ¿Qué mejor manera de entender las debilidades de Villa Azul que desde dentro?

Mi padre cruza los brazos, aún no convencido pero dispuesto a escuchar.

—La señorita Ruiz ha sido... sorprendentemente fácil de persuadir —continúo, odiándome con cada sílaba—. Unas cuantas palabras bonitas, algo de atención, y estaba más que dispuesta a compartir todos los detalles financieros, los problemas estructurales, incluso sus planes futuros para el hotel.

Mi padre me mira con una nueva luz, una mezcla de sorpresa y respeto reticente.

—¿Me estás diciendo que todo esto —hace un gesto que abarca la habitación— es parte de un plan para conseguir Villa Azul?

—Por supuesto —respondo, manteniendo mi voz firme a pesar del nudo en mi garganta—. Siempre me enseñaste que en los negocios no hay lugar para los sentimientos. Que el fin justifica los medios.

Y entonces, para asegurarme de que mi mentira sea completamente creíble, para asegurarme de que mi padre nunca sospeche lo que realmente siento por Valentina, doy el golpe final:

—Aunque debo admitir que no ha sido un sacrificio tan grande —digo, permitiéndome una sonrisa cruel—. La señorita Ruiz tiene... talentos que hacen que esta parte del trabajo sea bastante agradable.

No me doy cuenta de que Valentina estaba cerca hasta que escucho el jadeo ahogado. Me giro para verla de pie muy quieta, con el rostro tan pálido como si hubiera visto un fantasma. Sus ojos, esos ojos color miel que me miraban

con tanta calidez hace apenas unos minutos, ahora están abiertos de par en par con horror.

—Valentina... —su nombre sale como una súplica involuntaria.

El mundo se detiene mientras nos miramos. ¿Cuánto ha escuchado? Por la devastación en su rostro, lo suficiente. Demasiado.

—¿Es eso cierto? —su voz suena extraña, distante, como si perteneciera a otra persona.

Quiero gritar que no. Quiero caer de rodillas y confesarle todo. Que la amo. Que cada momento juntos ha sido real. Que estoy mintiendo para protegerla de mi padre.

Pero no puedo. No si quiero mantenerla a salvo.

Así que sostengo su mirada, viendo cómo la confusión da paso a la comprensión y luego al dolor más profundo que jamás he presenciado.

—Valentina... —comienzo de nuevo, sin saber realmente qué voy a decir.

—¿Es cierto? —repite, más fuerte esta vez, su voz quebrándose en la última sílaba.

Sostengo su mirada durante lo que parece una eternidad. Veo el conflicto en sus ojos, la lucha interna. La súplica silenciosa de que diga que todo es mentira.

Y entonces, como cerrando una puerta, endurezco mi expresión.

—Los negocios son negocios —respondo, y aunque mi voz es firme, cada palabra es como un cuchillo que me desgarra por dentro—. Creía que ya lo habías entendido.

VALENTINA

El mundo se detiene. El aire abandona mis pulmones como si me hubieran golpeado en el estómago. Las palabras de Javier resuenan en mis oídos, cada una más dolorosa que la anterior, cada una destrozando meticulosamente la burbuja de felicidad en la que había estado viviendo.

«Sorprendentemente fácil de persuadir.» «Unas cuantas palabras bonitas.» «No ha sido un sacrificio tan grande.»

Fragmentos de conversaciones, de momentos que creí especiales, desfilan por mi mente como una película macabra. El club donde nos conocimos. La tormenta. La playa bajo las estrellas. Sus manos en mi cuerpo. Sus labios susurrando mi nombre.

Todo mentira. Todo calculado. Todo parte de un plan para quitarme Villa Azul.

La humillación me quema como fuego líquido, extendiéndose por mis venas hasta que cada célula de mi cuerpo arde con ella. Me he entregado completamente a este hombre. Le he mostrado partes de mí que nadie más ha visto. Le he confiado secretos, miedos, esperanzas. Le he dejado entrar no solo en mi cuerpo, sino en mi alma.

Y todo el tiempo, él estaba jugando. Manipulando. Usando cada momento de intimidad como una herramienta para conseguir lo que realmente quería: mi hotel.

La traición es un sabor metálico en mi boca, como sangre. Cada latido de mi corazón bombea más dolor a través de mi cuerpo. Cada respiración se siente como inhalar cristales rotos.

«Creía que ya lo habías entendido.»

Y lo peor es que debería haberlo entendido. Debería haberlo sabido desde el principio. ¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Cómo pude creer que alguien como Javier Montenegro, heredero de un imperio hotelero, podría interesarse genuinamente en la propietaria de un pequeño hotel boutique al borde de la quiebra?

La tristeza inicial se transforma rápidamente en algo más caliente, más potente. La rabia crece dentro de mí como una tormenta, alimentada por cada recuerdo que ahora se reinterpreta bajo esta nueva y terrible luz.

Cada beso. Cada caricia. Cada «te necesito». Cada momento en que creí ver al verdadero Javier detrás de la fachada del ejecutivo perfecto.

Todo era mentira.

—Tienes razón —digo, y mi voz suena sorprendentemente firme—. Debería haberlo entendido. Debería haber sabido que un Montenegro solo sabe valorar las cosas en términos de beneficio y pérdida.

Me giro hacia su padre, encontrando una fuerza que no sabía que poseía.

—Pero se equivoca en algo, señor Montenegro. Villa Azul no está en venta. Ni ahora, ni nunca. Y especialmente no a alguien que cree que todo y todos tienen un precio.

Su padre suelta una risa condescendiente.

—Todo tiene un precio, querida. Es solo cuestión de encontrar el correcto.

—Tal vez en su mundo —respondo—. Pero hay cosas que el dinero no puede comprar. Dignidad. Integridad. Un alma.

Me vuelvo hacia Javier, que permanece inmóvil, su rostro una máscara indescifrable. La rabia y el dolor se entrelazan dentro de mí, formando un nudo ardiente en mi pecho.

—¿Sabes qué es lo más patético? —digo, las palabras saliendo como veneno —. Que realmente creí que eras más que esto. Que había algo real en ti. Algo que valía la pena amar.

Veo un destello de algo en sus ojos. Dolor, quizás. O simplemente sorpresa por mi franqueza.

—Pero me equivoqué —continúo—. No hay nada real en ti. Nada excepto el perfecto hijo, el perfecto heredero, el perfecto títere de tu padre.

Su mandíbula se tensa visiblemente, y sé que he tocado un nervio. Bien. Quiero que sienta al menos una fracción del dolor que yo estoy sintiendo.

—Disfruta de tu victoria, Javier —digo, cada palabra cargada de dolor y furia—. Espero que cuando finalmente consigas lo que quieres, cuando Villa

Azul sea solo otro activo en tu balance, cuando hayas destruido todo lo que mi abuela construyó, puedas mirarte al espejo sin vomitar.

Y entonces, sin pensarlo realmente, sin planearlo, mi mano se mueve por voluntad propia. La bofetada resuena en la habitación como un disparo, el sonido amplificado por el silencio que lo precede. Mi palma arde con el impacto, pero la satisfacción de ver la marca roja floreciendo en su mejilla es casi suficiente para compensar el dolor que me consume por dentro.

Casi.

—Fuera de mi hotel —digo, mi voz temblando ligeramente—. Los dos. Ahora.

Me dirijo a la puerta, necesitando escapar antes de derrumbarme completamente. Antes de cerrarla, me giro una última vez.

—Y para que lo sepas, Javier —digo, las lágrimas finalmente amenazando con derramarse—, nunca habría vendido Villa Azul. Ni por todo el dinero del mundo. Pero habría renunciado a todo por ti. Por el hombre que creí que eras.

Cierro la puerta tras de mí y corro por el pasillo, las lágrimas nublando mi visión. Llego a la pequeña oficina del fondo, la cierro con llave, y finalmente me permito derrumbarme. El sollozo que escapa de mi garganta suena como algo roto, algo destrozado más allá de toda reparación.

Como mi corazón.

JAVIER

La marca de su mano arde en mi mejilla, pero el dolor físico no es nada comparado con la agonía que me consume por dentro. Sus últimas palabras resuenan en mi mente como un eco interminable, cada repetición más dolorosa que la anterior.

«Habría renunciado a todo por ti.»

Me quedo inmóvil, mirando la puerta por la que acaba de salir, escuchando el sonido de sus pasos apresurados alejándose.

—Impresionante —dice mi padre, rompiendo el silencio—. No sabía que tenías ese talento para la... actuación. Aunque quizás te has dejado llevar un poco por el papel.

Me giro hacia él, y algo en mi expresión debe alertarlo, porque da un paso atrás involuntario.

—Sal de aquí —digo, mi voz apenas un susurro.

—Javier —comienza, con ese tono condescendiente que siempre usa cuando cree que estoy siendo irracional—. Entiendo que la situación es... incómoda. Pero debemos discutir cómo proceder ahora que...

—Te he dicho que te vayas —repito, cada palabra cuidadosamente articulada—. Ahora.

Nos miramos fijamente, en un enfrentamiento silencioso que parece durar una eternidad. Finalmente, asiente.

—Como quieras —dice, dirigiéndose hacia la puerta—. Hablaremos cuando estés más... compuesto. Aunque debo decir que estoy impresionado. No creí que fueras capaz de tal dedicación al negocio.

Cuando se marcha, el peso de lo que acabo de hacer me aplasta por completo.

La he perdido. He perdido a la única persona que me ha visto realmente, que ha tocado partes de mí que creía muertas, que me ha hecho sentir vivo por primera vez en años.

Y lo peor es que lo he hecho deliberadamente. La destrocé para protegerla. Rompí su corazón para salvarla de algo peor.

Quiero ir con ella. Quiero encontrarla, tomarla en mis brazos, explicarle que todo era mentira. Que la amo. Que haría cualquier cosa para protegerla, incluso destruir lo que tenemos.

Pero no puedo. No mientras mi padre esté en Marbella. No mientras Villa Azul esté en peligro.

Así que hago lo único que puedo hacer: marcharme.

Cuando salgo de Villa Azul, el cielo nocturno está despejado, las estrellas brillando con una claridad cruel. El mismo cielo que nos cubrió en la playa, la misma luna que iluminó nuestros cuerpos entrelazados.

El mismo universo que, por un breve y perfecto momento, pareció conspirar para unirnos, ahora parece burlarse de mi dolor.

He hecho lo necesario para protegerla. He pagado el precio.

Y mientras conduzco de regreso al resort, sabiendo que cada metro me aleja más de la única persona que he amado realmente, me pregunto si algún día podrá perdonarme.

Si algún día podré perdonarme a mí mismo.

CAPÍTULO 27

VALENTINA

El sol entra a raudales por la ventana, burlándose de mi miseria con su alegría impertinente. Han pasado tres días desde que mi mundo se desmoronó, y aún no he sido capaz de volver a mi habitación. No puedo enfrentarme a ese espacio donde fuimos tan felices, donde creí que había encontrado algo real.

Donde me convertí en la mayor idiota de la historia.

He estado durmiendo —o más bien, intentando dormir— en la pequeña sala de descanso del personal. Una habitación sin ventanas con un sofá desgastado que huele ligeramente a productos de limpieza. Es incómodo, es deprimente, pero al menos no huele a él. No guarda su recuerdo.

—Tienes que comer algo —la voz de Mía rompe el silencio mientras entra con una bandeja—. Y antes de que digas que no tienes hambre, me importa una mierda. Vas a comer, aunque tenga que meterte la tostada por la nariz.

Su crudeza me arranca una sonrisa débil, la primera en días. Mía ha estado a mi lado como una sombra protectora, alternando entre furia asesina hacia los Montenegro y preocupación maternal hacia mí.

—No tengo cinco años —protesto débilmente, incorporándome en el sofá.

—Pues deja de comportarte como si los tuvieras —responde, colocando la bandeja en mi regazo—. Esconderte aquí no va a solucionar nada.

El aroma del café recién hecho y las tostadas con tomate me recuerda que, efectivamente, soy un ser humano con necesidades básicas que he estado ignorando. Doy un mordisco pequeño, más para complacerla que por apetito real.

—¿Cómo está el hotel? —pregunto, necesitando centrarme en algo que no sea mi corazón destrozado.

Mía se sienta a mi lado, robándome un trozo de tostada.

—Sobreviviendo —responde—. Carmen está haciendo un trabajo increíble en recepción. Los huéspedes ni siquiera han notado que la dueña está teniendo una crisis existencial.

—No es una crisis existencial —corrijo—. Es más bien un colapso total de mi capacidad para juzgar a las personas.

—Es un capullo —dice Mía, y la vehemencia en su voz me reconforta—. Un manipulador de primera que merece que le arranquen las pelotas y se las sirvan en una bandeja de plata.

Debería estar de acuerdo. Debería alimentar este odio, esta rabia que sería mucho más fácil de manejar que el dolor. Pero cada vez que intento odiarlo, mi mente traicionera me lleva de vuelta a momentos que parecían tan reales: sus ojos cuando me miraba en la intimidad, la vulnerabilidad en su voz cuando hablaba de escribir, cómo me sostuvo durante la tormenta.

—Lo peor es que sigo preguntándome si todo fue mentira —confieso en voz baja—. Si cada momento, cada palabra, cada caricia... si todo fue parte de un plan.

Mía suspira, y por primera vez desde que todo explotó, veo que su furia se suaviza.

—Mira, odio admitir esto, pero... —hace una pausa, como si las palabras le costaran un esfuerzo físico—. No creo que todo fuera mentira.

La miro sorprendida. Mía ha estado firmemente en el campo de «todos los Montenegro deberían arder en el infierno» desde el principio.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo vi mirarte —responde simplemente—. Y sé reconocer cuando un hombre está fingiendo y cuando está completamente perdido por una mujer. Y ese idiota estaba perdido por ti.

Sus palabras abren una grieta en la armadura de dolor que he construido a mi alrededor. Una parte de mí quiere creerla desesperadamente, aferrarse a la

idea de que lo que sentí no fue completamente unilateral. Pero otra parte, la parte que escuchó sus crueles palabras, se resiste.

—Entonces, ¿por qué dijo esas cosas? —pregunto, y odio lo pequeña que suena mi voz.

—No lo sé —admite Mía—. Quizás simplemente solo es un cabrón manipulador.

El silencio cae entre nosotras mientras mastico mecánicamente mi tostada, dejando que sus palabras se asienten. Hay algo reconfortante en saber que no soy la única confundida, que incluso Mía, con todo su cinismo, ve las grietas en esta historia.

—De todas formas —continúa, cambiando abruptamente de tema—, tenemos cosas más urgentes de las que preocuparnos.

Su tono me alerta.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos recibido una llamada de la Consejería de Sanidad —dice, su expresión tornándose seria—. Vienen a hacer una inspección mañana.

Un escalofrío recorre mi espalda. Las inspecciones de sanidad son rutinarias en el sector hotelero, pero el timing es demasiado sospechoso.

—¿Cuándo fue la última? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Hace tres meses —confirma Mía—. Pasamos sin problemas. No hay ninguna razón para otra tan pronto.

A menos que alguien la haya solicitado específicamente.

La realización me golpea como un puñetazo: esto no ha terminado. La guerra contra Villa Azul continúa, con o sin Javier en mi vida. De hecho, ahora que he rechazado su «estrategia», probablemente los Montenegro han decidido pasar al plan B.

Destruirme completamente.

Por primera vez en tres días, siento algo diferente al dolor. Siento rabia. Siento determinación. Y, sobre todo, siento la necesidad de luchar.

Me levanto tan abruptamente que la bandeja se tambalea, derramando algunas gotas de café.

—¿Qué haces? —pregunta Mía, sorprendida por mi repentina energía.

—Voy a ducharme —anuncio—. Luego vamos a revisar cada centímetro de este hotel hasta que esté tan impecable que esos inspectores puedan comer directamente del suelo.

Una sonrisa lenta se extiende por el rostro de Mía.

—Ahí está —dice con satisfacción—. La Valentina que conozco y quiero.

Mientras me dirijo al baño, siento una resolución formándose dentro de mí. Tal vez Javier Montenegro haya destrozado mi corazón. Tal vez nunca me recupere completamente de esa traición. Pero hay algo que no permitiré: que destruya también el legado de mi abuela.

Villa Azul sobrevivirá. Con o sin él. A pesar de él.

Y si los Montenegro quieren guerra, la tendrán.

JAVIER

El whisky arde en mi garganta, un dolor bienvenido comparado con el vacío que me consume por dentro. El vaso en mi mano —el tercero de la noche— tiembla ligeramente mientras observo las luces de Marbella desde la terraza de mi suite.

En algún lugar ahí abajo está ella. Probablemente odiándome. Definitivamente sufriendo.

Y todo por mi culpa.

Tres días. Tres días desde que pronuncié las palabras más crueles de mi vida. Tres días fingiendo que todo está bien, que soy el hijo que mi padre siempre quiso, el ejecutivo perfecto con el corazón de hielo.

Tres días muriendo lentamente por dentro.

—Pareces una mierda —la voz de Enzo rompe mi ensimismamiento. No lo he oído entrar, pero ahí está, apoyado en el marco de la puerta con esa actitud despreocupada que siempre he envidiado secretamente.

—Gracias por la observación —respondo, sin volverme—. ¿Necesitas algo o solo has venido a ejercer de crítico estético?

—Vengo a evitar que te conviertas en un alcohólico solitario —dice, acercándose para quitarme el vaso—. Aunque puede que sea demasiado tarde.

Podría protestar, pero no tengo energía. Dejo que me quite el whisky y me hundo más en la silla, sintiendo el peso de cada hora sin dormir.

—Padre está encantado contigo —comenta Enzo, sirviéndose un poco de mi whisky—. No para de hablar de lo «dedicado» que estás al negocio. Aparentemente, romper el corazón de una mujer para conseguir un hotel es la cúspide del éxito empresarial en su retorcida mente.

Su tono es ligero, pero puedo sentir la acusación subyacente. Enzo siempre ha sido mejor que yo para ver a través de las manipulaciones de nuestro padre.

—No lo entenderías —murmuro.

—¿Qué parte? —pregunta, sentándose frente a mí—. ¿La parte donde te acuestas con la mujer que te gusta y luego la destrozas públicamente? ¿O la parte donde finges que eso te hace feliz?

Su franqueza me golpea como una bofetada. Por un momento, considero mantener la fachada, seguir pretendiendo que todo fue una estrategia, que Valentina nunca significó nada para mí.

Pero estoy demasiado cansado. Demasiado vacío.

—La estaba protegiendo —digo finalmente, las palabras saliendo como un suspiro derrotado.

Enzo se inclina hacia adelante, su expresión cambiando de burla a genuina curiosidad.

—¿Protegiendo? ¿De qué?

—De padre —respondo, y solo pronunciar esas palabras parece liberar algo dentro de mí—. Conoces sus métodos.

Los ojos de Enzo se ensanchan ligeramente mientras comprende las implicaciones.

—Así que decidiste romperle el corazón tú mismo —dice lentamente—. Para que padre pensara que estaba todo bajo control.

Asiento, pasándome una mano por el pelo.

—Pensé que, si creía que era parte de mi plan, la dejaría en paz —explico—. Que tendría tiempo para encontrar una manera de proteger Villa Azul legalmente antes de que él interviniera.

—Joder —murmura Enzo, y por primera vez desde que entró, parece realmente impactado—. Eso es retorcidamente noble y completamente estúpido al mismo tiempo.

—Gracias —respondo con amargura—. Esa era exactamente la reacción que buscaba.

—No, en serio —insiste, inclinándose más—. ¿Crees que padre va a dejarlo estar solo porque tú le dijiste que tenías un plan? ¿El mismo hombre que destruyó tres hoteles familiares en Barcelona solo porque se negaron a vender?

Un escalofrío me recorre la espalda. Por supuesto que lo recuerdo. Fue uno de mis primeros proyectos como director financiero: analizar la viabilidad de adquirir esos hoteles. Cuando los propietarios se negaron, mi padre orquestó una campaña sistemática de destrucción: inspecciones amañadas, proveedores presionados para cancelar contratos, incluso rumores plantados en la prensa local sobre condiciones insalubres.

En seis meses, los tres hoteles estaban en quiebra. Y nosotros los compramos por una fracción de su valor original.

—Él cree que yo me estoy encargando —digo, pero incluso mientras pronuncio las palabras, sé lo débil que suena.

Enzo suelta una risa seca.

—¿Y qué crees que pasará cuando descubra que no has avanzado nada? ¿Cuándo se dé cuenta de que has estado sentado aquí, ahogándote en whisky y autocompasión en lugar de presionar a Valentina para que venda?

Tiene razón, por supuesto. Mi plan, si es que puede llamarse así, tiene tantos agujeros como un colador. Estaba tan desesperado por protegerla en ese momento que no pensé en las consecuencias a largo plazo.

—No pensaba con claridad —admito—. Solo quería alejarla de él.

—Bueno, eso lo conseguiste —dice Enzo—. Probablemente ahora mismo te odie con toda su alma.

El dolor que esas palabras me provocan debe ser visible, porque la expresión de Enzo se suaviza ligeramente.

—Lo siento —dice, en un tono más amable—. Pero tienes que enfrentar la realidad. La has cagado monumentalmente, y mientras tanto, padre sigue adelante con sus planes.

Un escalofrío recorre mi espalda.

—¿Qué quieres decir?

Enzo saca su teléfono y me muestra un correo electrónico. Es de nuestro departamento legal al de recursos humanos, solicitando el pago de una «consultoría especial» a un tal Ernesto Vidal, inspector jefe de la Consejería de Sanidad de Andalucía.

—Lo encontré cuando buscaba los documentos de mi compromiso —explica Enzo—. Parece que padre ha decidido acelerar las cosas.

La realización me golpea como un puñetazo en el estómago. Una inspección de sanidad amañada. El método perfecto para cerrar un hotel pequeño sin levantar sospechas. Sin posibilidad de defensa real.

—¿Cuándo? —pregunto, la urgencia reemplazando al letargo.

—Mañana por la mañana —responde Enzo.

Me levanto de un salto, la adrenalina despejando instantáneamente la niebla del alcohol y la autocompasión.

—Tengo que hacer algo —digo, más para mí mismo que para él—. Tengo que detenerlo.

—¿Y cómo planeas hacer eso? —pregunta Enzo—. Padre controla todos los recursos, todos los contactos. Y Valentina probablemente te echaría a patadas si aparecieras en su puerta.

Tiene razón, por supuesto. Después de lo que hice, lo último que Valentina querría es verme. Y mi padre... si me enfrento a él directamente, simplemente me apartará del camino y seguirá adelante.

Necesito pruebas. Necesito un plan. Necesito...

Mi mirada cae sobre el correo electrónico en el teléfono de Enzo. «Consultoría especial». Un eufemismo para soborno. Si pudiera obtener pruebas concretas de ese pago, de la conexión entre mi padre y el inspector...

—Necesito tu ayuda —digo, mirando a mi hermano con renovada determinación.

Enzo arquea una ceja, una sonrisa lenta extendiéndose por su rostro.

—Joder, por fin —dice—. Pensé que nunca lo pedirías.

Por primera vez en tres días, siento algo diferente al vacío. Es una chispa de esperanza, pequeña pero feroz. Tal vez sea demasiado tarde para recuperar a Valentina. Tal vez nunca me perdone, y no podría culparla.

Pero puedo salvar Villa Azul. Puedo detener a mi padre. Puedo hacer lo correcto, aunque sea lo último que haga como heredero del imperio Montenegro.

Y mientras Enzo y yo comenzamos a elaborar un plan, una certeza cristaliza en mi mente: no puedo vivir sin ella. No quiero vivir en un mundo donde he

destruido lo que más ama, donde he traicionado lo único real que he sentido jamás.

Ya la he perdido a ella. No permitiré que pierda también su hotel.

Aunque me cueste todo lo demás.

CAPÍTULO 28

VALENTINA

El inspector de Sanidad recorre la cocina de Villa Azul con un desdén apenas disimulado. Sus zapatos resuenan contra las baldosas mientras examina cada rincón con una lupa metafórica, arrastrando su dedo enguantado por superficies que Mía y yo hemos limpiado hasta la extenuación durante toda la noche.

—Mmm... interesante —murmura, haciendo una anotación en su tableta.

—¿Qué es interesante? —pregunto, intentando mantener mi voz neutral a pesar de la tensión que me atenaza la garganta.

Me ignora, continuando su recorrido como si yo fuera invisible. Se detiene frente al refrigerador industrial, abriéndolo con un gesto teatral. Observa los alimentos perfectamente etiquetados y organizados (gracias a la obsesión de Mía por el orden en su cocina) y tuerce los labios.

—La temperatura debería estar dos grados más baja —sentencia.

—El manual del fabricante especifica que este es el rango óptimo —respondo, señalando la pequeña pantalla digital que marca exactamente la temperatura recomendada.

El inspector —Vidal, según la identificación que cuelga de su cuello— me lanza una mirada que podría congelar el Mediterráneo en pleno agosto.

—Señorita Ruiz, llevo quince años en este trabajo. Creo que sé mejor que un manual lo que es adecuado para la seguridad alimentaria.

Aprieto los dientes, conteniendo la respuesta que realmente quiero darle. Esta inspección es una farsa, lo sé con cada fibra de mi ser. Las visitas rutinarias de Sanidad nunca son así: tan hostiles, tan evidentemente predispuestas a encontrar fallos.

Después de una hora examinando cada centímetro del hotel, desde las habitaciones hasta los almacenes, el inspector cierra su tableta con un golpe seco.

—Recibirá mi informe en los próximos días —anuncia con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Le recomendaría que no haga muchos planes a largo plazo, señorita Ruiz.

La amenaza velada me golpea como una bofetada física. No hay duda: esto es obra de los Montenegro.

—¿Puedo preguntar qué problemas concretos ha encontrado? —cuestiono, luchando por mantener la compostura.

—Todo estará en el informe —responde secamente, dirigiéndose hacia la salida.

Antes de que pueda replicar, mi teléfono vibra en el bolsillo. Un mensaje. Lo ignoro hasta que el inspector se marcha, y solo entonces lo miro.

Es de un número desconocido: «Solicitud de reunión en las oficinas centrales Montenegro Hotels. 17:00h. Asunto: Futuro de Villa Azul. Alejandro Montenegro.»

Mi primer impulso es borrar el mensaje y bloquear el número. ¿Quién se cree que es para citarme como si fuera una de sus empleadas? Pero la visita del inspector ha dejado claro que esto es una guerra coordinada. Si no asisto, solo les facilitaré la victoria.

Mía aparece desde la cocina, su rostro una máscara de furia apenas contenida.

—Ese cabrón ha criticado mi sistema de almacenamiento —dice, agitando un cuchillo de chef de manera vagamente amenazadora—. Mi. Sistema. De. Almacenamiento. El mismo que elogió el inspector hace tres meses.

Le enseño el mensaje. Sus ojos se ensanchan al leerlo.

—Es una trampa —sentencia—. No puedes ir sola a la guarida del lobo.

—No tengo elección —respondo, la determinación endureciendo mi voz—. Si no voy, tendrán vía libre para hundirnos sin que podamos defendernos.

—Entonces voy contigo —declara Mía.

Niego con la cabeza.

—Necesito que te quedes aquí. Si intentan algo mientras estoy fuera...

No termino la frase, pero ambas entendemos. Villa Azul no puede quedar desprotegida, no ahora.

Las horas siguientes pasan en una bruma de actividad frenética. Reviso documentación, preparo argumentos, me cambio tres veces de ropa buscando el equilibrio perfecto entre profesionalidad y dignidad. Finalmente me decido por un vestido azul marino estructurado, el mismo color que las paredes de Villa Azul. Mi armadura.

A las 16:55, estoy frente al imponente edificio de cristal y acero que alberga las oficinas centrales de Montenegro Hotels. Respiro hondo, cuadro los hombros y entro como quien se adentra en territorio enemigo.

La recepcionista me conduce por pasillos interminables hasta una sala de reuniones con vistas panorámicas a la ciudad. Alejandro Montenegro está sentado a la cabecera de una mesa de caoba masiva, rodeado por tres hombres con trajes idénticos que parecen clones corporativos.

No hay rastro de Javier.

Una parte de mí se desinfla ante su ausencia, mientras otra se siente aliviada. No estoy segura de poder mantener mi compostura si tuviera que verlo de nuevo. Si tuviera que enfrentar esos ojos grises que una vez me miraron con lo que creí que era algo más que deseo.

—Señorita Ruiz —Alejandro Montenegro se levanta con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Agradezco que haya encontrado tiempo en su... ocupada agenda para acompañarnos.

El sarcasmo en su voz es tan espeso que casi podría cortarse con un cuchillo.

—Señor Montenegro —respondo con una inclinación mínima de cabeza—. ¿Podríamos ir al grano? A diferencia de usted, yo no tengo un ejército de empleados que mantengan mi negocio funcionando en mi ausencia.

Su sonrisa se tensa, pero mantiene la compostura.

—Por supuesto. Siéntese, por favor.

Me acomodo en la única silla disponible, directamente frente a él. Los tres hombres de traje permanecen en silencio, observándome como buitres que esperan pacientemente a que su presa se debilite.

—Hemos recibido información preocupante sobre Villa Azul —comienza Alejandro, juntando las manos sobre la mesa—. Parece que hay serios problemas de salubridad que podrían poner en riesgo a sus huéspedes.

—¿Se refiere a la inspección amañada de esta mañana? —pregunto directamente, negándome a seguir su juego.

Un destello de sorpresa cruza su rostro, rápidamente reemplazado por una expresión calculadora.

—Esa es una acusación muy seria, señorita Ruiz —responde con voz sedosa —. Y completamente infundada, por supuesto. La Consejería de Sanidad es un organismo independiente que realiza su trabajo con total imparcialidad.

—Por supuesto —replico, con el mismo tono falso—. Y supongo que es pura coincidencia que reciba una visita hostil justo después de rechazar las propuestas de su hijo.

Los tres hombres de traje intercambian miradas incómodas. Claramente no esperaban que fuera tan directa.

Alejandro Montenegro se reclina en su silla, estudiándome con una nueva luz.

—Veo que no es usted amiga de los rodeos —dice finalmente—. Bien. Yo tampoco. Así que seré franco: Villa Azul está acabada.

La brutalidad de sus palabras me golpea como un puñetazo, pero me niego a mostrar debilidad.

—Eso está por verse —respondo, manteniendo mi voz firme.

—No, no lo está —continúa, abriendo una carpeta frente a él—. Tengo aquí un informe preliminar de la inspección de hoy. Menciona graves deficiencias estructurales, problemas de almacenamiento, incluso posible contaminación cruzada en la cocina. Lo suficiente para ordenar un cierre cautelar inmediato.

Mi corazón se acelera, pero mantengo mi expresión neutra.

—Un informe falsificado no resistirá un recurso legal —desafío.

—¿Falsificado? —Alejandro arquea una ceja perfectamente depilada—. Esa es una acusación muy grave, señorita Ruiz. Difamatoria, incluso. ¿Tiene pruebas de lo que está insinuando?

Y ahí está la trampa. Por supuesto que no tengo pruebas. Solo mi palabra contra la de un imperio hotelero con abogados suficientes para enterrarme en litigios durante años.

—Le propongo una alternativa —continúa, aprovechando mi silencio—. Una salida digna. Tres millones por Villa Azul. Hoy mismo. Puede firmar los papeles ahora y esta noche dormir como una mujer rica, sin preocupaciones.

Tres millones. Una fortuna. Suficiente para empezar de nuevo, para no tener que preocuparme por dinero durante años.

Y completamente insuficiente para compensar la pérdida del legado de mi abuela.

Y ahora esto es algo personal. Su hijo me ha usado. Me ha roto el corazón. No dejaré que los Montenegro me causen más daño.

Javier ni siquiera se ha dignado a venir.

—Villa Azul no está en venta —respondo, cada palabra cuidadosamente articulada—. Ni por tres millones, ni por treinta.

Alejandro suspira, como un padre decepcionado con un niño particularmente terco.

—Esperaba que fuera más razonable —dice, cerrando la carpeta—. Pero veo que la sensatez no es su fuerte. Una lástima.

Se levanta, indicando que la reunión ha terminado.

—El informe oficial de Sanidad llegará mañana. Tendrá cuarenta y ocho horas para cerrar voluntariamente, o las autoridades lo harán por usted. Y entonces, señorita Ruiz, podrá despedirse de Villa Azul para siempre.

La realidad de la situación me golpea con toda su fuerza. Estoy atrapada. Sin salida. Voy a perder el hotel de mi abuela, y no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

—Está cometiendo un error —digo, la desesperación filtrándose en mi voz a pesar de mis esfuerzos—. Villa Azul es más que un edificio. Es historia, es cultura, es el legado de una mujer que construyó algo hermoso de la nada.

—Los sentimentalismos no tienen lugar en los negocios —responde fríamente—. Algo que mi hijo parece haber olvidado temporalmente.

La mención de Javier reabre la herida en mi pecho. ¿Dónde está? ¿Sabe lo que su padre está haciendo? ¿Le importa siquiera?

Estoy a punto de responder cuando la puerta de la sala se abre de golpe. Todos nos giramos hacia el sonido.

Y ahí está él.

Javier, con el pelo revuelto como si hubiera estado pasándose las manos por él repetidamente, la corbata torcida, y una expresión que nunca le había visto antes. Una mezcla de furia y determinación que transforma completamente su rostro habitualmente controlado.

—¿Qué está pasando aquí? —exige, su voz resonando en la sala con una autoridad que hace que incluso su padre se tense.

—Javier —responde Alejandro, recuperando rápidamente la compostura—. Estamos en medio de una reunión privada. Cierra la puerta y espera fuera.

—No —la firmeza en su voz me sorprende tanto como parece sorprender a su padre—. Quiero saber exactamente qué está sucediendo.

Sus ojos se encuentran con los míos por primera vez, y lo que veo en ellos me deja sin aliento. No hay frialdad, no hay la máscara profesional que esperaba. Hay algo más. Algo que se parece peligrosamente a la desesperación.

—Tu padre está amenazando con cerrar Villa Azul —digo, mi voz más firme de lo que me siento—. Aparentemente, la inspección de sanidad ha encontrado problemas suficientes para clausurarlo.

Javier se gira hacia su padre, y la expresión en su rostro se endurece hasta volverse granítica.

—Estamos resolviendo un problema de negocios —responde Alejandro con impaciencia—. Algo que deberías entender perfectamente, considerando tu estrategia anterior.

La referencia a nuestra relación hace que me encoja internamente, pero Javier ni siquiera parpadea.

—Cancélalo —dice, su voz peligrosamente baja—. Cancela todo.

Alejandro suelta una risa incrédula.

—¿Disculpa? Creo que has olvidado quién está al mando aquí.

—No lo he olvidado —responde Javier—. Pero quizás tú has olvidado que vivimos en la era digital, donde todo deja rastro.

Saca su teléfono y lo coloca sobre la mesa. Pulsa la pantalla y la voz de Alejandro Montenegro llena la sala:

«El inspector Vidal necesita un incentivo adicional. Asegúrate de que el pago se realice en efectivo, sin rastro. Necesitamos que ese informe sea devastador. Villa Azul debe cerrar

antes de fin de mes.»

El silencio que sigue es absoluto. Los tres hombres de traje parecen haberse convertido en estatuas. Alejandro Montenegro mira el teléfono como si fuera una serpiente venenosa.

—Eso es ilegal —dice finalmente, su voz desprovista de su habitual confianza—. No puedes grabar conversaciones sin consentimiento.

—Cierto —concede Javier—. No sería admisible en un tribunal. Pero imagina el escándalo si llegara a la prensa. «Imperio hotelero soborna a inspectores para eliminar competencia y comprar su terreno». No es exactamente el titular que quieres antes de la fusión con Leighton International, ¿verdad?

La mención de ese nombre parece afectar particularmente a Alejandro. Su rostro palidece visiblemente.

—No te atreverías —dice, pero suena más como una súplica que como una amenaza.

—Pruébame —responde Javier, y hay algo en su voz que me hace creerle absolutamente.

Me mira brevemente, y en ese instante veo vulnerabilidad en sus ojos. Como si estuviera arriesgándolo todo y no estuviera seguro de si valdrá la pena.

—¿Por qué harías esto? —pregunta su padre, genuinamente desconcertado —. ¿Por qué traicionarías a tu propia familia por... esto? —hace un gesto despectivo hacia mí.

Javier se endereza, y por primera vez desde que lo conozco, parece completamente seguro de sí mismo. No el heredero que busca aprobación, sino un hombre que ha encontrado su propia verdad.

—Porque la amo —dice simplemente, las palabras cayendo como piedras en un estanque quieto—. Amo a Valentina Ruiz. Y tú nunca lo entenderás porque

no sabes lo que es amar a alguien más que a ti mismo, más que al poder, más que al dinero.

El mundo se detiene. Mi corazón, que había estado latiendo desbocado, parece congelarse en mi pecho. ¿Me ama? ¿Después de todo lo que dijo, de todo lo que hizo?

—No sabes lo que estás diciendo —responde Alejandro, recuperando algo de su compostura—. Estás confundido. Esta... tontería pasará.

—No es una tontería —replica Javier—. Y no estoy confundido. Por primera vez en mi vida, veo todo con absoluta claridad.

Se gira hacia mí, y la intensidad de su mirada me atraviesa.

—Lo siento —dice, y hay tanta sinceridad en esas dos palabras que siento que me quiebro por dentro—. Todo lo que dije ese día... fue para protegerte de él. Sabía que, si descubría lo que realmente sentía por ti, te destruiría para castigarme. Como está intentando hacer ahora.

Quiero hablar, pero las palabras se atascan en mi garganta. Es demasiado. Demasiada información, demasiada emoción, demasiada esperanza peligrosa floreciendo en mi pecho.

Javier vuelve a enfrentar a su padre.

—Aquí está el trato —dice, su voz firme—. Cancelarás la inspección. Dejarás Villa Azul en paz. Y a cambio, no filtraremos esta grabación.

Alejandro lo mira con una mezcla de furia y algo parecido al respeto reluctante.

—¿Y si me niego?

—Entonces perderás más que un hotel —responde Javier—. Perderás tu reputación. Tu fusión con Leighton. Y a tu hijo.

La última frase cae como una bomba en la sala.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Alejandro, aunque por su expresión, ya lo sabe.

—Renuncio —dice Javier, las palabras claras y precisas—. Desde este momento, ya no soy parte de Montenegro Hotels. Ya no soy tu heredero. Ya no soy tu títere.

Se quita el pin corporativo de la solapa y lo deja caer sobre la mesa con un tintineo que resuena en el silencio sepulcral.

—No puedes hablar en serio —dice Alejandro, y por primera vez, parece genuinamente sacudido—. Todo lo que has trabajado, todo tu futuro...

—Mi futuro es mío para decidirlo —interrumpe Javier—. No tuyo para dictarlo.

La declaración parece envejecer a Alejandro Montenegro diez años en un instante. Se hunde ligeramente en su silla, como si el peso de las palabras de su hijo fuera físicamente aplastante.

—Espero que estés orgulloso —dice finalmente, la amargura goteando de cada sílaba—. Has tirado por la borda el trabajo de toda mi vida. Por una mujer. Por un hotelito insignificante.

Javier no se inmuta ante el veneno en las palabras de su padre.

—No —responde con una calma sorprendente—. He encontrado algo más valioso que cualquier imperio hotelero. He encontrado mi propia voz.

Alejandro se levanta bruscamente, su rostro una máscara de furia apenas contenida.

—Esto no ha terminado —advierte—. Tienes dos horas para recoger tus cosas del resort. A partir de mañana, enviaré a un nuevo director.

—No necesito tiempo —responde Javier—. Ya tengo todo recogido.

Alejandro me mira con un desprecio tan puro que casi resulta palpable.

—Espero que valga la pena —dice finalmente—. Porque acabas de perderlo todo.

Sin otra palabra, se dirige hacia la puerta, seguido por los tres ejecutivos que parecen aliviados de escapar de la tensión que carga el ambiente. La puerta se

cierra tras ellos con un golpe seco que resuena en el repentino silencio de la sala.

Javier y yo nos quedamos solos, la enormidad de lo que acaba de ocurrir flotando entre nosotros como una nube de tormenta.

CAPÍTULO 29

VALENTINA

El silencio que sigue a la salida de Alejandro Montenegro pesa como una losa. Permanezco inmóvil en mi silla, incapaz de procesar lo que acaba de suceder. Mi mente intenta asimilar las palabras de Javier, esas tres palabras que nunca esperé escuchar de sus labios: «Porque la amo».

Un aplauso lento y deliberado rompe el silencio. Nos giramos hacia la puerta lateral de la sala, donde Enzo se apoya contra el marco con una sonrisa de satisfacción.

—Joder, hermano —dice, acercándose a Javier—. Eso ha sido lo más impresionante que he visto en mi vida. Ya era hora de que alguien le plantara cara a ese viejo dictador.

Javier parece momentáneamente desconcertado por la aparición de su hermano.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo suficiente para ver cómo por fin encuentras tus pelotas —responde Enzo con esa irreverencia que parece definirlo—. Honestamente, empezaba a pensar que nunca sucedería.

Se gira hacia mí, y me siento expuesta bajo su mirada evaluadora. Sigo paralizada, intentando procesar todo lo ocurrido, con las palabras de Javier resonando en mi cabeza.

—Señorita Ruiz —me saluda Enzo con una inclinación teatral—. Permítame decirle que cualquier mujer capaz de inspirar tal acto de rebeldía en mi hermano mayor merece mi eterna admiración.

Parpadeo, abrumada. No sé qué decir, qué pensar, qué sentir. Todo está sucediendo demasiado rápido.

Javier lanza una mirada significativa a su hermano.

—Enzo, ¿podrías dejarnos solos? —pide, con una suavidad que contrasta con la tensión que vibra en el aire.

—¿Desaparecer mágicamente para que podáis tener vuestro momento dramático de reconciliación? —completa Enzo—. Por supuesto. Tenéis la sala para vosotros solos.

Se dirige hacia la puerta, pero se detiene antes de salir.

—Por cierto —añade, su tono repentinamente serio—. Estoy orgulloso de ti, Javi. De verdad.

Y con eso, desaparece.

El silencio regresa, más intenso que antes. Javier me mira, y hay tanta vulnerabilidad en sus ojos que siento que algo se rompe dentro de mí. Quiero hablar, pero las palabras se atascan en mi garganta. Es demasiado. Todo es demasiado.

—Valentina —comienza, su voz más suave de lo que recordaba—. Sé que esto es mucho para procesar. Pero quiero que sepas que no tienes que preocuparte por Villa Azul. Me aseguraré de que mi padre no pueda hacerte daño. Tenemos suficientes pruebas para...

—¿Por qué has dicho que me amas?

La pregunta sale de mis labios antes de que pueda detenerla. De todas las cosas que podría haber preguntado —sobre la grabación, sobre su renuncia, sobre el futuro de Villa Azul— esta es la que necesito saber primero.

Javier parece genuinamente sorprendido por mi prioridad.

—¿Qué?

—Le has dicho a tu padre que me amas. ¿Por qué? —aclaro, mi voz apenas es un susurro—.

Me mira como si no pudiera creer que esa sea mi preocupación principal. Con todo lo que está en juego —mi hotel, su carrera, nuestro futuro— me centro en esto porque es lo único que realmente importa.

—Porque es la verdad —responde simplemente—. Porque te amo.

Siento que algo se rompe dentro de mí. Una presa que había estado conteniendo todas mis emociones desde aquel día terrible. Las lágrimas comienzan a caer, silenciosas, deslizándose por mis mejillas sin que haga ningún esfuerzo por detenerlas.

—Entonces, ¿por qué dijiste todas esas cosas horribles? —pregunto, mi voz quebrándose—. ¿Por qué me hiciste creer que todo había sido una mentira?

Javier da un paso hacia mí, pero se detiene, como si temiera que pudiera romperme si se acerca demasiado.

—Para protegerte —responde, y hay tanta sinceridad en su voz que me estremezco—. Porque si mi padre hubiera sabido lo que realmente sentía por ti, te habría destruido solo para castigarme. Como estaba intentando hacer hoy.

Las lágrimas caen con más fuerza ahora, pero no hago ningún intento por secarlas. Cada una es un pequeño río que limpia el dolor que he estado cargando.

—¿Vas a renunciar a todo? —pregunto, necesitando confirmar que esto es real, que no es otro sueño del que despertaré con el corazón roto—. ¿A tu trabajo, a tu herencia, a tu futuro?

—Ya lo he hecho —confirma, y hay una certeza en su voz que nunca le había escuchado—. Y lo haría mil veces más.

—¿De verdad me amas? —la vulnerabilidad en mi propia voz me sorprende. Nunca me he sentido tan expuesta, tan frágil, tan necesitada de una verdad que podría tanto salvarme como destruirme.

—Más que a nada en el mundo —responde, y nunca ha dicho nada que suene tan verdadero.

Algo se rompe y se reconstruye dentro de mí simultáneamente. El muro que había construido alrededor de mi corazón se desmorona, y en su lugar florece una certeza tan clara como el agua: lo amo. A pesar del dolor, a pesar de la

supuesta traición, a pesar de todo, lo amo con una intensidad que me asusta y me fortalece a la vez.

Sin pensarlo más, cruzo la distancia entre nosotros y me lanzo a sus brazos. Me recibe como si hubiera estado esperando este momento toda su vida, cerrando sus brazos alrededor de mí, envolviéndome en un calor que había extrañado desesperadamente.

—Yo también te amo —susurro contra su pecho, las palabras saliendo como una confesión largamente guardada—. Te amo, y te odio por hacerme sufrir así, y te amo de nuevo porque entiendo por qué lo hiciste.

Siento sus labios en mi pelo, su respiración cálida contra mi cuero cabelludo.

—Lo siento —murmura—. Lo siento tanto, mi vida. Preferiría arrancarme el corazón que volver a hacerte daño.

Me aparto lo suficiente para mirarlo a los ojos. Mis manos suben hasta su rostro, acunando sus mejillas, necesitando sentir que es real, que está aquí, que esto no es un sueño del que despertaré sola y con el corazón roto.

—Bésame —ordeno suavemente—. Bésame ahora mismo.

Y lo hace. Sus labios encuentran los míos en un beso que sabe a sal y a perdón, a dolor y a esperanza. Es suave al principio, casi reverente, como si temiera que pudiera romperme. Pero cuando profundizo el beso, enredando mis dedos en su pelo, toda contención se desvanece.

Sus manos recorren mi cuerpo como si estuviera redescubriéndome, cada caricia una disculpa, cada toque una promesa. La necesidad crece dentro de mí como un incendio, consumiendo todo a su paso: el dolor, la duda, el miedo.

Sin romper el beso, me guía hacia atrás hasta que mis piernas chocan con el borde de la mesa. Me levanta y me sienta sobre ella, colocándose entre mis muslos. Mis manos trabajan frenéticamente en los botones de su camisa, necesitando sentir su piel contra la mía.

—Te necesito —susurro contra sus labios—. Ahora.

No hay vacilación en mi voz, solo certeza. La misma certeza que veo en sus ojos, oscurecidos por el deseo, pero brillantes de algo más profundo. Amor.

JAVIER

Sus palabras son fuego líquido en mis venas. «Te necesito. Ahora.» Directo, sin filtros, sin dudas. Pura Valentina.

Mis manos encuentran el borde de su vestido, deslizándose por debajo para acariciar la piel suave de sus muslos. Cada centímetro que descubro es un tesoro redescubierto, cada suspiro que escapa de sus labios es música para mis oídos hambrientos.

—Aquí no —murmuro contra su cuello, aunque mi cuerpo protesta ante la idea de detenerme—. No así. No la primera vez después de...

No puedo terminar la frase. No quiero nombrar lo que hice, el dolor que le causé, no ahora cuando finalmente la tengo en mis brazos de nuevo.

Pero Valentina, mi Valentina, siempre tan valiente, toma mi rostro entre sus manos y me obliga a mirarla.

—Aquí —dice, y hay una determinación feroz en su voz—. Ahora. Necesito reclamarte, Javier. Necesito borrar lo que pasó y escribir algo nuevo. Algo nuestro.

Sus palabras desatan algo primitivo dentro de mí. El deseo de poseer y ser poseído, de marcar y ser marcado. De borrar el pasado con la intensidad del presente.

Capturo sus labios en un beso que nada tiene de suave. Es hambriento, desesperado, casi violento en su intensidad. Mis manos suben por sus muslos hasta encontrar el borde de su ropa interior. Con un movimiento fluido, la deslizo por sus piernas y la dejo caer al suelo.

Valentina trabaja en mi cinturón, sus dedos ágiles desabrochando, liberando, reclamando. Cuando finalmente me toca, un gruñido escapa de mi garganta.

Ha pasado tanto tiempo. Demasiado tiempo.

—Te necesito dentro de mí —susurra contra mis labios—. Necesito sentirte. Necesito saber que esto es real.

No puedo negarle nada. Nunca he podido.

Con un movimiento fluido, entro en ella. El calor, la humedad, la perfección de nuestros cuerpos unidos me golpea como una revelación. Estoy en casa. Finalmente en casa.

Nos quedamos inmóviles por un momento, frentes unidas, respiraciones mezcladas, asimilando la intensidad de estar conectados nuevamente. Y luego, como si respondieran a una señal silenciosa, nuestros cuerpos comienzan a moverse en esa danza tan antigua como el tiempo.

Cada embestida es una disculpa. Cada gemido una absolución. Cada beso una promesa.

—Te amo —susurro contra su piel, las palabras saliendo de mí como una letanía, una oración—. Te amo, te amo, te amo.

Sus piernas se enroscan alrededor de mi cintura, atrayéndome más profundamente. Sus uñas se clavan en mi espalda, dejando marcas que llevaré con orgullo. Marcas de pertenencia, de reclamo, de perdón.

Siento que se tensa a mi alrededor, su respiración volviéndose errática, sus gemidos más agudos. Está cerca. Tan cerca.

—Mírame —le pido, necesitando ver sus ojos cuando se deshaga en mis brazos—. Quiero verte.

Sus ojos, esos ojos color miel que me han perseguido en sueños y pesadillas, se fijan en los míos. Y lo que veo en ellos —amor, deseo, perdón— me empuja hacia el abismo.

Juntos, como siempre debió ser, alcanzamos ese punto donde el placer se vuelve casi insoportable, donde los límites entre nuestros cuerpos se desdibujan, donde el pasado y el futuro se funden en un presente perfecto.

Y mientras nos sostenemos mutuamente en la caída, mientras nuestros cuerpos tiemblan con las réplicas del placer compartido, sé con certeza absoluta que he encontrado mi hogar.

No en un resort de lujo, no en un imperio hotelero, no en la aprobación de mi padre.

Mi hogar está aquí, en los brazos de esta mujer que ha visto lo peor de mí y, de alguna manera, ha encontrado algo que amar.

—Te amo —susurro contra su pelo, mientras nuestras respiraciones se sincronizan gradualmente—. Y pasaré el resto de mi vida demostrándotelo.

Valentina se acurruca contra mi pecho, su corazón latiendo contra el mío.

—Tenemos mucho de qué hablar —murmura, su voz suave con la languidez post-orgásmica—. Mucho que resolver.

—Lo sé —respondo, acariciando su espalda en círculos lentos—. Y lo haremos. Juntos.

Levanta la cabeza para mirarme, una sonrisa pequeña pero real curvando sus labios.

—Juntos —repite, y suena como una promesa.

En este momento, en esta sala donde hace apenas una hora mi vida parecía terminada, siento que algo nuevo está comenzando. Algo real. Algo nuestro.

Y por primera vez en mi vida adulta, no tengo miedo del futuro incierto. Porque mientras Valentina esté a mi lado, cualquier camino que tomemos será el correcto.

CAPÍTULO 30

VALENTINA

El amanecer se filtra por las cortinas de nuestra habitación en Villa Azul, pintando las paredes de tonos dorados y anaranjados. El suave repiqueteo de teclas es lo primero que escucho, un ritmo constante y reconfortante que se ha convertido en la banda sonora de mis mañanas esta última semana.

Abro los ojos lentamente, disfrutando de ese momento entre el sueño y la vigilia, y lo veo. Javier, sentado frente a la ventana, con el torso desnudo y el pelo revuelto, completamente absorto en su escritura. La vieja máquina de escribir Olivetti que encontramos en un mercadillo repiquetea bajo sus dedos con un sonido que ha llenado este espacio de una nueva vida.

Me quedo observándolo en silencio, maravillándome ante la transformación. No es solo su aspecto físico —aunque el cambio es notable, con esa barba incipiente que le da un aire más relajado y esos hombros que ya no cargan el peso de un imperio— sino algo más profundo. Es como si finalmente hubiera encontrado su lugar en el mundo, y ese lugar resultó ser aquí, conmigo, escribiendo historias en lugar de informes financieros.

—Puedo sentir que me estás mirando —dice sin volverse, sus dedos nunca dejando de bailar sobre las teclas.

—Es que me gusta la vista —respondo, estirándome como una gata perezosa entre las sábanas.

Finalmente se gira, y la sonrisa que me dedica hace que mi corazón dé un vuelco. Es esa sonrisa que solo yo conozco, la que reserva para momentos como este, cuando estamos solos y puede ser simplemente Javier, solo el hombre que ama escribir y que me ama a mí.

—Buenos días, preciosa —dice, levantándose para acercarse a la cama—. ¿Has dormido bien?

—Mmm, considerando que alguien no me dejó dormir hasta las tres de la madrugada... —respondo con fingida indignación—. Sí, he dormido sorprendentemente bien.

Se sienta en el borde de la cama, y su mano encuentra la mía sobre las sábanas. Es un gesto simple, cotidiano ya, pero que todavía me provoca un cosquilleo en el estómago.

—¿Quieres leer lo que he escrito esta mañana? —pregunta, con esa mezcla de orgullo y vulnerabilidad que siempre muestra cuando comparte su escritura conmigo.

—¿Me dejarías negarme? —bromeo, incorporándome.

La camisa que llevo puesta —suya, por supuesto, porque resulta que me he vuelto adicta a dormir envuelta en su ropa— se desliza por mi hombro, revelando más piel de la que oculta. Noto cómo sus ojos siguen el movimiento, y esa mirada de deseo que nunca parece saciarse.

—Probablemente no —admite con una sonrisa traviesa—. Soy un autor terriblemente necesitado de validación.

—Y yo disfruto de cada una de tus palabras.

Me levanto, llevándome la sábana envuelta alrededor de la cintura, y me dirijo hacia la máquina de escribir. Las páginas recién escritas esperan, aún tibias por la fricción de las teclas. Las tomo con reverencia, consciente del privilegio que supone ser la primera en leer las palabras que fluyen de su alma.

Es un nuevo capítulo de su novela, la que comenzó hace años en secreto y que ahora está decidido a terminar. Ya no es la historia de Alejandro y Elena, sino algo nuevo, algo que ha evolucionado con nosotros. Una historia de redención, de segundas oportunidades, de encontrar el valor para elegir el propio camino.

Mientras leo, siento sus brazos rodeándome por detrás, su barbilla apoyada en mi hombro. Su calor me envuelve, tan familiar ya, tan necesario como el

aire.

—Es hermoso —digo cuando termino, y lo digo en serio—. Cada vez que leo lo que escribes, me pregunto cómo es posible que mantuvieras este talento oculto durante tanto tiempo.

—Tenía miedo —responde con una honestidad que me desarma—. Miedo de no ser lo suficientemente bueno. Miedo de que mi padre tuviera razón y esto fuera solo un pasatiempo sin valor. Miedo de mostrarme realmente.

Me giro entre sus brazos para mirarlo a los ojos.

—Pues me alegro de que ya no tengas miedo —digo, pasando mis dedos por su pelo revuelto—. Porque el mundo merece leer tus historias. Y tú mereces ser feliz contándolas.

Su mirada se suaviza, y hay tanto amor en ella que casi me duele.

—Soy feliz —dice simplemente—. Más feliz de lo que jamás creí posible.

Y sé que es verdad. Lo veo cada día, en cómo se mueve con una ligereza nueva, en cómo su risa surge más fácilmente, en cómo ha florecido desde que dejó atrás las expectativas de su padre para seguir su propio camino.

Un camino que, sorprendentemente, ha resultado ser mucho más satisfactorio de lo que cualquiera de los dos hubiera imaginado.

La semana desde nuestra reconciliación ha sido una montaña rusa de emociones y cambios. Javier no solo renunció a su puesto en Montenegro Hotels, sino que ha invertido parte de sus ahorros personales en Villa Azul, convirtiéndose en socio minoritario. «No quiero controlarlo,» me dijo cuando firmamos los papeles. «Quiero ayudarte a hacerlo brillar.»

Y vaya si lo está haciendo brillar. Con su conocimiento de marketing y su red de contactos, las reservas han aumentado un 40% en solo siete días. Su idea de posicionar Villa Azul como «el refugio del artista en la Costa del Sol» ha atraído a escritores, pintores y músicos que buscan inspiración lejos del bullicio turístico.

Pero lo más hermoso es que no ha intentado cambiar la esencia del hotel. Respeta el legado de mi abuela, entiende lo que hace especial a este lugar, y trabaja conmigo como un verdadero socio, no como alguien que quiere imponer su visión.

Más tarde, mucho más tarde, estamos en la terraza disfrutando de un café tardío. Llevo puesta su camisa de nuevo, y él solo unos pantalones de lino, con el torso desnudo brillando bajo el sol de media mañana. Estoy sentada en su regazo, mi espalda contra su pecho, mientras sus dedos trazan patrones perezosos en mi muslo.

—Tenemos que bajar en algún momento —digo, aunque no hago ningún movimiento para levantarme—. Hay un hotel que dirigir, ¿recuerdas?

—Podemos tomarnos la mañana libre —responde, besando mi hombro—. El hotel no se va a hundir porque sus dueños se tomen unas horas para ellos mismos.

Sus palabras me hacen sonreír. «Sus dueños.» Todavía suena extraño, pero maravillosamente cierto. Villa Azul ya no es solo mi responsabilidad, mi carga, mi legado solitario. Ahora es nuestro proyecto compartido, nuestra pasión común.

—Tengo algo para ti —dice de repente, alcanzando algo en la mesa junto a nosotros—. Iba a esperar hasta la noche, pero... creo que ahora es el momento perfecto.

Me entrega un sobre simple. Dentro hay una sola hoja de papel, arrancada de su máquina de escribir. No es una carta ni un poema, como esperaba. Es un título.

«Villa Azul: Un refugio para el alma, por Javier Montenegro y Valentina Ruiz»

—¿Qué es esto? —pregunto, confundida.

—El título de un libro —responde, y hay emoción contenida en su voz—. Un libro sobre hoteles boutique con alma, sobre lugares que cuentan historias. La historia de Villa Azul, la historia de tu abuela, tu historia... nuestra historia.

Me quedo sin palabras, mirando ese simple título que contiene tantas promesas.

—¿Quieres escribirlo conmigo? —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su voz que me derrite—. Tú conoces el alma de este lugar mejor que nadie. Yo puedo poner las palabras. Juntos... creo que podríamos crear algo hermoso.

Las lágrimas acuden a mis ojos, pero esta vez son lágrimas de alegría pura, sin mezcla de dolor.

—Sí —respondo, girándome completamente para sentarme a horcajadas sobre él, tomando su rostro entre mis manos—. Sí quiero escribirlo contigo. Y sí quiero todo lo demás también. Todo lo que quieras compartir conmigo.

Su sonrisa es tan brillante que rivaliza con el sol de la mañana.

—¿Todo? —pregunta, con un brillo travieso en sus ojos—. ¿Estás segura? Porque tengo muchas ideas, Valentina Ruiz. Ideas para libros, para Villa Azul, para nosotros...

—Todo —confirmo, besándolo profundamente—. Cada palabra, cada idea, cada día. Todo.

Y mientras sus brazos me envuelven, mientras nuestros labios se encuentran nuevamente bajo el sol de Marbella, no puedo evitar maravillarme ante el extraño camino que nos ha traído hasta aquí.

Hace unos meses, estábamos en guerra. Él, el heredero de un imperio hotelero, enviado para comprar mi pequeño hotel. Yo, la propietaria obstinada, decidida a proteger el legado de mi abuela a toda costa. Enemigos declarados en una batalla que parecía no tener más que un ganador.

¿Quién hubiera imaginado que esa guerra nos llevaría a descubrir que nuestros corazones estaban hechos para la paz? Que, bajo las estrategias y los

sabotajes, bajo las defensas y los miedos, había dos almas que se reconocieron desde el primer momento.

Quizás mi abuela lo sabía. Quizás por eso solía decir que los mejores amores nacen de los encuentros más inesperados. Que a veces, tu mayor rival resulta ser tu mejor compañero.

Lo que comenzó como una guerra entre hoteles se ha transformado en la historia de amor más improbable y más perfecta que podría haber imaginado. Y aunque el camino no fue fácil, aunque hubo dolor y lágrimas y corazones rotos, no cambiaría ni un solo paso.

Porque cada obstáculo, cada malentendido, cada momento de desesperación nos trajo hasta aquí. Hasta esta terraza bañada por el sol, hasta este hombre que ha renunciado a un imperio por mí, hasta este amor que se siente como el hogar que siempre busqué.

Nuestra guerra ha terminado. Pero nuestra historia... nuestra historia apenas comienza.

Y será épica.

EPÍLOGO

MÍA

Las náuseas son lo peor. Sobre todo, cuando las tienes justo cuando estás intentando maquillarte para asistir a la boda del siglo.

—Vamos, Mía, contrólate —me digo a mí misma, respirando profundamente frente al espejo del baño—. Solo es una boda. Solo es... él.

Cierro los ojos, intentando calmar el revoltijo en mi estómago que no sé si atribuir a los nervios o a algo mucho más aterrador. Llevo días sintiéndome extraña. Cansada. Con antojos absurdos. Con un retraso que ya no puedo seguir ignorando.

La bolsa de la farmacia me mira acusadoramente desde el lavabo. La compré hace tres días, pero no he tenido el valor de usarla. Porque una vez que lo sepa, una vez que vea el resultado, todo cambiará.

Y hoy no es día para cambios. Hoy es el día en que Lorenzo «Enzo» Montenegro se casa con París Leighton, la heredera perfecta para la fusión empresarial perfecta. La boda que sellará el acuerdo entre dos imperios hoteleros.

La boda del hombre con el que me acosté hace exactamente seis semanas.

—Fue solo una noche —murmuro, aplicándome rímel con manos temblorosas—. Una estúpida, maravillosa, inolvidable noche que obviamente él ya ha olvidado.

Pero yo no. No puedo olvidar cómo me miró en la cocina de Villa Azul aquella noche, cuando todos se habían ido a dormir y yo preparaba masa para el pan del día siguiente. No puedo olvidar cómo sus manos, tan diferentes a las de su hermano, pero igual de seguras, me atraparon contra la encimera.

«Llevo semanas intentando mantenerme alejado de ti,» había confesado contra mi cuello, su voz ronca enviando escalofríos por mi columna. «Pero no

puedo más, Mía. No puedo seguir fingiendo que no me vuelves loco.»

Y yo, que siempre me he enorgullecido de mi fuerza, de mi independencia, de mi capacidad para mandar a la mierda a cualquier hombre que intente jugar conmigo, me derretí como mantequilla en una sartén caliente.

Una noche. Una noche perfecta donde sus tatuajes se mezclaron con los míos, donde descubrimos que nuestros cuerpos encajaban tan perfectamente como nuestras personalidades, donde me sentí más viva que en toda mi vida.

Y luego... nada. Un «esto ha sido increíble» susurrado al amanecer. Un beso en la frente. Y la vuelta a Madrid para «ultimar los detalles de la boda».

La boda que se celebra hoy. En cuatro horas. Y a la que, por alguna forma de masoquismo que no termino de entender, he accedido a asistir como acompañante de Valentina y Javier.

Una nueva oleada de náuseas me golpea, y esta vez no puedo ignorarla. Apenas llego al inodoro antes de que mi estómago decida expulsar el escaso desayuno que logré ingerir.

Cuando termino, me quedo sentada en el suelo del baño, sudorosa y temblorosa. Ya no puedo seguir mintiéndome a mí misma.

—A la mierda —murmuro, alcanzando la bolsa de la farmacia—. Acabemos con esta tortura.

Cinco minutos después, estoy mirando fijamente el pequeño dispositivo de plástico en mis manos, esperando que aparezca el resultado. El tiempo parece haberse detenido mientras cuento los segundos.

Una línea significa que puedo seguir fingiendo que todo está bien. Que puedo asistir a esa boda con la cabeza alta, ver cómo el hombre que me ha robado el sueño durante semanas se casa con otra, y eventualmente superarlo.

Dos líneas significa... significa que todo se complica infinitamente.

El predictor comienza a mostrar el resultado. Una línea roja aparece claramente.

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo. Bien. Esto está bien. Solo ha sido un susto. Solo...

Y entonces, lentamente, como si el tiempo se moviera a cámara lenta, una segunda línea empieza a formarse. Tenue al principio, luego más definida, hasta que dos líneas rojas perfectamente visibles me miran desde el predictor.

Positivo.

Estoy embarazada.

Del hombre que se casa hoy con otra mujer.

—No, no, no, no —repito como un mantra, sacudiendo el predictor como si pudiera cambiar el resultado—. Esto no puede estar pasando.

Pero está pasando. Es real. Tan real como el bebé que crece dentro de mí. Tan real como la boda que comenzará en menos de dos horas.

Me levanto con piernas temblorosas, todavía en ropa interior y la bata a medio poner, el maquillaje incompleto, el pelo sin peinar. Un desastre. Exactamente como me siento por dentro.

Necesito a Valentina. Necesito a mi mejor amiga. Necesito a alguien que me diga que todo estará bien, aunque ambas sepamos que es mentira.

Salgo disparada de mi habitación, con el predictor aún en la mano, y corro por los pasillos de Villa Azul como una posesa. Bajo las escaleras de dos en dos, ignorando las miradas sorprendidas de los huéspedes, hasta que finalmente la encuentro en la terraza trasera con Javier.

Están sentados juntos, tomando café tranquilamente mientras revisan algo en una tablet. La imagen perfecta de la felicidad doméstica. La imagen de todo lo que yo nunca tendré.

—¡Mía! —exclama Valentina al verme, su sonrisa transformándose en preocupación—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no estás vestida? Tenemos que salir en una hora para la boda y...

No la dejo terminar. Extiendo la mano y le muestro el predictor, con sus dos líneas rojas acusadoras.

Sus ojos se abren como platos cuando comprende lo que está viendo.

—Oh, Dios mío —susurra—. Estás...

—Embarazada —confirmo, mi voz quebrándose—. Estoy embarazada, Val.

Javier, que ha estado observando en silencio, parece momentáneamente incómodo ante esta conversación tan íntima. Hace ademán de levantarse, probablemente para darnos privacidad, pero lo detengo con mis siguientes palabras:

—El bebé es de Enzo —digo, y el nombre quema mi garganta como ácido —. Tu hermano. El que se casa hoy.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con uno de mis cuchillos de chef. Valentina me mira boquiabierta, procesando la bomba que acabo de soltar. Javier se ha quedado petrificado, su taza de café a medio camino hacia sus labios.

—¿Qué has dicho? —pregunta finalmente, como si necesitara confirmar que ha oído correctamente.

—Que estoy embarazada de tu hermano —repito, las lágrimas comenzando a correr libremente por mis mejillas—. Fue hace seis semanas. Una noche. Solo una noche.

Valentina se levanta y me envuelve en un abrazo feroz, protector, exactamente lo que necesito en este momento.

—Oh, Mía —murmura contra mi pelo—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué has estado cargando con esto tú sola?

—Porque era un secreto —sollozo contra su hombro—. Porque él se iba a casar. Porque fue un error. Porque... porque me enamoré de él como una idiota.

La última confesión sale sin que pueda detenerla. Es la primera vez que lo admito en voz alta, incluso para mí misma. No fue solo sexo. No fue solo una noche de pasión. Me enamoré de Enzo Montenegro, con su sonrisa torcida, sus tatuajes, su forma de probar mis platos como si fueran tesoros, su manera de hacerme reír cuando más lo necesitaba.

Me enamoré del hombre equivocado. De nuevo.

Javier se ha levantado también, y hay una expresión en su rostro que no puedo descifrar. No es enfado, como temía. Es algo más complejo.

—¿Él lo sabe? —pregunta, su voz controlada, pero con un temblor apenas perceptible—. ¿Sobre el bebé?

Niego con la cabeza, incapaz de hablar.

—¿Vas a decírselo? —insiste, y hay algo en su tono que me hace mirarlo directamente.

—¿Cómo? —pregunto, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano —. Se casa en menos de cuatro horas. Con la heredera perfecta. Con la fusión perfecta. Con la vida perfecta que su padre ha planeado para él.

—Enzo odia esa boda —dice Javier, sorprendiéndome—. La odia con cada fibra de su ser.

—Pues tiene una forma muy extraña de demostrarlo —replico con amargura—. Acostándose conmigo y luego corriendo al altar.

—Los Montenegro no somos conocidos por tomar buenas decisiones cuando se trata de amor —responde, con una mirada significativa hacia Valentina—. Somos más de complicarnos la vida hasta el extremo y luego darnos cuenta de que hemos sido idiotas.

A pesar de todo, eso me arranca una sonrisa temblorosa.

—Tienes que decírselo —insiste Valentina, tomando mis manos entre las suyas—. Tiene derecho a saberlo antes de casarse.

—¿Y si no le importa? —pregunto, verbalizando mi mayor miedo—. ¿Y si lo sabe y le da lo mismo?

—Entonces criaremos a ese bebé entre todos —responde ella con una ferocidad que me conmueve—. Y será el niño más querido de toda la Costa del Sol. Pero al menos sabrás que hiciste lo correcto.

Miro a mis amigos, a esta extraña pareja que ha superado traiciones, mentiras y un imperio corporativo para estar juntos.

—Tenemos una boda que interrumpir —digo finalmente, y a pesar del terror que siento, hay una chispa de esperanza encendiéndose en mi pecho.

Porque si hay algo que he aprendido trabajando en Villa Azul, viendo cómo Valentina y Javier transformaron una guerra en el amor más épico que he presenciado, es que a veces, solo a veces, los finales felices existen.

Incluso para personas como yo, que nunca creyeron merecerlos.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.

O pulsando AQUI



¿TE APETECE INTERRUMPIR UNA BODA ESTE VERANO?

¡UNA NOCHE DE PASIÓN, UN TEST DE EMBARAZO Y UNA BODA QUE INTERRUMPIR!

Mía NUNCA comete errores. Excepto cuando se llaman Enzo Montenegro y tienen una sonrisa capaz de desarmar todas sus defensas.

Tras UNA SOLA NOCHE de pasión desenfrenada en la cocina de Villa Azul, la chef más temperamental de la Costa del Sol debe enfrentar lo impensable: está EMBARAZADA del hombre que en HORAS se casa con otra.

Enzo está atrapado en un matrimonio de conveniencia que sellará la fusión empresarial del siglo. Lo tiene TODO... excepto lo que realmente desea: libertad y la única mujer que ha conseguido traspasar todos sus muros.

Cuando el test de embarazo muestra DOS LÍNEAS ROJAS justo el día de la boda, Mía toma la decisión más valiente de su vida:

Interrumpir la boda del año.

Con el reloj avanzando implacablemente, los invitados ocupando sus asientos y un vestido de novia de 50.000 euros esperando en el altar, Mía y Enzo enfrentarán la decisión más importante de sus vidas. Una que podría destruir dos imperios hoteleros... o crear el comienzo de su propia historia.

Una novela trepidante sobre segundas oportunidades, embarazos sorpresa y el valor de luchar por el amor verdadero aunque el mundo entero esté en contra.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están

enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.
Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy
Página web: https://oliviadarcyautora.com/